Cuentos Cubanos de lo Fantástico y lo Extraordinario

BOLSILIBROS UNIÓN

Portada: FAYAD JAMÍS

INDICE • INDICE • INDICE • INDICE

PROLOGO • PROLOGO • PROLOGO • P

11

UNO • REALISMO MAGICO • UNO • REA-

31

ALEJO CARPENTIER • VIAJE A LA SEMILLA (33) • REINALDO ARENAS • CON LOS OJOS CERRADOS (50) • LEONARDO ACOSTA • EL TIO (55) • ENRIQUE LABRADOR RUIZ • CONEJITO ULAN (61)

DOS • DE LO LUDICRO Y LO ONIRICO

81

JOSE LEZAMA LIMA • JUEGO DE LAS DECAPITACIONES (83) • JOSE MARTINEZ MATOS • TRASTOCANDOLO TODO (100) • MANUEL DIAZ MARTINEZ • LA CRUZADA (104) • ELISEO DIEGO • LA CALLE DE LA QUIMERA (111) • JOSE LORENZO FUENTES • TAREAS DE SALVAMENTO (114)

TRES • PERDIDAS DE LA IDENTIDAD

129

ROGELIO LLOPIS • LICANTROPIA (131) • MARIA ELENA LLANA • NOSOTRAS (138) • ESTHER DIAZ LLANILLO • ANONIMO (146) • CESAR LOPEZ • UNA SEÑORA (151) • ANTON ARRUFAT • EL CAMBIO (156)

CUATRO • SATIRA; FABULA; HUMOR NEGRO • CUATRO • SATIRA; FABULA;

159

ISIDORO NUÑEZ MIRO • EL EXTRAÑO CASO DE BAKER STREET (161) • MARINES MEDERO • EL CLASIFICADOR (163) • ANTONIO BENITEZ • ESTATUAS SEPULTADAS (172) • ANGELA MARTINEZ • LLUVIA (189) • ARMANDO ALVAREZ BRAVO • EL PALACIO (192) • EVORA TAMAYO • UN CUENTO DE NAVIDAD (195)

CINCO • DE LO MACABRO • CINCO • DE

211

RUBEN MARTINEZ VILLENA • EN AUTOMOVIL (213) • EZEQUIEL VIETA • MI AMIGO VICTOR (225) • ARISTIDES FERNANDEZ • LA MANO (232) • JESUS ABASCAL • EL ENVIADO (237)

SEIS • "TALL STORY" • SEIS • "TALL S

239

ONELIO JORGE CARDOSO • EN LA CAJA DEL CUERPO (241) • ARNALDO CORREA • LA GRAN PESQUERIA (253) • VIRGILIO PIÑERA • EL BALCON (265)

SIETE • CIENCIA FICCION • SIETE • CI

273

ANGEL ARANGO • EL PLANETA NEGRO (275) • MIGUEL COLLAZO • EN ANGEL Y EL NIÑO (285) • JUAN LUIS HERRERO • NO ME ACARICIES (292) • GERMAN PINIELLA • LAS MONTAÑAS, LOS BARCOS Y LOS RIOS DEL CIELO (305) • MANUEL HERRERA • EL PIROTECNICO LI-SHIAO (310)

BIBLIOGRAFIA DE LOS AUTORES • BIB

323

A

Aunque de primer intento no aparezca del todo así, esta antología ha sido concebida con la aspiración de que su lectura resulte completamente grata y desembarazada. Su didacticismo, que reside en la agrupación de los cuentos por acápites, le proporciona su estructura al par que su razón de ser. Para demostrarle al lector que la literatura fantástica puede ser múltiples cosas y poseer múltiples variantes, descarté de entrada, ya que no me concedía toda la latitud que yo precisaba para hacer los deslindes que he hecho valiéndome del expediente de los acápites, el viejo y convencional método del orden cronológico dictado por la fecha de nacimiento de los autores incluidos. De las treinta y dos piezas presentes aquí, únicamente siete —las de Carpentier, Labrador Ruiz, Vieta, Lezama Lima, Martínez Villena, Arístides Fernández y Cardoso— fueron publicadas antes de la Revolución. Aunque en lo que va de Revolución se han publicado muy probablemente más antologías de cuantas han sido publicadas en

toda la historia anterior de Cuba, hasta ahora no había visto la luz una que versara tan sólo sobre el cuento fantástico. Yo soy el primero en lamentar dicha omisión, puesto que de ser apta, una antología de ese carácter, por más que datara de antes de la Revolución, habría venido a facilitarme la presente labor.

Pero, no obstante, imaginémonos que una tal antología existiera, hecha con anterioridad a la Revolución, y que, en escala cubana, el antólogo fuera un crítico de juicios tan certeros, sabios, dignos y rotundos como los de un Menéndez y Pelayo, un T. S. Eliot o un Borges. O, sencillamente, conformémonos, para no correr los riesgos implícitos en picar demasiado alto, que ese crítico sea un hombre tan insobornable como sensato, tan enemigo del amiguismo y de las inauténtica y bufonesca erudición y enciclopedismo hispanoamericanos como amigo de examinar las cosas a fondo, precavido siempre contra la rigidez dogmática o académica, del mismo modo que contra las diferentes gamas del snobismo vigente; que su formación escolar sea ponderable y sus lecturas, antes que harto extensas, bien digeridas, pues los Borges son *rara avis* en Hispanoamérica y *avis* tal vez inexistente en Cuba; y, por último, que tenga verdadero ojo avizor para advertir las tosquedades y las ingenuas y burdas mixtificaciones y anacronismos de su subdesarrollado pero inconforme, saludable y bullente medio cultural.

Yo quiero suponerle todos estos atributos a nuestro imaginario crítico, desdoblado en antólogo, porque sería una pérdida de tiempo que nos ocupáramos de una antología de sospechoso mérito. Doy por descontado que ese óptimo antólogo hubiera incluido en su tal vez óptima antología el cuento fantástico, que, hay que expresarlo así, más ingenio, efectismo macabro y poesía espontánea revela de cuantos hasta hoy han sido escritos por cubanos: "En automóvil", de Rubén Martínez Villena, inexplicablemente omitido en todas las antologías cubanas que preceden a ésta. En ese índice imaginario no podrían faltar algunos títulos: "Viaje a la semilla", de Alejo Carpentier, tan cerebral en su burilada fisonomía como poético y cargado de rancio ancestro literario; "Conejito Ulán", de Enrique Labrador Ruiz, la historia trágica de Maité, una viuda de cuarenta y pico años que "no conoció hombre jamás", y que es uno de los personajes más conmovedores y sugerentes de toda la cuentística cubana; "Juego de las decapitaciones", de José Lezama Lima, que da la impresión de ser un insensato o descabellado juego de ajedrez, lleno de una suerte de bravura verbal o engolosinamiento metafórico y de un humor que recuerda de continuo a Gómez de la Serna; "El álbum", de Virgilio Piñera, esa absurda comedia de salón que parece un puro acto de calculada garrulería y que anticipa el teatro de Ionesco; "Del pozo en la sala", de Eliseo Diego, que en ocho párrafos escritos en un idioma exitosamente recreado traza una pesadilla —a fatídica como lúcida acerca del destino humano; "La cotorra" o "La mano" —o quizá "El retrato"— de Arístides Fernández, cuentos ambos que por la crueldad que encierran están tan dentro de la sensibilidad del norteamericano Ambrose Bierce.

De no ser su objeto constreñir su nómina de autores a un marco cronológico excluyente y riguroso, esa antología tan idealizada como ideal habría incorporado algunos nombres que, aun sin estar demasiado alejados de nosotros en el tiempo, puesto que no se remontan más allá de Cirilo Villaverde, permanecen en su totalidad a lo que pudiéramos llamar *la prehistoria del cuento fantástico cubano*. Si entre ese crítico al que se ha insuflado vida para verlo convertido en antólogo y yo se diera el caso de existir una pormenorizada similitud de criterio, también en su antología pudiéramos leer cuentos agrupados por acápites, que, al abarcar la prehistoria del género, figurarían con las denominaciones de *el romanticismo, el modernismo, el posmodernismo,* etc. Y, para remachar el parecido entre esa

conjeturable antología y la de quien esto escribe, leeríamos en su prólogo que en Cuba la literatura fantástica cristaliza como corriente estética a resultas de la concertada reacción anticriollista que en 1944 representa la publicación de dos cuadernos: *Viaje a la semilla,* de Alejo Carpentier, y *Poesía y prosa,* de Virgilio Piñera. Además, ese antólogo prototípico señalaría en su prólogo que Arístides Fernández, la totalidad de cuyos cuentos fueron escritos en 1930 y publicados en diversas revistas de la época, y Rubén Martínez Villena, tan sólo por caberle la gloria de ser el autor de "En automóvil", son los precursores del cuento fantástico moderno en Cuba, y que luego éste viene a ser cultivado con predilección por la mayoría de los escritores que estrechan filas junto a las figuras descollantes de la revista *Orígenes:* Lezama Lima, Rodríguez Feo, Virgilio Piñera, Eliseo Diego, etc., Ya que se trata de un antólogo con la pretensión de ser exhaustivo, consignaría los diversos títulos de libros de cuentos, y los nombres de sus autores, que fueron publicados en 1944 a 1958, y a seguidas algún comentario o disquisición iluminativa al respecto.

En lo concerniente al proyecto de la antología nonata, que según hemos convenido deberá llegar hasta 1958, lo único que se ha establecido en firme es que la última sección ha de incluir siete cuentos, cuyos títulos ya fueron mencionados. Queda por formular, sin embargo, el acápite bajo el cual deberían figurar dichos títulos. De fantasmal que era, nuestra antología se torna más y más tangible al calor de semejante planteamiento, pues vemos claramente cómo ella entronca con la presente, cómo la presente constituye una emanación o continuación suya. Aparte de que en la presente antología rezan todos los autores incorporados a la última sección de la otra, –incluso de siete cuentos cinco son reproducidos en las páginas que subsiguen– las treinta y dos piezas que comprende se hallan articuladas bajo un acápite sobrentendido y

general. En resumen, el acápite de *el cosmopolitismo* sería tan verdadero para la última sección de esa conjeturable antología como de hecho lo es para los efectos sustanciales de ésta.

De todo esto se desprende –séame permitido fatigar la cuestión en nombre de la diafanidad– que bajo el acápite de *el cosmopolitismo* resulta lícito agrupar tanto la última sección de la antología que hemos venido inventando como las siete secciones en que se divide la presente. Cuando al comienzo de este prólogo declaro como aspiración primera de esta antología que su lectura resulte amena, pensaba en el peso académico, que no siempre es *pesadez,* inherentes a casi todas las diestras antologías salidas del mundo de habla española. Por contraste, casi todas las inglesas y norteamericanas no soportan ese peso o pesadez. Desde luego, ello se debe en parte a su preponderante carácter comercial, pero también a la ausencia de academismo con que están confeccionadas, lo cual no significa merma de calidad. El caso es que cuantas veces se hace una competente antología en Hispanoamérica, no importa incluso que las hagan hombres de letras extranjeros, indefectiblemente la veremos luciendo los consabidos atavíos académicos. Pudiera pensarse sin más ni más que la cuentística hispanoamericana constituye una irresistible tentación para el academismo. Yo más bien creo que la verdad de la cuestión reside por un lado en el poco volumen de la cuentística de habla española, en comparación, digamos, con el de la norteamericana o la inglesa, y por el otro, en que de un tiempo a esta parte el nivel de esa cuentística es tan promisorio que ciertamente incita a someterla a deslindes y análisis críticos. Grosso modo instado por estos reparos y reflexiones, a mí no me ha quedado más remedio que sumar la presente antología a la causa del academismo, velando, eso sí, por reducir a lo estrictamente necesario su influjo sobre ella, con lo que me parece haber garantizado su amenidad.

No obstante las salvedades que he hecho, el verdadero objeto de esta antología es reunir lo mejor de la cuentística fantástica cubana que ha visto la luz después de la Revolución. Eso explica que en lugar de incluir «El álbum», de Virgilio Piñera, o «Del pozo en la sala», de Eliseo Diego, haya optado por incluir cuentos suyos escritos después de la Revolución, «El balcón» y «La Calle de la Quimera» respectivamente, que, por cierto, son de una calidad similar a los que han sido llamados a sustituir. Si la antología no resulta uniforme en lo que respecta a que todos los cuentos incluidos daten de 1959 hacia adelante, el hecho responde a lo que ya he indicado sobradamente en este prólogo: en ninguna antología seria de literatura fantástica cubana deben faltar esas piezas maestras de la época moderna del género que aparecen aquí. Otros de los cuentos de la antología publicados antes de la Revolución, «Mi amigo Víctor», de Ezequiel Vieta, y «En la caja del cuerpo», de Onelio Jorge Cardoso, son tan sumamente buenos que la antología tal vez se hubiera visto empobrecida sin ellos.

La pregunta que cae de su propio peso es si esta antología pudiera acaso tomarse como prueba de que a raíz de la Revolución la cuentística fantástica ha tomado auge entre nosotros. Los datos al alcance de quienquiera se proponga obtenerlos, que consisten en los buenos y hasta excelentes cuentos fantásticos publicados durante la Revolución, me han permitido a mí colegir que ese auge no ha hecho más que acabar de situarla junto a la realista en rango de pareja importancia. A nadie que esté familiarizado con el desarrollo de la cuentística hispanoamericana de estos últimos tiempos podrá sorprenderle mi aserto. Sabe que las figuras de mayor relieve que ha dado —Borges, Felisberto Hernández, Cortázar, Arreola— están adscritas a la literatura fantástica. Y, que, dentro de las recientes tendencias realistas, las que primordialmente han sobresalido en la narrativa hispanoamericana son aquellas que mayor afinidad guardan con ella.

Hace ya tiempo que la crítica hispanoamericana ha discernido, y comentado por extenso, las causas históricas responsables del advenimiento de estos ismos contemporáneos. Parece existir cierto acuerdo en cuanto al empleo clave del término *cosmopolitismo* para denominar de modo global toda una serie de corrientes en su mayor parte de específica connotación estética o literaria. Tenemos así que un crítico declara: «Frente a la temática criollista, los cosmopolitas se interesan más en el individuo, en la vida urbana y en la fantasía. Los escritores viven en grandes centros metropolitanos, conocen muchas partes del mundo y están al tanto de todos los movimientos.»

En el párrafo siguiente, el mismo crítico apunta que «la capital del cosmopolitismo hispanoamericano tiene que ser Buenos Aires y su máximo sacerdote, Jorge Luis Borges, quien se formó en Europa durante la época vanguardista.»[1] El término *cosmopolitismo* es aplicado no a la literatura fantástica de esta época en particular, sino que abraza por entero todo un segmento histórico de la literatura narrativa hispanoamericana.

La literatura fantástica de la cual nosotros somos contemporáneos no es la misma que estaba en boga hace un siglo, o siquiera unas décadas atrás. No es la de la tradición romántica o neorromántica de la escuela gótica, con sus artificiosos horrores, sus vampiros y castillos, cuyo «paso por la literatura no ha sido feliz», como dice Bioy Casares en su prólogo de la *Antología de la literatura fantástica*. Ni es tampoco la de las erráticas visualizaciones surrealistas. Puestos a indagar qué cosa es la literatura fantástica moderna, o toda ella en su esencia intemporal, no se me ocurre nada mejor que transcribir unos pasajes de un artículo, —cuyo título y autor descuidé

anotar— o quizá de una nota anónima, que leí hace algo más de un año en el semanario mexicano *Siemprel:*

Lo fantástico podría definirse como una percepción anormalmente desarrollada de lo que se oculta tras las apariencias. Ampliará la realidad, el trasfondo de eso que la mayor parte de la gente considera la realidad visible. Sobre este carácter eminentemente subjetivo de lo fantástico —subjetivo en tanto que opuesto al conocimiento objetivo, racional— todo el mundo está de acuerdo. Las dificultades se inician cuando se trata de definir lo fantástico por lo que es y lo que no es.

Para Callois lo fantástico es lo contrario de lo maravilloso, porque esto supone un mundo encantado, mientras aquello manifiesta un escándalo, una desgarradura, una irrupción insólita, casi insoportable, en el mundo real...

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Lo fantástico nace de la visión terrible (Blake), del delirio sagrado (Hölderlin); la Science-Fiction *nace de la utopía materialista (Cyrano de Bergerac) y la novela de anticipación (H. G. Wells). La ciencia no reemplaza lo sagrado. La* Science-Fiction *devela la mitología del hombre moderno (maquinismo, mutaciones, conquista del espacio). Lo fantástico escruta el espacio* de adentro: *es el comercio del hombre con lo que en él se esconde, su secreto, su alma, su cielo interior.*

De fecha aún más reciente que los pasajes que acabo de citar es la entrevista que Ronald Christ le hace a Borges directamente en inglés, aparecida en el número 40, Invierno-Primavera 1967, de la revista *The Paris Review:*

ENTREVISTADOR

¿Entonces cómo usted definiría lo fantástico?

Me pregunto si se puede definir. Creo que es más bien una intención en el escritor. Recuerdo una observación muy profunda de Joseph Conrad —es uno de mis autores predilectos— que me parece hallarse en el prólogo de un libro cuyo título es algo así como La línea oscura, *pero ese no es el título...*

ENTREVISTADOR

¿La línea de sombra?

BORGES

La línea de sombra. *En ese prólogo dice que algunas gentes han creído que el cuento es un cuento fantástico por aquello de que el fantasma del capitán hace detenerse el barco. Conrad escribió —y eso me impresionó porque yo también escribo cuentos fantásticos— que para escribir un cuento fantástico intencionadamente no se necesitaba sentir que todo el universo es fantástico y misterioso; ni que significaba una falta de sensibilidad que una persona se sentara a escribir algo intencionadamente fantástico. Conrad pensaba que cuando uno escribía, aunque fuera de modo realista, acerca del mundo, uno estaba escribiendo una historia fantástica, porque el mundo es en sí fantástico, misterioso, insondeable.*

ENTREVISTADOR

¿Usted comparte esa convicción?

BORGES

Sí. Yo hallo que tiene razón. Hablé con Bioy Casares, que también escribe cuentos fantásticos —son muy, muy buenos— y él me dijo: «Yo creo que Conrad tiene razón.

En realidad nadie sabe si el mundo es realista o fantástico, quiero decir, si el mundo es un proceso natural o una especie de sueño, un sueño que podemos o no compartir con nuestros semejantes.»

Soy consciente de que mientras los pasajes citados de la revista *Siemprel* pretenden dar una definición de la literatura fantástica válida para nuestra época, y quizá para todas las épocas, las palabras de Borges en respuesta a las preguntas de Christ constituyen tan sólo una inconfundible disquisición ontológica. Sin embargo, creo que el contraste que engendran entre sí no podrá menos de contribuir a afilar nuestras ideas sobre la materia tratada. Sépase —para nuestro mejor gobierno— que ese platónico Bioy Casares que Borges saca a relucir en su entrevista es el Bioy Casares aristotélico que escribe en su ya referido prólogo de la *Antología de la literatura fantástica,* lo que sigue: «Pedimos leyes para el cuento fantástico; pero ya veremos que no hay un tipo, sino muchos, de cuentos fantásticos. Habrá que indagar las leyes generales para cada tipo de cuento y las leyes especiales para cada cuento. El escritor deberá, pues, considerar su trabajo como un problema que puede resolverse, en parte, por las leyes generales y preestablecidas, y en parte, por leyes especiales que él debe descubrir y acatar.»

Es justamente esto que señala Bioy Casares en ese prólogo suyo que no tiene desperdicio lo que me ha guiado a mí en mi propósito de presentarle al lector una antología enderezada a demostrarle que la literatura fantástica «puede ser múltiples cosas y poseer múltiples variantes.» Sin más preámbulo, procedamos a comentar brevemente cada acápite y cada cuento de la antología. El segundo y cuarto acápites tienen un carácter mixto por idéntica razón: los cuentos que los componen rechazan una sola clasificación. En un caso, *lo lúdicro o lo onírico* los define; en el otro, son *sátiras* o *fábulas* o piezas que rezuman *humor negro.*

Ejemplos de lo lúdicro son los cuentos de Lezama Lima y Martínez Matos. El ya mencionado «Juego de las decapitaciones» es un deslumbrante ejercicio de poesía surrealista en prosa, con toques cubistas en lo que se refiere a su construcción, a ese tiempo petrificado de que arranca su arquitectura. Comparados a él, «Trastocándolo todo», a pesar de su lozanía y tímido surrealismo, no pasa de ser juego de niño. Pero como *juegos* pueden definirse los dos— en uno de ellos su autor cobra la estatura de un acreditadísimo *magister ludi,* en razón de haber confeccionado un impresionante espectáculo o *tour de force* literario.

Si bien es cierto que «La cruzada», de Manuel Díaz Martínez; «La Calle de la Quimera», de Eliseo Diego, y «Tareas de salvamento», de José Lorenzo Fuentes responden a corrientes literarias dispares entre sí, los tres cuentos tienen en común el fluir del sueño en la vigilia y viceversa. Por lo exótico de su asunto, —diríase flor de invernadero— y un poco por su manera, «La cruzada» semeja ser un producto de buena estirpe del movimiento modernista; mezcla muy atinadamente el estilo del cuento infantil y un lenguaje poético que lo afilian a los cuentos que le preceden en este acápite. Pudiera decirse que «La Calle de la Quimera» es un cuento chestertoniano, pero eso no le restaría valor alguno. Es un cuento tan destilado, tan medular, que hay que leerlo más de una vez para paladearlo debidamente. Pero hecho esto, se querrá leer más veces todavía. Ni que decir tiene que parto de la presunción de que serán los buenos lectores quienes lo leerán más de una vez, con lo que obtendrán el mismo deleite que yo he obtenido de su relectura. De los cuentos de este grupo, «Tareas de salvamento», por el acentuado naturalismo de sus descripciones y situaciones, es el único que parece capítulo aparte. Es un cuento de vigorosa resonancia. Quizá Lorenzo Fuentes quiera decirnos en él que por evasionistas que seamos

jamás podremos zafarle el cuerpo a las sordideces y extravíos humanos que *Hamlet* no se da tregua en fustigar y denunciar airadamente.

En el cuarto acápite se perfilan como sátiras cabales «El extraño caso de Baker Street», de Isidoro Núñez Miró, «El clasificador», de Marinés Medero, y «Estatuas sepultadas», de Antonio Benítez. «El extraño caso de Baker Street» nos da un *Sherlock Holmes* a la medida del *pop-art,* un *Sherlock Holmes* tan paranoicamente acuciado por una latente curiosidad que no le queda otra alternativa que la de suicidarse ante el espejo para comprobar cómo se comportaron la víctima y el victimario en el minuto postrero de sus vidas. Es un cuento *avant-garde* que puede figurar sin desdoro junto a las mejores piezas cortas de Eliseo Diego y Virgilio Piñera. «El clasificador» tiene como objeto satirizar al burócrata hasta el punto de convertirlo en víctima psicopática de sus propias y garrafales exageraciones. «Estatuas sepultadas» es un cuento barroco hasta los tuétanos. Su anécdota guarda alguna semejanza con la de «El castillo», de Mariano Rodríguez Herrera. Su atmósfera surrealista, a lo Jean Cocteau, con sus goticismos, morbosas fascinaciones y metamorfosis, lo emparentan a «Sylvia», de Évora Tamayo. Pero es básicamente una sátira de la impotencia, aberraciones y decadencia de la burguesía cubana, lleno de admirable *understatement* y de admirable sagacidad.

La lectura de «Lluvia», de Angela Martínez, nos hace dejar atrás los dominios de la sátira para hollar los de la paradoja y la fábula. «El palacio», de Armando Alvarez Bravo, de tan borgiana extracción, narra la fabulosa historia de una maldición enraizada en una desmedida ambición de poder. «Un cuento de Navidad», de Évora Tamayo, expresa en el molde tradicional de la fábula, y mediante el humor negro, que el mundo está ineluctablemente regido por la crueldad.

En el cuento inicial del quinto acápite, «En automóvil», de Rubén Martínez Villena, los hechos macabros encarnan en escalofriantes imágenes de imborrable belleza poética. Pero como si esto fuera poco, el final nos reserva una sorpresa, que aunque no del todo lograda, revela que el ingenio de Martínez Villena podía elevarse al nivel que es característico en Poe. En «Mi amigo Víctor», de Ezequiel Vieta, hay que aguardar hasta el final para saber que hemos leído un cuento perteneciente al género macabro. Por más que cuanto en él antecede podría resultar presagioso, y de hecho así resulta, su aire retozón no delata ese final macabro, esa fatídica cita de Víctor con las hijas del Erebo. «La mano», de Arístides Fernández, y «El enviado», de Jesús Abascal, son ante todo cuentos macabros, ajenos a cualquier tipo de humor. «La mano» es la historia de una obsesión sanguinaria hecha realidad; «El enviado», la de un asesinato predestinado. Creo que ningún cuentista cubano ha dicho tanto en tan pocas palabras como Abascal en «El enviado».

Realismo mágico es una terminología derivada de la pintura, originariamente acuñada por el crítico alemán Franz Roh, cuya base conceptual estriba en hacer fantástica la realidad sin deformarla. Un cuento de realismo mágico entremezcla hechos de la realidad exterior, rigurosamente verosímiles, con situaciones completamente fantásticas. De no ser porque en «Viaje a la semilla», el tiempo es revertido, echado a andar del presente hacia el pasado hasta conseguir retrotraer al protagonista a su condición *ab ovo,* todo lo demás está estrictamente acorde con la realidad. El retroceso progresivo en el tiempo es la situación que desenvuelve el cuento, la que aporta el elemento fantástico. En «Conejito Ulán», de Labrador Ruiz, Ulán sale de la cabeza de Maité, como Minerva de la de Júpiter, y a raíz de ese hecho se crean las situaciones fantásticas del cuento dentro del marco de una realidad a la que nada le falta para resultar fehaciente a pies

juntillas. Lógicamente, cada cuento de realismo mágico crea su propia situación fantástica que podrá tener un carácter de absoluta o de relativa irrealidad. Hemos visto que en «Viaje a la semilla» la situación fantástica que se devuelve es de absoluta irrealidad, sencillamente porque no podemos hacer que el tiempo camine hacia atrás, mientras que en «Conejito Ulán», dado que Maité *saca de su cabeza* una superchería que sólo ella cree o que sólo a ella convence, es de relativa irrealidad.

Situaciones fantásticas de relativa irrealidad —en algunos casos más relativas que en otros— sustancian los cuentos restantes que agrupa este acápite. En «El tío», de Leonardo Acosta, lo irreal se lleva bastante más allá que en «Con los ojos cerrados», de Reinaldo Arenas. El niño de «El tío» está convencido de la existencia física de dos difuntos queridos —la abuela y el tío— en tanto que el de «Con los ojos cerrados» recrea precisamente *con los ojos cerrados* una realidad exterior poseedora de un contenido ético contrapuesto a la que él ve *con los ojos abiertos*.

En todos los cuentos del tercer acápite se produce la *pérdida de la identidad* del protagonista. El mío, «Licantropía», el de María Elena Llana, «Nosotras», el de Esther Díaz Llanillo, «Anónimo», y el de César López, «Una señora», de un modo o de otro se valen de lo psicológico para desarrollar sus contextos. Según opina un amigo mío, el niño de «Licantropía» se vuelve lobo para posesionarse de armas con las cuales poder combatir el cerco de agresiones encaminadas a hacerlo inclinar la cerviz o doblegar su espíritu. Quizá tenga razón mi amigo. En todo caso, me parece una interpretación atendible de mi cuento; por eso la consigno aquí. En «Nosotras» la protagonista no se ve obligada a defenderse de nadie más que de sí misma, puesto que la voz burlona de su insinuantemente conminatorio *doppelgänger* cobra vida en dos o tres llamadas telefónicas. Cierto que por fluir el sueño en la vigilia «Nosotras» pudiera hallar cabida en el segundo acápite, pero no es menos cierto que el tema de la pérdida de la identidad define de modo absoluto su contenido. En «Anónimo», de Esther Díaz Llanillo, el *doppelgänger* del protagonista en lugar del teléfono se hace conocer por medio de comunicaciones escritas, de carácter crecientemente ominoso.

Lo horrorífico, que con diferentes ropajes y en diferentes grados se manifiesta en estos tres cuentos, no está presente en «Una señora», de César López, ni tampoco en «El cambio», de Antón Arrufat. A juzgar por las alusiones hechas al comienzo, el personaje que monologa en «Una señora» es una anciana. En el penúltimo párrafo queda aclarado que Alex, el personaje que motiva su monólogo, es un engendro de su imaginación. En el último párrafo el monólogo recomienza, y sabemos que la solitaria y solícita señora, cuya afectuosidad no parece conocer límites, está a punto de bautizar ese nuevo personaje —seguramente idéntico a Alex— que ella acaba de crear. En el curso del monólogo trasciende cómo ella va inventándose otro yo al par que inventa a Alex. Como vemos, se trata de un cuento ingenioso y complejo, al cual no es ajeno lo lúdico. «El cambio» es una hermosa viñeta expresionista en la que, a impulsos de una especie de hechizo, salido de las entretelas de una situación que puede darse en la vida de todos los días, se produce un mutuo traspaso de identidades.

La traducción literal del título del sexto acápite, «TALL STORY», es un dislate en español: *cuento alto*. En inglés tampoco tendría sentido su significado si no hubiera pasado a erigirse en terminología con la que familiarmente se designa *una historia de embustes o enormidades, o de extrema exageración*. Eric Duthie ha editado una antología, que reúne cuarenta y nueve cuentos, publicada en 1959 y dedicada a la memoria de Lord Dunsany —finado en 1957— que se titula *Tall Short Stories*. En su prólogo, Duthie escribe:

Pues, bien, ¿qué puede decirse de estos cuentos? Todos son, desde luego, en algún sentido humorísticos, porque agazapada en su meollo o a ojos vistas, descubrimos alguna grave improbabilidad o algo peor. La mentira deja de asumir expresiones mecanicistas. Abunda la exageración dentro de una gran riqueza de formas...

Pudieran esperarse numerosas similitudes en estos cuentos. Pero en su lugar, se nos da una opulenta diversidad, porque el tall story, *aunque siempre insuflado de humor, invade muchos campos. Puede ser un cuento de aventuras o de viajes, un cuento satírico, detectivesco o de misterio, o un cuento de ciencia ficción.*

La historia del género se remonta a un alemán del siglo dieciocho, Barón Munchausen, a quien Duthie describe como «ese viejo necio y cansón». Según Duthie, «él *tall story* estilo Munchausen es el monólogo interminable de un individuo jactancioso, una cadena de estruendosas mentiras, todas las cuales tienen por objeto hacernos desternillar de la risa». Trae a colación algunos ejemplos sacados de Munchausen: el del forzudo que habiendo levantado un coche sobre la cabeza salva de un salto una zanja de nueve pies de profundidad; el del caballo que es abandonado a saciar su sed ante un abrevadero y que luego, cuando van en su busca, lo encuentran sin grupa y sin patas traseras —como si su cuerpo hubiera sido seccionado en dos mitades— con el agua saliéndole por un extremo a medida que le entra por el otro. «Como lo increíble es la meta que se persigue a cada vuelta —explica Duthie— ningún esfuerzo es realizado por hacer tolerable la mentira. Muy pronto se convierte en lo del pasatiempo del niño de dale que dale a la lata con el pie.» Resumiendo sus juicios sobre el Barón Munchausen, Duthie afirma que no es la exageración en sí lo que disgusta al lector moderno, sino que se haga de lo increíble un fin en sí mismo, como cuando se talan bosques y más bosques para construirle una cuna a *Paul Bunyan*. Por supuesto, Duthie se declara de acuerdo con unas palabras escritas por H. Allen Smith que él cita en su prólogo: «Para mí el personaje más aburrido que hasta ahora ha creado la literatura norteamericana se llama *Paul Bunyan.*»

Es de carácter histórico-crítico la sucinta noticia del *tall story* que antecede porque, tenga o no en su haber la narrativa hispanoamericana muchos o pocos cuentos de tales pelos y señales, yo al menos nada he leído en español que tan siquiera mencione la existencia de ese tipo de cuento. En esta antología me limito a incluir tres ejemplares cubanos del género —tan notables como acabados— independientemente de los otros que pudieran existir y que también debieran ser antologados.

Un cuento puede estar desprovisto de intenciones fantásticas, acatar en esencia las leyes de lo real en literatura, y sin embargo participar de la naturaleza del *stall story*. Ese es el caso de «En la caja del cuerpo», de Onelio Jorge Cardoso. Tiene el humor necesario, además de esa discontinua o vacilante verosimilitud de si éstos o aquellos hechos, dado su carácter extraordinario, pueden ser plausibles o no, de si no ocurren demasiadas exageraciones. Guadalupe, el heroico protagonista del cuento, por su avanzada edad y condiciones físicas, ciertamente deja mucho que desear como hombre de pelo en pecho. El Congo le dice: *—Pues para ser de los que cuentan, te falta medio metro lo menos. Vuélvete que sólo tienes cuerpo para dar recados.* Sin embargo, Guadalupe es un insuperable psicólogo, un hombre que siempre sabrá darse más maña que su adversario, dotado de un temple y de una ecuanimidad que no se arredran ante el peligro, un experto tirador cuya infalible puntería jamás dejará de estar a la disposición de los injuriados y los buenos de este mundo, para no hablar de su incondicional rechazo a todo tipo de soborno, de su perfecta solidaridad humana, de su laboriosidad y entereza de ánimo. Es un raro espécimen de *homo sapiens*, digno de haberse tuteado con

Aquiles o con Wyatt Earp. Todo esto lo consigno *movído* por admiración hacia Guadalupe, hacia esa exigua casta de hombres a la que él pertenece.

«La gran pesquería», de Arnaldo Correa, me parece a mí la obra maestra cubana del género *tall story*, y puede contarse holgadamente entre los mejores, entre los más originales cuentos publicados durante la Revolución. Si se quiere saber lo que es un *tall story* en todos sus pormenores, léase con detenimiento «La gran pesquería». Mientras Correa nos refiere en su cuento una sarta de exageraciones o humoradas, a Virgilio Piñera le basta consumar una sola humorada –el personaje del santón, mudo y gigante, de cincuenta años y heteróclito aspecto infantil– para hacer de «El balcón» un magnífico *tall story*, enmarcado dentro de la sátira social, y de paso ilustrar el fundamento de lo que Bioy Casares deja sentado en otra parte de su prólogo:

Después algunos autores descubrieron la conveniencia de hacer que en un mundo plenamente creíble sucediera un solo hecho increíble; que en vidas consuetudinarias y domésticas, como las del lector, sucediera el fantasma. Por contraste, el efecto resultaba más fuerte. Surge entonces lo que podríamos llamar la tendencia realista en la literatura fantástica (ejemplo: Wells).

La creciente divulgación de la ciencia ficción entre los lectores cubanos, y entre los de Hispanoamérica en general, hace dispensable una indagación o recuento por el estilo del que se ha acometido a propósito del *tall story*. Antes y después de la Revolución, casi todas, si no todas las revistas cubanas importantes, han venido incluyendo en sus páginas cuentos de ciencia ficción. Pero ha sido durante la Revolución que se han impreso obras de ciencia ficción de autores cubanos. En las personas de Oscar Hurtado, poeta y prologuista de larga y comentada actuación en las letras cubanas, y de José Hernández Artigas; narrador admirado por Cortázar, el género tiene a sus verdaderos precursores cubanos, tanto en la esfera divulgadora como en la creadora.

«El planeta negro», de Angel Arango, y «El ángel y el niño», de Miguel Collazo, son cuentos horroríficos. «El planeta negro» me parece un modelo de narración objetiva que no desluciría en una antología internacional de escritores profesionales de ciencia ficción. No es de extrañar que los saturnianos de «El ángel y el niño», como buenos hijos de un planeta que lleva el nombre del dios romano Saturno, que dispensó al mítico rey Jano la virtuosa facultad de poseer dos caras, estén ellos mismos investidos de semejante dualidad, pero, desde luego, en sentido peyorativo. El cuento de Juan Luis Herrero, «No me acaricies, venusino», es truculento y a la vez humorístico. Su anécdota y tono emocional hacen recordar a los muñequitos. Tal vez en ello, no menos que en las carcajadas que me parece capaz de arrancar a un lector de vena humorística alerta, estribe su acierto. Habría que abordar consideraciones que quizá amenacen con tornarse algo extensas para señalar las correspondencias y divergencias entre lo horrorífico y lo macabro. Antes que horrorífico, «Las montañas, los barcos y los ríos del cielo», de Germán Piniella, me parece macabro. La complicidad del niño en la muerte del padre, y la insinuación al final de que a la madre le espera el mismo fin no es por sí sólo lo que hace aflorar lo macabro. Es también el persistente tono macabro del cuento. En «La mano», de Arístides Fernández, el tan ansiado y al fin consumado accidente no produce la muerte del operario de la guillotina. Sin embargo «La mano» suscita en nosotros emociones macabras, esto es, nos imparte su tono macabro. «El pirotécnico Li-Shiao», de Manuel Herera, es un *tall story* de la ciencia ficción como los que sin la menor duda habría escrito Groucho Marx de dedicarse

a escribir ciencia ficción en lugar de actuar en compañía de Harpo y Chico para Hollywood.

Por sus valiosas sugerencias y desinteresados servicios quiero expresar mi gratitud a algunos escritores amigos. Ellos son José Rodríguez Feo, Rolando Arteaga, Armando Alvarez Bravo, Mario Martínez Sobrino y Agenor Martí.

ROGELIO LLOPIS

La Habana, noviembre de 1967.

I

—¿Qué quieres, viejo...?

Varias veces cayó la pregunta de lo alto de los andamios. Pero el viejo no respondía. Andaba de un lugar a otro, fisgoneando, sacándose de la garganta un largo monólogo de frases incomprensibles. Ya habían descendido las tejas, cubriendo los canteros muertos con su mosaico de barro cocido. Arriba, los picos desprendían piedras de mampostería, haciéndolas rodar por canales de madera, con gran revuelo de cales y de yesos. Y por las almenas sucesivas que iban desdentando las murallas aparecían —despojados de su secreto— cielos rasos ovales o cuadrados, cornisas, guirnaldas, dentículos, astrágalos, y papeles encolados que colgaban de los testeros como viejas pieles de serpiente en muda. Presenciando la demolición, una Ceres con la nariz rota y el peplo desvaído, veteado de negro el tocado de mieses, se erguía en el traspatio, sobre

su fuente de mascarones borrosos. Visitados por el sol en horas de sombra, los peces grises del estanque bostezaban en agua musgosa y tibia, mirando con el ojo redondo aquellos obreros, negros sobre claro de cielo, que iban rebajando la altura secular de la casa. El viejo se había sentado, con el cayado apuntalándole la barba, al pie de la estatua. Miraba el subir y bajar de cubos en que viajaban restos apreciables. Oíanse, en sordina, los rumores de la calle mientras, arriba, las poleas concertaban, sobre ritmos de hierro con piedra, sus gorjeos de aves desagradables y pechugonas.

Dieron las cinco. Las cornisas y entablamentos se desplomaron. Sólo quedaron escaleras de mano, preparando el salto del día siguiente. El aire se hizo más fresco, aligerado de sudores, blasfemias, chirridos de cuerdas, ejes que pedían alcuzas y palmadas en torsos pringosos. Para la casa mondada el crepúsculo llegaba más pronto. Se vestía de sombras en horas en que su ya caída balaustrada superior solía regalar a las fachadas algún relumbre de sol. La Ceres apretaba los labios. Por primera vez las habitaciones dormirían sin persianas, abiertas sobre un paisaje de escombros.

Contrariando sus apetencias, varios capiteles yacían entre las hierbas. Las hojas de acanto descubrían su condición vegetal. Una enredadera aventuró sus tentáculos hacia la voluta jónica, atraída por un aire de familia. Cuando cayó la noche, la casa estaba más cerca de la tierra. Un marco de puerta se erguía aún, en lo alto, con tablas de sombra suspendidas de sus bisagras desorientadas.

II

Entonces el negro viejo, que no se había movido, hizo gestos extraños, volteando su cayado sobre un cementerio de baldosas.

Los cuadrados de mármol, blancos y negros, volaron a los pisos, vistiendo la tierra. Las piedras, con saltos certeros, fueron a cerrar los boquetes de las murallas. Hojas de nogal claveteadas se encajaron en sus marcos, mientras los tornillos de las charnelas volvían a hundirse en sus hoyos, con rápida rotación. En los canteros muertos, levantadas por el esfuerzo de las flores, las tejas juntaron sus fragmentos, alzando un sonoro torbellino de barro, para caer en lluvia sobre la armadura del techo. La casa creció, traída nuevamente a sus proporciones habituales, pudorosa y vestida. La Ceres fue menos gris. Hubo más peces en la fuente. Y el murmullo del agua llamó begonias olvidadas.

El viejo introdujo una llave en la cerradura de la puerta principal, y comenzó a abrir ventanas. Sus tacones sonaban a hueco. Cuando encendió los velones, un estremecimiento amarillo corrió por el óleo de los retratos de familia, y gentes vestidas de negro murmuraron en todas las galerías, al compás de cucharas movidas en jícaras de chocolate.

Don Marcial, Marqués de Capellanías, yacía en su lecho de muerte, el pecho acorazado de medallas, escoltado por cuatro cirios con largas barbas de cera derretida.

III

Los cirios crecieron lentamente, perdiendo sudores. Cuando recobraron su tamaño, los apagó la monja apartando una lumbre. Las mechas blanquearon, arrojando el pabilo. La casa se vació de visitantes y los carruajes partieron en la noche. Don Marcial pulsó un teclado invisible y abrió los ojos.

Confusas y revueltas, las vigas del techo se iban colocando en su lugar. Los pomos de medicina, las borlas de damasco, el escapulario de la cabecera, los daguerrotipos, las palmas de la reja, salieron de sus nieblas. Cuando el

médico movió la cabeza con desconsuelo profesional, el enfermo se sintió mejor. Durmió algunas horas y despertó bajo la mirada negra y cejuda del Padre Anastasio. De franca, detallada, poblada de pecados, la confesión se hizo reticente, penosa, llena de escondrijos. ¿Y qué derecho tenía, en el fondo, aquel carmelita, a entrometerse en su vida? Don Marcial se encontró, de pronto, tirado en medio del aposento. Aligerado de un peso en las sienes, se levantó con sorprendente celeridad. La mujer desnuda que se desperezaba sobre el brocado del lecho buscó enaguas y corpiños, llevándose, poco después, sus rumones de seda estrujada y su perfume. Abajo, en el coche cerrado, cubriendo tachuelas del asiento, había un sobre con monedas de oro.

Don Marcial no se sentía bien. Al arreglarse la corbata frente a la luna de la consola se vio congestionado. Bajó al despacho donde lo esperaban hombres de justicia, abogados y escribientes, para disponer la venta pública de la casa. Todo había sido inútil. Sus pertenencias se irían a manos del mejor postor, al compás de martillo golpeando una tabla. Saludó y le dejaron solo. Pensaba en los misterios de la letra escrita, en esas hebras negras que se enlazan y desenlazan sobre anchas hojas afiligranadas de balanzas, enlazando y desenlazando compromisos, juramentos, alianzas, testimonios, declaraciones, apellidos, títulos, fechas, tierras, árboles y piedras; maraña de hilos, sacada del tintero, en que se enredaban las piernas del hombre, vedándole caminos desestimados por la Ley; cordón al cuello, que apretaba su sordina al percibir el sonido temible de las palabras en libertad. Su firma lo había traicionado, yendo a complicarse en nudo y enredos de legajos. Atado por ella, el hombre de carne se hacía hombre de papel.

Era el amanecer. El reloj del comedor acaba de dar las seis de la tarde.

IV

Transcurrieron meses de luto, ensombrecidos por un remordimiento cada vez mayor. Al principio, la idea de traer una mujer a aquel aposento se le hacía casi razonable. Pero, poco a poco, las apetencias de un cuerpo nuevo fueron desplazadas por escrúpulos crecientes, que llegaron al flagelo. Cierta noche, Don Marcial se ensangrentó las carnes con una correa, sintiendo luego un deseo mayor, pero de corta duración. Fue entonces cuando la Marquesa volvió, una tarde, de su paseo a las orillas del Almendares. Los caballos de la calesa no traían en las crines más humedad que la del propio sudor. Pero, durante todo el resto del día, dispararon coces a las tablas de la cuadra, irritados, al parecer, por la inmovilidad de nubes bajas.

Al crepúsculo, una tinaja llena de agua se rompió en el baño de la Marquesa. Luego, las lluvias de mayo rebosaron el estanque. Y aquella negra vieja, con tacha de cimarrona y palomas debajo de la cama, que andaba por el patio murmurando: «¡Desconfía de los ríos, niña; desconfía de lo verde que corre!» No había día en que el agua no revelara su presencia. Pero esa presencia acabó por no ser más que una jícara derramada sobre vestido traído de París, al regreso del baile aniversario dado por el Capitán General de la Colonia.

Reaparecieron muchos parientes. Volvieron muchos amigos. Ya brillaban, muy claras, las arañas del gran salón. Las grietas de la fachada se iban cerrando. El piano regresó al clavicordio. Las palmas perdían anillos. Las enredaderas soltaban la primera cornisa. Blanquearon las ojeras de la Ceres y los capiteles parecieron recién tallados. Más fogoso, Marcial solía pasarse tardes enteras abrazando a la Marquesa. Borrábanse patas de gallina, ceños y papadas, y las carnes tornaban a su dureza. Un día un olor de pintura fresca llenó la casa.

V

Los rubores eran sinceros. Cada noche se abrían un poco más las hojas de los biombos, las faldas caían en rincones menos alumbrados y eran nuevas barreras de encajes. Al fin la Marquesa sopló las lámparas. Sólo él habló en la oscuridad.

Partieron para el ingenio, en gran tren de calesas —relumbrante de grupas alazanas, bocados de plata y charoles al sol. Pero, a la sombra de las flores de Pascuas que enrojecían el soportal interior de la vivienda, advirtieron que se conocían apenas. Marcial autorizó danzas y tambores de Nación, para distraerse un poco en aquellos días olientes a perfumes de Colonia, baños de benjuí, cabelleras esparcidas, y sábanas sacadas de armarios que, al abrirse, dejaban caer sobre las losas un mazo de vetiver. El vaho del guarapo giraba en la brisa con el toque de oración. Volando bajo, las auras anunciaban lluvias reticentes, cuyas primeras gotas, anchas y sonoras, eran sorbidas por tejas tan secas que tenían diapasón de cobre. Después de un amanecer alargado por un abrazo deslucido, aliviados de desconciertos y cerrada la herida, ambos regresaron a la ciudad. La Marquesa trocó su vestido de viaje por un traje de novia, y, como era costumbre, los esposos fueron a la iglesia para recobrar su libertad. Se devolvieron presentes a parientes y amigos, y, con revuelo de bronces y alardes de jaeces, cada cual tomó la calle de su morada. Marcial siguió visitando a María de las Mercedes por algún tiempo, hasta el día en que los anillos fueron llevados al taller del orfebre para ser desgrabados. Comenzaba, para Marcial, una vida nueva. En la casa de altas rejas, la Ceres fue sustituida por una Venus italiana, y los mascarones de la fuente adelantaron casi imperceptiblemente el relieve, al ver todavía encendidas, pintada ya el alba, las luces de los velones.

VI

Una noche, después de mucho beber y marearse con tufos de tabaco frío, dejados por sus amigos, Marcial tuvo la sensación extraña de que los relojes de la casa daban las cinco, luego las cuatro y media, luego las cuatro, luego las tres y media... Era como la percepción remota de otras posibilidades. Como cuando se piensa, en enervamiento de vigilia, que puede andarse sobre el cielo raso con el piso por cielo raso, entre muebles firmemente asentados entre las vigas del techo. Fue una impresión fugaz, que no dejó la menor huella en su espíritu, poco llevado, ahora, a la meditación.

Y hubo un gran sarao, en el salón de música, el día en que alcanzó la minoría de edad. Estaba alegre, al pensar que su firma había dejado de tener un valor legal, y que los registros y escribanías, con sus polillas, se borraban de su mundo. Llegaba al punto en que los tribunales dejan de ser temibles para quienes tienen una carne desestimada por los códigos. Luego de achisparse con vinos generosos, los jóvenes descolgaron de la pared una guitarra incrustada de nácar, un salterio y un serpentón. Alguien dio cuerda al reloj que tocaba la Tirolesa de las Vacas y la Balada de los Lagos de Escocia. Otro embocó un cuerno de caza que dormía, enroscado en su cobre, sobre los fieltros encarnados de la vitrina, al lado de la flauta traversera traída de Aranjuez. Marcial, que estaba requebrando atrevidamente a la de Campoflorido, se sumó al guirigay, buscando en el teclado, sobre bajos falsos, la melodía del Trípili-Trápala. Y subieron todos al desván, de pronto, recordando que allá, bajo vigas que iban recobrando el repello, se guardaban los trajes y libreas de la Casa de Capellanías. En entrepaños escarchados de alcanfor descansaban los vestidos de corte, un espadín de Embajador, varias guerreras emplastronadas, el manto de un Príncipe de la Iglesia, y largas casacas, con botones

de damasco y difuminos de humedad en los pliegues. Matizáronse las penumbras con tintas de amaranto, miriñaques amarillos, túnicas marchitas y flores de terciopelo. Un traje de chispero con redecilla de borlas, nacido en una mascarada de carnaval, levantó aplausos. La de Campoflorido redondeó los hombros empolvados bajo un rebozo de color de carne criolla, que sirviera a cierta abuela, en noche de grandes decisiones familiares, para avivar los amansados fuegos de un rico Síndico de Clarisas.

Disfrazados regresaron los jóvenes al salón de música. Tocado con un tricornio de regidor, Marcial pegó tres bastonazos en el piso, y se dio comienzo a la danza de la valse, que las madres hallaban terriblemente impropio de señoritas, con eso de dejarse enlazar por la cintura, recibiendo manos de hombre sobre las ballenas del corset que todas se habían hecho según el reciente patrón de «El Jardín de las Modas». Las puertas se oscurecieron de fámulas, cuadrerizos, sirvientes, que venían de sus lejanas dependencias y de los entresuelos sofocantes, para admirarse ante fiesta de tanto alboroto. Luego, se jugó a la gallina ciega y al escondite. Marcial, oculto con la de Campoflorido detrás de un biombo chino, le estampó un beso en la nuca, recibiendo en respuesta un pañuelo perfumado, cuyos encajes de Bruselas guardaban suaves tibiezas de escote. Y cuando las muchachas se alejaron en las luces del crepúsculo, hacia las atalayas y torreones que se pintaban en grisnegro sobre el mar, los mozos fueron a la Casa de Baile, donde tan sabrosamente se contoneaban las mulatas de grandes ajorcas, sin perder nunca —así fuera de movida una guaracha— sus zapatillas de alto tacón. Y como se estaba en carnavales, los del Cabildo Arará Tres Ojos levantaban un trueno de tambores tras de la pared medianera, en un patio sembrado de granados. Subidos en mesas y taburetes, Marcial y sus amigos alabaron el garbo de una negra de pasas entrecanas, que volvía a ser hermosa, casi deseable, cuando miraba por sobre el hombro, bailando con altivo mohín de reto.

VII

Las visitas de Don Abundio, notario y albacea de la familia, eran más frecuentes. Se sentaba gravemente a la cabecera de la cama de Marcial, dejando caer al suelo su bastón de ácana para despertarlo antes de tiempo. Al abrirse, los ojos tropezaban con una levita de alpaca, cubierta de caspa, cuyas mangas lustrosas recogían títulos y rentas. Al fin sólo quedó una pensión razonable, calculada para poner coto a toda locura. Fue entonces cuando Marcial quiso ingresar en el Real Seminario de San Carlos.

Después de mediocres exámenes, frecuentó los claustros, comprendiendo cada vez menos las explicaciones de los dómines. El mundo de las ideas se iba despoblando. Lo que había sido, al principio, una ecuménica asamblea de peplos, jubones, golas y pelucas, controversistas y ergotantes cobraba la inmovilidad de un museo de figuras de cera. Marcial se contentaba ahora con una exposición escolástica de los sistemas, aceptando por bueno lo que se dijera en cualquier texto: «León», «Avestruz», «Ballena», «Jaguar»; leíase sobre los grabados en cobre de la Historia Natural. Del mismo modo, «Aristóteles», «Santo Tomás», «Bacon», «Descartes» encabezaban páginas negras, en que se catalogaban aburridamente las interpretaciones del universo, al margen de una capitular espesa. Poco a poco, Marcial dejó de estudiarlas, encontrándose librado de un gran peso. Su mente se hizo alegre y ligera, admitiendo tan solo un concepto instintivo de las cosas. ¿Para qué pensar en el prisma, cuando la luz clara de invierno daba mayores detalles a las fortalezas del puerto? Una manzana que cae del árbol sólo es incitación para los dientes. Un pie en una bañadera

no pasa de ser un *pie* en una bañadera. El día que abandonó el Seminario, *olvidó los* libros. El gnomon recobró su categoría de duende; el espectro fue sinónimo de fantasma; el octandro era bicho acorazado, con púas en el lomo.

Varias veces, andando pronto, inquieto el corazón, había ido a visitar a las mujeres que cuchicheaban, detrás de puertas azules, al pie de las murallas. El recuerdo de la que llevaba zapatillas bordas y hojas de albahaca en la oreja lo perseguía, en tardes de calor como un dolor de muelas. Pero, un día, la cólera y las amenazas de un confesor le hicieron llorar de espanto. Cayó por última vez en las sábanas del infierno, renunciando para siempre a sus rodeos por calles poco concurridas, a sus cobardías de última hora que le hacían regresar con rabia a su casa, luego de dejar a sus espaldas cierta acera rajada —señal, cuando andaba con la vista baja, de la media vuelta que debía darse para hollar el umbral de los perfumes.

Ahora vivía su crisis mística, poblada de detentes, corderos pascuales, palomas de porcelana, Vírgenes de manto azul celeste, estrellas de papel dorado, Reyes Magos, ángeles con alas de cisne, el Asno, el Buey, y un terrible San Dionisio que se le aparecía en sueños, con un gran vacío entre los hombros y el andar vacilante de quien busca un objeto perdido. Tropezaba con la cama y Marcial despertaba sobresaltado, echando mano al rosario de cuentas sordas. Las mechas, en sus pocillos de aceite, daban luz triste a imágenes que recobraban su color primero.

VIII

Los muebles crecían. Se hacía más difícil sostener los antebrazos sobre el borde de la mesa del comedor. Los armarios de cornisas labradas ensanchaban el frontis.

Alargando el torso, los moros de la escalera acercaban sus antorchas a los balaustres del rellano. Las butacas eran más hondas y los sillones de mecedora tenían tendencia a irse para atrás. No había ya que doblar las piernas al recostarse en el fondó de la bañadera con anillas de mármol.

Una mañana en que leía un libro licencioso, Marcial tuvo ganas, súbitamente, de jugar con los soldados de plomo que dormían en su cajas de madera. Volvió a ocultar el tomo bajo la jofaina del lavabo, y abrió una gaveta sellada por las telarañas. La mesa de estudio era demasiado exigua para dar cabida a tanta gente. Por ello, Marcial se sentó en el piso. Dispuso los granaderos por filas de ocho. Luego, los oficiales a caballo, rodeando al abanderado. Detrás, los artilleros, con sus cañones, escobillones y botafuegos. Cerrando la marcha, pífanos y timbales, con escolta de redoblantes. Los morteros estaban dotados de un resorte que permitía lanzar bolas de vidrio a más de un metro de distancia.

—¡Pum...! ¡Pum...! ¡Pum...!

Caían caballos, caían abanderados, caían tambores. Hubo de ser llamado tres veces por el negro Eligio, para decidirse a lavarse las manos y bajar al comedor.

Desde ese día, Marcial conservó el hábito de sentarse en el enlosado. Cuando percibió las ventajas de esa costumbre, se sorprendió por no haberlo pensado antes. Afectas al terciopelo de los cojines, las personas mayores sudan demasiado. Algunas huelen a notario —como Don Abundio— por no conocer, con el cuerpo echado, la frialdad del mármol en todo tiempo. Sólo desde el suelo pueden abarcarse totalmente los ángulos y perspectivas de una habitación. Hay bellezas de la madera, misteriosos caminos de insectos, rincones de sombra, que se ignoran a altura de hombre. Cuando llovía, Marcial se ocultaba debajo del clavicordio. Cada trueno hacía temblar la caja de resonancia, poniendo todas las notas a cantar.

Del cielo caían los rayos para construir aquella bóveda de calderones —órgano, pinar al viento, mandolina de grillos.

IX

Aquella mañana lo encerraron en su cuarto. Oyó murmullos en toda la casa y el almuerzo que le sirvieron fue demasiado suculento para un día de semana. Había seis pasteles de la confitería de la Alameda —cuando sólo dos podían comerse, los domingos, después de misa. Se entretuvo mirando estampas de viaje, hasta que el abejeo creciente, entrando por debajo de las puertas, le hizo mirar entre persianas. Llegaban hombres vestidos de negro, portando una caja con agarraderas de bronce. Tuvo ganas de llorar, pero en ese momento apareció el calesero Melchor, luciendo sonrisa de dientes en lo alto de sus botas sonoras. Comenzaron a jugar al ajedrez. Melchor era caballo. Él, era Rey. Tomando las losas del piso por tablero, podía avanzar de una en una, mientras Melchor debía saltar una de frente y dos de lado, o viceversa. El juego se prolongó hasta más allá del crepúsculo, cuando pasaron los Bomberos del Comercio.

Al levantarse, fue a besar la mano de su padre que yacía en su cama de enfermo. El Marqués se sentía mejor, y habló a su hijo con el empaque y los ejemplos usuales. Los «Sí, padre», y los «No, padre», se encajaban entre cuenta y cuenta del rosario de preguntas, como las respuestas del ayudante de una misa. Marcial respetaba al Marqués, pero era por razones que nadie hubiera acertado a suponer. Lo respetaba porque era de elevada estatura y salía, en noches de baile, con el pecho rutilante de condecoraciones; porque le envidiaba el sable y los entorchados de oficial de milicias; porque, en Pascuas, había comido un pavo entero, relleno de almendras y pasas, ganando una apuesta; porque, cierta vez, sin duda con el ánimo de azotarla, agarró a una de las mulatas que barrían la rotonda, llevándola en brazos a su habitación.

Marcial, oculto detrás de una cortina, la vio salir poco después llorosa y desabrochada, alegrándose del castigo, pues era la que siempre vaciaba las fuentes de compota devueltas a la alacena.

El padre era un ser terrible y magnánimo al que debía amarse después de Dios. Para Marcial era más Dios que Dios, porque sus dones eran cotidianos y tangibles. Pero prefería el Dios del cielo, porque fastidiaba menos.

X

Cuando los muebles crecieron un poco más y Marcial supo como nadie lo que había debajo de las camas, armarios y vargueños, ocultó a todos un gran secreto: la vida no tenía encanto fuera de la presencia del calesero Melchor. Ni Dios, ni su padre, ni el obispo dorado de las procesiones del Corpus, eran tan importantes como Melchor.

Melchor venía de muy lejos. Era nieto de príncipes vencidos. En su reino había elefantes, hipopótamos, tigres y jirafas. Ahí los hombres no trabajaban, como Don Abundio, en habitaciones oscuras, llenas de legajos. Vivían de ser más astutos que los animales. Uno de ellos sacó el gran cocodrilo del lago azul, ensartándolo con una pica oculta en los cuerpos apretados de doce ocas asadas. Melchor sabía canciones fáciles de aprender, porque las palabras no tenían significado y se repetían mucho. Robaba dulces en las cocinas; se escapaba, de noche, por la puerta de los corredizos, y, cierta vez, había apedreado a los de la guardia civil, desapareciendo luego en las sombras de la calle de la Amargura.

En días de lluvia, sus botas se ponían a secar junto al fogón de la cocina. Marcial hubiese querido tener pies que llenaran tales botas. La derecha se llamaba *Calambín*. La izquierda, *Calambán*. Aquel hombre que dominaba

los caballos cerreros con solo encajarles dos dedos en los belfos; aquel señor de terciopelos y espuelas, que lucía chisteras tan altas, sabía también lo fresco que era un suelo de mármol en verano, y ocultaba debajo de los muebles una fruta o un pastel arrebatados a las bandejas destinadas al Gran Salón. Marcial y Melchor tenían en común un depósito secreto de grageas y almendras, que llamaban el «Urí,. urí urá», con entendidas carcajadas. Ambos habían explorado la casa de arriba abajo, siendo los únicos en saber que existía un pequeño sótano lleno de frascos holandeses, debajo de las cuadras, y que en desván inútil, encima de los cuartos de criadas, doce mariposas polvorientas acababan de perder las alas en caja de cristales rotos.

XI

Cuando Marcial adquirió el hábito de romper cosas, olvidó a Melchor para acercarse a los perros. Había varios en la casa. El atigrado grande; el podenco que arrastraba las tetas; el galgo, demasiado viejo para jugar; el lanudo que los demás perseguían en épocas determinadas, y que las camareras tenían que encerrar.

Marcial prefería a Canelo porque sacaba zapatos de las habitaciones y desenterraba los rosales del patio. Siempre negro de carbón o cubierto de tierra roja, devoraba la comida de los demás, chillaba sin motivo, y ocultaba huesos robados al pie de la fuente. De vez en cuando, también, vaciaba un huevo acabado de poner, arrojando la gallina al aire con brusco palancazo del hocico. Todos daban de patadas al Canelo. Pero Marcial se enfermaba cuando se lo llevaban. Y el perro volvía triunfante, moviendo la cola, después de haber sido abandonado más allá de la casa de Beneficencia, recobrando un puesto que los demás, con sus habilidades en la caza o desvelos en la guardia, nunca ocuparían.

Canelo y Marcial orinaban juntos. A veces escogían la alfombra persa del salón, para dibujar en su lana formas de nubes pardas que se ensanchaban lentamente. Eso costaba castigo de cintarazos. Pero los cintarazos no dolían tanto como creían las personas mayores. Resultaban, en cambio, pretexto admirable para armar concertantes de aullidos, y provocar la compasión de los vecinos. Cuando la bizca del tejadillo calificaba a su padre de «bárbaro», Marcial miraba a Canelo, riendo con los ojos. Lloraban un poco más, para ganarse un bizcocho, y todo quedaba olvidado. Ambos comían tierra, se revolcaban al sol, bebían en la fuente de los peces, buscaban sombra y perfume al pie de las albahacas. En horas de calor, los canteros húmedos se llenaban de gente. Ahí estaba la gansa gris, con bolsa colgante entre las patas zambas; el gallo viejo del culo pelado; la lagartija que decía «urí, urá», sacándose del cuello una corbata rosada; el triste jubo, nacido en ciudad sin hembras; el ratón que tapiaba su agujero con una semilla de carey. Un día, señalaron el perro a Marcial.

—¡Guau, guau!— dijo.

Hablaba su propio idioma. Había logrado la suprema libertad. Ya quería alcanzar, con sus manos, objetos que estaban fuera del alcance de sus manos.

XII

Hambre, sed, calor, dolor, frío. Apenas Marcial redujo su percepción a la de estas realidades esenciales, renunció a la luz que ya le era accesoria. Ignoraba su nombre. Retirado el bautismo, con su sal desagradable, no quiso ya el olfato, ni el oído, ni siquiera la vista. Sus manos rozaban formas placenteras. Era un ser totalmente sensible y táctil. El universo le entraba por todos los poros. Entonces cerró los ojos que sólo divisaban gi-

gantes nebulosos y penetró en un cuerpo caliente, húmedo, lleno de tinieblas, que moría. El cuerpo, al sentirlo arrebozado con su propia sustancia, resbaló hacia la vida.

Pero ahora el tiempo corrió más pronto, adelgazando sus últimas horas. Los minutos sonaban a glissando de naipes bajo el pulgar de un jugador.

Las aves volvieron al huevo en torbellino de plumas. Los peces cuajaron la hueva, dejando una nevada de escamas en el fondo del estanque. Las palmas doblaron las pencas, desapareciendo en la tierra como abanicos cerrados. Los tallos sorbían sus hojas y el suelo tiraba de todo lo que le perteneciera. El trueno retumbaba en los corredores. Crecían pelos en la gamuza de los guantes. Las mantas de lana se destejían, redondeando el vellón de carneros distantes. Los armarios, los vargueños, las camas, los crucifijos, las mesas, las persianas, salieron volando en la noche, buscando sus antiguas raíces al pie de las selvas. Todo lo que tuviera clavos se desmoronaba. Un bergantín, anclado no se sabía dónde, llevó presurosamente a Italia los mármoles del piso y de la fuente. Las panoplias, los herrajes, las llaves, las cazuelas de cobre, los bocados de las cuadras, se derretían, engrosando un río de metal que galerías sin techo canalizaban hacia la tierra. Todo se metamorfoseaba, regresando a la condición primera. El barro volvió al barro, dejando un yermo en lugar de la casa.

XIII

Cuando los obreros vinieron con el día para proseguir la demolición, encontraron el trabajo acabado. Alguien se había llevado la estatua de Ceres, vendida la víspera a un anticuario. Después de quejarse al Sindicato, los hombres fueron a sentarse en los bancos de un parque municipal. Uno recordó entonces la historia, muy difu-

minada, de una Marquesa de Capellanías, ahogada, en tarde de mayo, entre las malangas del Almendares. Pero nadie prestaba atención al relato, porque el sol viajaba de oriente a occidente, y las horas que crecen a la derecha de los relojes deben alargarse por la pereza, ya que son las que más seguramente llevan a la muerte.

REINALDO ARENAS • CON LOS OJOS CERRADOS • REINALDO ARENAS • CON LOS OJOS CERRADOS • REINALDO ARENAS • CON LOS OJOS CERRADOS

A

A usted sí se lo voy a decir, porque sé que si se lo cuento a usted no se me va a reír en la cara ni me va a regañar. Pero a mi madre no. A mamá no le diré nada, porque de hacerlo no dejaría de pelearme y de regañarme. Y, aunque es casi seguro que ella tendría toda la razón, no quiero oír ningún consejo ni advertencia. Porque no me gustan los consejos ni las advertencias.

Por eso. Porque sé que usted no me va a decir nada, se lo digo todo.

Ya que solamente tengo ocho años voy todos los días a la escuela. Y aquí empieza la tragedia pues debo levantarme bien temprano —cuando el pimeo que me regaló la tía Grande Ángela sólo ha dado dos voces— ya que la escuela está bastante lejos.

A eso de las seis de la mañana empieza mamá a pelearme para que me levante y ya a las siete estoy sentado en la cama y estrujándome los ojos. Entonces todo lo demás tengo que hacerlo corriendo: ponerme la ròpa corriendo, llegar corriendo hasta la escuela y entrar corriendo en la fila pues ya han tocado el timbre y la maestra está parada en la puerta.

Pero ayer fue diferente ya que la tía Grande Ángela debía irse para Oriente y tenía que coger el tren antes de las siete. Y se formó un alboroto enorme en la casa pues todos los vecinos vinieron a despedirla y mamá se puso tan nerviosa que se le cayó la olla llena de agua hirviendo en el piso cuando iba a echar el agua en el colador para hacer el café, y se le quemó un pie.

Con aquel escándalo tan insoportable no me quedó más remedio que despertarme. Y ya que estaba despierto pues me decidí a levantarme.

La tía Grande Ángela, después de muchos besos y abrazos, pudo marcharse. Y yo salí enseguida para la escuela a pesar de que todavía era bastante temprano.

Hoy no tengo que ir corriendo, me dije casi sonriente. Y eché a andar bastante despacio por cierto. Y cuando fui a cruzar la calle me tropecé con un gato que estaba acostado en el contén de la acera. Vaya lugar que escogiste para dormir, le dije y lo toqué con la punta del pie, pero no se movió. Entonces me agaché junto a él y pude comprobar que estaba muerto. El pobre —dije—, seguramente lo arrolló alguna máquina y alguien lo tiró en ese rincón para que no lo siguieran aplastando. Qué lástima, porque es un gato grande y de color amarillo que seguramente no tendría ningunos deseos de morirse. Pero bueno: ya no tiene remedio. Y seguí andando.

Como todavía era temprano me llegué hasta la dulcería que aunque está un poco lejos de la escuela, hay siempre dulces frescos y sabrosos. En esta dulcería hay también dos viejitas paradas a la entrada con una jaba cada una y las manos extendidas, pidiendo limosnas... Un día yo le di un medio a cada una y las dos me dijeron al mismo tiempo: «Dios te haga un santo». Eso me me dio mucha risa y cogí y volví a poner otros dos me-

dios entre aquellas dos manitas tan arrugadas y pecosas. y ellas volvieron a repetir «Dios te haga un santo», pero ya no tenía tantas ganas de reírme. Y desde entonces, cada vez que paso por allí, ellas me miran con sus caras de pasas pícaras y no me queda más remedio que darles un medio a cada una... Pero ayer sí que no podía dar nada, ya que hasta la peseta de la merienda la gasté en tortas de chocolate. Y por eso salí por la puerta de atrás, para que las viejitas no me vieran.

Ya sólo me faltaba cruzar el puente, caminar dos cuadras y llegar a la escuela.

En el puente me paré un momento porque sentí una algarabía enorme allá abajo, en la orilla del río. Me arreguindé de la baranda y miré: un coro de muchachos de todos los tamaños tenía acorralada a una rata de agua en un rincón y la acosaban entre gritos y pedradas. La rata corría de un extremo a otro del rincón, pero no tenía escapatoria y soltaba unos chillidos estrechos y desesperados. Por fin uno de los muchachos cogió una vara de bambú y golpeó con fuerza sobre el lomo de la rata, reventándola. Entonces todos los demás corrieron hasta donde estaba el animal y tomándolo entre saltos de entusiasmo y gritos de triunfos, la arrojaron hasta el centro del río. pero la rata muerta no se hundió y siguió flotando bocarriba hasta perderse en la corriente.

Los muchachos se fueron con la algarabía hasta otro rincón del río. Y yo también eché a andar.

«Caramba», me dije, que fácil es caminar sobre el puente. Se puede hacer hasta con los ojos cerrados pues a un lado tenemos las rejas que no lo dejan a uno caer en el agua, y del otro, el contén de las aceras que nos avisan antes de que pisemos la calle. Y para comprobarlo cerré los ojos y seguí caminando. Al principio me sujetaba con una mano en la baranda del puente, pero luego ya no fue necesario. Y seguí caminando con los ojos cerrados. Y no se lo vaya usted a decir a mi madre,

pero con los ojos cerrados uno ve muchas cosas, y hasta mejor que si los lleváramos abiertos... Lo primero que vi fue una gran nube amarillenta que brillaba unas veces más fuerte que otras igual que el sol cuando se va cayendo entre los árboles. Entonces apreté los párpados bien duros y la nube rojiza se volvió de color azul. Pero no solamente azul, sino verde. Verde y morada. Morada brillante como si fuese un arcoiris de esos que salen cuando ha llovido mucho y la tierra está casi ahogada de tanta agua que le ha caído arriba.

Y con los ojos cerrados me puse a pensar en las calles y en las cosas; sin dejar de andar. Y vi a mi tía Grande Ángela saliendo de la casa. Pero no con el vestido de bolas rojas que es el que siempre se pone cuando va para Oriente, sino con un vestido largo y blanco. Y de tan alta que es, parecía un palo de teléfono envuelto en una sábana. Pero se veía bien.

Y seguí andando. Y me tropecé de nuevo con el gato en el contén. Pero esta vez, cuando lo rocé con la punta del pie, dio un salto y salió corriendo. Salió corriendo el gato amarillo brillante porque estaba vivo y se asustó cuando lo desperté. Y yo me reí muchísimo cuando lo vi desaparecer desmandado y con el lomo erizado que parecía que iba a soltar chispas.

Y seguí caminando, con los ojos, desde luego bien cerrados. Y así fue como llegué de nuevo a la dulcería. Pero como no podía comprarme ningún dulce pues ya me había gastado hasta la última peseta de la merienda, me conformé con mirarlos a través de la vidriera. Y estaba así, mirándolos, cuando oigo dos voces detrás del mostrador que me dicen: «¿No quieres comerte algún dulce?». Y cuando alcé la cabeza vi con sorpresa que las dependientas eran las dos viejecitas que siempre estaban pidiendo limosnas a la entrada de la dulcería. Y no supe que decir. Pero ellas parece que adivinaron mis deseos y sacaron, sonrientes, una torta grande y casi

colorada hecha de chocolate y almendras. Y me la pusieron en las manos.

Y yo me volví loco de alegría con aquella torta grande. Y salí a la calle.

Cuando iba por el puente con la torta entre las manos, oí de nuevo el escándalo de los muchachos. Y con los ojos cerrados me asomé por la baranda del puente y los vi allá abajo, nadando apresurados hasta el centro del río para salvar a una rata de agua pues, la pobre, parece que estaba enferma y no podía nadar.

Y los muchachos sacaron a la rata del agua y la depositaron temblorosa sobre una piedra del arenal para que se oreara con el sol. Entonces los fui a llamar para que vinieran hasta donde yo estaba y comernos todos juntos la torta de chocolate, pues, después de todo, yo solo no iba a poderme comer aquella torta tan grande.

Palabra que los iba a llamar. Y hasta levanté las manos con la torta y todo encima para que la vieran y no fueran a creer que era mentira lo que les iba a decir, y vinieran corriendo. Pero entonces, «push», me pasó el camión casi por arriba en medio de la calle que era donde, sin darme cuenta, me había parado.

Y aquí me ve usted: con las piernas blancas por el esparadrapo y el yeso. Tan blancas como las paredes de este cuarto donde sólo entran mujeres vestidas de blanco para darme un pinchazo o una pastilla desde luego, blanca.

Y no crea que lo que le he contado es mentira. No vaya a pensar que porque tengo un poco de fiebre y a cada rato me quejo del dolor en las piernas, estoy diciendo mentiras, porque no es así. Y si usted quiere comprobar si fue verdad, vaya al puente: que seguramente debe estar todavía, toda desparramada sobre el asfalto, la torta grande y casi colorada hecha de chocolate y almendras que me regalaron sonrientes las dos viejecitas de la dulcería.

LEONARDO ACOSTA • EL TIO • LEONARDO ACOSTA • EL TIO • LEONARDO ACOSTA • EL TIO • LEONARDO ACOSTA • EL TIO • LEONARDO ACOSTA • EL

Obviamente, mi tío no estaba en la casa. De todos modos, para cerciorarme, salí de mi habitación varias veces, lo más silenciosamente posible, y registré todos los rincones de la sala. No cabía duda, él no estaba. Pero eso no bastaba, pues recuerdo que lo mismo pasó ayer y antes de ayer, miles de veces, y luego se aparecía y me decía: «¿Por qué fuiste a comprar cigarros a la esquina, si yo tenía? No me digas que no los viste, porque me registraste la gaveta... ¿Qué le encuentras al cuadro ese de los jugadores de cartas, que te pasaste toda la tarde mirándolo? No es tan bueno... Te has pasado la tarde tosiendo, ¡toma este jarabe!... ¿Qué estuviste escribiendo tanto rato? Aunque me digas que me parezco a tu abuela, te recomiendo que no leas en ese lugar con tan mala luz».

Yo me preguntaba cómo sabía todo eso, porque una cosa es que viera las huellas de mis acciones —un objeto cambiado de lugar, un rastro cualquiera aquí o allá— y

otra que me viera inclinado horas enteras sobre mi mesa de trabajo y supiera, por ejemplo, que dejé de escribir a las cuatro y a esa hora me preparé un café con leche, o que había permanecido una hora entera, sin cambiar de posición, mirando por la ventana, generalmente para observar todos los movimientos en el quiosco de Pepe, donde iban y venían las gentes del barrio, y se quedaban únicamente los tres o cuatro borrachos habituales, alargando sus tragos con las conversaciones que me sabía de memoria, mientras Pepe, detrás del mostrador, los contemplaba —y acaso hasta escuchaba— en una especie de trance o de estado beatífico. A veces dejaba mi rincón junto a la ventana o mi mesa de trabajo para ir hasta el quiosco, cuando ya no molestaba el sol y empezaba a oscurecer, aunque siempre con la idea de que tampoco me cogiera la noche, para no encontrarme al tío sentado en el butacón de la sala mirándome con gesto burlón cuando yo abría la puerta, para luego repetirme punto por punto mis movimientos de esa tarde. Prefería que apareciera simplemente desde cualquier lado del interior de la casa, sin coartada alguna, sin la posibilidad de que hubiera entrado mientras yo estaba en el quiosco, a unos treinta metros de la reja de nuestro jardín. Es cierto que en este caso tendría que haber entrado por la ventana de la cocina —acceso bastante difícil por cierto—, pues desde mi puesto de observación en el quiosco vigilaba la entrada del jardín y era imposible que mi tío pasara por allí sin que yo lo viera. En cuanto al acceso de la cocina, se trataba de una ventana a una altura normal, pero nuestra casa tenía una peculiaridad: que estaba como elevada sobre un pequeño montículo, de tal forma que para entrar a la sala había que subir unos siete escalones desde el jardín, de unos cuatro metros de profundidad desde la acera hasta el primer escalón. Mi cuarto estaba justamente al lado de la sala y desde él se veía el quiosco, pero no tenía entrada directa del exterior. El cuarto de mi tío, en cambio, estaba junto a la cocina, en la parte posterior de la casa. Tanto su cuarto como la cocina quedaban a igual altura que el frente de la casa, pero con la característica de que resultaba casi imposible llegar hasta sus ventanas desde afuera, pues en esta parte de la casa no había escalón alguno, y no ya escalón, ni siquiera un árbol, un arbusto, un quicio o un latón de basura lo suficientemente grande y fuerte como para apoyarse en él e infiltrarse por la ventana de la cocina, en todo caso, ya que la del cuarto de mi tío estaba protegida por barrotes, al igual que las demás de la casa. La de la cocina tenía también barrotes, pero había sufrido un intento de robo, hace años, en el cual los ladrones trataron de penetrar por ella y dejaron los barrotes lo suficientemente separados como para permitir el paso de un hombre no muy grueso, y preferentemente de un niño como de mi edad (es decir, en la época del robo). Mi tío nunca me había explicado bien la historia del robo, o del intento de robo, porque lo que sí recuerdo es que me presentó el asunto como un «intento»; pero ahora pienso que alguna vez debo preguntarle qué sucedió realmente, aunque nunca, no sé por qué, me he atrevido a preguntarle esto a mi tío.

Mi tío es ciertamente un tipo raro, si uno se pone a ver. En realidad sólo llevamos siete u ocho años conviviendo en esta casa, él y yo, ya que antes él se pasaba casi todo el tiempo en el interior, cuando yo era niño y vivía solo la abuela, hasta que la abuela murió, al día siguiente del regreso del tío de uno de esos viajes. Entonces me llevó con él por muchos pueblos, hasta que cayó preso, no recuerdo en cuál de ellos, y cuando salió regresamos definitivamente, aunque el tío no pudo evitar algunas escapadas de vez en cuando, ahora muy breves, de dos o tres días a lo sumo.

Cuando vivía mi abuela, que es la primera persona de la familia que conocí, antes incluso que al tío, éste viajaba siempre, y no sé por qué lo recuerdo como una es-

pecie de viajante de comercio con una maleta bajo el brazo, un farol en una mano y en la cabeza una especie de casco de minero o una gorra de esas que usaban en las imprentas o en las redacciones de periódicos antiguas, que eran en realidad una visera solamente, y que se veían en muchas viejas películas americanas.

Ahora me doy cuenta de que la imagen es un poco absurda, pero es que la vestimenta del tío, como todo lo suyo, era poco usual, y sin duda nada menos usual que sus actividades y sus múltiples viajes.

Casi siempre la abuela preparaba las condiciones para la llegada del tío con dos o tres días de anticipación, y el día anterior, exactamente, me decía con un aire solemne y a la vez con una expresión de felicidad indescriptible: «Está al llegar». Sólo una vez falló la abuela, porque el tío llegó un rato más tarde, a medianoche y bajo una tormenta con grandes rayos, como culebras fosforescentes. El tío llegó completamente seco, sin embargo, se quitó el sombrero y el saco y fue directamente a la cocina, donde la abuela tenía usualmente preparada la sopa. Esta vez hubo una gran discusión porque la sopa no estaba lista. Fue la única vez que algo falló.

En esa época había conservaciones entre el tío, la abuela y los otros, que luego extrañé cuando murió la abuela y el tío cambió mucho, quizá por temor a caer preso como en aquella ocasión. Entonces se dedicó a los juegos, pasatiempos más bien, como acertijos y suertes con las cartas. Estoy seguro de que esa manía suya de esconderse y luego aparecer y decirme todo lo que yo había hecho esa tarde no era sino otro de sus juegos. Al principio no era frecuente, pero se hizo prácticamente un vicio después de una de sus escapadas de dos o tres días, después de la cual llegó primero disfrazado (otro de sus juegos favoritos), vestido enteramente de negro con un sombrero de copa en la mano, y luego se marchó y estuvo así yendo y regresando con mil disfraces diferentes, hasta que finalmente vino con diez o doce amigos y llenaron la casa, bebiendo hasta la madrugada. Yo no entendía muy bien lo que sucedía y me dormí, y al día siguiente estaba solo. Desde ese momento me sentía particularmente impulsado a leer los libros del tío, algunos de los cuales había hojeado casualmente. Me gustan sobre todo los que tratan de Egipto y de la India. Luego vendría mi tío a indicarme que no leyera tal libro antes de conocer tal otro, que aprendería más rápido y mejor si leía ordenadamente. Ahí comenzó también mi costumbre de escribir, e incluso escribía mis conversaciones con el tío, que recordaba palabra por palabra.

Ahora lo estoy buscando por toda la casa y no aparece. He registrado no sólo detrás de su butacón preferido, sino hasta en los closets, en la bañadera, en la cocina, detrás de las puertas y de las cortinas, en los armarios y hasta en las gavetas y cofrecillos.

Es un día lluvioso, como me gustan a mí: ni el sol ni la noche me impedirán llegar hasta el quiosco y volver a casa a tiempo para la sopa. Además, *hace dos horas que la puerta de la cocina fue cerrada herméticamente.* Preparo una pequeña trampa al tío, no por maldad, sino para comprobar si puede burlarse de mí a estas alturas. Hasta lo provoqué para que saliera de su escondite, si es que estaba escondido en la casa, regando por el piso toda la picadura que le quedaba para su pipa y cambiando de lugar todos los objetos que le gustan, incluso los escasos retratos de familia que encontré en un armario viejo, objetos que estaban en un sitio fijo de donde estaba prohibido cambiarlos.

Me deslicé hasta el quiosco bajo la lluvia, y esperé. Antes, este quiosco me recordaba los viejos andenes de los pueblos que recorrí con mi tío, que pasan como en un remolino de sombreros, que siempre nos parecen lejanos y en movimiento cuando pensamos en ellos, pero si nos llegamos a apear del tren, entonces somos un punto en el

espacio, solo e indefenso, y la gente y el mundo se mueve alrededor y nunca se queda, siempre se escapan, como mi tío, con su sombrero y su gran cartera bajo el brazo llena de papeles con números, grabados y combinaciones de palabras que yo había escuchado durante años, cuando las recitaban él, la abuela y los demás.

No esperé mucho. En efecto, el viejo Ñico se me acercó y comenzó con su charla acostumbrada. Que si él y mi tío, que cuántos años hacía que no lo veía, que era un gran hombre y todos lloraron y se quedaron desconsolados cuando se fue, que cuando se cayó del puente y lo encontraron luego flotando en el río todos se sintieron más solos, y ni uno dejó de contribuir para el entierro y estuvieron toda una noche velándolo en esa misma casa, tú eras aún muy joven pero bastante crecido y te acordarás seguramente y cómo después los hermanos y las hermanas decían que nada era igual desde que habíamos enterrado al tío...

En fin, la historia de siempre; yo casi no escuchaba ya lo que estaba diciendo, porque tenía la vista fija en la ventana entreabierta de mi cuarto y ahí se paró primero durante un rato, para ver los movimientos de la gente en el quiosco, y después no pude contener la risa cuando lo ví que empezaba a mover las cosas de un lado para otro y restaurarlas a sus posiciones originales, y si bien al principio se enfadó y tiró dos o tres puertas, luego se resignó, e inclinándose para recoger la picadura regada por el piso no pensaba ya más que en llenar la pipa, y yo que ni oía ya la cháchara del viejo Ñico y no podía dejar de reírme de satisfacción por dentro pensando en llegar y, una vez tomada la sopa tan deliciosa que hacía abuela, sentarme en el butacón a fumar la pipa y leer el último libro persa que había encontrado en el tercer estante.

ENRIQUE LABRADOR RUIZ • CONEJITO ULAN • ENRIQUE LABRADOR RUIZ • CONEJITO ULAN • ENRIQUE LABRADOR RUIZ • CONEJITO ULAN • ENRIQUE

M

I

Maité tenía cuarentipico de años, no fue casada nunca, no conoció hombres jamás. Sola en el mundo, sin otros bienes que el pedazo de tierra que le dejó su padre, don Porfirio Zuaque, quien llegó a teniente en el 95 gracias al filo de su machete, de vez en cuando se pasea delante de su talanquera evocando al veterano.

Bien lo veía; bien... Con su paga y algunos ahorros, muerta su pobre mujer, encerrarse en el conuco cerca de La Habana, muy bonito con sus tablas de yuca, su punta de maíz y la hortaliza que era un contento. Poca cosa, ¿pero qué más quería para ellos solos?

Picado por la viruela, el rostro de su padre era imponente. De sus labios pendía una vieja cachimba, chamuscada en varios trechos, roída aquí y allá, francamente rota hacia la punta, y allí se estuvo hasta que él trocó por cherutos mogolleros del chinchal del pueblo. Era apren-

sivo y tomó terror a seguir fumando en ella no bien supo que un vecino de Guatao, muy amigo, había muerto de un cáncer en la boca por tener siempre su pipa colgada con ahinco, según atestiguaban, de la comisura de sus labios.

Tuvo su padre siempre muy mala voluntad a los vecinos, especialmente a aquellos de su tiempo que no hicieron la guerra como él. Los llamaba despectivamente «pacíficos», cuando no cargaba el acento en lo de «guerrillero» y demás abominaciones que se le venían a la lengua.

Impasible, Maité no intentaba hacerle callar; hubiera sido estéril. Recogía ella sus flores con toda dignidad pensando que su padre, a lo mejor, era un poco exigente, pues no todos los hombres tienen semejante temple ni están hechos a una misma medida. Con ojos benévolos miraba a sus vecinos y esa delicadeza de su carácter fue lo que evitó al viejo más de una bronca gorda por su irrefrenable malapalabrería.

A la hora de su muerte dijo a Maité el viejo:

—Hija mía: nunca te cases con «pacíficos»; ya sabes como me caen. Pero si no encuentras un veterano, un veterano de verdad, por lo menos que sea gente macha. No quiero, ni muerto, en mi familia, flojos o arrastraos... ¡Qué vainas! ¡Valiente calamidad!

Por oír y obedecer muy bien este consejo Maité quedó soltera. Tenía cuarentipico de años, trabajaba en la hortaliza, araba la tierra, acarreaba el agua, se desvivía por mejorar sus crías y cuidar de las bestias. Tiempo para otras cosas, no tuvo. Sólo que por las tardes, algunas veces, evocaba al viejo, allá cerca de la talanquera, mirando con mucha atención la puesta del sol, por si al viejo se le ocurría asomarse y ver cómo ella se conducía.

Que se conducía muy bien..., eso era lo cierto. ¡Muy bien! Porque no se me negará que el rechazo aquel al vecino de *La Rosita*, don Sabino Cruz, camaján de argolla

de la política rural y eterno pretendiente a finas y blancas manos... con algo dentro, estuvo de primera; y el portazo en las narices al bachiller Estrada, que ni siquiera leía de corrido; y el franco repudio al espigado Trino, tan seductor por otra parte, fueron no pequeñas pruebas. Trino le echaba flores, le componía décimas, gustaba de letras y rusticanas hembras y con el alcohol en la cabeza una vez se atrevió a decir: «Me voy a casar con Maité». Pero Trino no era hombre al cual su padre hubiera autorizado a tanto; por una u otra razón. Trino andaba a trotinoche con las mujeres, a regañadientes con el trabajo y sus pretensiones de hacha no había que ser tan lince para averiguarlas. ¡Cuántas desvanecidas memorias!

Pasaban los años, y su hermosa mata de pelo, lo comprendió Maité, se iba poniendo mustia. Aquel madejón lustroso perdió brillo; su azul metálico tornóse borroso y triste. Y se decía Maité: «Parece que ya no me voy a casar». Era una pena; una carcomilla. Sólo que su buen corazón compensaba con los animalitos, cosa que es, según se dice, cómo doblar a lo bueno por atajo. ¡Qué manera de tenerle ley a los animalitos! No hubo pájaro alirroto, perro con moquillo, caballo con muermo ni vaca con cangrina o mazamorra que ella no curara enérgicamente. Piantes y mamantes dábanle infinita lástima y el aceite de ricino, las hojas de yagruma, raíces de mastuerzo y otros remedios, hubo temporadas que se movieron tanto de la casa al corral como jícara en velorio.

En un tris limpia mataduras, cose heridas, aprieta vendajes; medía su voluntad con los buenos deseos de acertar. Enemiga del ocio no hubo trabajo pesado que le asustase y después de las faenas del día el tiempo le alcanzó para los lujos de hacer injertos, trasplantes y domesticación de las selváticas guías de la enredadera. Su honra y buena fama, como la espuma. Pero ¡ay, Señor! que se le ocurría decirse que aquel su cuerpo virginal se mustiaba como un tubérculo ruín; que las manos

se le volvían pedregosas y el rectángulo de piel de su escote de un nefasto color. Echándose talco, después del baño en palangana, vinieron otras consideraciones con su filo de incongruencia y sintió como nunca seco el ánimo. «Maité —se dice— tú te quedas para vestir santos. Te quedas, de todos modos. Estás lista».

Lloraba; vueltas y más vueltas dentro del cuarto le hacían que su cabeza vacilase. Por ahuyentar el atroz presagio se repetía: «Voy a planchar un poco; llevo tarea atrasada». Allí no había nada en tal forma, si se piensa bien, excepto, por supuesto... Miró por la ventana, sus verdes ojos cerrados: «El mái —dijo— se ve ya pollonsito. Y tan bonito que es el mái, así...»

No se estaba volviendo vieja sino que se había aviejado. Avivando el anafe para la plancha, sintió ganas de regalar juguetes a no sabía cuáles niños; muchos juguetes. Algo no previsto la tornaba tierna y maternal. «Desde muchacha —pensó— me enterré aquí; he espantado a todos con mi carácter; ya ni siquiera se toman el trabajo de mirarme; ¡y para qué! con esta fama que tengo, ¡oh papá! y estos ojos que se me están apagando por momentos».

A veces sentíase renacer con vivo ímpetu, se llenaban de fuego sus venas, le sudaba un poco el labio superior y mirándose al espejo se hacía concesiones piadosas: «Si todavía llegase alguno con vergüenza. Si todavía, un hombre, lo que se llama un hombre...»

Puesta a buscar mariposas para sus búcaros se contoneaba en el jardincillo, quebraba brotes por andar apresuradamente, quería tener más flores, cuando oyó que uno con su bandurria iba cantando:

Alégrate, corazón,
aunque sea por la tarde:
corazón que no se alegra
no viene de buena sangre.

Y se sintió herida; herida en medio del pecho.

Entró. Entró a la casa, temblorosa. Le asustaba el tono, la musiquilla, la intencionada letra. Pata a la llana se dijo: «Va conmigo, ¿eh? Pulla directa...» Y salió por la puerta del fondo y se púso a espantar el chichinguaco porque si bien come la garrapata de los bueyes, no es la garrapata después de todo tan mortificante que digamos, y, en todo caso... Lo cierto es que le repugna y no quiere el espectáculo ante los ojos.

—¡Fuera, totí feo, fuera! Comiendo bichos vivos...

¿Pero qué tenía que ver todo esto con esa apretazón que se le formaba por minutos en el pecho? Un nudo tonto, que a veces desaparecía pero que a veces se plantaba ahí en medio, con inusitada furia, y no le dejaba aliento, ni respirar apenas. ¿Son los años? ¿De veras, de veras son los años? ¿O serían fiebres, calenturas malas...?

Estas ambigüedades le traían a considerar que si se hubiese unido a un hombre, pues ahora... ahora las cosas no serían así. Porque un hombre, si éste es bueno y entero como debe ser, pues siempre viene bien y compone y arregla las malezas del cuerpo y del alma y los estropicios de la tierra y hasta del cielo. «De verdad —concretó— no hay otra mejor verdad».

Achacando al flato todas cuantas acaloradas imaginerías prosperaban en su mente era el modo de echar atrás la presunción de que su alma estaba bastante desunida de su cuerpo, lo que parece un enfático hecho. ¡Qué pena! Pero, quién va a saber cómo, también esperaba que una rútila aguja le cosiese, el día menos pensado, el evidente desgarrón.

II

—Me se pierden las manos —reía ella—. Apenas me las hallo. ¡Tan contenta estoy! Contenta...

No salía de su asombro, teniendo buen cuidado en disimularlo. ¡Oh! Ulán, con su bozo rubio, señorea la casa. Afuera se iba, en días buenos, a los quehaceres del conuco y entre gritos de «¡tesia... tesia!» se le podía imaginar trajinando con los bueyes. Aprovechaba la fresquita en el aporqueo de rigor.

Aparentemente tenía veinte años; era fuerte, ágil, escurridizo, y tal vez con algo de solapado en la mirada. ¿Qué podía ser? ¿Recelos? ¿Celos? ¿De quién? Lo cierto es que en ocasiones la memoria del veterano se levantaba furiosa: «No quiero en mi familia, ni muerto, pacífico o...» Temblaba Maité y se decía: «Tendré muchas flores este año para su aniversario; no se va a quejar».

Moros y cristianos le gustaban mucho; buenas cazuelas de harina, no menos, y si se le interfería en la faena manducatoria lanzaba chillidos atroces. Jamás pudo Maité hacerle comprender el uso de los cubiertos; de fuertes manotazos despacha el plato; ríe; se limpia en los velludos muslos. Luego, romantiza a favor de cualquier sueño lejano, pierde horas haciéndose mejorar las uñas, torciéndose pelillos del bigote y como un tirano colérico y alevoso exige sumisiones a sus caprichos.

«Quiero, quiero, quiero», esa era su eterna cantaleta; su continuo decir, ¡ah! lo que ella imperativamente extraía de lo más profundo de su ser, allí donde las capas de limo inmemorial son tan oscuras y densas. «Quiero, quiero, quiero».

Y cuando menos lo esperaba se acostó en su cama; ¡no pudo evitarlo! Más tarde, media noche por medio, pasó algo. Y en breve se pobló su soledad: creyó tener hijos; noche y día anduvo con tales pensamientos. Del fondo de este abismo sólo saca esta reflexión: «He de comprar de todos modos, unos espejuelos... pero estos hijos son como tienen que ser, según es de hábito secular, y el resto, envidia del mundo». Sin embargo...

Con aire dubitativo se dice a menudo que sus raros esponsales envuelven algo más que una simple unión: este padre mantiene, a todas luces, una viva elocuencia reproductiva y una indiferencia absoluta con respecto a la cronología de su prole. ¿No se le ha quejado ella en sobresalto y susto, en vista de la anormalidad del caso, y él, volviendo el rostro en la almohada con éxtasis pánico adopta la forma última del deliquio? Si algo dijo, su ardentísimo significado, habrá que confesarlo, será lo que le hizo perder el juicio del todo sin remediar nada.

Estas violentas traslaciones y otros constantes equívocos como era hacer del aposento un serrallo adusto o bien un extraño templo escandaloso, le cercan de firme. Suele preguntarse también, sin precisar la dimensión de todo lo que pregunta: «¿hasta cuándo va a durar esto?», y la malicia de que se armaba para no hacer caer la tremolante dicha, andando entre los féferes de su alcoba se le hacía en este punto más aguda: «¿Qué traje me pondré hoy? ¿Le gustará que me pinte? Y un perfumito suave, ¿no puede ser que le complazca?»

Muy preocupada la tiene un asunto. Por nada del mundo Ulán prueba bocado de puerco, ni de jutía, ni de venado. El pobre Ulán de verdad, es imposible... Odia el tasajo, la lisa salada, el pollo, la res. Y aunque su linda hortaliza enantes era muy fructífera (y con ello habría para la mejor mesa) ahora encuentra a menudo —¡oh improsulto!— roídos misteriosamente nabos y remolachas. A lo largo de los costurones de tierra alzada, también, algunas veces, un fino pelillo rubio se escarola culpablemente.

¿Quién trajina por allí en la noche? Escrutó las posibilidades: inútil; no da pie. Esta nueva anomalía le hace

preparar celosas trampas, que vigile con ahinco o se eche la escopeta al hombro.

Ulán se mete a su cama cuando le place, con todos los derechos de marido puesto que es el maridо. Un viento malo que sopla por aquella vuelta de un tiempo a esta parte, trae la sombra del veterano, quien por encima de la cerca de piedra se pone a maldecir con virulencia de lo que siempre maldijo y de sí, ni muerto, quería para su hija...

—¡Sola vayas! —vocea Maité por las lechuzas que salen de su nido y por algo secreto que le daba escalofríos—. Voy a encendel una vela al ánima sola... pa que descanse.

Un día llegó gente armada preguntando:

—¿No anda por aquí un tal Ulán... o Julián?

Maité tembló.

—Ulán Cabezas —dijo el cabo—. Uno que recoge huevos... que cambia billetes por huevos. Bajito; con el labio partío...

Ulán se había colocado detrás de las arpilleras de yute. Ella sacada de quicio, molesta:

—Mejol es que busquen polotro lado. Esos malsines, el muengo y su compadre, pueden sabel. Y si no saben, lo inventan. Ai andan, mirando las lagartijas; sin tirar un chícharo; en el chisme.

—Bueno... —dijeron ellos—. Veremos a vel. Vamo a vel si lechamo el guante, ¿no cree?

Maité se repuso.

—Ya lo creo. Y entonces, adió, ¿verdad?

El cabo dijo:

—¿Y no habrá un poco de café por ai?

Y el otro, con retintín:

—Ni siquiera noa brindao.

Imposible... Si entran y se ponen a dar ojos; si tienen sospechas. Si saben algo —pensaba rápidamente, porque la arpillera de yute, vamos a ver, ¿qué cosa oculta?

—No tengo café —dijo—. Hace días no voy a la tienda. A la güerta quién sabe.

—Doña, ¿de veldá que no tiene?

Miróles de un modo tan enérgico que ellos, alzando el chopo, requintándose los sombreros, diciendo «hasta la güerta, doña», enfilaron el camino con la habitual parsimonia de siempre, y esta certeza absoluta: «Esta perdía».

Por su parte, ella no hacía más que repetirse: ¡Mentiras; mentiras! Estas son combinaciones de la rural. Una tipo que se llama Ulán Cabezas, que cambia huevos por billetes, que tiene el labio partío. ¡Ulán, Ulán! Y le quieren echal el guante, hijo de los demonios. Estas son combinaciones...

Así estuvo rumiando hasta que los perdió de vista. Luego se puso a cavilar: ¿Pero por qué? ¿Había hecho algo de malo Ulán? ¿Buscaban, de cierto, a este Ulán? ¿Qué cosa? ¿Un crimen? ¿Acaso había robado a alguien? ¿O eran denuncias de vecinos, chismes..., por lo que estaba sucediendo?

Lo que estaba sucediendo es que la casa se pobló de súbito de más ruidos y rumores infantiles. En breve tiempo, en menos que zumba un mosquito, en menos que canta un gallo... pues, ¿cómo diré? surgieron cinco varones los cuales, pensaba Maité, servirían bien pronto de ayuda eficaz. Fuertes, nerviosos, crecían desaforadamente y si no hubiese sido por aquel labio leporino que todos ostentaban, se hubiera dicho perfectos. Pedro, Pablo, Chucho, Jacinto y José...

Con implacable sorna el viento le devolvía estos nombres y algunos canturrieros de la zona se obstinaban en sacarle brillo a fuerza de repetirlos, con música y todo. *Pedro, Pablo, Chucho, Jacinto* y *José*... Eran cinco cachorros, retozones y malignos: daba gusto verles cómo trepaban por todas partes, cómo metían bulla y algazara y cómo, de un día para otro, tomaban altura y fisonomía

atolondradora. Eran cinco soles que en el firmamento mustio de Maité brillaban con esplendor inusitado.

Propusieron una vez ir a bañarse al cañadón. Maité saltó:

—En el cañadón, no. Allí está el güije. ¡El güije! Se figuran ustedes... Nada de baño.

El padre alegó que los hombres no tienen que temer a nada; que deben ser duros como cuyují, aunque él, personalmente...

La mirada de Maité tradujo: «Quién tea dao vela en este entierro? ¿Quién tea dicho que tú tienes que opinar? Haz el favor...» El calló, se anduvo en el bigote, contempló sus uñas.

Hay que decir que Ulán se había quedado atrás, atrás según los otros avanzaban. Dominan la casa, la vida de la casa, todas las cosas de la casa, estos muchachos, ahora. Maité, atando cabos, al rato pregunta a Ulán:

—Personalmente... ¿qué querías, Ulán, decir?

—Pues ná... ¡Psh, ná!

Y alzó sus hombros.

Personalmente, lo que hubiera querido decir (y se alegró mucho de no haberlo dicho) era que el sentir perros atraillados es lo único que le pone inquieto; lo único. Ni siquiera los guardias y sus escopetas; ni siquiera los gruesos alertas de la remonta ni oír hablar de mortales artimañas que antiguas *viláticas* contienen. Pero, eso sí, perros atraillados...

Ella lo comprendió en un relámpago; le vio carne de gallina; lo adivinó tembloroso, agotado. Dijo, calculando el efecto:

—No te desesperes por tan poca cosa; no te angusties, Ulán.

Y después de una pausa intencionada, con cruel regocijos.

—¿O qué se te antoja, bribón, irte de cacería?

¡Qué imprudencia! Tales palabras le pusieron lívido, más era tarde ya. Hasta el fondo lo comprobaba Maité y casi se apenó. ¿Qué idea tuvo? Nunca se le hubiera ocurrido antes alusión de este jaez. ¿Por qué se le ocurrió de repente, así... de un tirón? Femenino instinto. Pues aun cuando para él no existía pasado alguno y su vida comenzaba normalmente con los besos por encima de la cerca de piedra, ¿no esperaba ella ver en sus ojos algo infinitamente tímido, atrozmente conturbado y en tropel? ¿No lo sabía?

III

Lo de ellos había sido así... Comprimida como pasó la mitad de su existencia y abortada, al cabo, por ese linaje de opresión, la otra, un mezquino día, atisbando tras la cortinilla de tarlatana de su cuarto, Maité acertó a ver una cosa que saltaba de modo irregular sobre la yerba, junto a la cerca de piedra. Era como una esponja gris, eléctrica, malamente constituida. Y fue a verificar lo visto.

Por el camino se iba diciendo, no bien le descubrió patas y orejas: «¿Pero cómo es posible que haya llegado este infeliz hasta aquí? ¡Tiene timba!»

Cuando le tuvo entre sus manos, le sobó y dijo: «No es feo. Y se parece a... aquél. ¿Dónde estara?»

Acoquinado, el pobre animalito le miraba con ojos dulces. Volvió a sobarle; lo besó briosamente; le pasó la mano con infinita dulzura por sobre el lomo rubio. «Conejo... Pero si por aquí nunca ha pasado un conejo... ¿Quién me lo mandará?»

Y besándolo con renovado fogaje, a media voz:

—Sssst... Le voy a poner...

Se acordaba de alguien, era seguro. No había más que verla. Y dijo sin titubeos, pero también sin energía:

—Sssst... ¡Hombre! Conejito lindo... Ya está: tú te llamas de ese modo, no me repliques.

En seguida lo envolvió en un pañuelo de bayajá que llevaba en la cabeza y pensó que, cuando fuera al Guatao... «¡Yodo!» Solía hacer sus compras, para el botiquín, personalmente. «Yodo» resume estas compras. (A su perro *Muerdijuye* le temblaban los bembos. De buenas ganas le hubiera desnucado. Artero intruso...)

Una pobre vecina que padecía güito, muy enferma y muy vieja, salió a su encuentro. La estaba esperando siempre para pedirle remedio contra su mal, porque ella era muy conocedora de remedios.

—Maité, lo que me tiene ofresío... Pal mal.

No daba señales de vida; no la miró siquiera, cayendo en la ignominia de volver espaldas a un doliente de su vecindad.

—Conejito Ulán... ¡Conejito mío! —y echó a correr hacia la casa, sin mirar a parte alguna.

El muengo y su compadre, de camino, frente a la talanquera, vieron la escena, ojos guiñados; luego oyeron cómo la vecina zumbó con sorna: «Becina, pol Dios, que no es pa tanto...» y se comunicaron, no muy alto, pero sí como para que Maité lo pudiera adivinar:

—¡Cómo le gusta crial *animalitol*

Y otro, desde su malicia:

—Parece que no le gusta mag que *animalito*...

Maité les gritó, desde allá:

—Arreen, ¡vagos! Arreen, malsines. ¡Que el diablo se los consuma!

Vozarronearon entonces:

—¡Solterona!

—¡Segata!

En medio de la bullanga el conejo le miró con dulces ojos, de una manera... Para darse golpes de pecho puede que hubiese nacido, pero aldabonazos de esta resonancia, ¿cómo se resisten? Podría decirse que su corazón se llenó de felicidad. Fue al corral en busca de leche y en un rito absurdo bendijo el buen norte de su alma.

El pobre animalito traía una pata rota. Anduvo con sus menjunjes, le puso yodo livianamente, a que no le escociese, y una venda de trapos limpios. Será menester anotar cuánto arrumaco le deparó y con qué singular solicitud le estuvo animando y mirando, porque pasa de medida. A sangre caliente quería hacerle entrar por la puerta de la salud y, si no fuese una profanación, se diría que lo trataba como a gente bautizada. «¿Qué quiere mi conejito Ulán? ¿Qué quiere mi amor? ¿Qué quiere mi vida?» Bailándole mucho los ojos y la cintura no ancha aún, el alma llena de extraña dulcedumbre, arrobaba, comíale a bocados.

No bien comenzó a sanar le obligó a estarse quietecito largas horas en su regazo, y si él brincaba al punto Maité deshacíase en tientos y ternezas: «Alma mía, apriétate a mi carne; no te separes de mí. Alma mía de mi alma, ¿tú me quieres?»

Lo cierto es que este excesivo cuidado no le dejaba lugar vacante. Una dulce fatiga, sí; una redoblada congoja feliz. Pasaba largas horas con los párpados entornados y so pretexto de la luz, del chorro del sol, de sus ojos, aguantaba sed por no salir al patio sino en última necesidad. En medio de la somnolente atmósfera de la casa veía candelas, visiones, portátiles cosas bailantes.

¿Sus quehaceres? Con las manos en cruz las horas se le iban en desvanecimiento, atenta sólo a una voz fuerte que le golpeaba con alas de ángeles la bóveda de su conciencia. Esa laxitud creció y aun cuando no quería rendirse a la molicie, ¿quién gasta tiempo de darse ánimo para lo que no precisa? De suerte que si no privaciones algunas estrecheces, aunque a gusto; ya no le importó tener buena mesa sino a quien servir buenos trozos de vegetales crudos.

Quería su tiempo para soñar en algo imprevisto, sorprendente, y todo lo despacha en instantes yendo a dar en seguida besos al turbador enfermo: «Conejito Ulán, eres mi rey. ¿Quién quiere mucho al conejito Ulán? Di tú...»

Después de estos ensanches emotivos, después que quedó bien urdida la tela que alguien la destina, una noche soñó que había viajado en una guagua hacia Oriente; un carro sucio lleno de tipos que se sentaron sobre cajones puestos en el estrecho pasillo, y a su lado un negrito estudiante que conducía en sus manos un hueso al cual llama «esfenoides». Este joven, de lentes y muy circunspecto, con frecuencia decía: «¡Qué lejos está Santiago! ¿Cuándo llegaré a Santiago?» Sus vacaciones de Navidad ni siquiera le hacían sonreír, porque el esfenoides augura una quincena de preocupación y cuidado. Luego vio el relicario que una incierta persona le había traído de no sabía dónde; un relicario comprado, según su padre, en un sitio horrendo. La dama que en él se hospeda ahora le da su mano, le ayuda a subir peldaños de una escalera muy empinada. La dama, y es lo de no tener fin aunque sea en sueños, le ofrece blancas camelias, magnolias caprichosas y hasta unas dalias como nunca viera. Luego venían tortugas verdes a comer los rótulos que llevaban en sus corolas; luego el esfenoides se volvía un piano y grandes acordes firmados por Dahl, Camelli y Magnol, estremecían más, mucho más con sus nombres que con sus giros, los miserables cáncamos de la ventana

—¿Por qué no le pusieron a ella —se preguntaba en medio del jadeo del sueño— Magnolia, Camelia o Dalia? Esta Maité...

Al amanecer reventó la lluvia, agua densa que estuvo rondando tres días, que cargó la atmósfera e hizo estallar el trueno. Por darle escolta el viento aniquila en la cañabrava un estruendo de mil demonios como si quisiera llevárselo todo en la golilla, diez leguas a la redonda.

Azules remolinos electrizados la despertaron con frío y temblor. «Algo tiene el agua cuando la bendicen» —creyó oír. «Algo tendrá» —repitió. «Algo, algo...»

Pero, ¿se podrá saber... ¡oh! quién lanzaba ese quejido de angustia que le abría las entrañas en canal? La enredadera, vuelta selvática, por los intersticios del tabique metía sus flecudos gajos. Pensó cortarlas al día siguiente; pensó arreglar su jardín; pensó ocuparse de sus cosas. Sólo que el quejido se volvió a oír y ya no tuvo más que una idea.

Fue al cuarto donde el conejito yacía sobre yerbas; quedó en suspenso: no estaba. Buscó por los rincones; bajo las mazorcas de maíz; entre las calabazas que maduran, las yaguas por cuna; en el hoyo de la pared de concreto: no estaba. Cuando volvió a su aposento, el alma en el suelo, medio muerta de desesperación, él, como un niño, con los verdaderos gestos de un niño, pedía lo sacaran de su encierro; que si una pena es grande ésa es la de estar preso; que mejor era morir que seguir así: que en el fondo, ¡ay! también él tenía sus sentimientos... ¡O no lo había notado...!

Esta monstruosa perspectiva cuyos contornos aterran le fue, hay que decirlo, bastante agradable. Y aunque de azogue se volvía su sangre, dio pasos hacia atrás, como quien mide el vacío que resuelve salvar de un brinco.

—No seas mala... Sácame de esto—. Y dijo por último:

—¡Anda ya!

Maité se pellizcaba. ¿Qué sueño era ése? ¿Qué informe deformidad? ¿Qué tremenda uña le está arañando la conciencia? ¿Qué poderosa concentración no haría falta para mitigar, insensatez, esa desdicha? Se decidió. No cabía duda; muchacho majadero..., ¡pobrecito!

Pero este muchacho majadero que pedía le sacasen de aquel estado salvaje, de pronto se volvió hombre. Creció y creció hasta vérsele rubios bigotes y en el semblante

una travesura de mozo pervertido. Oyó Maité esta súplica imperiosa:

—Dame tus pechos, ¿oyes bien? Quiero ser el que beba de tus pechos, Maité, el sabor de la vida. ¡Anda ya!

Potencializó de tal modo este deseo, que ella, echando a un lado la amenazante visión de su padre, con ufanía se rasgó el vestido.

Quedó desnuda. Tuvo que amarrar el perro.

Una música agreste impregnó la escena de luz y buenos olores y redujo para siempre el espacio que mediaba entre ellos. Tras el breve forcejeo creyó oírle:

—Lo que nos hace falta, Maité, es no separarnos jamás. ¿Quiéres tú?

Decíalo con acento entre mojigato y atrevido. Ella meditó: «¿Es legítimo este querer? ¿Es cristiano?» Y parece que le respondieron: «¡Tómalo! ¡Es tu bien querer, Maité!»

Manaba felicidad de una cicatriz oculta.

IV

Todo cuanto más tarde sucedió; se sabe. «Me se pierden las manos —reía ella. Apenas me las hallo. ¡Estoy tan contenta!» No salía de su asombro, pero en fin, lo disimulaba.

Esta fantástica existencia vino a quebrarse cierta madrugada en que se oyeron por la trocha del fondo tiros dispersos, perros atraillados. Maité se asustó y salió a ver «¿Quién va? ¿Quién va...?» ¡Cero! Pero el escurrumpío era evidente.

Ulán, bajo el ladrido de los perros decreció de momento, tomó miedo inenarrable, se acurrucó aún más en la silla donde ahora le ponían a dormir y se echó a temblar. Los estigmas iban a aparecer.

—Ulán, ¿qué te sucede? Dime... No es lo que tú crees eso que te asusta. Tranquilízate, Ulán. Nunca quise hacerte daño al hablarte de esas cosas, ¡te lo juro! Perdóname... Y cuando vaya al Guatao...

Él seguía decreciendo, temblando, mudo, mirando para el corral, ansioso y abatido.

Turbada, perdida, Maité profirió:

—Perdóname aquello, Ulán. Perdónamelo tú conejito, Ulán, conejito mío de mi alma Perdónamelo...

Y como si el más replegado subsuelo del mundo le atrajese irremisiblemente a su profundo seno, en este punto la tenaz falacia se deshizo y moviendo puntiagudas orejas se echó de pronto a olisquear la tierra, prodigio vuelto polvo, nudo desatado ya.

Felpudo, con los brillantes ojos como dos cuentas, a los llamados de Maité nada respondía. Con elásticos movimientos y ciertos resoplidos característicos, pero jamás recordados, quiso ganar la puerta, bebió el vasto aroma del campo y abandonando todo resto de forma humana por entre las rendijas de la pared se escabulló. Una exhalación le seguía, chisporreteante, quemadora, y dejó surco que iba hasta el cañadón y que más allá del cañadón daba vueltas y vueltas, aventando el pasmo.

Atonita, suspirante, Maité rompió a reír atropelladamente; luego lloró y se rasgó la piel. Echada en el suelo, de pronto le pareció que muchos escombros le cubrían; que le daban sepultura entre infinitas pirámides de caramelo; que una lluvia de azufre, en función expiatoria, le refregaba de pies a cabeza.

De esta completa oscuridad, de esta penuria de su mente, ¿quién vendría a sacarla? Un grito único bulle en su corazón: ¿A dónde fue? No cabe en su corazón ese borbotar.

Hizo otro esfuerzo, sin embargo. Lamentó no tener todavía sus lentes; se frotó. ¡Qué angustia de tuerta, y de tartamuda, y de manca, y de coja! Se frotó aún más los pobres ojos llorosos. ¡Qué angustia de sorda, y de

paralítica, y de mujer estéril! Los ojos se le vaciaban en las manos.

¿Quién se va a atrever a decir que había inferido, en un minuto de lucidez, desde la selva de su instinto, por sobre todas las cercenadas alternativas, que él corría, ínfimo y glorioso, en busca de su destino, a vivir para siempre entre los suyos sin más suplantación, después de haber consumado una felicidad de la que nunca supo?

Pero daban ganas de pensarlo... Daban ganas.

Y la casa volvió a quedar enteramente a solas, vaciada de los ultramares de su fantasía, como cuando su padre murió, sino que ahora más triste y fea. ¡Qué de lágrimas corriendo! La enredadera la aprisionaba en su mayor parte

Maité salió al patio a mirar el mundo que le quedaba, el mundo abstracto de árboles y piedras. Con sañudo gesto se acercó al pozo; palpó la rondana, se echó sobre el brocal.

Comprendió que aquello se le había vuelto monte firme. El caballo, la vaca, ¿a dónde habían ido? Por ahí andarán, por ahí... Y se puso a espantar el chichinguaco, porque si bien come la garrapata... El perro la seguía.

Con sus cuarentipico de años, con su viudez horrible, ¿qué iba a hacer? Se dijo que aunque no hubiese chichinguaco... Las crías, ¿dónde estaban? Por ahí andarán, por ahí... De las siembras ni hablar. ¿No tocará a somatén para ello el viejo dondequiera que esté? ¿No vendría en su defensa?

Entró de nuevo a la casa. Por los rincones, papeles, latas vacías, hojas secas, basura. «Un día de éstos —pensó—, voy a ponerme a limpiar todo. No me gusta que esté así...» Abrió una puerta de cuarto y la cerró en seguida, suspirando: «Ni siquiera tengo un retrato...» Desposeída, pero no adormecida, su imaginación cumple los términos fatales de su órbita.

Abrió otra puerta como quien desprende a tirones frutos de un árbol; la madeja dejó escapar un ruido.

«También se queja» —musitó—. Todos nos quejamos y nadie nos ayuda».

Frente a la cerca de piedra platicaban el muengo y su compadre. El perro les aulló. Cual de ellos repuso:

—¡Arrrza, perro! ¿Qué sitiá perdío?

Y el otro, con un palo en la mano:

—¿Tu dueña...? ¡Ponte bobo y verá!

Ella no podía oír. Solamente deseaba espantar el chichinguaco y, si a mano viene, dormir largo, largo... (Dormir no es la palabra).

Días más tarde volvieron a pasar en busca de unos capullos de rosa, para las fiestas del pueblo. El muengo pegó la hebra:

—¿Y cómo andará la loca? Mía pa esto: se la güelto tóo pura manigua. Me dijeron en el Guatao...

—Ni mejol ni peol —respondió el compadre—. ¡Iguar! Siempre iguar... Pero... M-m-m-m... ¡Tienta!

Ponía las narices en alto.

—¡Joh! Diantre... A bicho raro jiede; bicho muelto.

—Bien puede. Y como siempre le dio la ventolera a Maité por estalse sola en grima, ¿no será que ya lalgó el piojo, la muy ostiná..., y ái la tenemos, tendía..., pudriéndose, ella solita?

DOS • DE LO LUDICRO Y LO ONIRICO •

JOSE LEZAMA LIMA ● JUEGO DE LAS DECAPITACIONES ● JOSE LEZAMA LIMA ● JUEGO DE LAS DECAPITACIONES ● JOSE LEZAMA LIMA ● JUEGO DE LAS

W

Wang Lung era mago y odiaba al emperador; amaba en doblegada distancia a la Emperatriz. Codiciaba una piedra de imanes siberianos, un zorro azul; acariciaba también la idea de sentarse en el Trono. Poder así, por su sangre recostada en la Costumbre, convertir sus baratijas, sus bastones y sus palomas hechizadas, en quebradizas varas de nardo y nidos de palomas salvajes, liberando sus ejercicios de los círculos concéntricos. Recorría las aldeas del norte disfrazado de agente del apio, trasponía El Amarillo, penetrando en los puertos. En las posadas mientras él dormía, *Cenizas del molino frente al río,* vigilaba, jorobadita y huérfana, los baúles. Ponía en sus baúles, en el piso superior, las maderas olorosas y la pólvora, madre de las flores voladoras. En el piso secreto guardaba los candelabros, las cintas de las patas de su paloma favorita y el *Tao Te King.* Vigilaba con doble ceño cuando llegaban a la corte, por el gran número de cortesanos arruinados y por sus hijos más jóvenes

que tenían extrañas amistades entre los bandidos de las cordilleras.

Había llegado a la Corte, y después del primer día de recuperarse, entró por la noche en la sala principal del Palacio imperial. Lo esperaban el Emperador y los altos dignatarios; cuando entró sorprendió risitas ceremoniosas. La magia no lo había liberado de que los altos dignatàrios a escondidas lo vieran con inferioridad. Como buen mago era ceremonioso, era lento, no obstante, al penetrar en la sala no pudo evitar una nieve en su memoria, vaciló. Lo que al principio había entrado por sus ojos como una cigüeña de seda, ahora, más saboreado, se mostraba en un dibujo de perlas que daba varias vueltas a una casaca, en el detalle puesto en una manga para hincharla, mejor que en una cadera para ceñirla. Desde los remotos fríos habían venido señores para contemplar la magia, desprendiéndose ese sólido cuchicheo que se evapora de los chinos cuando están reunidos. Un poco más alejados del cuadrado espeso de los dignatarios se situaba la pareja imperial. El emperador, inmutable, como si contemplase una ejecución. La Emperatriz, mutable, como si observara una mariposa posada en la gran espada, reposada en un ángulo del salón, de la época del *Veedor del silencio*.

Mago de feria, de asociaciones impetuosas, tuvo el error provinciano de mostrar primero sus innovaciones. Su arte consistía en un gran refinamiento de la técnica manual —pasaba una moneda por todos los dedos en el tiempo en que un ejecutante recorre todo el teclado—, unido a la música y a la pólvora. En la mañana, en el reparto que había hecho de su aprendizaje secular, hacía los ejercicios de acoplamiento del músculo y el instante, bien para ocultar una anilla o para soplar vida súbita a una paloma, a dos faisanes o a un largo desfile de gansos. Por la tarde, dirigía, escrutaba su orquesta de cinco profesores de cuerda y un pífano; vigilaba el pequeño abismo rosa de uno de los compases para situar una aventura en la interrupción. Y por la noche, oculto en su más oscura cámara, preparaba sus efectos con la pólvora colorante, para provocar la gran canasta de peras multicolores que se rompe en el cielo en lluvia de manecillas, guantes y estrellas.

A pesar de sus innovaciones, su colección de sentencias lo emparentaba con el estilo de la magia de la gran época. Acostumbraba decir que la magia consiste en pasarse una moneda por todos los músculos en el tiempo en que el espectador tiene que hacer un gesto para demostrarnos y demostrarse que no es una estatua, como un cambio en la posición del brazo, extender un poco más las piernas, o pestañear, mover el cuello. Mientras tal cosa sucede, añadía con crueldad maliciosa, el mago tiene que parecer que está soplando en un pífano invisible. Invisible él también. En una ocasión desesperada en que un mandarín arruinado le espetó esta dolorosa pregunta ¿por qué no empleas el arte de la magia en darle vida a los muertos? Wang Lung, ceremonioso, contestó: porque puedo sacar de las entrañas de los muertos una paloma, dos faisanes, una larga hilera de gansos.

Después de sus innovaciones, sabía Wang Lung que aquella masiva solemnidad reunida en el palacio, quería sus vulgaridades, y ya aprestaba su juego de cuchillas para decapitar a la doncella que se aburría mientras el público aclamaba. De las doncellas de la Emperatriz se aprestaba la más delgada de todas, cuando un gesto del Emperador demostró que quería dar otro curso al final del espectáculo del mago. Indicó con frío ceremonial que quería que esa suerte, para el mago la más plebeya de todas, se ejercitara en el cuello de la Emperatriz. Los espectadores temblaron, creyeron que algunas intrigas de la corte habían coincidido para que se decidiese un final en que se mezclase lo espeluznante con la alegría secreta de los cortesanos. So Ling, menuda y agilísima, inter-

pretó rectamente el signo y se dirigió hacia Wang Lung, que ya aprestaba los espejos y las cuchillas, los ángulos de sombra y las incidencias, igualando el cuello de una rata con el de la Emperatriz. La cuchilla caía y se alzaba, alzando en cada una de esas ausencias el cuello aislado, sin gotas de sangre y convertido en una entelequia. So Ling, menuda y agilísima, se levantó después que Wang Lung hubo mostrado su última vulgar destreza, y volvió a sentarse al lado del Emperador.

El Emperador reaccionó ante la más vulgar destreza que puede realizar un mago ante el ceremonial de la corte, encarcelando a Wang Lung. Con esa decisión intentaba demostrar la superioridad de la Autoridad sobre la Magia, y además preparaba una trampa visible: que So Ling visitase de incógnito al mago y preparase la fuga hacia los fríos del norte. En el fondo, el Emperador reaccionaba ante el espectáculo del mago con otro más vulgar, y no ante la corte, sino ante el pueblo. Encarcelando al mago, el pueblo creía que el Emperador se jugaba una carta desesperada, ya que luchaba con fuerzas que él no podía detener como el rayo negro. Después, al fugarse el mago con So Ling, el Emperador se mostraba ante el pueblo en una soledad nostálgica que lo neutralizaba para ser atacado. Y así So Ling que comenzó sus visitas al prisionero llevándole panes y almendras, pudo posteriormente allegar un trineo y doce perros voladores para escapar hacia el norte, con tan escasa persecución que pronto pudo el trineo sonar sus campanillas.

La aldea a la que se iban acercando adquiría en la noche una calidad de amarillo con lengüetas súbitas rojo ladrillo. Los grandes faroles de las casas más ricas al moverse soplados por el viento del otoño, parecían pájaros que transportasen en su pico nidos de fuego. Cuando el viento arreciaba y el farol chocaba con la pared, volvían a parecer pájaros que al volar se golpeasen el pecho con la medalla de las ánimas del purgatorio. Al divisar las

luces, los fuegos fragmentados, Wang Lung se sintió apuñaleado por deseos disímiles, sucesivos, de diversos tamaños. Las luces lo tentaban de lejos y se mostraban en innumerables rostros, en aclamaciones de fuego trastrocado. Las llamas levantadas en sitios estratégicos para ahuyentar a los zorros —y el pequeño centinela rojo ladrillo que se encargaba de avivarlas—, trepaban y se fugaban por su espalda y por sus brazos, produciéndole un desperezarse multiplicado por pinchazos incesantes. Hizo un gesto despacioso, detuvo el trineo y saltó para abandonarlo. So Ling semidormida sintió cómo él la cubría con las mantas y levantaba el puño para golpear con el latiguillo a los perros. Saltó también So Ling y se le prendió del cuello, clavándole el gesto como un alfiler largo para que no se le escapase. Pero él, resuelto, la empujó dentro del trineo, y ante sus insistencias, levantó la mano como para golpear aquella mejilla que tanto se brindaba. Un latigazo dado a los perros y se alejaban las campanillas, y Wang Lung, ceremonioso, entró en la aldea, después de sacudir su malhumor.

So Ling dejó que los perros sintiesen lo interminable de ese latigazo, y durante tres días, entrecortados por la lejanía del agua y su encuentro, y por el tiempo más lento en que los perros hundían su hocico en el agua para comer peces aun vivos, mezclándose el sonido de su masticación y el de la agonía de los peces. Dormía y se despertaba sobresaltada, para volverse a dormir, mientras el trineo sobre su propia única luz nocturna se nutría de una extensión infinita. Cuando los perros sacudieron sus campanillas, So Ling creyó ingenuamente que el cansancio les doblegaba las patas, sorbiéndole el frío los tuétanos.

Las manos que sujetaban los perros del trineo se fueron reduciendo a una sola mano de tamaño mayor que acariciaba su cuerpo con la misma lentitud que el agua elabora un coral. Así en noches sucesivas, hasta que So Ling

que ya había abierto los ojos totalmente, conoció que había pasado de un palacio a una fuga, de una fuga a un campamento. Y que quien la acariciaba, iba creciendo de caricioso a bandido y cazador, espectáculo aumentado en las sucesivas caricias hasta convertirse en el pretendiente al Imperio. Le decían *El Real,* y por una heráldica de peldaños rotos y reconstruidos se consideraba que su sangre era más pura que la de Wen Chiu, y que él era el hijo del cielo, y Wen Chiu un perro salido del infierno. Hasta Wen Chiu habían llegado distintas noticias de El Real, considerándolo como un bandido que sólo atacaba a los campesinos ricos que abandonaban sus granjas para pedir en alguna puerta distante algunas semillas de melocotón. Los cortesanos disimulaban, por cautelosa prudencia, que las aspiraciones de El Real fueran hasta el mismo trono; sin embargo, como operaba por el norte del imperio, Wen Chiu lo ignoraba, dejándolo por las aldeas del norte, como si dejase a un monstruo pacer en un tapiz mientras los bucoliastas soplaban en sus trompillas. Como era de esperarse la mujer que rodea a un hombre enclavado entre el bandolerismo y las pretensiones reales, tenía que ser la amante que traiciona a sorbos de té; que va de un campamento a otro para vigilar el sueño de los combatientes. Y colocar en la cesta, que había entrado con unas botellas de vino; una cabeza separada del tronco con la graciosa limpidez que las gotas de sangre parecen cera mezcladas con cerezas.

Retomemos de nuevo al mago Wan Lung, perdido, despreocupado gustoso por las provincias del norte. Asi como en la corte se le pedía siempre al finalizar, los números de fácil virtuosismo: el de la decapitación; en esas aldeas se abandonaba a sus más peligrosos juegos de espiral, abandonando las variaciones y las seguridades anteriores; brindadas por el estilo fugado. En lugar de extraer de sus mangas el ganso o el pelícano, se adelantaba hacia el proscenio, con la mano izquierda en la cintura, y mientras la misma manga se iba agrandando a lo largo de todo el brazo, hasta adquirir la dimensión propia de la manga de campaña; iba muy lentamente, convocando y variando la atención de los espectadores, alzando la mano derecha, y apuntando hacia el cielo, señalaba la bandada de gaviotas, permanecía en esa posición hasta que se apartaba del grupo una que portaba en el cuello una cinta, que venía en vuelo aceitado a introducirse en la manga. Mientras la gaviota venía a guarecerse en la gruta de su manga. Wang Lung parecía cumplir una orden de Diaghilev, contrastaba su seguridad alegre con la espectación tensa, un tanto mortificada. Wang Lung, que había mantenido su vocación de mago lo mismo en la corte que en la aldea, pensaba con tristeza, que si ese número hubiera sido reemplazado por el ganso que sale de la manga impulsado por un disparo cortante y grosero, la misma expectación del público se hubiese mantenido en igualdad de frecuencia. Ese pensamiento fugazmente lo torturaba, pero él prefería ese gesto de ballet, el índice alzado con artesana altivez, y la gaviota que se apartaba de la bandada y venía a domesticarse en su manga.

Así transcurría, hasta que un capitán que en su visita a la capital, había oído el relato del mago y su fuga, decidió asistir a sus juegos, interrogarlo después, y mandarlo a la corte para que decidiesen de su suerte. Cuando estuvo en presencia del Emperador, éste permaneció indiferente, ordenando que lo recluyeran en prisión militar, pero con el mismo gesto de absentismo con que firmaría la sentencia de muerte para el ladrón del caballo favorito de uno de sus favoritos.

En el subterráneo se veía obligado a abandonar su técnica anterior; tenía necesidad de verificar, de montar sus juegos ante la imposibilidad total de espectadores. ¿Era un deseo demoníaco, o la necesidad de diseñar las excepcionales agudezas de su tensiones, o un simple juego

angélico interesado en sacarle el sombrero a los hombres los días de frío, lo que lo guiaba en su vocación de mago? Sin responder, podemos ahora añadir que se veía obligado a prescindir de su pequeña orquesta y de su delicioso jardín zoológico, teniendo que sacar de las mismas paredes sus últimas destrezas. Colocaba al borde de la mesa el plato de madera, lo presionaba con el dedo anular con fuerza giratória hasta tenerlo elevado en el centro de la celda. Si sobre el plato, martillaba instantáneamente una impulsión giratoria, sobre el tenedor el índice al golpear con velocidad inicial y uniformemente acelerada hacía que fuese a elevarse en el centro del plato. Cuando regresaba el carcelero, se limitaba con gesto frío y malhumorado, a despegarlo, pues ya el plato de regreso en la mesa, Wang Lung por *divertissement*, provocaba que la vuelta del plato hacia la mesa fuese lentísima, incrustándosele el tenedor como un jinete que despedido de la montura por un ciclón se entierra de piernas en la tierra húmeda. El carcelero tenía la indecisa visión de haber visto, paseándose por el patio, a Wang Lung, con la puerta de su celda cerrada. Para aliviarlo de esa desazón que provoca la presencia de lo extrasensorial, Wang Lung le anunció la muerte de una hija en las provincias del arroz. Al verificarse, días más tarde, esa muerte, Wang Lung consiguió una de sus más incalculables destrezas: desdivinizarse y situarse en una posición de profecía extremadamente favorable para él. Desde entonces el carcelero, le traía la misma agua transparente, goteada de limón, que tomaba con los soldados de posta.

So Ling iba comprendiendo que ser la amante del pretendiente, después de haber sido Emperatriz, era una posición de un lirismo neblinoso y grosero. Creyó que traicionar al pretendiente, después de su fuga banal, era volver de nuevo a la clásica línea de su estirpe. Al encontrarse de nuevo frente al Emperador, no se daba cuenta que estaba desinflada, seca y sin armas. Que se había apartado de la ortodoxia y de la herejía, y que giraba como un reloj inspeccionado por una gata persa. Al principio le decía a So Ling, que El Real era un bandido, que ella lo conocía a saciedad, que no temiese. Después, cambiaba, ahora El Real había consultado con los más pacientes escribas eruditos, y le habían informado, con citas especiales y bien pagas del *Libro Sagrado*, que en su sangre pesaban unas gotas de oro, con más multiplicación que en las del Emperador. Después, So Ling lloraba o adaptaba la posición de quien en su silencio contraído oculta un secreto. De nada le valió, con más displicencia aún que cuando El Mago fue remitido a prisión subterránea, So Ling fue encarcelada y obligada para escarnio a llevar al cuello un collar de cuentas de madera del tamaño de un ojo de buey disecado. A quien se le acercaba para verla parecía una campesina estúpida o una Emperatriz enloquecida por el alcohol.

El Real hizo una escaramuza para tantear las defensas de la ciudad. Creía que cada una de esas embestidas, que le rendían un barrio, representaban un fragmento que ya era suyo, aunque después tenía que retroceder y contar sus pérdidas. Pero ese fragmento, suyo mientras se combatía, llevaba ya la señal de la posible suma total, que se derivaría cuando ya él hubiese atacado los restantes barrios. Había logrado llegar hasta donde empezaban los mercados, y al pasar por los alrededores pobres donde estaba la prisión, pudo casi inadvertidamente poner en libertad a Wang Lung. Contrastaba el gesto furioso de El Real, pintado aún con los atributos de guerrear, que al entrar en la prisión para dar las libertades, parecía por su furor que luchaba con los soldados para que no lo encarcelaran. Wang Lung mostraba por el contrario, una candidez irónica. Los guerreros tuvieron tiempo para constatar un asombro: de la manga de Wang Lung, se iba desprendiendo una rama hasta alcanzar tres metros, surgiéndole retoños rojos. Wang Lung tiró contra el cielo

la rama y apretó la mano de El Real. Cargaban con certeza las tropas del Emperador y el pretendiente tuvo que retroceder, abandonar el barrio conquistado, llevándose a Wang Lung hacia las provincias del norte.

En el campamento de El Real se tenía por Wang Lung una veneración delicada. Se le consideraba de una substancia especial y no se le exigía la constante demostración de su poderío. Cuando un campesino, por ejemplo, le mostraba un potro fuerte, clásicamente herrado, lo hacía con ingravidez, no temía que se fuese a romper la relación que existe entre el caballo, la herradura y la delicadeza con que pellizcaba los músculos del caballo para que nos mirase artificialmente a la cara con ese metal y esos clavos. Cuando Wang se alejaba, el caballo tenía sus cuatro patas sobre la tierra y el campesino también se alejaba. Así lograba con sus poderes convivir, y no verse obligado, al habitar una lejanía, a perder la diaria distribución de sus instintos. Se deslizaba así en una intercomunicación hialina, se sentía flotar en el polvillo de la luz, observando desde lejos el fuego de toda palpitación y evitando de cerca, la rumia vegetativa del aliento. Gozaba así, por la transparencia con que revertían hacia él, de un inmenso campo óptico, semejante a esos cuadros de primitivos, donde unas tentaciones con cara de escorpión, luchan por enceguecer a un adolescente que no se quiere abismar, percibiéndose allá en el fondo de la tela, una felicísima cocinera que al mismo tiempo se aprovecha para ver desde la ventana un espectáculo que la hace reír nerviosamente, asomando de nuevo su cabeza, dispuesta a prolongar su curiosidad hasta un cansancio que desemboca en la infinitud.

El pretendiente rehizo su ejército y embistió de nuevo contra la ciudad. Como la preparación de la defensa había sido más lenta, el ataque fue súbito. Las vicisitudes del encuentro anterior se perdieron, y la estrategia empleada se había convertido en una especie de prueba de tubas de órgano. Se presionaba una pequeña tecla, que rezaba: *órgano tempestuoso (tempête)*, y contestaba una ramazón sonora, o contestaba a la presión *flauta*, una vaciedad, y nos convencíamos que el órgano estaba desinflado. Así El Real atacó un fragmento, un barrio ya escogido, y todos los puntos de defensa estaban tan ferozmente obturados que la retirada fue casi inmediata. Pero en ese barrio había una prisión, y allí So Ling pudo muy asustada recobrar de nuevo su libertad. El pretendiente la examinó rápidamente, y ya empezaba a caminar So Ling con lentitud, cuando fue lanzada sobre el caballo, enlazada y sacada hacia el campamento del que ella había huido.

El Real preparó en marfil su crueldad. Quería que el mago y So Ling se vieran de improviso en el acto que él había preparado para comunicarle un disfraz brillante a su derrota. Después del descanso, de las palmadas, guitarras, juegos de armas y lazos, se hizo un silencio para la acción del mago. De una a otra tienda, situadas en los extremos del tinglado, salieron Wang Lung y la Emperatriz, se saludaron, rieron, se hicieron cortesías, con frialdad redondeada. Encuentro que no revelaba una fuga, el odio por el abandono estepario, reminiscencia, deseo, trineo, frialdad o calor bajo las mantas. Cada uno retrocedió y fueron a sentarse en sus sillas, la de So Ling más cerca de El Real. La multitud se tragaba su silencio y lo devolvía en forma de mosca fría. El pretendiente golpeó en un gong. Los caballos fueron sacados más allá del río que formaba el límite del campamento, para no oír el descarado ruido de sus cascos.

El Real hizo una señal de nerviosa ordenanza. Quería que el festival comenzase por el acto de la decapitación. Wang asintió, y So Ling, con gentileza se dirigió a la mesa y se ofreció a la cuchilla. Con una gravísima limpidez se vio a su cabeza cobrar una momentánea independencia, pero después ya saludaba, y se dirigía de nuevo a

ocupar su silla más cerca de El Real. Algunos distraídos que presumían de estar en el secreto, esperaban que el pretendiente hubiese dado órdenes secretas a Wang o que éste fingiese un desmayo para que la cuchilla siguiese hasta el final. Pero el mago prefirió su acto puro, su diestro artificio, interrumpiendo, aislando momentáneamente, pero sin poner un dedo siquiera en la gran obra de continuidad secreta y ajena. La cortesía encerraba sus ejercicios, y la cortesía no era para él otra cosa que la igualdad que se deriva del *timor* Dei.

En la corte el aplauso era un terciopelo mortal. Era siempre un final. Potenciaba tan sólo el silencio posterior. En el campamento de El Real, los aplausos, ya rítmicos, eran la introducción al frenesí. Después de haber empezado por ese número tan fastidioso para el mago, pudo aunar las destrezas que había adquirido durante su estancia en la prisión, con su clásica habilidad para hacer pasar sus dedos entre la pólvora y su orquesta invisible. Llegó a marear, se embriagó a sí mismo, y el campamento acuchillado por las hogueras vigilantes, parecía la gran piel que revienta, el cuero mayor que contiene a una inundación. Sin embargo, los situados en las últimas filas, los vacilantes, oyeron un temblor como de jinetes que se acercaban. Se limitaron a mover sus cabezas y a ser los primeros en retirarse a dormir.

Sería entrada la noche, cuando Wang Lung salió de su tienda. Un silencio frío, acompañado por las asperezas del grillo untado de rocío, se hacía más pesado a medida que adelantaba su curiosidad. Vio a So Ling que también salía de su tienda haciéndole señas, indicándole que terminaría con su curiosidad. ¿Qué pasaba? Con numerosísimo ejército el Emperador había salido a darle caza a El Real. Al avisar muy oportunamente los centinelas de la numerosidad de las huestes que se acercaban, el pretendiente levantó el campamento. Aprovechándose del

aislamiento silencioso que quedó como residuo de la gran noche del mago, y que pesaba muy especialmente sobre la pareja, huyó tendido hacia el norte. Pensó que al dejar abandonados a So Ling y al mago, el furor del Emperador se calmaría. Otro error suyo. Al ver los restos del campamento abandonado, el Emperador temió alguna encerrona, y siguió la persecución con más furia. Lo persiguió hasta llevarlo de nuevo a la tierra donde viven los bandidos del norte. Desistió, pensaba que sería más conveniente tener en sus dominios un bandido más que un pretendiente ajusticiado. Inició el regreso cuando la humedad, los arneses y el buho mojado estaban dentro de un círculo.

Ya está Wang Lung en la tienda de So Ling, se extiende sobre las pieles. Wang la acaricia con precipitación incorrecta, sus gestos se van refinando mientras convergen hacia la garganta. So Ling reía con el mismo gozo con que veía avanzar la cuchilla, como quien se oculta de una oscuridad súbita que la rebana de los espectadores. Una curiosidad desatada gobernaba los dedos del mago que iban apretando incesantemente, mientras So Ling continuaba riendo, creyendo que era el juego anterior de los espejos, cuando ella *aparecía* para el *reverso,* como escindida por la cuchilla, teniendo tan sólo que retener un poco la respiración.

Después Wang Lung manteniendo la misma curiosidad que ya comenzaba a congelarlo, fue deteniendo los golpes rítmicos de su respiración hasta indiferenciarse totalmente, y así decidido invisible entró en el clarísimo laberinto. Los cadáveres del mago y de So Ling, lucían como si el hálito no se hubiese escapado, sino como si entre esas muertes fluyesen los siglos de un estilo diverso. Asomaba, en uno, la espiral incesante de su curiosidad; en el otro, la sonrisa de una total acomodación, de una confianza clásica. Al congelarse hicieron visibles sus estilos.

Las tropas del Emperador que regresaban quedaban de frente al reverso del tinglado. Ordenó descanso, mientras él se aventuraba por la región donde no había espectadores.. Penetró en la tienda, y al contemplar los cadáveres, entró de súbito en un especial tipo de locura cantable. Alzados los brazos, pasaba con rostro invariable de las canciones infantiles a los cantos guerreros. Salió de la tienda, y manteniendo el mismo canto ligero y grave, se dirigió al pozo, que es siempre la peligrosa encrucijada de todo campamento, y se precipitó. Penetraba en la oscuridad progresiva con un tono de voz hecho por las divinidades enemigas para aislar el pensamiento de la voz, y ésta a su vez de toda extensión oscura.

El Real regresaba, perseguía al ejército fiel y aumentaba sus contingentes. Perdía los pasos del ejército que él buscaba, y eso le hacía pensar que estaban dispuestos para recibirlo, y no con recepción de la corte. Cuando su ejército y el del Emperador se encontraron pudo percibir que algo de rica expectación transcurría. Al encontrarse, el ejército del Emperador permanecía inmóvil; el de El Real, se adelantó, y con el mismo silencio se unieron los dos bandos. La petrificación del ejército del Emperador, se debía a que éste no regresaba, permaneciendo las tropas en parada descanso; así el otro ejército pudo sumársele, añadiéndole nuevas divisiones, colores y armas. El Real se adelantó más allá del tinglado, llegó hasta la tienda y percibió indiferente los dos cadáveres y sus incomprensibles gestos. Se adelantó más aun y llegó hasta el río que servía de límite natural al campamento. Notó que el pico de un flamenco progresaba en las entrañas de un cuerpo envuelto en unas sedas mordidas por unas insignias que tenían que ser calificadas de únicas. Mantenía las manos alzadas y la boca entreabierta se había congelado en el diseño del canto. Al sumergirse en el pozo había sido arrastrado por aguas subterráneas hasta el río que iniciaba su destrucción lenta con pájaros e insectos. Arrastró con limpia elegancia el cadáver del Emperador y lo mostró ante las tropas. Puso en el mismo trineo al mago, a So Ling y al Emperador, y ordenó marcha forzada sobre la ciudad mayor del Imperio.

La ciudad se apretaba en una concentración máxima a la vista de El Real. Los vigías contemplaron la unión de los dos ejércitos y los cuerpos que regresaban en trineo. A la vista de las murallas, el pretendiente hizo levantar un tablado inclinado, donde colocó los tres cadáveres sobre ramas y hojas, quedando como un relieve sobre fondo vegetativo. Algunos curiosos que se aventuraban más allá de las murallas podían alcanzar así ciertas precisiones que trasladaban después a los contemplativos de intramuros. Veían figuras que se desplegaban en espirales uniformemente aceleradas. El Emperador, con el agujero dejado por el pico del flamenco debajo de la tetilla izquierda, continuaba con sus brazos alzados, seguía impulsando sus romanzas. Los de intramuros pensaban que ese canto se debía a que El Real había decapitado a So Ling, cobrándole su traición; que el Emperador daba gracias por la huída de sus enemigos, cuando un horóscopo incomprensible se desató y el pico del flamenco rasgó sus entrañas. El mago quedaba como el curioso ante el retorno, la huída, el cuello de So Ling; curiosidad pasiva que cuando alcanzaba su perfección tenebrosa, podía contener la respiración y contestar a las preguntas que nos envían unos arqueros flagelados.

Después que exhibió los cadáveres durante tres días en el tablado inclinado, cogió una vara gigante rociada con resina olorosa, y le otorgó fuego a las ramas del lecho de los muertos. Cuando el fuego se extinguió, los curiosos que paseaban fuera de las murallas retrocedieron con una confusión delirante. Quedaban marcados con una complejidad que les prohibía hablar o pasear con tan lujosa

calma como hasta que habían contemplado esa destrucción de la plástica de la muerte.

El Real se acostó en el trono cincuenta años. Ningún fuego prendido con una vara resinosa señalaba un comienzo o una despedida. Los curiosos que habían visto los cadáveres sobre el tablado, cuando volvían a la ciudad, quedaban imposibilitados para llevar sus paseos más allá de las curiosidades visibles. Buscaban después soluciones domésticas, favorecían el despacioso crecimiento de sus árboles. Los que no se habían atrevido a ir más allá de las murallas les quedaba ese interior remolino secreto, dispuestos a aceptar el primer humo llegado como un presagio, como los chirridos insistentes del pájaro que transporta una voz.

Cuando los nuevos magos visitaban la corte, se brindaba el mismo Emperador a que el acto de la decapitación fuese elaborado en su propia cabeza. Cuando regresaba a sentarse en el trono, los cortesanos fungían un asombro helado y bien pronto recobraban su inamovilidad. Se había hecho demasiado visible el artificio del instante en que su cabeza liberada iniciaba una oscura conquista, que los cortesanos no hacían coincidente, ni por el ceremonial, con el descenso horrorizado de los párpados. Los ojos de los cortesanos seguían la cabeza separada, como si, por el contrario, fijaran con exceso, molieran un insecto en una pieza de cerámica.

Consultado por los cortesanos *El Claustro Imperial de Lojanes*, acerca de cómo remediar la espantosa sequía de espectáculos que seguían a la muerte de El Real, dictaminó que era necesario hacer las exequias en la puerta mayor, donde coincidían los pasos de los que se atrevían a ir más allá de las murallas, con los más prudentes que sólo vigilaban la verticalidad de las mismas murallas. Durante tres días su cadáver se mostró envuelto en los cueros y metales de su realeza; se mostró

acompañado de rocío, de sol, y al tercer día, al llegar las lluvias se quedó en una soledad marmórea, pues los curiosos huían... *El Martín pescador* se obstinaba en pasar su cuerpo a través de un anillo de plata martillada. El halcón, noble dueño de su precipitarse, abría lo circular, hasta trocarlo en curso y recurso, convirtiéndolo en el espíritu estepario. El otro halcón, breve, tornasolado, raspaba con furia en un dedo de rotación incesante.

JOSE MARTINEZ MATOS • TRASTOCANDOLO TODO • JOSE MARTINEZ MATOS • TRASTOCANDOLO TODO • JOSE MARTINEZ MATOS • TRASTOCANDOLO TOD

A

Aunque es verano un aire fresco de primavera corre por las calles de la capital. Cuando esto sucede me entran deseos de divertirme un poco. Camino lentamente por las calles llenas de gentes. Todavía no voy a empezar. Soy alto y rubio y me dicen Kautam. Subo las escaleras eléctricas. Todos los días lo hago. Me gusta ir a esta tienda porque van muchas mujeres bonitas. Ya estoy arriba. Ahora sí que va empezar. Pasan dos o tres por mi lado. No me agradan, o son muy gordas o muy flacas. Me gustan término medio y rubias. Pasa otra trigueña, tiene el cuerpo que me gusta, la miro bien y a última hora la dejo pasar. Espero unos minutos porque sé que llegará. Ahí está. La miro de frente, duro a los ojos azules. Tiene el pelo rubio natural. Lo descubro al instante. Sonríe, los dientes son grandes y parejos. Ya comienza todo:

Ahora soy invisible, me gusta mirar así sin ser observado. Mis ojos traspasan sus vestidos, tiene los senos firmes y blancos. La dejo pasar por mi lado. Ahora está de espaldas, se ha parado junto a la ventana. Tiene las piernas perfectas, los muslos llenos y suaves. Casi estoy a punto de tocarla, me contengo. Adivino que es casada. Satisfecho de la observación me coloco delante para mirarla de nuevo a los ojos. Su marido es gordo y viejo. Es la víctima propicia. Me alejo hasta el final de la escalera y me hago visible. Camino hasta ella, adopto el aire de encontrarme perdido, ensayo una sonrisa. No le voy a preguntar nada, sólo le digo: «Sígueme».

Comienzo a descender las escaleras sin volverme, sé que viene. Doblo por la primera esquina y camino dos cuadras. Entro en la casa. La dueña vive abajo, yo tengo mi cuarto arriba. La dueña nos ve y no dice nada. Ella nunca dice nada, me tiene miedo. Me detengo delante de la puerta que está abierta. La mujer pasa y cierro lentamente. No dice nada, sabe que a mí no me gusta que hablen. La voy a tratar bien, una broma ligera nada más. A un gesto mío comienza a desvestirse. Está desnuda, parece una estatua. Me molesta tanta luz y el aire violento que entra por la ventana. Suspiro, es de noche y sale la luna llena. Ahora sí que está propicio el ambiente. La miro, tiene realmente los ojos extraños.

Comienza a vestirse. Suspiro de nuevo y es de día. Sigo acostado sin vestirme. Cuando ella termina le ordeno: «Ve a la tienda y trae cincuenta más». Abre la puerta y se va. Sé que dentro de quince minutos a más tardar vendrá con las otras, pero ya lo tengo todo preparado. Salto de la cama, caigo con un golpe seco. Soy de mármol y quedo en el suelo, inmóvil. Me miro y me río de verme convertido en estatua. Recuerdo que vendrán dentro de poco. Dejo la estatua tal como está. Ahora soy trigueño y bajito y me llamo Kitm. Estoy vestido con un traje gris y espejuelos oscuros. Siento muchos pasos, abro el escaparate y me escondo dentro. Miro a través de la mirilla que tengo preparada para el caso.

Entran todas siguiendo a la mujer rubia. Son de todos los tipos, rubias, trigueñas, negras, feas y bonitas. Monto en cólera: las quería rubias y bonitas. Ya verán lo que les espera. Miran horrorizadas a la estatua que está en el suelo. Esperaban otra cosa. La cargan, la acuestan suavemente en la cama y le cantan. De pronto se vuelven contra la mujer rubia. Comienzan a insultarla, a romperle los vestidos, a golpearla. Me he divertido bastante. Salgo. Abajo la dueña está llamando desesperadamente a la policía.

Me alejo unas cuadras para seguir trastrocándolo todo. Llego a la calle principal donde el tránsito es más intenso. Me siento en un café a tomarme un refresco y pensar qué hago. Ah, ya sé, me convertiré en un caballo. Ya está, ahora soy un hermoso caballo negro de lustrosa crín. Me encamino al policía que dirige el tránsito. Atento como está debajo de su sombrilla verde no me ve llegar. Tiene la luz verde puesta. Lo toco y cae medio atontado. Los autos siguen pasando, en la calle transversal se amontonan pitando. El ruido de los cláxones es infernal. El público ríe. El policía saca su revólver pero yo de un salto me le pierdo de vista.

Sigo por la calle principal, un ómnibus se me acerca resoplando, el chofer quiere frenar y no puede, me pasa por encima. Todos miran para ver qué ha pasado. Me alejo con un ágil trotecillo. Relincho eufórico. Sé que dentro de poco la policía me buscará afanosamente. Un frenazo, un corte violento para no arrollarme. Siento varias sirenas, son las perseguidoras que convergen sobre mí. Las llevo a un callejón sin salida. Me tienen acorralado, estoy a punto de caer en sus manos. Me asalta la idea de dejarme atrapar para luego desaparecer en la estación de policía. Pero tengo ganas de continuar el juego. Cuando ya me tienen casi con un lazo al cuello, desaparezco.

Soy de nuevo el hombrecito trigueño, estoy sentado en el asiento trasero de un ómnibus. Todos comentan el caso, unos ríen y otros tienen miedo. Creen que soy de otro planeta. Al oír esto me río fuertemente, todos miran hacia atrás. Allí estoy de nuevo convertido en el caballo negro. Se quedan mudos, sudorosos. El chofer da un violento frenazo. Salgo a la calle y persigo a un niño que lleva una jaba de naranjas. Tira la jaba y huye. Mastico una, no me gusta el sabor de la cáscara y la escupo. El policía de tránsito está de espaldas a mí. Me le acerco en silencio y le relincho a los oídos. Doy un salto y desaparezco.

La noticia ha corrido como el viento. Todo un ejército me busca. Los aviones vuelan bajo, los tanques patrullan las calles, soldados con armas largas registran los edificios. Las gentes se amontonan en las paradas. Tengo la sospecha de que se va a producir el pánico. Las tiendas han cerrado antes de tiempo. Me dejaré atrapar. Estoy cerca del café donde tomaba el refresco. Estoy cercado, un coronel me pone las manos. Me quedo manso. Ya está, soy su prisionero, me ha cogido. Ante la presión de sus manos me voy achicando y ablandando. Soy un caballito de aire. Exploto. Se queda con los pedazos de aire en las manos. Estoy de nuevo en el café, siento sed y pido otro refresco.

MANUEL DIAZ MARTINEZ • LA CRUZADA • MANUEL DIAZ MARTINEZ • LA CRUZADA • MANUEL DIAZ MARTINEZ • LA CRUZADA • MANUEL DIAZ MART

E

El Rapsoda entró en la cámara real y así habló al rey Clofás:

—Señor, anoche quiso el Ave del Sueño tocar mis párpados. Confieso que no la invoqué, como suelo hacer para poder contestar tus preguntas; vino cuando el silencio era aún más profundo del que ella necesita para acudir a mis llamadas. Sospeché que algo muy importante tenía que decirme, y a ella me entregué con la mayor suavidad; y he aquí que vi, con mis ojos cerrados, un país, señor, tan vasto como tus dudas y tan refulgente como las gemas de tu corona, con valles como mares de verde cristal, cruzados por ríos de sol líquido, y con montañas de laderas pobladas por espléndidas arboledas de frutales, todo bajo un cielo de un azul que tú, señor, que lo has visto casi todo, no podrás nunca imaginar. —El Rapsoda hizo un súbito silencio y se quedó mirando fijamente a su rey.

El monarca, que había oído el relato con los labios muy apretados y moviendo lentamente la cabeza hacia arriba y hacia abajo, como es costumbre en gente de su rango, dijo:

—Y bien, querido Lorís, todo lo que me cuentas es, en verdad, muy hermoso; pero ¿ahí termina tu sueño?

Como saliendo de un letargo, el Rapsoda respondió vigorosamente:

—No, señor. El Ave del Sueño fue pródiga en su decir. Con mis ojos cerrados vi que aquel país no lo habita nadie, ni persona ni animal. Además, tengo la convicción de que puedo conducirte a él, aunque si me preguntas dónde está tendré que decirte que no lo sé.

El rey Clofás ocultó su rostro con las manos, apoyando los codos en los brazos del trono. Después de permanecer así durante unos minutos, habló:

—Si me guías, iré.

Varios días más tarde, el rey Clofás, acompañado por el Rapsoda y por los miembros de la Corte, traspuso los rastrillos de su palacio, seguido por doce cuerpos de caballería, de mil jinetes cada uno, y diez mil infantes, entre arqueros y lanceros. El ejército más grande que jamás se movilizara en Cidea, se puso en marcha en pos del país soñado, enarbolando gonfalones carmesíes, dorados y albos y haciendo sonar añafiles de agudísimos registros.

El ejército de Clofás estuvo siete años avanzando sin cesar por parajes absolutamente desconocidos, de cuya existencia, hasta aquel momento, nadie sabía, ni siquiera el astrólogo Ulasis, de Cidea, para quien el mundo era mucho mayor de lo que en apariencia es, pues él situaba los límites de la Tierra en el sueño de los hombres.

Salieron de Cidea cuando el sol de mayo lanzaba sus primeras luces. Luego de dejar bien atrás las fronteras de la nación y de atravesar los montes Ulam-Belám, jamás pisados por hombre alguno, hallaron caminos muy bien construidos, abiertos en la roca viva, los cuales bordeaban abismos que había profundizado el paso torrentoso del

río Más Fiero, que hasta entonces se desconocía, cuyas aguas, a pesar de la velocidad con que fluían, de las cascadas por las que se despeñaban y de las riberas de piedras filosas en que rompían sus flancos, no hacían espuma. Aquel paisaje de cantería, absolutamente imprevisto, raras veces se vio alterado por alguna que otra mancha de vegetación, formada por árboles de manzana y membrillo, guayabos de voluminosos frutos y, sobre todo, musgos gigantes, de cuyos filamentos la cohorte expedicionaria extraía el agua para sus necesidades, porque la del pavoroso río no calmaba la sed ni limpiaba el cuerpo.

Fueron siete años como siete días, pues la noche no apareció jamás. El sol de aquellos años no fue velado un solo instante ni por tormenta ni por llovizna; no hubo tales cosas ni parecidas. Aquel sol, a medida que los conquistadores avanzaban, perdía en calor lo que iba ganando en brillo, de tal suerte que, al final, se convirtió en luz tan fría que, bajo su resplandor, armas, armaduras y arneses se cubrieron de espesa capa de escarcha pegajosa, y las plumas de los yelmos y las crines de las cabalgaduras se cristalizaron, pero ennegrecidas, como si previamente hubiesen sido calcinadas. Como la luz de ese sol era ubicua, no disfrutaron los expedicionarios ni de la más pequeña zona de sombra para mitigar el deslumbramiento que les enrojecía los ojos y que llegó a privarlos de la visión. Jamás supieron la hora, pues el reloj de sol, por faltar la sombra, les era inútil y la ampolleta de arena se quebró al ponerse en contacto con aquella claridad.

Sólo el Rapsoda sabía por dónde caminaban y hacia dónde orientarse. Daba sus indicaciones después de dormir un cuarto de hora cada día, tiempo durante el cual le era revelado el rumbo. A nadie más que a él le era posible conciliar el sueño sobre aquellas piedras ásperas, envuelto en aquel frío taladrante, con aquel resplandor contra el cual no servía ni la más tupida venda. Vale anotar que, durante el viaje, no conocieron la fatiga.

Cuando ya habían perdido la esperanza de recuperar la vista, vieron. Una cálida noche había descendido sobre ellos; en la bóveda celeste rutilaban estrellas enormes, que parecían pender directamente sobre la cabeza de los soldados. El paisaje se había transformado totalmente: el pasto jugoso sustituía a la piedra; jardines de perfumadas plantas ocupaban el sitio de los riscos; suaves colinas coronadas de parras e higueras estaban donde hacía sólo segundos se elevaban las áridas escarpas... El Rapsoda, llorando de entusiasmo, se acercó a su señor y le besó las manos. Exclamó:

—¡Hemos llegado, oh rey de Cidea, a la tierra que te dará la corona de emperador!

—Puede ser que tengas razón, Lorís —respondió el rey Clofás mientras miraba en torno con ojos agrandados por la emoción—, mas no veo que este país refulja, como me dijiste, ni veo en cuanto abarca mi vista el río de sol líquido ni el cielo azul inimaginable de que me diste noticia, sino, por el contrario, veo un paisaje dominado por las sombras, aunque indiscutiblemente hermoso.

—Señor, debe ser que, de tanta luz que inundó nuestras pupilas, ahora sólo podemos ver sombras.

—No te entiendo, Lorís; pero, puesto que la noche es llegada, me invade un ansia infinita de tenderme a dormir —El rey descabalgó y ordenó descanso. El ejército entero, esparcido sobre la reconfortante y acogedora tibieza de los pastos, se entregó al sueño.

La luz de la mañana los despertó. La mañana se hizo presente como lanzada por una catapulta. Los pájaros alborotaban en los ramajes; bajando entre los collados más lejanos, un río de fuego se deslizaba lentamente. La tierra competía en intensidad de color con el cielo.

Mas todo aquello quedó opacado por una maravilla superior: en lo alto de una colina, disimulado entre ver-

daderos bosques de heliotropos zancudos, más altos que un tallo de bambú bien crecido, se alzaba un imponente palacio de mármol negro, rodeado por fosos sobre cuyas aguas revoloteaban pájaros de espumoso plumaje. El asombro fue unánime por dos razones: porque en la noche pasada no se había visto tal palacio, por más que los soldados inspeccionaron los contornos del sitio donde se vivaqueó, y porque ese hallazgo denunciaba un error importante en la revelación que tuviera el Rapsoda: el país estaba habitado.

Cuando hubieron vuelto los delegados que envió el rey Clofás para solicitar audiencia del señor de aquel palacio. todos supieron que allí habitaba un rey que se hacía llamar Omegus el Anfitrión, el cual los invitaba a un banquete que tenía preparado en honor de la temeraria hueste.

El rey Clofás, seguido por su ejército, cruzó el puente y entró al palacio, cuyas dimensiones internas sobrepasaban notablemente a las exteriores. En una sala inmensa, el tamaño de la cual puede ser deducido del hecho de que podía albergar a los veintidós mil soldados de Clofás, y en la que se extendían mesas y bancos de riquísimas maderas negras, aquéllas cubiertas de finas mantelerías y éstos de mullidos cojines, los esperaba Omegus, que era un anciano alto, cuyas palidez y flacura denotaban mala salud, con ojos muy hundidos y oscuros y luenga barba, tan blanca y vaporosa como los pájaros que rozaban las aguas de los fosos. Con un gesto de mano, Omegus ordenó a todos que tomaran puesto en torno a las mesas, y dijo:

—Os esperaba, hijos míos, desde hace mucho tiempo. Para esta visita habéis nacido, y yo estoy aquí para ofreceros albergue.

—Generoso monarca —respondió Clofás—, mi bochorno no tiene límites y debo pedirte perdón por haber venido a ocupar tu territorio. He viajado hasta aquí en calidad de invasor, pues por mala información creía que estas tierras estaban vacías de hombres y quise sumarlas a la civilización a que pertenezco. Veo que estaba equivocado, que en ellas hay un rey. Renuncio, pues, a mi empresa y te prometo regresar hoy mismo a mi país, deshaciendo el camino que las alucinaciones de un Rapsoda y mi credulidad me hicieron emprender.

El anciano sonrió bondadosamente. Así respondió al rey Clofás:

—No tengo nada que perdonaros; tampoco tengo nada que temer de vosotros.. Habéis nacido para venir a conquistar mi reino, mas está en tal empresa el fracaso. Soy el único habitante de este país; sin embargo, ejércitos más poderosos que el vuestro han llegado a este palacio con idéntico fin y sigo siendo Omegus el Anfitrión. Sólo os pido que disfrutéis, en mi nombre, de este banquete que os he preparado con mis manjares predilectos. La lechuza horneada con salsa de higos debéis acompañarla con el cabernet, y la torta de anémonas, con el moscatel de las garrafas azules. Es todo cuanto debo recomendaros.

Después de dar cuenta cumplida de lo servido, todos sintieron la necesidad de descansar, para lo cual, con la anuencia del anciano, se tumbaron en los bancos cubiertos de cojines y se durmieron. Cuando despertaron, era noche cerrada. Clofás, aún soñoliento, se dirigió al señor de la casa:

—Lamento el abuso que hemos hecho de tu hospitalidad. He decidido partir inmediatamente. Cuando vayas a Cidea, mi reino, te reciprocaré estas atenciones.

—Nunca iré: de mi país no salgo. Es tan grande, que nunca he intentado salir de él. Adiós.

El ejército de Clofás se puso en marcha. En la bruma fría de la noche fue perdiéndose el palacio de Omegus, hasta que desapareció detrás de una colina. El Rapsoda, pensativo, caminaba alejado de su señor, quien lo miraba de vez en cuando con el rabillo del ojo.

110 De pronto, sin que mediara crepúsculo alguno, la luz del día cayó pesadamente, hiriendo con sus agudos brillos los ojos de los caminantes. Una vez superado el deslumbramiento, un grito bárbaro, caudaloso, se desprendió de sus gargantas: sus huesos resplandecían, y cada quien, inmóvil, podía ver, a través de los demás, la geografía cenicienta de Cidea.

ELISEO DIEGO ● LA CALLE DE LA QUIMERA ● ELISEO DIEGO ● LA CALLE DE LA QUIMERA ● ELISEO DIEGO ● LA CALLE DE LA QUIMERA ● ELISEO DIEGO

N

«Nunca he tenido —dijo el hombre— sueños muy extraordinarios. No son para mí las grandes aventuras —ni aun las pequeñas. Sólo sueño con lugares».

«Estos, a su vez, distan mucho del escenario romántico —nada de castillos o mazmorras, nada de selvas o ríos generosos. Los lugares que yo veo en mis sueños son simplemente lugares como los que pudiera ver despierto. Pero, ¡eso sí!, muchísimo más interesantes —o, para decirlo con propiedad, más atrayentes».

Agonizó por fin el fósforo, humeó el tabaco moroso, y el hombre se arrellanó a su gusto. «Ambos asertos —afirmó con cierta pedantería innecesaria, ya en él insuperable— ambos asertos quedan demostrados por esta curiosa coincidencia: de tiempo en tiempo los sitios soñados por mí aparecen o irrumpen en la realidad».

La camarera —una mujer regordeta y sonrosada— interrumpió aquí la relación poniendo delicadamente dos espumosos jarros de cerveza sobre la mesita de mármol. El

hombre sonrió —eran viejos conocidos— y se disponía a proseguir cuando ella exclamó con un menudo chasquido de lástima: «¡El profesor se ha cortado!» Algo molesto el hombre recordó que en su mano izquierda, casi al extremo del índice, había una heridilla mal cerrada. «No tiene importancia», —dijo, encogiéndose de hombros y apartando a un tiempo el vago interés profesional de su amigo. Pero ella había desaparecido ya por el penumbroso agujero de la trastienda.

«Sitios —reasumió entonces el profesor, enarcando las cejas— sitios como los que pudiera o debiera haber en nuestro propio barrio, y que uno encuentra o no encuentra según las veleidades de un azar no muy en sus cabales. ¿Conoce usted, por ejemplo, usted que tiene su consulta junto a mi casa, conoce usted el Callejón de la Quimera?» Y como el otro negase con la cabeza, benévolamente: «El nombre, claro, es una añagaza no muy limpia, puesto que *es* de mi propia cosecha; pero si yo le hubiera preguntado por la calle 32B, no habría sabido usted dar otra respuesta.

«Pues cuando la recorra —y no me negará que la curiosidad lo llevará allí esta misma tarde, o mañana a lo sumo— hallará que es un lugar extraordinario: forma una corta media luna sombreada por unos sauces —¡nada menos!— de una melancolía ya excesiva. ¡Esto no es de aquí!, se dirá usted. Y tendrá razón, hasta cierto punto» —concluyó el profesor, frotándose la sien con el índice herido.

Índice de que se apropió la camarera por sorpresa, sometiéndolo a las impertinencias del yodo.

«Sin embargo —continuó él, con una mueca de resignación—, recientemente han ocurrido algunas variaciones inquietantes. ¿Se imagina usted que un hombre como yo pueda forzar la ventana de una casa ajena, siquiera vacía, siquiera sea en sueño? ¡Qué pobre argumento para sus bravos escenarios, dirá usted! Y ya dentro, en un corredor oscuro, he aquí que me detengo ante una puerta. Hay la poca luz que llega por entre el polvo de una ventana distante. La puerta tiene esas hondas molduras sin sentido de las puertas muy viejas. Y entonces yo pongo la mano en el gran pomo de bronce y siento un gran frío: es el miedo a lo que la puerta oculta; el terror de lo que está al otro lado. Ya ve usted que es absurdo. Porque aun en sueños, ¿qué podría pasarme?»...

«¡Un accidente, Dios mío, un accidente, un corte violento en la línea de la vida!» Y la camarera repicaba en la palma de la mano del profesor con su corto dedo de nieve.

Era aún muy temprano en la mañana de mal tiempo —una de esas mañanas grises en que pensamos si la confusa luz será realmente la tarde. El doctor había echado a andar para sacudirse la imagen de su amigo, muerto de repentino terror durante la noche. La llamada que le hicieran al despertar la casa, y encontrarlo ya con su máscara de miedo, no había pasado por desgracia de una simple fórmula. Y era curioso. Porque el corazón del profesor, aunque dañado, se avenía muy bien al paso lento de sus años para alcanzarle bastante más que un plazo largo.

Alguien lo detuvo: el doctor alzó los ojos a la mano que estaba en su brazo. Era una mano demasiado blanca cuyo temblor era la pena de la camarera lamentándose: «Ya supe la noticia, ahora mismo, de paso al trabajo».

«Ah, sí —repuso él en voz muy baja—. Murió violentamente, como usted predijo. Sólo que en sueños». Reparó entonces en que estaban en la cima de una media luna o creciente de sauces, entre casas de techos puntiagudos —extraños. Y dejándola allí, con una mano muy blanca descansando en la cancela de la casa abandonada —una de esas cancelas con flores de hierro que hay en las casas muy viejas—, siguió avanzando vacilante en la penumbra —por la Calle de la Quimera abajo.

JOSE LORENZO FUENTES • TAREAS DE SALVAMENTO • JOSE LORENZO FUENTES • TAREAS DE SALVAMENTO • JOSE LORENZO FUENTES • TAREAS D

N

No niego que cuando entré al hotel me molestó el olor a cebollas, a manteca rancia y a trapos húmedos, todos esos olores confundidos en un solo olor intransferible, que únicamente tendría en el mundo el hotel de Gonzala, y acaso también el rostro de la dueña detrás de la carpeta y desde luego las paredes sucias y descascaradas y la escalera (esto lo supe después, cuando ya había adquilado la pieza) que conducía hasta el segundo piso, con sus peldaños soltando pedazos. Pero uno se cansa de hacer cosas en la vida sin encontrarles explicación. O la explicación está en el deseo de llevarle la contraria a la gente. O simplemente no tienen explicación.

—Solamente hay agua de siete a ocho de la mañana, las tuberías son un puro salidero, hay ratones —dijo Gonzala como si fuera la dueña del hotel de enfrente. Abría los brazos aparatosamente mientras hablaba y después, con los puños cerrados, se los incrustaba en las amplias caderas. Por un momento hasta me figuré que estaba molesta de no encontrarse con mi arrepentimiento.

—Acepto —dije y comencé a caminar delante de ella, que me indicaba dónde debía poner los pies porque en la escalera (eso era lo que al subir me iba diciendo) había que sortear unos cuantos riesgos, nadie se aventuraba a pisar firme en los escalones séptimo y noveno y el onceno estaba por ver. «Hay ratones, sobre todo hay ratones», ascendía su voz hasta alcanzar mi rabadilla como un puntapié y con su voz el deseo de verme dar un respingo, solicitar la devolución del dinero y perdérmele de vista para siempre. Tenía que ser producto de mi imaginación, pensaba yo al ganar cada peldaño, porque nadie está peleado con su negocio, pero lo cierto era que eso venía diciendo a mis espaldas. Entonces volví la cabeza, cuidando de afirmar mis manos en lá baranda, y miré hacia abajo con el deseo de descubrir por qué el rostro de Gonzala se me hacía antipático. Detrás venía ella, sonriente, coloradota; a medida que ascendía su pecho se agitaba, parecía a punto de cortársele la respiración. Me dio lástima haber pensado mal de esta buena cara de tía, nodriza o madre dulcemente regañona, buena cara para despertarlo a uno todas las mañanas con una taza de café con leche.

—Esta es la llave —murmuró Gonzala ya en la puerta con un encogimiento de hombros que decía allá usted. Como el gesto no le pareció suficiente volvió a advertirme por enésima vez lo de los ratones. Yo le di la espalda y me puse a forzar la cerradura; con el rabillo del ojo la vi descender la escalera totalmente desalentada. Empujé la puerta con tanta violencia (las bisagras estaban herrumbrosas y hasta había un buen número de cachivaches apilados detrás) que se me pusieron calientes las mejillas, pero al fin arrastrado por mi esfuerzo me encontré bruscamente en el centro de la pieza. No estaba del todo desagradable, si uno se pone a comparar, y hasta tenía

una ventana pequeña con un postigo abierto y un pedazo de sol que me lamía los pies. Me eché en la cama, anudé los dedos de ambas manos detrás de la nuca y, como otras veces en que el puro capricho gobierna mis acciones, me puse a pensar.

El primer ratón cruzó la pieza tan velozmente que daba la impresión de una fotografía desenfocada. Entonces abandoné mis anteriores pensamientos y me di a recordar mis primeras andanzas como fotógrafo, era una cámara de cajón la que tenía (más tarde pude darme el lujo de una *Speed Graphic)* y si en la foto las manos estaban nítidas en cambio el rostro estaba detrás de un humo y viceversa, con lo cual adquirí cierta fama de mal fotógrafo que nunca logré deshacer del todo como si después de saber uno siguiera siendo el que no sabe. Pero bien, el segundo ratón ya entró en confianza. Se acercó a las patas de mi cama y ni se asustó cuando me incorporé y le grité imbécil no porque creyera que lo iba a ofender sino por la necesidad del ruido. Igual hubiera sido gritarle hermoso, lo importante era el ruido. Pero el animalito siguió mirándome con sus ojillos desagradables, hizo chuí chuí y apareció el resto. El resto, si mis matemáticas andan bien, eran unos cuarenta y cinco ratones. Todos eran grises, tenían los rabos largos, bigotes bien cuidados y ojillos desagradables.

De esto hace algunos días. A ver, yo creo que desde el jueves, tendría que levantarme y registrar en la gaveta de la vieja cómoda desportillada y leer la fecha en el recibo que me extendió Gonzala. Pero ahora prefiero seguir con los dedos anudados detrás de mi cabeza. Si me pidieran que jurara por mi madre, realmente no diría que el hotel es tan malo y hasta da gusto saltar en un solo pie los escalones tercero, quinto y séptimo (ahora los cuento de arriba a abajo) en la misma forma que hacía de muchacho sobre los números que pintábamos con yeso en cualquier calle asfaltada. Primero se saltaba tratando

de que el pie no cayera sobre los números pares y después a la inversa. Era un juego agradable que con el tiempo hubiera olvidado de no tropezar con el hotel de Gonzala, donde la única molestia es la presencia constante de los ratones. Cada día se asustan menos cuando salto de la cama al piso, aunque lo haga con los zapatos puestos y me pregunten a grandes voces los inquilinos de abajo que qué pasó. Los ratones regresan apresuradamente a sus cuevas, es cierto, pero siguen con sus caritas asomadas, temblándoles los pelos del bigote, haciendo chuí chuí sin cesar, como si también me preguntaran.

—Ya usted lo ve. Se lo dije a tiempo, —decía Gonzala cada vez que escuchaba mis comentarios. Ella estaba cansada de luchar con los animalitos. Había utilizado contra ellos todos los recursos imaginables. Las trampas se quedaban sin queso y no caía uno solo. Inútil también el veneno que había echado en los agujeros. El del 43 ofreció un remedio que consideraba eficaz: taponear con cera las cuevas. A la semana había más ratones y agujeros que antes. «Un verdadero calvario», decía Gonzala para resumir la situación.

Pero en fin, si voy a ser sincero, no son los ratones sino las pesadillas lo que más me preocupa. Después de todo los animalitos andan por el piso de tabloncillos del hotel, trasteando en busca de alimento o lo que sea, y yo estoy encima de la cama pensando, sin que la presencia de ninguno de ellos pueda alterar la rutinaria ordenación de mi mundo. Las pesadillas, en cambio, están bañando mis madrugadas de sudores fríos y preocupaciones y temores. Hoy, al cabo de la tercera, me he despertado más nervioso que de costumbre. Ocurre que todas las noches, quizás apenas pego los párpados o ya al filo de la madrugada (no he podido precisar bien) desciendo hasta una pesadilla donde Gonzala es siempre la compañera de mis aventuras. Comienza invariablemente la cosa cuando Gonzala toca en la puerta de mi pieza, entra sin nece-

sidad de que yo le abra, se sienta en el borde de la cama y se dedica a conversar conmigo. Al principio yo la escucho con la cabeza bien hundida en la almohada, en la postura más cómoda que pueda encontrar, luego nos ponemos de acuerdo y vamos juntos a visitar otros lugares. En la primera pesadilla Gonzala me llevó por un estrecho desfiladero, con humo que ascendía desde las profundidades y escoltaba nuestro andar (no hay duda que esa escena la he visto en varias películas) y con un ciclo donde la luna, las estrellas y el sol perdían su eficacia de lejanos mundos con vida para convertirse en ridículos adornos de hojalatas que colgaban sobre nuestras cabezas. Por cierto que a menudo yo estiraba un brazo y con las yemas de los dedos apreciaba la textura de alguna estrella colocada más bajo que el resto.

Gonzala, en cambio, no parecía conferirle especial importancia al extraño decorado, caminaba como si muchas otras veces hubiera tenido que transitar por el lugar. Miraba a un lado y al otro y saludaba gentes que yo no veía con un gesto mecánico y entonces volvía a preguntarme lo de siempre.

—¿Verdad que aún no ha visto a nadie, Reinaldo?

—No. A nadie —respondía yo con extrañeza.

—No me lo oculte. En cuanto vea a alguien me lo dice.

Al fin alcancé a ver, en un recodo del desfiladero, a un grupo de hombres. Estaban todos vestidos de negro y conversaban animadamente de espaldas a nosotros. Se los indiqué con alegría, apuntando con el dedo, el brazo extendido a la altura de sus ojos.

—Bien, regresemos al hotel —dijo Gonzala.

Volvimos sobre nuestros pasos.

—¿Quiénes eran?

—Los egoístas.

—No entiendo.

—Es muy sencillo, mi querido Reinaldo —explicó ahora Gonzala casi sonriente, con una exaltación que la convertía de repente en mi amiga—. Aquí todos ven a sus iguales, de esa forma sabemos hasta dónde han llegado los pecados de cada cual. Usted pasó junto a los criminales y no pudo verlos, tampoco a los ladrones ni a los lujuriosos. En cambio a los egoístas los vio en seguida. ¡Alégrese, mi querido amigo! El egoísmo, después de todo, lo cultivan hasta los que van por el otro desfiladero, camino del cielo. A veces el bien se practica por puro egoísmo, por asegurar en vida o en muerte una situación de privilegio. ¡Ay, si yo no conociera los hombres!

Eso fue más o menos lo que ocurrió en la primera pesadilla. La segunda resultó más penosa. Llegados a cierto lugar en que el paisaje era lo menos importante (acaso, inexplicablemente, no había paisaje) Gonzala colocó una de sus manos sobre mi frente y el simple contacto atrajo una porción de recuerdos que yo había desechado por completo. Eran recuerdos lejanos y recientes que se apretujaban frente a mí como si una multitud pretendiera —hombres, mujeres y niños a la vez— ganar otra habitación a través de una puerta estrecha. De pronto se desbarató el nudo de brazos y piernas y uno a uno aquellos recuerdos —que eran personas a la vez que recuerdos— se enfrentaron conmigo. El primero en hacerlo fue Virgilito, mi compañero de aulas en la escuela primaria, siempre con sus libros y libretas bajo la axila del brazo derecho, siempre el preferido de los maestros, el que contestaba siempre sin equivocarse las preguntas correspondientes a todas las asignaturas. ¿Por qué yo hurté la goma de borrar de María Elena y la coloqué cuidadosamente, sin ser visto por nadie, entre las hojas de una de las libretas de Virgilito? Era una hermosa goma de borrar, a colores, con la figura de *Popeye el Marino*, que ya había perdido la pipa y mostraba en ese lugar la porosa superficie de toda goma dañada, pero que por esa circunstancia no dejaba de ser *Popeye*, de comer espinaca y amar a *Rosario*. ¿Por qué esperé, el corazón sal-

tándome de gozo, que la maestra revisara las pertenencias de cada alumno, uno por uno, y al fin encontrara a Popeye en la libreta de Virgilito? ¿Por qué fui tan feliz esa tarde, si no me allegué ningún elogio, si sólo se los arrebaté a mi condiscípulo? Otros amigos, mayores y menores, se enfrentaron conmigo sucesivamente, al conjuro de la mano de Gonzala, pero ningún encuentro fue tan para quitarme el rostro como el que me tenía reservado la llegada de Regina.

Qué silencio en esta casa de portal frente a la playa, es mío hasta el rumor de las sábanas cuando Regina tiende la cama a la hora de la siesta, hasta los sentimientos se escuchan sin necesidad de que atraviesen el largo túnel del corazón a la boca. Ella vuelve a preguntarme y si la otra Regina aparece qué sucederá. Pienso que es sólo una idea, que tal Regina no existe, que es una sola la Regina que se acuesta a mi lado, que me hace cosquillas en el vientre con su dedo, que me despereza todas las mañanas echándome su aliento en la nuca y en las orejas. Pero es más agradable contestarle que me enamoré también de la otra si tanto se le parece.

Fue una idea de Regina esta casa y Guanabo, la última del pueblo, con su portal sostenido por horcones de júcaro y sus dos cocoteros delante. Tampoco yo hubiera querido pasar estos días cercado por los familiares, escuchando las enhorabuenas de los conocidos, los amigos deseándonos un largo y feliz matrimonio. También pensé yo que lo mejor era la playa, el mar sonando como nuestros deseos, agitándose y calmándose como nosotros mismos.

Durante los seis meses de noviazgo ella no se atrevió a hablarme de la otra Regina. Tampoco durante los primeros días en la playa. Cogidos de la mano llegábamos todas las mañanas hasta el muro de rocas contra el que bramaban las olas, después de haber atravesado la arena

voluptuosamente, hundiendo las plantas de los pies y escurriendo argentados chorros entre los dedos, y nos poníamos a conversar mientras volaban desordenadamente pensamientos y cabelleras. Nada revelaba algo más allá de su ternura y su alegría, de los dientes fuertes y parejos que fabricaban sus sonrisas, de los hoyuelos que se le formaban en las mejillas. Pero una tarde los labios se le pusieron blancos como si los apoyara en un cristal, una vena mostró su abultamiento desde la raíz del pelo hasta el encuentro de las cejas y sus ojos no fueron capaces de encontrarse con los míos en esa directa comunicación de siempre.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Nada.

—Si te sientes mal, dímelo.

—No, te juro que no. Si acaso un ligero dolor aquí, en la sien derecha —dijo y su uña, deseosa de señalar, rasgó la piel, dejando una estela primero blanca y luego encarnada. Ibamos a regresar cuando empezó su llanto y mi mano se dedicó en seguida a untarle la espalda y los hombros de una caricia que anhelaba ser protectora.

—Díme la verdad, Regina. ¿Qué te sucede?

Entonces se aferró a mi brazo y hundió su cabeza entre mi quijada y el pecho, sin apoyarla, sólo con el deseo de no mirarme mientras hablaba. Desde muy niña veía a Regina, conversaba con ella, jugaban en el portal de su casona del Cerro, rezaban y se acostaban juntas como dos hermanas mellizas; despertaban a la vez y repetían su diaria aventura imposible. Al principio los padres rieron, complacidos de lo que consideraban un incidente de gran fuerza imaginativa entre todas las travesuras imaginarias de la niña; después se opusieron a que ella volviera a hablar de la otra Regina que nadie más veía, a la que nadie tendía sus brazos para arrullarla y que, sin embargo, respiraba y caminaba y estornudaba como ella, como la Regina solitaria que para los demás ella seguía

tándome de gozo, que la maestra revisara las pertenencias de cada alumno, uno por uno, y al fin encontrara a Popeye en la libreta de Virgilito? ¿Por qué fui tan feliz esa tarde, si no me allegué ningún elogio, si sólo se los arrebaté a mi condiscípulo? Otros amigos, mayores y menores, se enfrentaron conmigo sucesivamente, al conjuro de la mano de Gonzala, pero ningún encuentro fue tan para quitarme el rostro como el que me tenía reservado la llegada de Regina.

Qué silencio en esta casa de portal frente a la playa, es mío hasta el rumor de las sábanas cuando Regina tiende la cama a la hora de la siesta, hasta los sentimientos se escuchan sin necesidad de que atraviesen el largo túnel del corazón a la boca. Ella vuelve a preguntarme y si la otra Regina aparece qué sucederá. Pienso que es sólo una idea, que tal Regina no existe, que es una sola la Regina que se acuesta a mi lado, que me hace cosquillas en el vientre con su dedo, que me despereza todas las mañanas echándome su aliento en la nuca y en las orejas. Pero es más agradable contestarle que me enamoré también de la otra si tanto se le parece.

Fue una idea de Regina esta casa y Guanabo, la última del pueblo, con su portal sostenido por horcones de júcaro y sus dos cocoteros delante. Tampoco yo hubiera querido pasar estos días cercado por los familiares, escuchando las enhorabuenas de los conocidos, los amigos deseándonos un largo y feliz matrimonio. También pensé yo que lo mejor era la playa, el mar sonando como nuestros deseos, agitándose y calmándose como nosotros mismos.

Durante los seis meses de noviazgo ella no se atrevió a hablarme de la otra Regina. Tampoco durante los primeros días en la playa. Cogidos de la mano llegábamos todas las mañanas hasta el muro de rocas contra el que bramaban las olas, después de haber atravesado la arena

voluptuosamente, hundiendo las plantas de los pies y escurriendo argentados chorros entre los dedos, y nos poníamos a conversar mientras volaban desordenadamente pensamientos y cabelleras. Nada revelaba algo más allá de su ternura y su alegría, de los dientes fuertes y parejos que fabricaban sus sonrisas, de los hoyuelos que se le formaban en las mejillas. Pero una tarde los labios se le pusieron blancos como si los apoyara en un cristal, una vena mostró su abultamiento desde la raíz del pelo hasta el encuentro de las cejas y sus ojos no fueron capaces de encontrarse con los míos en esa directa comunicación de siempre.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Nada.

—Si te sientes mal, dímelo.

—No, te juro que no. Si acaso un ligero dolor aquí, en la sien derecha —dijo y su uña, deseosa de señalar, rasgó la piel, dejando una estela primero blanca y luego encarnada. Ibamos a regresar cuando empezó su llanto y mi mano se dedicó en seguida a untarle la espalda y los hombros de una caricia que anhelaba ser protectora.

—Díme la verdad, Regina. ¿Qué te sucede?

Entonces se aferró a mi brazo y hundió su cabeza entre mi quijada y el pecho, sin apoyarla, sólo con el deseo de no mirarme mientras hablaba. Desde muy niña veía a Regina, conversaba con ella, jugaban en el portal de su casona del Cerro, rezaban y se acostaban juntas como dos hermanas mellizas; despertaban a la vez y repetían su diaria aventura imposible. Al principio los padres rieron, complacidos de lo que consideraban un incidente de gran fuerza imaginativa entre todas las travesuras imaginarias de la niña; después se opusieron a que ella volviera a hablar de la otra Regina que nadie más veía, a la que nadie tendía sus brazos para arrullarla y que, sin embargo, respiraba y caminaba y estornudaba como ella, como la Regina solitaria que para los demás ella seguía

siendo. Dejó de hablar de la otra y el placer fue mayor, la comunicación más estrecha. Todo lo que hacían quedaba en el mundo reducido e ilimitado de las dos. Así crecieron usando las mismas medias blancas, los mismos zapatos de charol, las mismas batas de lino, los mismos lacitos de guinga apresando el mechón cuidadosamente peinado, que les hacía lentas cosquillas en la nuca cuando cada pelo del mechón había crecido demasiado.

Llegada a este punto Regina no quiso seguir adelante, como si los demás detalles le parecieran innecesarios; sólo quiso agregar que cuando me conoció y nos hicimos novios ella temió que yo pudiera enamorarme de la otra Regina que tanto se le parecía. Por eso la convenció para que se fuera a otra ciudad por un tiempo.

—Si lo deseas no volveré más —le dijo la otra Regina.

—Eso no. No hables así.

—Bueno, será por un tiempo como tú dices.

—Ahora necesito pensar a solas, por mi propia cuenta. Será la primera vez en la vida que lo haga.

—Yo tampoco sé cómo podré pensar sin tí.

—¿Ves? Es preferible hacerlo por el bien de las dos. Ya no somos niñas. Debemos aprender a no necesitar la una de la otra.

Pero ahora Regina estaba convencida de que la otra Regina iba a regresar, sus emociones no podían engañarla, la voz de la otra Regina entre las propias voces de su mente no le dejaban lugar a dudas de su proximidad. En cualquier momento, me decía, la otra Regina aparecerá, aparecerá, alzará los brazos para separar las pencas de los dos cocoteros como si fueran cortinas y llegará hasta el portal, cuidando de que sus tacones no hagan ruido en los mosaicos, deseosa de darme la sorpresa de su presencia. Yo la miré y sonreí.

—Abandona esas ideas. Tú lo has dicho: no eres una niña.

Regina echó la cabeza hacia atrás, frunció el ceño y volvió a entregarme su recta mirada, otra vez sin temor, casi desafiante, una mirada que me decía hasta dónde yo acababa de herirla.

—Bien, si ella viene nada sucederá —me apresuré a decir. La arruga entre las cejas desapareció, no supe distinguir si Regina estaba ahora a punto de llorar de nuevo o de reír.

—¿Te enamorarás de ella?

—Sí, si tanto se te parece, sí —respondí—. Pero no puede ser igual a ti. No puede haber otra mujer igual.

Ya la otra Regina estaba entre nosotros; Regina me lo decía y yo tenía que aceptarlo, aceptar que había hablado sin ver el movimiento de unos labios, que se sentaba en un balance al que nadie le quitaba su quietud, aceptar la cercanía de esa otra mujer que podía mirarme si intentaba llegar desnudo hasta la sala como era mi costumbre.

—Por favor, Regina. Está bueno ya —dije sin ocultar mi creciente molestia, decidido de repente a no prolongar la mentira, exasperado porque ella acababa de preguntarme si había perdido la vergüenza y obligado a ponerme los pantalones apresuradamente porque la otra Regina podía verme así.

Se dejó caer en un sillón, las manos como una máscara sobre su rostro.

—¿Crees que estoy loca? —preguntó sin quitarse aquella máscara móvil, de dedos largos, finos, en los que parecía refugiarse todo su nerviosismo.

No supe qué responderle. Lleno de confusión, queriendo calmarla, nada mejor se me ocurrió que sentarme en el mismo sofá en que ella me había dicho que estaba la otra Regina y reconocer, al fin, que yo también sabía de su presencia en nuestra casa.

—Es tan hermosa como tú —dije y al conjuro de esas palabras Regina alzó su rostro, lentamente, con contrac-

ciones casi imperceptibles respondiendo a la sonoridad de cada una de mis sílabas, como un muñeco mecánico la puede levantar a impulsos precisos de un resorte, incapaz de imitar el gesto limpio y majestuoso de los músculos y la piel de una persona. Se me quedó mirando, la boca entreabierta, jadeante, transfigurada, mientras yo alzaba mi brazo y modelaba en el aire la figura de la otra Regina: su perfil, sus senos, sus caderas, sus pantorrillas; mi mano acariciando el aire, a la otra Regina, aire que cobraba aliento y carne estremecida bajo mi mano. Pensé que mi mano no había sido torpe y que, aún con los ojos cerrados —tanto había acariciado a Regina— podían mis movimientos responder a los entrantes y salientes de su figura sin la menor equivocación.

Incomprensiblemente la vi guardar silencio. También permaneció sin hablar la primera vez que le dije que la otra Regina no estaba en la sala sino allí, en nuestro cuarto, de pie junto a la cómoda, mirándonos hacer el amor. Por un momento se deshizo de mi abrazo, me quitó la boca y miró asustada; después regresó al cálido encuentro de nuestros cuerpos, confiada en que yo no hacía más que mentir. Otro día yo estaba boca arriba y ella a mi lado, en la búsqueda preparatoria de las sensaciones, cuando le dije de nuevo que la otra Regina no estaba en la cocina, metida entre el ruido de los calderos como ella afirmaba, sino frente a nosotros, observándonos.

—¿Dónde? —me preguntó.

—Sentada en el piso.

—¿Qué hace?

—Se lima las uñas y nos mira.

—No es cierto. Está en la cocina. Dime que no la estás viendo —se tapó, pudorosamente, los senos con la sábana.

—No puedo decirte una mentira, Regina. Mírala.

Ahora meneaba únicamente la cabeza para negar mis palabras. Miraba, los ojos agrandados, hacia el sitio que yo le señalaba, y volvía a menear la cabeza, negando.

Entonces, de súbito, comprendí que los celos de Regina me habían hecho feliz, que los estaba buscando a costa de su sosiego. Me acodé en la cama y le di la espalda a Regina, toda la atención puesta en ese espacio de la cama a mi lado que nadie ocupaba.

—¿Qué haces? —escuché la pregunta, su pregunta como acariciándome, despertándome placeres inesperados.

—Qué hermosa eres —dije.

—¿Quién? —su voz era más angustiosa que nunca antes.

—Tú, Regina.

Después no supe si acariciando a la otra Regina delante de Regina yo buscaba tan sólo sus celos. Sus dedos, encajados en mi brazo derecho hasta hacerme daño, se soltaron. Volví el rostro y la vi con la cabeza hundida en la almohada, los ojos cerrados, sudorosas las sienes, delgada la respiración, flojos los brazos. Impresionado me tendí a su lado, gozando la extraña frialdad de su piel, necesitando más que nunca de una siesta reparadora. Cuando abrí los ojos las primeras sombras del amanecer llenaban las persianas; una bombilla, encendida en el centro de la habitación, impedía que avanzaran hasta mi cama. Llamé a Regina. No me contestó. Me vestí atolondradamente, sin dejar de llamarla a grandes voces, y la busqué por la casa inútilmente. Salí a la playa. Divisar un grupo de personas sobre el muro de piedras al que tantas veces fuimos Regina y yo fue suficiente para darme la noticia que ahora, ese hombre que me detiene en medio de la playa, que hace incomprensibles señales con los brazos, que habla sin mirarme a los ojos, pretende resumir con palabras torpes:

—Le gritamos que no...desde lejos la habíamos visto... allí las rocas están casi a flor de agua...bueno, usted lo sabe...

ciones casi imperceptibles respondiendo a la sonoridad de cada una de mis sílabas, como un muñeco mecánico la puede levantar a impulsos precisos de un resorte, incapaz de imitar el gesto limpio y majestuoso de los músculos y la piel de una persona. Se me quedó mirando, la boca entreabierta, jadeante, transfigurada, mientras yo alzaba mi brazo y modelaba en el aire la figura de la otra Regina: su perfil, sus senos, sus caderas, sus pantorrillas; mi mano acariciando el aire, a la otra Regina, aire que cobraba aliento y carne estremecida bajo mi mano. Pensé que mi mano no había sido torpe y que, aún con los ojos cerrados —tanto había acariciado a Regina— podían mis movimientos responder a los entrantes y salientes de su figura sin la menor equivocación.

Incomprensiblemente la vi guardar silencio. También permaneció sin hablar la primera vez que le dije que la otra Regina no estaba en la sala sino allí, en nuestro cuarto, de pie junto a la cómoda, mirándonos hacer el amor. Por un momento se deshizo de mi abrazo, me quitó la boca y miró asustada; después regresó al cálido encuentro de nuestros cuerpos, confiada en que yo no hacía más que mentir. Otro día yo estaba boca arriba y ella a mi lado, en la búsqueda preparatoria de las sensaciones, cuando le dije de nuevo que la otra Regina no estaba en la cocina, metida entre el ruido de los calderos como ella afirmaba, sino frente a nosotros, observándonos.

—¿Dónde? —me preguntó.

—Sentada en el piso.

—¿Qué hace?

—Se lima las uñas y nos mira.

—No es cierto. Está en la cocina. Dime que no la estás viendo —se tapó, pudorosamente, los senos con la sábana.

—No puedo decirte una mentira, Regina. Mírala.

Ahora meneaba únicamente la cabeza para negar mis palabras. Miraba, los ojos agrandados, hacia el sitio que yo le señalaba, y volvía a menear la cabeza, negando.

Entonces, de súbito, comprendí que los celos de Regina me habían hecho feliz, que los estaba buscando a costa de su sosiego. Me acodé en la cama y le di la espalda a Regina, toda la atención puesta en ese espacio de la cama a mi lado que nadie ocupaba.

—¿Qué haces? —escuché la pregunta, su pregunta como acariciándome, despertándome placeres inesperados.

—Qué hermosa eres —dije.

—¿Quién? —su voz era más angustiosa que nunca antes.

—Tú, Regina.

Después no supe si acariciando a la otra Regina delante de Regina yo buscaba tan sólo sus celos. Sus dedos, encajados en mi brazo derecho hasta hacerme daño, se soltaron. Volví el rostro y la vi con la cabeza hundida en la almohada, los ojos cerrados, sudorosas las sienes, delgada la respiración, flojos los brazos. Impresionado me tendí a su lado, gozando la extraña frialdad de su piel, necesitando más que nunca de una siesta reparadora. Cuando abrí los ojos las primeras sombras del amanecer llenaban las persianas; una bombilla, encendida en el centro de la habitación, impedía que avanzaran hasta mi cama. Llamé a Regina. No me contestó. Me vestí atolondradamente, sin dejar de llamarla a grandes voces, y la busqué por la casa inútilmente. Salí a la playa. Divisar un grupo de personas sobre el muro de piedras al que tantas veces fuimos Regina y yo fue suficiente para darme la noticia que ahora, ese hombre que me detiene en medio de la playa, que hace incomprensibles señales con los brazos, que habla sin mirarme a los ojos, pretende resumir con palabras torpes:

—Le gritamos que no...desde lejos la habíamos visto... allí las rocas están casi a flor de agua...bueno, usted lo sabe...

Durante la tercera pesadilla Gonzala estuvo más comunicativa conmigo que de ordinario. Hablaba y sonreía constantemente, guiñaba los ojos para subrayar la intención de alguna frase y bromeaba asegurándome que el recorrido de hoy no me traería tantos sinsabores como el anterior.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Al encuentro.

—¿Al encuentro de qué?

—Simplemente al encuentro. Todos necesitamos encontrar, ¿no es cierto?

Quise saber si en esta oportunidad el paisaje tendría importancia como la primera vez que salimos juntos o si, por el contrario, el encuentro no necesitaba paisaje.

—El paisaje lo proporcionan los recuerdos.

—No entiendo.

—Por eso el encuentro puede ser donde mejor nos agrade. Aquí, por ejemplo.

Pensé que además de conversadora, Gonzala estaba también más enigmática que de costumbre. Quise buscar en su rostro la explicación del hecho y por vez primera observé que en su frente, justo en el nacimiento de la cabellera entrecana, brotaban dos cuernos pequeños y pulimentados.

—¿Y eso? —pregunté señalando los raros aditamentos.

—Qué ingenuo es usted, mi querido Reinaldo. Pero bien, ya que no se ha dado cuenta de su situación me siento en la obligación de explicársela. Mi hotel es la antesala del infierno, digamos un lugar al que concurren exactamente las personas que Satanás no reclama con insistencia. Usted, por ejemplo, no está entre los reclamados, pero como hizo todo lo posible por alquilar una habitación, pese a mis advertencias en contrario, debe ser porque tiene sus razones desconocidas o secretas o como quiera llamarlas usted para ser sometido a una investigación... La tercera fase de esa investigación es la que llamamos el encuentro.

En seguida Gonzala agregó que mirara a mi alrededor. Efectivamente tampoco esta vez había paisaje y los ojos se perdían en una ilimitada sucesión de luces y colores a través de los cuales no emergía ninguna forma.

—¿No ve nada? —preguntó Gonzala.

—No.

—Bien, entonces el encuentro será con usted mismo.

Entre las luces lejanas, como un bote encajado entre las olas, divisé una cama. Era apenas un punto en la lejanía cuando la vi por primera vez; después se mecía entre las ondas de luz y avanzaba un tanto. Estaba ya la cama a unos metros de nosotros cuando observé mi rostro entre las sábanas. Alrededor de la cama estaban también médicos y familiares en inútiles tareas de salvamento: antibióticos, plegarias y promesas me eran suministrados al mismo tiempo, en una idiota indecisión entre la ciencia y la fe. Sólo Gonzala y yo —lo supe de repente— estábamos convencidos de que yo iba a morir.

—Basta —dije y desperté.

Unidas a las molestias de los ratones aquellas pesadillas ya eran demasiado. Después de haber aceptado la habitación y de encontrarla a menudo hasta agradable, ahora se me hacía intolerable. Caminé hasta la cómoda, abrí la gaveta y releí el recibo que me extendió Gonzala. Pensé que quizá podía exigir la devolución de una parte del alquiler pero concluí pensando que no tendría ánimos para discutir mucho rato con la dueña y que, a fin de cuentas, cuanto antes saliera de allí era mejor.

Eché mis cosas en la maleta de cuero carmelita, me afeité y me vestí cuidando de que mi presencia, como debe ser en toda despedida, fuera la mejor. Cuando terminé me agaché para tomar la maleta pero el desaliento

me detuvo. Di unos cuantos pasos por la habitación y finalmente me tiré en la cama.

Uno trata de engañarse constantemente, con una complacencia que es como una lástima de sí mismo. De ahí que yo me vistiera con tanto esmero, en la esperanza de abandonar el hotel de Gonzala. Eso es todo lo que puedo decir como explicación de mi actitud. Porque yo sabía que ninguna de las tres veces estaba soñando.

TRES • PERDIDA DE LA IDENTIDAD •

ROGELIO LLOPIS ● LICANTROPIA ● ROGELIO LLOPIS ● LICANTROPIA ● ROGELIO LLOPIS ● LICANTROPIA ROGELIO LLOPIS ● LICANTRÓPIA ● ROGELIO LL

Una plaga de escalofríos enervantes debió haber hecho de las suyas en el espinazo de muchos de los que allí se hallaban. De vez en cuando se sentían unos ruiditos sigilosos muy similares a los que suelen hacer los ratones. Como allí reinaba una oscuridad de boca de lobo no se podía estar seguro acerca del origen de los ruiditos. Cabía conjeturar que procedían de alguien que se comía las uñas metódica y afanosamente.

Empezó por llenársele la cara de pelo grisáceo, y a ambos lados de la cabeza le creció una oreja larga y cenicienta. No era menester esforzar la vista, ni fijarla siquiera, para poder enumerar cada uno de los cuatro colmillos grandotes que se proyectaban fuera de su boca. Como no llegaron a abultársele las facciones, su cara al menos pudo retener el trazo ovalado.

Humana también siguió siendo la forma de su cuerpo, así como la de sus manos, cubiertas por el mismo pelaje tupido que le había brotado a todo lo largo y ancho de

la cabeza, la cara y el pescuezo. No obstante, sus uñas quedaron transformadas en enormes, en afiladísimas uñas de lobo.

Con los dedos húmedos de sudor frío, Angelito ase enérgicamente los brazos de la luneta. Ya había visto la película en otro cine de La Habana unas semanas atrás; y entonces, como ahora, le pareció poco verla una sola vez.

En su estado normal, cuando era el Profesor Meek, el hombre lobo iba y venía prodigando miradas melosas y echándole el brazo a cuanto pariente y amigo se tropezaba. El Profesor había contraído aquel mal involuntariamente, por una mordida que otro hombre lobo le asestara en el antebrazo, no en su Londres natal sino en un paraje agreste y recóndito de un lejano país.

Una planta exótica como la que él había ido a estudiar a aquel paraje, grávido de asechanzas atroces y de negras maldiciones, no podía valer más que su tranquilidad de espíritu. Uno se preguntaba si el exitoso transplante de aquella fatídica flor azul —proveniente de una rarísima variedad del acónito o matalobos— en su invernadero de Londres, podría resacirlo de la enormidad del precio que había tenido que pagar.

El hombre lobo gruñó horrísonamente. Estaba empeñado en desguazar una mujerona con el pelo encanecido. Macaco, uno de los compañeros de juegos de Angelito, hubiera querido ve al hombre lobo hecho trizas. Decía que *Frankenstein* podía desollarlo vivo y luego hacer fricasé de lobo con lo quedara de él, y que si *Drácula* lo sorprendía dormido, había que ponerle el cuño a que lo dejaría sin una gota de sangre en el cuerpo.

Macaco era experto en aplicar llaves estranguladoras alrededor del cuello. La penúltima vez que Angelito y él chocaron estaban presentes los muchachos del barrio y fue obligado a pelear con los puños. Angelito se lució en la pelea; le levantó a Macaco un pequeño chichón en la frente y le sacó sangre de la nariz.

«—¡Ya te agarraré solo!—» fue el único comentario que hizo Macaco después de la pelea.

A los pocos días cumplió su palabra. Sorprendió solo a Angelito en la azotea del edificio de apartamentos del cual ambos eran inquilinos. El papalote que Angelito empinaba iba subiendo aprisa; había cogido aire, y en una de esas coleó tan bruscamente que el hilo estuvo a punto de escapársele de las manos. Macaco no perdió tiempo en aplicarle a Angelito la llave estranguladora y el papalote, sin anclaje en la tierra, quedó libre para remontarse bien lejos en el cielo.

La llave era una enlazadura férrea que fue haciendo perder fuerzas a Angelito, y que permitió a Macaco disponer del brazo izquierdo. Los dedos de la mano de este brazo encontraron el bolsillo izquierdo de los bombaches de Angelito, y tiraron de él hasta no poder más; luego asieron el derecho y realizaron destrozos similares.

Cuando al fin Macaco lo soltó, no quería creer sus ojos: en vez de unos bombaches traía puestos unos jirones de tela tiznada que le colgaban de la cintura a manera de andrajos. Se olvidó de Macaco y del escozor agudo que sentía en la nuez y emprendió una carrera desesperada hacia la puerta de la azotea.

Había sido una gran suerte para él no hallar a su mamá en el apartamento. Eso le ahorró explicaciones que no se sentía con ánimos de dar. Metió su mugrienta camisa en el fondo del cesto de la ropa sucia, y, vestido de limpio, salió del apartamento para deshacerse en la calle de los bombaches ripiados. Pero en vez de tirarlos en cualquier latón de basura medianamente lejos de su casa, se los regaló a un pordiosero casi enano, como de noventa años por lo menos, que le dio las gracias alzando hacia él la cabeza.

La mamá de Angelito decía que Macaco no había crecido más por lo mucho que fumaba. Con tres años menos, Angelito le sacaba más de una pulgada de ventaja; y eso que él mismo no era alto para su edad, sino meramente normal. Angelito pensaba que no había comparación entre la fuerza de un muchacho de nueve años y la que debía tener uno de doce y pico, por mucho más alto que fuera el primero. Su mamá decía que el hogar de Macaco era la calle, y que de casos como el suyo estaba llena La Habana. Pero, sin embargo, no le echaba la culpa a Macaco de ser como era.

—A ti no te conviene andar con Macaco —le había dicho su mamá a poco de regresar el niño al apartamento.

—¿Quién tiene la culpa de que Macaco sea así? —le preguntó Angelito, con la nuez todavía dolorida a causa de la llave estranguladora.

—Si vamos a ver nadie la tiene. Macaco y sus dos hermanas no tienen un hogar. Son huérfanos de madre, y el padre se pasa la mayor parte del día en el trabajo. ¿Cómo van a saber gobernarse si todavía están para que les limpien la baba? Nelita es la mayor, y creo que no tiene quince años todavía.

—Pero Macaco dice que ya aprendió todo lo que le hace falta saber.

—A mí me está pareciendo que tú crees lo mismo. Nelita le dijo a tu padre que antes de ayer por la tarde Macaco y tú se pusieron de acuerdo para faltar al colegio. Así que ahora, ¡prepárate!

—¡Eso es mentira! ¡Macaco y Nelita son unos mentirosos! —repuso Angelito, temblándole la voz.

Decir la verdad sólo hubiera complicado las cosas. Era cierto que él había faltado al colegio antes de ayer por la tarde. Había visto una película de vaqueros, protagonizada por un actor tan calmudo y reconcentrado como el propio *Gary Cooper,* que donde ponía el ojo ponía la bala.

«—Le metí la mentira a Nelita porque sabía que se iría de boquilla con tu padre, y así te cogerían el lomo... Tú me la pusiste en la mano al faltar al colegio antes de ayer por la tarde. Como me la hiciste gorda, tenía que cobrármela por partida doble—» se imaginaba que Macaco, con su cara regordeta llena de júbilo, vendría a decirle después de los cintazos.

Angelito comenzó a impacientarse porque sabía que la película estaba al terminar, y que al volver a su casa, su padre le saldría al encuentro con el cinto en la mano. Sin mediar palabra lo cogería por la nuca y lo empujaría hacia la cocina, donde habitualmente recibía los cintazos.

Harto de los homicidios y de las tropelías del hombre lobo, el Profesor Meek tomó precauciones para proteger a todo Londres de su otro yo. Cuando se supo abocado a sufrir aquella periódica metamorfosis, calamidad que sólo experimentaba durante las noches de plenilunio, se encerró en el invernadero y pidió a la ama de llaves que trancara por fuera la puerta. La ama de llaves, una hermosa cuarentona que lo amaba en silencio, no opuso reparos a la petición: echó doble llave a la cerradura. Nadie más que ella conocía el secreto de su metamorfosis.

Scotland Yard, con su consabida tenacidad de buldog, no le había perdido pie ni pisada al hombre lobo. Fue redoblada la vigilancia en toda la ciudad. Por doquiera había agentes uniformados, figuras negras que avanzaban hacia uno como flotando en medio de la niebla; y en lo alto del cielo de cuando en cuando unas nubes pasajeras se tragaban la luna llena, pero al poco rato la desembuchaban y la luna volvía a ser tan redonda como antes.

Londres era como un ojo avizor, como un oído atento al menor ruido. El Profesor Meek lo había previsto todo salvo la cuestión de los ladridos: el hombre lobo ladraba más fuerte que mil perros juntos. Y como no podía menos de suceder, aquellos ladridos desaforados terminaron por

llegar a oídos de *Scotland Yard*, aunque ya tarde en la madrugada. Muy pronto decenas de agentes rodearon el invernadero.

Sonaron dos disparos y la cerradura en que tanta fe había puesto el Profesor Meek se convirtió en un tétrico amasijo de hierros inútiles. Con el cañón del revólver todavía humeante, y una corta pipa aprisionada entre sus dientes caballares, irrumpió en el invernado el Inspector Drummond, orgullo de *Scotland Yard*. Sonaron otros dos disparos y el hombre lobo se desplomó mortalmente herido a unos pasos del Inspector, que dirigió a su revólver una mirada de soslayo de infinita gratitud.

Ante la estupefacción de los agentes de *Scotland Yard* y los lloros lastimeros de la ama de llaves, el hombre lobo fue reencarnando lentamente en el Profesor Meek. Dada su muerte casi instantánea, el Profesor Meek no pudo sino haber penetrado en el reino de las sombras convencido de que era lobo. Entre tanto, había empezado a clarear el alba y la luna se perdía de vista por completo.

—El lado feo de este asunto es que el Profesor Meek pertenece a una de las familias más linajudas de Londres —dijo el Inspector Drummond, mientras guardaba la pipa en el bolsillo de su vistoso impermeable.

—¡Pertenecía! —observó su juvenil ayudante.

—¡Ah, sí! Desde luego. ¡Qué tonto de mi parte haber dicho pertenece en vez de pertenecía! Muchas gracias, Bates —repuso el Inspector, cuya boca se abrió desmesuradamente para dar paso a un bostezo interminable, expresivo de su colosal aburrimiento.

—El Profesor Meek siempre será recordado por sus geniales aportes a la botánica —intercaló la ama de llaves, meciendo entre sus brazos escultóricos la apolínea cabeza del Profesor.

Angelito se levantó de su asiento resuelto a arrostrar con valentía los cintazos de su padre, resuelto a no tolerar más los abusos de Macaco. Al ¡prepárate! de su mamá, él había respondido metiéndose en el *Trafalgar* para volver a ver aquella película que acababa de concluir.

No hizo más que enfilar por el pasillo cuando sintió un nervioso cuchicheo a sus espaldas. Al deslizar el cuerpo entre las cortinas que dan acceso a la salida, le pareció que algunos espectadores hablaban en voz alta.

Afuera, la gente lo miraba y sin más ni más retrocedía atónita o soltaba alguna exclamación. Una vieja con facha de bruja, que se apoyaba en un bastón para caminar, dejó caer al suelo la miseria de puro apestoso que fumaba.

—¡Sálvenme! ¡Sálvenme, por Dios! ¡Sálvenme, que me va a comer viva! —gritó la vieja, golpeando el pavimento con el bastón para atraer la atención de los transeúntes.

Angelito no necesitó de otras señales para darse a la fuga. Se adentró en la Plaza del Polvorín como alma que lleva el diablo, y vino a detenerse cuando pudo comprobar que nadie lo perseguía. Se metió detrás de una columna toda cercada de oscuridad, y para hacer menos violentas las palpitaciones que lo estremecían, se oprimió el corazón con una mano peluda de largas y afiladísimas uñas.

S

Soñé que venían de la Compañía a cambiar el número del teléfono. «Me alegro mucho, —dije— porque se pasan el día llamando a un número parecido y porque otros, cualquiera sabe quién o quiénes, llaman justamente los sábados a las tres de la madrugada...» Bueno, a ellos no les interesó mucho mi alegría. Lo cambiaron y eso fue todo. Y yo, en vez de mirar al redondelito del centro del aparato, ahí donde se escribe el número, les pregunté: «¿Qué número es?» Y me respondieron: «El 20-58».

Brumas. Algo incoherente. Brumas. Despierto y doy los pasos de siempre: desayuno, me lavo los dientes, tiendo la cama... Empieza un día como otro. Sin saber por qué, nunca se sabe exactamente por qué, al mediodía un número surge en mi cerebro aletargado en la blandura de la hora. «El 20...» Ligero gesto de extrañeza. ¿El 20...? Brumas. Algo incoherente. Brumas. ¡El 20-58! Sonrisa. ¡Es verdad, el 20-58! E inmediatamente, el gesto fatal: coger el teléfono y canalizar una infantil curiosidad...

Rac-rac—rac-rac. Y un timbrazo opaco y lejano inicia la conversación. Alguien descuelga y pese a los vericuetos del hilo, la voz llega extrañamente lisa, extrañamente familiar.

—Oigo.

—¿Qué casa?

—¿A quién desea?

—¿Es el 20-58?

—Sí.

Esa voz, esa voz... Bueno, continuemos la tontería. Si se supone que ése es mi nuevo número, preguntaré por mí misma.

—Con... Fulana.

—Es la que habla.

Claro, algo de estupor. Estas cosas nunca pueden evitarse. Momento de vacilación. Algo incoherente pero ahora sin brumas. Insistencia desde el otro lado.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

Total desconcierto. Mi misma imagen devuelta... Bueno, hay que salir de esto. No se me ocurre nada más que la verdad y la digo no sin cierto temor.

—Soy yo, Fulana.

Pudo colgar, pudo decir cualquier cosa, pudo no decir nada, pudo hablar en copto, pero lo que no debió decir nunca fue lo que dijo:

—Al fin me llamas.

Me arriesgo:

—Pero oye... soy Fulana... de Tal.

—Sí, ya lo sé. También yo soy Fulana de Tal.

Es demasiado. Un estremecimiento me recorre el espinazo... Ahora ya no sé qué decir. Esta vez, sin contenerme, sin esperar a que la otra cuelgue, cuelgo yo y me quedo con la mano sobre el auricular, mirando el aparato, como si fuera un animalejo que de un momento a otro pudiera echar a andar. Suspiro. Me recuesto en el

sofá. ¿Una broma? ¿Habré hablado en sueños? ¿Se enteraría alguien de...? ¡Pero si es imposible!

Y ya todo gira como el rac-rac-rac-rac del 20-58. Puedo ir y venir por la casa, arreglar este adornito, enderezar aquel marco, calentar el café, pero es como si estuviera vigilada. Como si los ojos que me siguen salieran del teléfono; no que estuvieran agazapados en él, sino que simplemente esperaran su momento. Había dicho, «Al fin me llamas» y pudiera creerse que llevaba esperando mil años, por sólo hablar de los últimos tiempos. Voy y vengo; rehuyo cruzar muy cerca del teléfono y después me río de mis aprensiones. «¡Como si tuviera garras que fueran a cogerme por la saya!» Hacia las seis de la tarde, ya no puedo más. Descuelgo. Me falta un poco la respiración. Rac-rac-rac-rac. El corazón tamborilea mientras aguardo. Cuando al fin oigo su voz ya no sé qué me pasa.

—Oigo.

No puedo evitarlo, tartamudeo:

—¿El... 20... 58...?

—Sí.

—¿Quién habla?

La voz me salió valiente, pero la respuesta tuvo el mismo efecto de un cubito de hielo concienzudamente pasado a lo largo de la columna vertebral.

—Sí, soy yo. Ya sé que eres tú otra vez.

—¿Yo? ¿Quién?

—Yo misma.

Esto parece complicarse. Ahora me acometen deseos de discutir. Digo con acento de poner las cosas en su lugar.

—Tú misma, no. Yo misma.

—Es igual.

—Pero aunque todo esto fuera algo juicioso, yo estoy primero.

—¿Por qué? ¿No eres Fulana de Tal?

—Si, desde luego.

—Pero es que yo soy Fulana de Tal.

—Aunque sea verdad, hay que aclarar que tú eres *también* Fulana de Tal.

—¿Y por qué? Yo soy Fulana de Tal. Tú eres Fulana de Tal *también.*

Ahora ya no me desconcierta, me molesta. Estoy enfureciéndome, pero de pronto... Sí, pudiera ser... Hay que investigar un poco más, eso es todo. Han sido coincidencias, pero las coincidencias acaban por fallar cuando se razona. Mi voz suena conciliadora, casi gentil, cuando digo:

—Es mejor ir despacio. Veamos: las dos nos llamamos Fulana de Tal y eso es ya una casualidad.

—¿Tú crees?

Su tonito irónico, desafiante, me desarma. Continúo todo lo gentil que puedo, dadas las circunstancias.

—Yo nací en el pueblo de...

—De X, exactamente. Yo nací allí; hija de Zutana y Esperancejo.

Trago en seco, pero no me dejo abatir. Le espeto como un fiscal:

—¡Segundo apellido!

—Tal, querida. Soy Tal y Tal.

Ahora ya empiezo a sentirme decididamente mal. ¿Quién puede saber todo eso? ¿De quién es la broma? ¿De quién el ardid? Ella toma la iniciativa:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué ponerse así? ¿Ves que no miento? ¿Por qué habría de hacerlo?

Quisiera contenerme. Si en definitiva es cierto lo que ocurre, no hay razón para que ella lo tome así, tranquilamente, y yo lo tome así, arrebatadamente. Pero me siento engañada. Siento que alguien se ha confabulado. No puedo evitarlo. Entonces, jugándome el todo por el todo, pregunto:

—Si somos la misma, debemos serlo en todo, ¿no? ¿Cómo estoy vestida?

—Con mi bata... es decir, voy a evitar el posesivo. Con la bata de casa azul. Por cierto que ya el descosido de la manga molesta.

—Sí, molesta, pero...

Me detengo. ¿Por qué camino estoy tomando? ¿Es que voy a transigir? No, no. Ahora ella habla otra vez, es decir, no tengo constancia de que sea «ella». Para ser más exacta, me escucho decir:

—La aguja está en una esquina de la gaveta superior de la mesita de noche. La dejaste allí la última vez que la usaste, y yo, desde luego, la volví a colocar. Cuando creíste que se había perdido, era que yo estaba zurciendo la sayuela rosada.

Ahora empiezo a flaquear. Ayer me sorprendió ver la sayuela cosida y deduje que lo había hecho la lavandera, lo que es muy extraño, pero no le vi otra explicación. Sea como sea, algo se ha ablandado en mí. Casi estoy a punto de suplicar cuando digo:

—¿A qué conduce esto?

—No sé. Fuiste tú quien llamó, ¿recuerdas? ¿Por qué lo hiciste?

¿Qué puedo contestarle? ¿Decirle lo del sueño? De pronto me siento infeliz. Todas las fuerzas ceden ante esta repentina autoconmiseración... Ella me hace dar un salto:

—Por favor, me haces sentir mal. ¿Por qué este estado de ánimo?

Ya no puedo menos que indignarme.

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

—Hasta que tú quieras. Basta que cuelgues. Nunca te he molestado, ¿no?

¿Por qué balbuceo? No lo sé:

—¿Y si... si cuelgo...?

—No volverás a saber de mí, como hasta ahora. Todo esto lo empezaste tú.

Estoy dispuesta a colgar. Hay algo irritante en... en... ¡bueno, en ella! Pero ha sido tan comprensiva, tan paciente, ¿qué derecho tengo para enojarme? Sin embargo, aún a riesgo de parecer infantil, pregunto:

—¿Puedo saber cuál es tu dirección?

—Está en la Guía.

—¿A nombre de quién?

—Mío, desde luego.

Estoy a punto de caer en la trampa, pero reacciono:

—Si tu nombre es el mío, lo buscaré y encontraré mi propia dirección.

—Es lógico.

Ya vuelvo a desesperarme.

—Pero y entonces, ¿cómo puedes tener un teléfono distinto?

—La que lo tiene distinto eres tú.

¿Se estará poniendo agresiva? Su tono ha sido ya algo molesto. Sonrío. Me empiezo a adueñar de la situación. Quizás con un poco de sangre fría llegue a desconcertarla. Quizás me lo diga todo. Quizás... ¡pero ahora recuerdo que tengo que hacer una salida urgente! Voy a decírselo cuando ella me interrumpe:

—Bueno, creo que por hoy es bastante. Tengo que hacer. Cuando quieras, ya sabes dónde me tienes.

—Sí, sí... yo también tengo que...

¡Qué curioso! Cuando recuerdo que se hace tarde, ella parece recordar lo mismo. Bueno, no sé si despedirme o no. No quisiera ser grosera, pero tampoco tengo por qué ser amable. Ella, sin embargo, apresura las cosas. En el fondo se lo agradezco.

—Hasta otra ocasión, ¿eh?

Y cuelga. Me quedo con el auricular en la mano. Lo miro. Me paso la otra mano por la frente. Otra vez lo inexplicable me cerca, como esas pesadillas en las que

no podemos despegar los pies del suelo. La urgencia del tiempo me decide. Cuelgo de una vez y voy a mi habitación, a vestirme. No sé exactamente qué traje ponerme, pero voy directamente hacia el claro, de algodón... Es como si alguien ya hubiera decidido por mí. La idea me desconcierta, pero entonces ya tengo presencia de ánimo para desecharla. «No, no —me digo— mejor es no pensar en eso. Si está, en el caso de que «esté», es allí, en el teléfono, esperando en el 20-58». El razonamiento es desesperadamente pobre, pero lo hago por tranquilizarme y me tranquiliza, al menos mientras me visto. Sin embargo... el germencito no ha muerto; la raicilla de la misma idea se agita buscando sol. Hasta que aflora: «¿Y si la llamo, sin teléfono?» Bastará decir su nombre, que es el mío, y esperar... ¿Contestará? En esto he terminado de vestirme y voy al tocador. Cuando alzo los ojos, estoy a punto de retroceder. Esos ojos, esos ojos, los míos que acaban de reflejarse en el espejo, no parecen haberse alzado en este momento. Es como si ya hubieran estado mirándome. Me apoyo en la mesa del tocador. ¿Es sensación de vahído? Sé que estoy a punto de gritar y no quiero, sencillamente no quiero. Así que cojo la cartera y echo a correr hacia la puerta.

Ya en la escalera estoy casi en disposición de sonreír; como si me hubiera escapado de una trampa. Pienso que el aire de la calle me refrescará, que todo esto ha de pasar, como si la salida de la casa pudiera significar un cambio en las cosas y al regreso todo esté olvidado.

Empiezo a bajar la escalera. Aún el ¡pram! de la puerta al cerrarse resuena en el fondo de mis tímpanos, cuando me detengo. Sé que he hecho ese gesto de sorpresa, un gesto cortado que nos mantiene con la mirada fija al frente por un instante y que hace que los labios balbuceen algo...

—Las llaves... no metí las llaves en la cartera.

Suspiro. Estoy casi derrotada. Hago memoria y veo las llaves, claramente, encima del aparador. Allí las dejé anoche, cuando volví del cine. Allí estaban mientras hablé por teléfono... ¡esa maldita conversación! Desde el sofá las veía cada vez que mis ojos recorrían la pieza, mientras hablaba. Y la salida precipitada, la estúpida huída de mi casa, me hizo olvidarlas... ¿Y ahora? De momento siento la necesidad imperiosa de volver. No puedo irme sabiendo que al regreso no podré entrar. Subo los dos o tres escalones que he bajado. Me paro a mirar tontamente la puerta cerrada. Vacilo. De pronto se me ocurre y no me doy tiempo a rechazar la idea. Toco el timbre y retrocedo expectante... No sé si la sangre ha aumentado su velocidad dentro de cada vena, de cada arteria, de cada humilde vasito capilar. No sé si por el contrario, se ha detenido. Como tampoco sé si es frío o calor lo que me invade, deseos de reír tranquila o de echar a correr despavorida, cuando la puerta empieza a abrirse, lentamente, frente a mí.

ESTHER DIAZ LLANILLO • ANONIMO • ESTHER DIAZ LLANILLO • ANONIMO • ESTHER DIAZ LLANILLO • ANONIMO • ESTHER DIAZ LLANILLO • ANONIMO

A

Aquella mañana se levantó temprano y, sin calzarse, casi dormido, avanzó hacia la cocina hambriento.

Era la suya una habitación peculiar: vivía en una buhardilla, al final de una larga escalera que trepaba por la parte posterior de la casa, como una culebra; los peldaños eran tan estrechos que uno temía haber sobrepasado las proporciones normales de un ser humano, pues podía resbalar y caerse con suma facilidad; por otra parte, la escalera vibraba sospechosamente a cada paso y esto, unido a la insegura barandilla de hierro, hacía pensar que la vida del que se atrevía a utilizarla se hallaba en constante peligro. Como el cartero no compartía estos arrestos, ni por vocación de su oficio, solía dejarle la correspondencia junto al primer apartamento de la planta baja del edificio, en una cajita de madera incrustada en la pared.

Le gustaba vivir allí, donde nadie lo molestaba, ni ruidos ni personas. No me atrevería a asegurar que aquello pudiera considerarse un hogar en el sentido exacto de la palabra: un cuadrilátero aprisionado entre cuatro paredes; dentro de él, a la izquierda de la puerta, otro cuadrilátero más pequeño hacía de baño en condiciones tan reducidas que nos asombraba que cupiera en él un ser humano. Al final de un, rectángulo, con pretensiones de corredor, estaba la sala-cuarto-cocina. De primera intención lo que se percibía era una hornilla eléctrica sobre una mesa donde se amontonaban platos, cubiertos, un vaso, una taza con lápices, un portarretrato con el asombroso perfil de Michele Morgan y una fina capa de polvo de varios días. La cama era a la vez sofá. En las paredes de madera había fotografías de otras actrices, un cartel de propaganda y programas de teatro.

Cuando me dieron aquella noticia de él, traté de reconstruir los hechos colocándome en su lugar; me basé en lo que pude adivinar de él en tan poco tiempo, pues trabajamos juntos en la misma oficina durante cuatro meses, ambos como mecanógrafos, y no creo que este trabajo nos diera grandes oportunidades de conocernos. Sin embargo, creo poder reconstruir lo que pasó en aquellos días...

Esa mañana se levantó temprano, según dije. Al encender la hornilla para calentar el café, le asombró descubrir un pequeño sobre blanco debajo de la puerta. Le extrañó que alguien se hubiera tomado el trabajo de subirlo hasta allí. Cogió el sobre y leyó: «Sr. Juan Ugarte Ruedas», escrito a mano, con una letra temblorosa e irregular. Inmediatamente rompió uno de los extremos y extrajo la carta, que decía con la misma letra del sobre: «Nombre: Juan Ugarte Ruedas. Edad: 34 años. Señas: Una pequeña marca tras la oreja derecha producto de una caída cuando niño. Gustos: Prefiere leer al acostarse; suele tardar en dormirse imaginando todas las peripecias de un viaje a Francia que en realidad no puede costear. Detalle: Ayer, alrededor de las once p.m., se

cortó levemente el índice de la mano derecha tratando de abrir una lata de conservas. Anónimo». Aquello le intrigó. ¿Qué propósito podía perseguir quien le mandaba la carta, que por ende le jugaba la broma de firmarla Anónimo como si ya no fuera evidente que se trataba de un anónimo? Por otra parte, ¿cómo sabía Anónimo todos aquellos detalles de su vida? Su primera preocupación fue averiguar si le había contado a alguien esos detalles; no lo recordaba.

En estas y otras cavilaciones pasó toda la jornada, salvo las horas de oficina y de almuerzo, pues tenía la costumbre de ser reservado con todos, hasta consigo mismo cuando estaba con los demás. Por la noche, como es lógico, reanudó estos pensamientos y llegó a la conclusión de que recibiría otro, algún día, quizás más pronto de lo que esperaba; tuvo un sueño intranquilo y por primera vez se olvidó de su viaje a Francia antes de dormirse.

Al día siguiente, octubre 13, recibió otra carta misteriosa. Como la anterior, venía fechada y escrita con letra irregular y nerviosa, decía: «Padres: Regino Ugarte, cafetero. Madre: Silvia Ruedas, prostituta. El primero ha muerto; la segunda, huyó del hogar cuando usted tenía nueve años y se dio a la mala vida; usted desconoce su paradero y no le interesa saberlo. Educación: autodidacta desde los quince años. Preocupaciones: Teme que los demás lean sus pensamientos. Anónimo».

Durante varios días estuvo recibiendo comunicaciones de Anónimo que revelaban detalles de su pasado, de su vida cotidiana y de sus procesos mentales que sólo hubiera podido saber él mismo o alguien que tuviera poderes extraordinarios. Esto no lo aterraba, sino el pensar que en realidad aquel hombre estuviera empleando algún procedimiento simple y directo para saberlo, es decir, que lo vigilara constantemente.

Las cartas de Anónimo empezaron por adivinar sus deseos y luego descubrieron sus preocupaciones, sacaron

a relucir su pasado y quizás aventurarían su futuro, lo cual lo intranquilizó. Frases como: «ayer no pudo dormir en casi toda la noche», «esta mañana, durante el almuerzo, estuvo a punto de contárselo todo a su amigo, pero se detuvo pensando que él fuera el remitente», «ha decidido usted no abrir más estas cartas, pero no puede dejar de hacerlo, ya ve, ha abierto la de hoy», «su trabajo estuvo deficiente ayer, no cesa de pensar en mí»; eran para sobresaltar a cualquiera. Finalmente, Anónimo envió en tres cartas seguidas este mismo mensaje: «usted teme una amenaza»; al cuarto día lo varió por «la amenaza está al formularse»; y después por «sé que ha dejado de leer mis cartas durante varios días, ésta es la penúltima, por lo tanto la leerá, mañana sabrá cuál es la amenaza. Anónimo».

Por último, pensó que no tenía el valor suficiente para leer la última carta, pero el deseo de saber en qué consistía la amenaza y la esperanza de que al saberla podría escapar de ella lo llevaron a abrirla y leyó: «Morirá mañana. Anónimo».

Al finalizar el mensaje llegó a la conclusión de que no le quedaba más remedio que acudir a la policía, pues no sabiendo en qué condiciones moriría, ni dónde, ni cuándo, no podría evitar el hecho. Llevó los anónimos a la estación de policía y fue cuidadosamente vigilado. Siguió tabajando como si nada hubiera sucedido y por la noche, a eso de las ocho, llegó a la casa.

Sabía que estaba bien protegido, no podía temer nada, salvo la pérdida de su soledad, pero por poco tiempo, hasta que se descubriera el autor de los anónimos, después, sería nuevamente independiente y feliz.

Se acostó más tranquilo; tardó un poco en dormirse, quizás planeó otra vez el viaje a Francia. Al día siguiente apareció muerto frente a su cuarto, la puerta abierta, el cuerpo atravesado en el umbral, un sobre abierto junto a él y una carta ensangrentada en la mano

derecha. La única palabra visible era «ya», y después: «Anónimo». Tenía abiertas las venas del brazo, la sangre había rodado por los escalones. Nadie la había visto hasta que el vecino de los bajos notó el largo hilillo rojo bajo sus zapatos.

Se hicieron múltiples indagaciones sin resultados positivos. No obstante, por sugerencia mía, se ha comparado la letra de Anónimo con la del muerto: coinciden en sus rasgos esenciales.

CESAR LOPEZ • UNA SEÑORA • CESAR LOPEZ • UNA SEÑORA • CESAR LOPEZ • UNA SEÑORA • CESAR LOPEZ • UNA SEÑORA • CESAR LOPEZ • UNA SEÑORA • CESAR LOPEZ • UNA

P

—Pase usted adelante. Sí, naturalmente que sí. Pero por favor, no se quede ahí parado, mire que se puede usted mojar, sí sí, aquí estará mejor, porque la lluvia no es buena para los pulmones y además, naturalmente, usted es muy joven, claro, y fuerte, y sin miedo, pero anda descubierto y desabrigado... ¡oh, perdone!, es un día de sol y yo hablando de la lluvia, pero es sólo precaución, hay que cuidarse y además, siempe cabe, puede suceder, que llueva; no ve usted que aquí está mejor. Me decía, preguntaba, ¡ah, sí!, buscaba a la señora Fuertes, o no, a la señora Retales, perdone, lo siento mucho, no, yo no soy, pero, quizás pueda ayudarlo, a ver lo que usted trae, ya comprendo, usted trabaja en el Telégrafo, dura tarea para todos los días, ¡oh!, pero usted es joven y vigoroso, a ver, sí, unos diecisiete años, no más, sí, y solo; ¿verdad?, claro, ya sabía yo, bien que lo comprendo, desea tomar un buen vaso de leche, sí, pase y siéntese mientras se lo preparo, la leche está fría y con azúcar,

claro está, en este sillón estará más cómodo; ¿tiene calor?, podemos encender el ventilador, tome, coma unos bizcochos, eso es ¡cómo le gustan los bizcochos! Bien, es un buen descanso; ¿no?, pero tiene que volver al trabajo, pues usted me dijo que no tiene familia. ¿No?, sí, sí, ya veo.

Pues déjeme que le arregle un poco, ¡oh, esta camisa hay que coserla!, ¡quítesela!, aquí tengo aguja e hilo, no se preocupe usted por no tener camiseta, yo puedo ser su madre y hasta su abuela, quédese así, siéntese, tome esta revista que es muy interesante, supongo que algunas veces no tendrá revistas que leer y además, ¡oh! ¿Qué le pasa?, no, no, tome esta otra que tiene láminas en colores, mientras termino de preparar la camisa. La plancharé un poco. Por favor, no proteste querido... ¿Me permite llamarle hijo? Gracias, chiquillo: ¡Es tan niño! Y además, necesitas tanto que te cuiden. ¡Qué no sabré yo! Espera, pondré la radio, sí, música moderna, bien moderna como la que les gusta a los muchachos de tu edad. Claro que debes ir a bailar de vez en cuando... Increíble... pues tienes que empezar. Sí, digamos los sábados. Irías a alguna fiestecita. Podíamos buscarte alguna agradable compañera. A ver... entre las hijas de las Rocamora, ¡oh, no!, perdón, todas han muerto, pero tal vez las señoritas Sinfonas, tampoco, resultarían algo mayores para ti y además, pero bueno, eso no es problema, ya encontrarás que por algo eres muy buen mozo y entre las hijas de mis amigas, porque yo tengo amigas ¿sabes?, y en el colegio, ya que naturalmente irás al colegio... sí, tendrás de sobra, y en la escuela. Que hay que aprender. A la escuela por la mañana, y por la tarde un poquitín de trabajo y paseo, la noche para estudiar, leer y conversar con la viejita, ¿no?, y el fin de semana libre para ir al campo o a la playa o al parque de diversiones, eso es, fijaremos los días: el primer domingo a Playa Caracoles, donde lo pasarás muy bien, temprano a jugar dominó

una hora antes del almuerzo a nadar y correr en la playa, después de alimentarse, porque es muy importante el alimento, la siesta, una siestecita corta es suficiente, bueno, tal vez quince minutos más larga y luego a caminar hasta los pinos, para después volver corriendo, corriendo, nada de remolonear... y darse el chapuzón de la tarde, con tu traje de baño rojo, no, no temas, bien cortico y a la última moda, un traje de baño rojo y tu toalla gris; ¡Precioso! Y tendrás que quemarte un poquitín al sol. ¡Oh, mi querido hijo! ¡Qué hermoso lucirá en la playa! Claro que tendrás de todo, no te faltará nada, hasta un nombre, sí creo que lo mejor es un nombre nuevo, te llamarás... Alejandro y te diremos cariñosamente Alex. Alex para aquí, Alex para allá... Pero no, mi apreciada Sra., Alex no puede ir al party de su hija, créame que lo lamentamos enormemente, pero se ha comprometido para un paseo con las Contra-Martínez, sabe usted, sí, sí, le repito que lo siento, pero además, teníamos doce invitaciones más para ese mismo día. ¡Oh, Alex es tan popular! Sí, sí, Alex está en casa, pero lo siento mucho, mas no puede salir al teléfono, está dando su lección. No, no es la clase de clarinete, ésa es mañana, hoy es la de tibetano. ¡Oh, el tibetano es muy importante!, y además, Alex domina ya otros doce idiomas, ¡imagínese usted! ¡Qué maravilla!, ¿verdad Alex? Alex, porque te llamas Alex y te quedas a vivir conmigo; en los altos hay dos habitaciones para ti, bueno, tal vez algún amigo pueda subir y quedarse estudiando o jugando, ¡siempre y cuando sea formal! ¡Oh, no!, no me importan las risas y la música, ¡sólo la formalidad!

Claro, claro Alex. Te gustaría la Opera, por ejemplo, esta temporada iríamos a ver solamente tres, porque tres son siempre las mejores, ya las tengo escogidas, las demás, mejor ni pensar en ellas. La Opera. Pero, claro, eso si has salido bien de los exámenes, que saldrás naturalmente, ¡Alex es tan inteligente!, y si te has levantado

temprano todos los días. A las siete menos cuarto todos los días excepto los sábados en que te levantarás a las siete y media y los domingos a las ocho y quince. Que estarás cansado de tanto bailar. No te había dicho que irías a bailar los sábados. Sí, creo que este sábado te podrías poner el traje azul, naturalmente querido, un jovencito como tú no puede vivir sin un traje azul. Pues un traje azul... ¡Tonto!, será un traje azul con solapas estrechas y pantalones ceñidos para que vaya bien con corbatas diferentes. Ven para que te cepille un poquitín el traje azul, Alex, porque... no, por Dios, qué estás pensando, ¡oh!, niño mío, pero si estoy hablando del traje azul porque es mi preferido, pero cómo has podido siquiera pensarlo, lo que ocurre es que el azul es mi color favorito, para tu mejor traje, claro que no, claro que sí, tendrás otros trajes y camisas, ¡oh!, mi pobre chiquitín pensando que sólo tendría un solo traje, como si su viejita fuese tacaña o algo por el estilo. Nada de eso. Y precisamente hoy cuando debo llamar por teléfono para encargar las flores que Alex debe enviar a la Sra. Embajadora; no, no puedo perder el tiempo en detalles, tengo que preparar la comida, pues Alex desea comer langostas a la americana, la langosta a la americana es diferente a la Termidor, la langosta, la salsa.

¡Oh, debes perdonarme!, ¿verdad que sí?, lo he visto todo tan bien y yo soñaba, porque estaba, estoy segura de que te quedarás y de que serás como un hijo para mí, no te preocupes, las cosas tienen que empezar de algún modo y no está bien que andes por ahí pasando trabajo cuando aquí tienes tu casa.

Ya está la camisa, póntela ahora, pero no la necesitarás más, tendrás otras, todas las que quieras y las revistas y los libros. ¿Verdad que te quedarás?, ¿verdad que sí, Alex? ¿Verdad?

¿Qué tienes, por qué estás tan pálido, por qué no sonríes, qué te pasa, dime, te sientes mal?, llamaré al médico; Alex, ¿por qué me miras así? Alejandro, si en mí tienes una madre. Tendrás... Alex. ¿A dónde vas Alex?, Alex, Alejandro, Alejandroalexalporalexalquejandronocorrasalezoooohalexquetealexestasalejandromarchando Alejan-

Alex, Alejandro... Se ha ido.

NO ALEX
NO TE
VAYAS

Alex, Alejandro... Se ha ido.

¿Qué le habrá pasado? Tal vez. Puede ser que estuviese enfermo. Pudiera ser. Pero se ha ido. Como todos los Alejandros. Alejandro mi padre. Alejandro mi hermano. Alejandro mi esposo. Alejandro mi hijo. Alejandro mi nieto.

Alejandro, Alejandro. Alejandro. Alejandro. Alejan dro. Alejandro. Alejandro. Alejandro. Alejandro. Alejandro. Alejandro. Alejandro.

Todos mis Alejandros se han ido.

Todos mis queridos Alejandros... y cada día están menos tiempo. ¡Ay, por qué Alejandro te marchas! Yo, madre de Alejandro y Alejandro y me he quedado sola.

Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex-Alex.

El timbre, el timbre de la puerta que suena, pero no, no es mío, nunca el de mi puerta, sí, claro, pero tal vez sea algún recado que yo pueda recibir, abriré, por qué no, y así, podré ayudar y así alejandro alex alejandro.

—Pase usted adelante. Sí, naturalmente que sí. Pero por favor, no se quede ahí parado, mire que se puede usted mojar, sí, sí, aquí estará mejor porque la lluvia no es buena para los pulmones y además...

ANTON ARRUFAT • EL CAMBIO • ANTON ARRUFAT • EL CAMBIO • ANTON ARRUFAT • EL CAMBIO • ANTON ARRUFAT • EL CAMBIO • ANTON ARR

N

Nos estamos mirando hace tiempo. Cuando no se asoma a su ventana sé que me observa a través de las persianas amarillas, con sus ojos penetrantes, que temo mirar. No sé qué pensar de sus ojos. Me parecen insolentes, y sin embargo, encuentro en ellos como una sonrisa maligna, mezcla de burla y complicidad, que me atrae.

La ventana se cierra.

Veo moverse las persianas de un modo que sólo yo percibo. Sé que lo sabe. Nos hemos encontrado en la calle frente a frente y he desviado la mirada. Momentos después, sin que nadie se diera cuenta, volvemos a mirarnos a través de las persianas.

Y ahora abre la ventana de pronto, cuando la estoy mirando, y comienza a vestirse. La contemplo, sabe que lo hago, y obedezco al llamado de sus gestos. Abro mi ventana, temblando. Busco mi traje blanco, el que me ha regalado mi padre para ir a misa los domingos, y comienzo también a vestirme.

Las ventanas están abiertas. Estamos el uno frente al otro. Ella se peina ante el espejo; de pronto se levanta y cierra. Pero antes he visto sus vestidos colgados, sobre la cama, en las sillas. Con el dedo fue señalándolos uno a uno. Se ha probado otros sobre el que tiene puesto.

Cuando mis padres salieron aquella tarde me puse a espiarla en seguida. Pero su persiana continuaba inmóvil. No podía creer que hubiera salido.

—¿Quieres abrirme la puerta? —dice debajo de mí, mirándome con sus ojos agresivos, a través de la propia persiana de mi casa.

Le abro. Nunca pude pensar que tuviera fuerzas para hacerlo.

—¡Déjame verlo otra vez! —me dice.

—Si me prometes que me darás el tuyo —le digo.

—Te lo prometo.

Me he puesto su traje azul y ella mi traje blanco. Empezamos a bailar en la sala, solos, sin que nadie nos vea.

CUATRO ● SATIRA; FABULA; HUMOR NEGRO ● CUATRO ● SATIRA; FABULA;

ISIDORO NUÑEZ MIRO ● EL EXTRAÑO CASO DE BAKER STREET ● ISIDORO NUÑEZ MIRO ● EL EXTRAÑO CASO DE BAKER STREET ● EL EXTRAÑO CASO

E

The expression of his face on the mirror that came to exert so much influence over me.

SIR ARTHUR C. MORIARTY

El gesto entumecido de quien ha pasado toda la tarde moviendo las piezas del ajedrez con cara de jugador de pocker se reflejó (5.5 veces mayor) en la luna ovalada.

El agua estaba tibia (98 grados fahrenheit) y se lavó la cara para ir ablandando la barba. Tomó la navaja pero, como tenía poco filo según pudo apreciar con la yema del índice, tuvo que asentarla pasando la hoja, por un lado y por el otro, sobre la palma de su mano. Luego humedeció las cerdas de la brocha y la introdujo en el pozuelo de «Old Spice» batiéndola hasta hacer espuma. Fue enjabonándose meticulosamente las mejillas, los carrillos y el mentón. Por fin, comenzó a rasurarse siguiendo la dirección del pelo, descañonándose después. Se enjuagó y extendió la mano a ciegas para agarrar la

toalla y secarse. Cuando se frotaba con la *after shaving lotion* sus labios vibraron con un escalofrío. Nadie es de hierro.

Al entrar en el comedorcito la cena estaba servida. Junto al pomo de mostaza, el puré de papas a punto de merengue y la botella de salsa «Perrins» regalo del Dr. Watson, el rosado roastbeef se deshacía en finas lascas como un castillo de naipes. La cerveza, aunque suave, tenía un sabor picantico que le hizo chasquear (discretamente) la lengua. ¿A quién no le gusta lo bueno? Vino después del pudín de tuétano de buey, el Chester Cheese azuloso y una taza de té «Lipton» bien caliente. Se quitó la servilleta, secándose los labios con disimulo mientras se levantaba de la mesa para arrellanarse en uno de los butacones de la sala.

Metió las manos en los bolsillos del *tweed,* extrayendo del izquierdo una latica de «Príncipe Alberto» recién abierta y del derecho su vieja pipa que inmediatamente llenó hasta el tope con la fragante picadura, acolchándola convenientemente con el pulgar. Rayó un fósforo, prendió la pipa y comenzó a fumar.

El humo salía de su boca como si suspirara en medio de la niebla. En el brillo de sus ojos, un observador trivial (Hammett o Grillet) hubiera visto simplemente el resplandor de los leños que ardían en la chimenea, pero los que hemos desarrollado las facultades analíticas de nuestra mente sabemos a ciencia cierta que ese minúsculo detalle revelaba que nuestro héroe ya se encontraba sobre la pista.

De un salto se puso de pie y corrió hasta el baño. Abrió de un tirón el botiquín cogiendo un frasco con una calavera en la etiqueta. Tomó una pastilla y dejó que se le disolviera sobre la lengua. Apenas tuvo tiempo para comprobar (de reojo en el espejo) cuáles fueron las últimas muecas de la víctima echando espuma por la boca y cómo debió crisparse la mano del asesino.

MARINES MEDERO ● EL CLASIFICADOR ● MARINES MEDERO ● EL CLASIFICADOR ● MARINES MEDERO ● EL CLASIFICADOR ● MARINES MEDERO ● EL CLA

E

Es probable que él ya tuviera la debilidad dentro de sí mismo y el asunto de las clasificaciones fuera como la pequeña piedra que desató la serie concéntrica de reacciones que desembocó en su delirio. En la tercera generación se le cuenta una bisabuela loca, sus ojos son protuberantes y tiene las uñas moradas.

Era un hombre solo. Al regresar de su trabajo —oscuro puestecito en una Compañía— se le podía ver, si alguien tenía la curiosidad de asomarse por una rendija, en su habitación contando los barrotes de las ventanas o haciendo maquiavélicas elucubraciones sobre las verdosas y húmedas manchas de la pared. Por alguna extraña razón éstas, aun las más remotas y difusas, las que apenas se esbozaban o las que él mismo se inventaba, se le aparecían invariablemente como seres humanos que lo miraban desde lo alto o se le volteaban. De la espalda de un marinero a veces surgía, para su regocijo, el cabello en-

marañado de una mujer, una falda estremecida, un sexo o la barba de un viejo apenas formulado.

Estos eran mis personajes, los que solía asociar unos con otros, fabricando monstruosas relaciones entre ellos. Algunas de estas historias llegaban a causarme fiebre y una suerte de desvarío gozoso y masoquista, que me desvelaban. A veces, agotado, me quedaba dormido en el momento más agónico, que recogía al día siguiente, para continuar el juego.

Sin embargo un día —no sabemos por qué— (sin duda porque la fiebre era más aguda que de costumbre) decidió que esas masturbaciones mentales debían detenerse. Le pareció —cosa que era cierta— que su vida estaba exenta de finalidad, que carecía totalmente de sentido. Por unos días ocupó todo su tiempo libre y parte del horario regular de trabajo en la obsesionante búsqueda de una tarea que lo justificara. Y el hecho fue que se le ocurrió CLASIFICAR A LOS HOMBRES. Nadie ha podido averiguar sobre el origen de esta peregrina idea. No le asaltó la probable infinitud o la inutilidad de la labor que pretendía echarse encima. Ni siquiera dudó un instante de su posible incapacidad. Sin embargo, se afirma que la sola idea del proyecto, que no había comunicado a nadie por rubor, o porque no tenía verdaderamente ninguno lo suficientemente cercano a quien confiárselo, lo había transformado. Hacía despliegue de sonrisas y caminaba con cierta seguridad heroica. Ahora el vacío, las manchas de la pared, los conocidos, el trabajo, habían pasado a un borroso segundo plano. Cada palabra, cada gesto, el menor movimiento fue trasladado a una nueva esfera, donde aguardarían para ser clasificados.

Es probable que, mientras buscaba el lápiz con aire conmovido, se sorprendiera un instante de la audacia del proyecto. Mas todo adquirió un aire cercano y real al escribir en el centro del papel con pulso firme:

La hermosura de la palabra no se reveló al instante, perdiéndome en un abismo de añoranzas. Ojo a ojo, sangre a sangre, muerte a muerte los iré juntando en mi corazón. La primera clasificación se muestra vacilante porque la letra tiembla perceptiblemente:

BUENOS Y MALOS

Sin duda se dio cuenta en seguida de la falacia de su primera clasificación, de que no existen hombres totalmente malos ni completamente buenos, por lo que se vio en la necesidad casi ultrajante de hacer una subclasificación tan ambigua como:

HOMBRES MÁS MALOS QUE BUENOS.

HOMBRES TAN MALOS COMO TAN BUENOS.

HOMBRES MENOS MALOS QUE BUENOS.

HOMBRES MÁS BUENOS QUE MALOS, etc.

Abrí los ojos. No lo sabía entonces, aunque quizás esa angustia afiebrada que se había operado en mi cerebro lo intuyera, pero me apartaba definitivamente de esa región absurda en la que mi hastío me había colocado. Era un renacimiento, una nueva adolescencia. Al levantar el papel el mundo se abría inmenso ante mí. El antiguo se había empequeñecido como un traje encogido en una tarde de lluvia, ¿o sería que mis ojos se habían hecho demasiado grandes para las minúsculas dimensiones de la habitación, del buró y la ventana? Yo, hombre de clasificaciones, necesitaría el espacio infinito, los parques empalmados, las tibias bibliotecas, la siniestra oscuridad del cine, la luz de los teatros, las posadas, los tugurios. Cada esquina de vida sería visitada, escudriñada, estudiada y clasificada.

Abandonó el trabajo, o mejor dicho, la cesantía fue una inevitable consecuencia del celo con que había acogido su tarea, porque según consta en los archivos de la Compañía, no cumplía con sus obligaciones y —según manifestaran algunos empleados— se dedicaba a la extraña manía de hacer anotaciones en un papel enorme que no enseñaba a nadie.

Ya desde esa fecha había abandonado las clasificaciones en vagas parejas opuestas, tales como «valientes y cobardes; generosos y egoístas; honrados y ladrones; soberbios y humildes» que llenan las primeras páginas. Se siente poderoso todavía, a pesar de que carece del suficiente sentido crítico como para percatarse de sus grandes limitaciones, de su falta de educación y cultura. Todavía se le huele el entusiasmo. Abre unas clasificaciones pero se ve obligado enseguida a multiplicar las subclasificaciones:

común denominador:
mente
|
|
|
|
inteligentes e imbéciles
|
|
|
|
|
creadores
|
|
|
|
|

artistas científicos
|
|
músicos; pintores,
literatos, escultores,
grabadores, ceramistas,
cineastas

Sin duda se da cuenta de que hay diversos tipos de músicos, no necesariamente creadores, está ligeramente perplejo, pero acota al margen —como para intercalarlos en una futura subclasificación— a los pianistas, violinistas, cellistas, violistas, oboístas, clarinetistas, flautistas, fagotistas, trompetistas, etc. Además abre subclasificaciones para cada una de las distintas clases de artistas, así dentro de los literatos anota a los ensayistas, poetas, cuentistas, novelistas y dramaturgos.

Comencé a adelgazar y las bibliotecas, antes nunca visitadas, conocieron mi figura olfateante que se perdía en mares de libros que no comprendía, sintiendo, por primera vez, aquel tibio olor a papel viejo en una atmósfera saturada de silencio entrecortado por rumores. Entonces fue la duda. ¿Quién llama? ¿Quién azota mis manos en el viento? Olores fugitivos, carnes fragantes y canciones infinitas llegaron a mis ojos. La campana de mi nueva sangre se me llenaba en el rostro y golpeaba febrilmente sobre mi corazón.

A partir de su primera visita a la biblioteca sus anotaciones se hacen más inteligentes, pero aún más vagas. Sus sentidos viven un estremecimiento agudo, comienzan a despertar de un largo sopor. Se ve en la necesidad de hacer largas acotaciones marginales: —hay hombres que parecen ratas (algunos políticos)— otros que parecen puercos (determinados curas). Habla de factores económicos y anota cosas muy ingenuas: ricos y pobres, colonizadores y colonizados; explotadores y explotados, pa-

tronos y obreros. Es posible que esta cierta politización se haya debido a un viaje que hizo al campo y que más tarde visitara algunas fábricas. Anota:

obreros contra burgueses
burgueses contra revolución
revolución contra latifundio
latifundio contra campesino
campesinos contra latifundios
latifundio contra revolución
revolución contra burgueses
burgueses contra obreros.

Pero no entiende nada. Carece de base, intuye ciertos problemas, gira en círculos viciosos. Se cansa, vuelve a empezar. Los agrupa ahora por oficios y se encuentran subclasificaciones muy curiosas. Apunta entre los *oficios manuales* a los lavanderos, fregadores, lecheros, cocineros, pescadores, limpiabotas, cantineros, barrenderos, cajeros, meseros, botones, deshollinadores, ferreteros, mineros, agricultores; entre los *oficios manuales con aprendizaje más o menos laborioso* a los electricistas, mecánicos, zapateros, tintoreros, herreros, talabarteros, plomeros, albañiles, carniceros, afiladores, hojalateros, carpinteros... entre los *oficios manuales con aprendizaje más o menos laborioso y que requieren cierta habilidad* a los dulceros, peluqueros, fotógrafos, alfareros, dibujantes, relojeros, sombrereros, linotipistas, tejedores, sastres, costureras... entre los *manuales con uso de armas* a los leñadores, verdugos, guardabosques... entre los *oficios con uso de la boca* (preferente) a los telefonistas, locutores y entre los *oficios con uso de locomoción* a los taxistas, choferes (autobús, camión, automóvil) a los heladeros, carteros, vendedores de periódicos...

No percibe que su clasificación es enteramente subjetiva, que si sus listas fueran sometidas a un somero análisis se le caerían por su base. Sin embargo, se le ha agudizado su sentido de observación. A veces de sus notas se desprende algo como una lejana aptitud literaria o cierto sentido poético. Habla de:

—los brazos absurdos de los adolescentes.
—las narices afiladas de los intelectuales.
—el vaivén de las caderas de las prostitutas.
—los ojos casi en la espalda de los burócratas.
—el tamaño de las nalgas de la secretaria.

Oía el viento que gemía entre los álamos del parque, al viejo, cojo de dos piernas, que canturreaba en su carrito una oscura canción olvidada. ¿Dónde colocarlo? ¿Quizás junto a la vieja que se arrastra hasta la escalera y reza desde allí porque no puede subir hasta la iglesia? La sombra de los amantes me hacía gemir a ratos, otras eran los aplausos los que me conmovían hasta las lágrimas. ¿Dónde pongo al viejo atrilero de la orquesta? ¿Quizás junto a la acomodadora que ve la película a trozos siete veces? ¿Quiénes son esos transeúntes? ¿Qué buscan? ¿Adónde van? Vi la miseria pero también pude entrever el placer; niños que se apagan como pálidos cirios y jóvenes que lloran de luz en las tinieblas. He visto a los hombres repetirse, como un moribundo que no se cansa de existir: cadáveres recién cortados, polvorientos mendigos, angustiados soñadores. Lloraba en alta voz. Como un pájaro aturdido mi vuelo daba tumbos, como en sueños me arrastraba deseando disolverme en todo aquello que se me arracimaba. Caminaba como una sombra, invisible, entre la muchedumbre en los paseos, los olía en los mercados, los miraba agónicamente a todas horas.

A ratos aparecen en sus listas opuestos aislados, sin que parezcan obedecer a factor común de ninguna clase. Apunta a los gobernantes y gobernados; civiles y militares; comilones e inapetentes; teístas y ateos; amadores y

aborrecedores; ordenados y desordenados; padres e hijos; abstemios y borrachos; asesinos y asesinados; guerreristas y pacifistas; casados y solteros; trigueños y rubios; sanos y enfermos; prostitutas y chulos; maestros y estudiantes; trabajadores y holgazanes; campesinos y ciudadanos; anfitriones y huéspedes; maridos y mujeres; cultos e ignorantes... Es probable que los apuntara a medida que se le iban ocurriendo, para encontrarles más tarde un lugar dentro de las clasificaciones.

Poco a poco la honda marea lo va envolviendo. Las clasificaciones van creciendo en sentido vertical, pero disminuyen horizontalmente. Es decir, ahora abarcan menor número de hombres y se corre el peligro de que haya pronto tantas clasificaciones como hombres. Se olvidaba de comer, o llegaba cuando el comedor estaba ya cerrado. Esto le ocasiona distintos trastornos y una progresiva debilidad.

En mi habitación no tenía tiempo ya para mis viejas manchas. O mejor dicho éstas se habían transformado en siniestros y amorosos seres vivientes, que me asaltaban en una frenética danza en la que yo inevitablemente trataba de alcanzarlos. ¿Dónde comienza la vigilia? ¿Cuándo sueño? ¿Dónde oí hablar de guerras? ¿Cuándo leí sobre una mujer adúltera? ¿Por qué las prostitutas? ¿Dónde pongo la risa de los niños, la panza del Sr. Cura, el muñón del manco de la plaza?

Ya comenzaban a manifestarse los primeros síntomas evidentes de locura. Hablaba sólo o le dirigía la palabra a todo el que pasara por su lado. En varias ocasiones fue golpeado por indignados transeuntes, asaltados por preguntas que estimaron demasiado íntimas e irritantes. En la segunda mitad de sus anotaciones se observa una extraña inversión: los hombres se han apoderado de las clasificaciones, es decir, empieza el juego en sentido contrario. Toma un hombre y trata de encasillarlo. El trabajo es bastante arduo pues se da cuenta que un sólo hombre podía pertenecer a más de dos mil quinientas veintiséis categorías distintas. Y esas categorías caerían únicamente en *su* clasificación. Hay una nota donde indica, desfallecido, que se ha percatado de su subjetividad, y que muy distinta sería la clasificación de un hombre hecha por sí mismo, por su mujer, por un amigo, por un enemigo y por cada uno de los hombres. *Y sin embargo, nadie me ha dicho ¿quién soy, por qué soy?*

Lo ingresaron en el sanatorio el día que, después de un prolongado silencio de más de tres días, comenzó a gritar:

¡SOY ÚNICO! ¡SOY HOMBRE DE UNA SOLA CATEGORIA! ¡SOY EL HOMBRE QUE CLASIFICA! ¡NADA MÁS! ¡NADA MENOS!

Fue el día que quiso clasificarse a sí mismo.

ANTONIO BENITEZ • ESTATUAS SEPULTADAS • ANTONIO BENITEZ • ESTATUAS SEPULTADAS • ANTONIO BENITEZ • ESTATUAS SEPULTADAS • ANTO

A

Aquel verano —cómo olvidarlo— después de las lecciones de don Jorge y a petición de Honorata, íbamos a cazar mariposas por los jardines de nuestra mansión, en lo alto del Vedado. Aurelio y yo la complacíamos porque cojeaba del pie izquierdo y era la de menor edad (en marzo había cumplido los quince años); pero nos hacíamos de rogar para verla hacer pucheros y retorcerse las trenzas; aunque en el fondo nos gustaba sortear el cuerno de caza, junto al palomar desierto, vagar por entre las estatuas con las redes listas siguiendo los senderos del parque japonés, escalonados y llenos de imprevistos bajo la hierba salvaje que se extendía hasta la casa.

La hierba constituía nuestro mayor peligro. Hacía años que asaltaba la verja del suroeste, la que daba al río Almendares, al lado más húmedo y que la excitaba a proliferar; se había prendido a los terrenos a cargo de tía Esther, y, pese a todos sus esfuerzos y los de la pobre Honorata, ya batía los ventanales de la biblioteca y las persianas francesas del salón de música. Como aquello afectaba la seguridad de la casa y era asunto de mamá, irreductibles y sonoras discusiones remataban las comidas; y había veces que mamá, que se ponía muy nerviosa cuando no estaba alcoholizada, se llevaba la mano a la cabeza en ademán de jaqueca y rompía a llorar de repente, amenazando, entre sollozos, con desertar de la casa, con cederle al enemigo su parte del condominio si tía Esther no arrancaba (siempre en un plazo brevísimo) la hierba que sepultaba los portales y que muy bien podía ser un arma para forzar el sitio.

—Si rezaras menos y trabajaras más... —decía mamá, amontonando los platos.

—Y tú soltaras la botella... —ripostaba tía Esther.

Afortunadamente don Jorge nunca tomaba partido: se retiraba en silencio con su cara larga y gris, doblando la servilleta, evitando inmiscuirse en la discordia familiar. Y no es que para nosotros don Jorge fuera un extraño, a fin de cuentas era el padre de Aurelio (se había casado con la hermana intercalada entre mamá y tía Esther, la hermana cuyo nombre ya nadie pronunciaba); pero, de una u otra forma, no era de nuestra sangre y lo tratábamos de usted, sin llamarlo tío. Con Aurelio era distinto: cuando nadie nos veía lo cogíamos de las manos, como si fuéramos novios; y justamente aquel verano debía de escoger entre nosotros dos, pues el tiempo iba pasando y ya no éramos niños. Todas le queríamos a Aurelio, por su porte, por sus vivos ojos negros, y sobre todo por aquel modo especial de sonreír. En la mesa las mayores porciones eran para él, y si el tufo de mamá se percibía por arriba del olor de la comida, uno podía apostar que cuando Aurelio alargara el plato ella le serviría despacio, su mano izquierda aprisionando la de él contra los bordes descascarados. Tía Esther tampoco perdía prenda, y con la misma aplicación con que rezaba el rosario buscaba la pierna de Aurelio por debajo del mantel, y se quitaba

el zapato. Así eran las comidas. Claro que él se dejaba querer, y si vivía con don Jorge en los cuartos de la antigua servidumbre, separado de nosotras, era porque así lo estipulaba el Código; tanto mamá como tía Esther le hubieran dado habitaciones en cualquiera de las plantas y él lo hubiera agradecido, y nosotras encantadas de tenerlo tan cerca, de sentirlo más nuestro en las noches de tormenta, con aquellos fulgores y la casa sitiada.

Al documento que delimitaba las funciones de cada cual y establecía los deberes y castigos, le llamábamos, simplemente, el Código; y había sido suscrito en vida del abuelo por sus tres hijas y esposos. En él se recogían los mandatos patriarcales, y aunque había que adaptarlo a las nuevas circunstancias, era la médula de nuestra resistencia y nos guiábamos por él. Seré somera en su detalle:

A don Jorge se le reconocía como usufructuario permanente y gratuito del inmueble y miembro del Consejo de Familia. Debía ocuparse del avituallamiento, de la inteligencia militar, de administrar los recursos, de impartir la educación y promover la cultura (había sido Subsecretario de Educación en tiempo de Laredo Brú), de las reparaciones eléctricas y de la albañilería, y de cultivar las tierras situadas junto al muro del nordeste, que daba a la casona de los Enríquez, convertida en una politécnica desde finales del sesentitrés.

A tía Esther le tocaba el cuidado de los jardines (incluyendo el parque), la atención de los animales de cría, la agitación política, las reparaciones hidráulicas y de plomería, la organización de actos religiosos, y el lavado, planchado y zurcido de la ropa.

Se le asignaba a mamá la limpieza de los pisos y muebles, la elaboración de planes defensivos, las reparaciones de carpintería, la pintura de techos y paredes, el ejercicio de la medicina, así como la preparación de alimentos y otras labores conexas, que era en lo que invertía más tiempo.

En cuanto a nosotros, los primos, ayudábamos en los quehaceres de la mañana y escuchábamos de tarde las lecciones de don Jorge; el resto de la jornada lo dedicábamos al esparcimiento; por supuesto, al igual que a los demás, se nos prohibía franquear los límites del legado. Otra cosa era la muerte.

La muerte moral, se entiende; la muerte exterior del otro lado de la verja. Oprobioso camino que había seguido la mitad de la familia en los nueve años que ya duraba el asedio.

El caso es que aquel verano cazábamos mariposas. Venían del río volando sobre la hierba florida, deteniéndose en los pétalos, en los hombros quietos de cualquier estatua. Decía Honorata que alegraban el ambiente, que lo perfumaban —siempre tan imaginativa la pobre Honorata—; pero a mí me inquietaba que vinieran de afuera y —como mamá— opinaba que era una arma secreta que aún no comprendíamos, quizá por eso gustaba de cazarlas. Aunque a veces me sorprendían y huían apartando la hierba, pensando que me tomarían del cabello, de la falda —como en el grabado que colgaba en el cuarto de Aurelio—, y me llevarían sobre la verja atravesando el río.

A las mariposas las cogíamos con redes de viejos mosquiteros y las metíamos en frascos de conservas que nos suministraba mamá. Luego, al anochecer, nos congregábamos en la sala de estudio para el concurso de belleza, que podía durar horas, pues cenábamos tarde. A la más bella la sacábamos del frasco, le vaciábamos el vientre y la pegábamos en el album que nos había dado don Jorge; a las sobrantes, de acuerdo con una sugerencia mía para prolongar el juego, le desprendíamos las alas y organizábamos carreras, apostando pellizcos y caricias que no estuvieran sancionadas. Finalmente las

echábamos al inodoro y Honorata, trémula y con los ojos húmedos, manipulaba la palanca que originaba el barboteo, los rumores profundos que se las llevaban en remolino.

Después de la comida, después del alegato de tía Esther contra las razones de mamá, que se iba a la cocina con el irrevocable propósito de abandonar la casa en cuanto fregara la loza, nos reuníamos en el salón de música para escuchar el piano de tía Esther, sus himnos religiosos en la penumbra del único candelabro. Don Jorge nos había enseñado algo en el violín, y aún se le mantenían las cuerdas; pero por falta de afinación, no era posible concertarlo con el piano y preferíamos no sacarlo del estuche. Otras veces, cuando tía Esther se indisponía o mamá le reprochaba el atraso en la costura, leíamos en voz alta las sugerencias de don Jorge, y como sentía una gran admiración por la cultura alemana, las horas se nos iban musitando estrofas de Goethe, Hölderlin, Novalis, Heine. Poco. Muy poco; sólo en las noches de lluvia en que se anegaba la casa y en alguna otra ocasión especialísima, repasábamos la colección de mariposas, el misterio de sus alas llegándonos muy hondo, las alas cargadas de signos de más allá de las lanzas, del muro enconado de botellas; y nosotros allí, bajo las velas y en silencio, unidos en una sombra que disimulaba la humedad de la pared, las pestañas esquivas y las manos sueltas, sabiendo que sentíamos lo mismo, que nos habíamos encontrado en lo profundo de un sueño, pastoso y verde como el río desde la verja; y luego aquel techo abombado y cayéndose en pedazos, empolvándonos el pelo, los más íntimos gestos. Y las coleccionábamos.

La satisfacción mayor era imaginarme que al final del verano Aurelio ya estaría conmigo. «Un párroco disfrazado os casará tras la verja», decía don Jorge, circunspecto, cuando tía Esther y Honorata andaban por otro lado. Yo no dejaba de pensar en ello; diría que hasta me

confortaba en la interminable sesión de la mañana: el deterioro de mamá iba en aumento (aparte de cocinar, y siempre se le hacía tarde, apenas podía con la loza y los cubiertos) y era yo la que baldeaba el piso, la que sacudía los astrosos forros de los muebles, los maltrechos asientos. Quizá sea una generalización peligrosa, pero de algún modo Aurelio nos sostenía a todas, su cariño nos ayudaba a resistir. Claro que en mamá y tía Esther coincidían otros matices; pero cómo explicar sus devaneos gastronómicos, los excepcionales cuidados en los catarros fugaces y rarísimos dolores de cabeza, los esfuerzos prodigiosos por verlo fuerte, acicalado, contento... Hasta don Jorge, siempre tan discreto, a veces se ponía como una gallina clueca. Y de Honorata ni hablar; tan optimista la pobre, tan fuera de la realidad, como si no fuera coja. Y es que Aurelio era nuestra esperanza, nuestro dulce bocado de ilusión; y era él quien nos hacía permanecer serenas dentro de aquellos hierros herrumbrosos, tan hostigados desde fuera.

—¡Qué mariposa más bella!— dijo Honorata en aquel crepúsculo, hace apenas un verano, Aurelio y yo marchábamos delante, de regreso a la casa, él abriéndome el paso con el asta de la red. Nos volvimos: la cara pecosa de Honorata saltaba sobre la hierba como si la halaran por las trenzas, más arriba, junto a la copa del flamboyán que habría el sendero de estatuas, revoleteaba una mariposa dorada.

Aurelio se detuvo. Con un gesto amplio nos tendió en la hierba. Avanzó lentamente, la red en alto, el brazo izquierdo extendido a la altura del hombro, deslizándose sobre la maleza. La mariposa descendía abriendo sus enormes alas, desafiante, hasta ponerse casi al alcance de Aurelio; pero más allá del flamboyán, internándose en la galería de estatuas. Desaparecieron.

Cuando Aurelio regresó era de noche; ya habíamos elegido a la reina y la estábamos preparando para darle la sorpresa. Pero vino serio y sudoroso diciendo que se le había escapado, que había estado a punto de cogerla encaramándose en la verja; y pese a nuestra insistencia no quiso quedarse a los juegos.

Yo me quedé preocupada. Me parecía estarlo viendo allá arriba, casi del otro lado, la red colgando sobre el camino del río y él a un paso de saltar. Me acuerdo que le aseguré a Honorata que la mariposa era un señuelo, que había que subir la guardia.

El otro día fue memorable. Desde el amanecer los de afuera estaban muy exaltados: expulsaban cañonazos y sus aviones grises dejaban rastros en el cielo; más abajo, los helicópteros en triangulares formaciones encrespaban el río, el río color puré de chícharos, y la hierba. No había duda de que celebraban algo, quizá una nueva victoria; y nosotros incomunicados. No es que careciéramos de radios, pero ya hacía años que no pagábamos el fluído eléctrico y las pilas del Zenith de tía Esther se habían vuelto pegajosas y olían al remedio chino que atesoraba mamá en lo último del botiquín. Tampoco nos servían el teléfono ni recibíamos periódicos, ni abríamos las cartas que supuestos amigos y traidores familiares nos enviaban desde afuera. Estábamos incomunicados. Es cierto que don Jorge traficaba por la verja, de otra manera no hubiéramos subsistido; pero lo hacía de noche y no estaba permitido presenciar la compraventa, incluso hacer preguntas sobre el tema. Aunque una vez que tenía fiebre alta y Honorata lo cuidaba, dio a entender que la causa no estaba totalmente perdida, que organizaciones de fama se preocupaban por los que aún resistían.

Al atardecer, después que concluyeron los aplausos patrióticos de los de la politécnica, los cantos marciales

por arriba del muro de vidrios anaranjados y que enloquecían a mamá a pesar de los tapones y compresas, descolgamos el cuerno de la panoplia —don Jorge había declarado asueto— y nos fuimos en busca de mariposas. Caminábamos despacio, Aurelio con el ceño fruncido. Desde la mañana había estado recogiendo coles junto al muro y escuchado de cerca el clamor de los cantos sin la debida protección, los febriles e ininteligibles discursos del mediodía. Parecía afectado Aurelio: rechazó los resultados del sorteo arrebatándole a Honorata el derecho de distribuir los cotos y llevar el cuerno de caza. Nos separamos en silencio, sin las bromas de otras veces, pues siempre se habían respetado las reglas establecidas.

Yo hacía rato que vagaba a lo largo del sendero de la verja haciendo tiempo hasta el crepúsculo, el frasco lleno de alas amarillas, cuando sentí que una cosa se me enredaba en el pelo. De momento pensé que era el tul de la red, pero al alzar la mano izquierda mis dedos rozaron algo de más cuerpo, como un pedazo de seda, que se alejó tras chocar con mi muñeca. Yo me volví de repente y la vi detenida en el aire, la mariposa dorada frente a mis ojos, sus alas abriéndose y cerrándose casi a la altura de mi cuello y yo sola y de espaldas a la verja. Al principio pude contener el pánico: empuñé el asta y descargué un golpe; pero ella lo esquivó ladeándose a la derecha. Traté de tranquilizarme, de no pensar en el grabado de Aurelio, y despacio caminé hacia atrás. Poco a poco alcé los brazos sin quitarle la vista, tomé puntería; pero la manga de tul se enganchó en un hierro y volví a fallar el golpe. Esta vez la vara se me había caído en el follaje del sendero. El corazón me sofocaba. La mariposa dibujó un círculo y me atacó a la garganta. Apenas tuve tiempo de gritar y de arrojarme a la hierba. Un escozor me llevó la mano al pecho y la retiré con sangre. Había caído sobre el aro de hojalata que suje-

taba la red y me había herido el seno. Esperé unos minutos y me volví boca arriba, jadeante. Había desaparecido. La hierba se alzaba alrededor de mi cuerpo, me protegía, como a la Venus derribada de su pedestal que Honorata había descubierto en lo profundo del parque; y yo tendida, inmóvil como ella, mirando el crepúsculo concienzudamente, y de pronto los ojos de Aurelio contra el cielo y yo mirándolos quieta, viéndolos recorrer mi cuerpo casi sepultado y detenerse en mi seno, y luego bajar por entre los tallos venciéndome en la lucha, entornarse en el beso largo y doloroso que estremeció la hierba. Después el despertar inexplicable: Aurelio sobre mi cuerpo, aún tapándome la boca a pesar de las mordidas, las estrellas por encima de su frente, señalada por mis uñas.

Regresamos. Yo sin hablar, desilusionada.

Honorata lo había visto todo desde las ramas del flamboyán.

Antes de entrar al comedor acordamos guardar el secreto.

No sé si sería por las miradas de mamá y tía Esther detrás del humo de la sopa o por los suspiros nocturnos de Honorata, revolviéndose en las sábanas, pero amaneció y yo me di cuenta que ya no quería tanto a Aurelio, que no lo necesitaba, ni a él ni a la cosa asquerosa, y juré no hacerlo más hasta la noche de bodas.

La mañana se me hizo más larga que nunca y acabé extenuada. En la mesa le pasé a Honorata mi porción de coles (nosotras siempre tan hambrientas) y a Aurelio le miré fríamente cuando comentaba con mamá que un gato de la politécnica le había mordido la mano, le había arañado la cara y desaparecido tras el muro. Luego vino la clase de Lógica. Apenas atendí a don Jorge a pesar de las palabras: «ferio», y «festino», «barroco», y otras más.

—Estoy muy cansada... Me duele la espalda —le dije a Honorata después de la lección, cuando propuso cazar mariposas.

—Anda... No seas mala —insistía ella.

—No.

—¿No serás que tienes miedo? —dijo Aurelio.

—No. No tengo miedo.

—¿Seguro?

—Seguro. Pero no voy a hacerlo más.

—¿Cazar mariposas?

—Cazar mariposas y lo otro. No voy a hacerlo más.

—Pues si no van los dos juntos le cuento todo a mamá—, chilló Honorata sorpresivamente, con las mejillas encendidas.

—Yo no tengo reparos —dijo Aurelio sonriendo, agarrándome del brazo. Y volviéndose a Honorata, sin esperar la respuesta, le dijo—: Trae las redes y los pomos. Te esperamos en el palomar.

Yo me sentía confusa, ofendida; pero cuando vi alejarse a Honorata, cojeando que daba lástima; tuve una revelación y lo comprendí todo de golpe. Dejé que Aurelio me rodeara la cintura y salimos de la casa.

Caminábamos en silencio, sumergidos en la hierba tibia, y yo pensaba que a Aurelio también le tenía lástima, que yo era la más fuerte de los tres y quizá de toda la casa. Curioso, yo tan joven, sin cumplir los diecisiete, y más fuerte que mamá con su alcoholismo progresivo, que tía Esther, colgada de su rosario. Y de pronto Aurelio. Aurelio el más débil de todos; aún más débil que don Jorge, que Honorata; y ahora sonreía de medio lado, groseramente, apretándome la cintura como si me hubiera vencido, sin darse cuenta, el pobre, que sólo yo podía salvarlo, a él y a toda la casa.

—¿Nos quedamos aquí? —dijo deteniéndose—. Creo que es el mismo lugar de ayer—. Y me guiñaba los ojos.

Yo asentí y me acosté en la hierba. Noté que me subía la falda, que me besaba los muslos; y yo como la diosa, fría y quieta, dejándolo hacer para tranquilizar a Honorata, para que no fuera con el chisme que levantaría la envidia, ellas tan insatisfechas y la guerra que llevábamos.

—Córranse un poco más a la derecha, no veo bien— gritó Honorata, cabalgando una rama.

Aurelio no le hizo caso y me desabotonó la blusa.

Oscureció y regresamos, Honorata llevando las redes y yo los pomos vacíos.

—¿Me quieres? —dijo él mientras me quitaba del pelo una hoja seca.

—Sí, pero no quiero casarme. Quizá para el otro verano.

—Y... ¿lo seguirías haciendo?

—Bueno —dijo un poco asombrada—. Con tal que nadie se entere...

—En ese caso me da igual. Aunque la hierba se cuela por todos lados, le da a uno picazón.

Esa noche Aurelio anunció en la mesa que no se casaría aquel año, que aplazaba su decisión para el próximo verano. Mamá y tía Esther suspiraron aliviadas: don Jorge apenas alzó la cabeza.

Pasaron dos semanas, él con la ilusión de que me poseía. Yo me acomodaba en la hierba con los brazos por detrás de la nuca, como la estatua, y me dejaba palpar sin que me doliera la afrenta. Con los días perfeccioné un estilo rígido que avivaba sus deseos, que lo hacía depender de mí. Una tarde paseábamos por el lado del río, mientras Honorata cazaba por entre las estatuas. Habían comenzado las lluvias y las flores, mojadas en el mediodía, se nos pegaban a la ropa. Hablábamos de cosas triviales: Aurelio me contaba que tía Esther lo había visitado de noche, en camisón, y en eso vimos la mariposa. Volaba al frente de un enjambre de colores

corrientes; al reconocernos hizo unos caracoleos y se posó en una lanza. Movía las alas sin despegarse del hierro, haciéndose la cansada, y Aurelio, poniéndose tenso, me soltó el talle para treparse a la verja. Pero esta vez la victoria fue mía: me tendí sin decir palabra, la falda a la altura de las caderas, y la situación fue controlada.

Esperábamos al hombre porque lo había dicho don Jorge después de la lección de Historia, que vendría a la noche, a eso de las nueve. Nos había abastecido durante años y se hacía llamar el Mohicano. Como era un experimentado y valioso combatiente —cosa inexplicable, pues le habían tomado la casa— lo aceptamos como huésped tras dos horas de debates. Ayudaría a tía Esther a exterminar la hierba, después cultivaría los terrenos del suroeste, los que daban al río.

—Creo que ahí viene —dijo Honorata, pegando la cara a los hierros del portón. No había luna y usábamos el candelabro.

Nos acercamos a las cadenas que defendían el acceso, tía Esther rezando un apresurado rosario. El follaje se apartó y Aurelio iluminó una mano. Luego apareció una cara arrugada, inexpresiva.

—¿Santo y seña? —demandó don Jorge.

—Guillette y Adams —repuso el hombre con voz ahogada.

—Es lo convenido. Puede entrar.

—Pero... ¿cómo?

—Súbase por los hierros, el cerrojo está oxidado.

De repente un murmullo nos sorprendió a todos. No había duda de que al otro lado del portón el hombre hablaba con alguien. Nos miramos alarmados y fue mamá la que rompió el fuego:

—¿Con quién está hablando? —preguntó, saliendo de su sopor.

—Es que... no vengo solo.

—¿Acaso lo han seguido? —dijo tía Esther, angustiada.

—No, no es eso. Es que vine con... alguien.

—¡Pero en nombre de Dios...! ¿Quién?

—Una joven... casi una niña.

—Soy su hija —interrumpió una voz excepcionalmente clara.

Deliberamos largamente: mamá y yo nos opusimos; pero hubieron tres votos a favor y una abstención de don Jorge.

Finalmente bajaron a nuestro lado.

Ella dijo que se llamaba Cecilia, y caminaba muy oronda por los senderos oscuros. Era de la edad de Honorata, pero mucho más bonita y sin fallos anatómicos. Tenía los ojos azules y el pelo de un rubio dorado, muy extraño; lo llevaba lacio y partido al medio; las puntas, vueltas hacia arriba, reflejaban la luz del candelabro. Cuando llegamos a la casa dijo que tenía mucho sueño, que se acostaba temprano, y agarrando una vela entró muy decidida en el cuarto de abuelo, al final del corredor, encerrándose por dentro como si lo conociera. El hombre —porque hoy sé que no era su padre— después de dar las buenas noches con mucha fatiga y apretándose el pecho, se fue con don Jorge y Aurelio al pabellón de los criados, su tos oyéndose a cada paso. Nunca supimos como se llamaba realmente: ella se negó a revelar su nombre cuando al otro día don Jorge que siempre madrugaba, lo encontró junto a la cama, muerto y sin identificación.

Al Mohicano lo enterramos por la tarde y cerca del pozo que daba a la politécnica, bajo una mata de mango. Don Jorge despidió el duelo llamándolo «nuestro Soldado Desconocido», y ella sacó desde atrás de la espalda un ramo de flores que le puso entre las manos. Después Aurelio comenzó a palear la tierra y yo lo ayudé a colocar la cruz que había fabricado don Jorge. Y todos regresamos con excepción de tía Esther, que se quedó rezando.

Por el camino noté que ella andaba de un modo raro: me recordaba a las bailarinas de ballet que había visto de niña en las funciones de Pro-Arte. Parecía muy interesada en las flores y se detenía para cogerlas y llevárselas a la cara. Aurelio iba sosteniendo a mamá, que se tambaleaba de un modo lamentable, pero no le quitaba los ojos de encima y sonreía estúpidamente cada vez que ella lo miraba. En la comida no probó bocado, alejó el plato como si le disgustara y luego se lo pasó a Honorata, que en retribución le celebró el peinado. Por fin me decidí a hablarle.

—Que tinte tan lindo tienes en el pelo. ¿Cómo lo conseguiste?

—¿Tinte? No es tinte, es natural.

—Pero es imposible... Nadie tiene el pelo de ese color.

—Yo lo tengo así —dijo sonriendo—. Me alegro que te guste.

—¿Me dejas verlo de cerca? —pregunté. En realidad no la creía.

—Sí, pero no me lo toques.

Yo alcé una vela y fui hasta su silla; me apoyé en el respaldar y miré su cabeza detenidamente: el color era parejo, no parecía ser teñido; aunque había algo artificial en aquellos hilos dorados. Parecía de seda fría. De pronto se me ocurrió que podía ser una peluca y le di un tirón con ambas manos. No sé si fue su alarido lo que me tumbó al suelo o el susto de verla saltar de aquel modo: el hecho es que me quedé perpleja, a los pies de mamá, viéndola correr por todo el comedor, tropezando con los muebles, coger por el corredor y trancarse en el cuarto del abuelo agarrándose la cabeza como si fuera a caérsele; y Aurelio y tía Esther haciéndose los consternados, pegándose a la puerta para escuchar sus berridos,

y mamá blandiendo una cuchara sin saber lo que pasaba; y para colmo Honorata, aplaudiendo y parada en una silla. Por suerte don Jorge callaba.

Después de los balbuceos de mamá y el prolijo responso de tía Esther me retiré dignamente y, rehusando la vela que Aurelio me alargaba, subí la escalera a tientas y con la frente alta.

Honorata entró en el cuarto y me hice la dormida para evitar discusiones. Por entre las pestañas vi como ponía sobre la cómoda el platico con la vela. Yo me volví de medio lado, para hacerle hueco; su sombra, resbalando por la pared, me recordaba los Juegos y Pasatiempos del Tesoro de la Juventud, que había negociado don Jorge hacía unos cuatro años. Cojeaba desmesuradamente la sombra de Honorata; iba de un lado a otro zafándose las trenzas, buscando en la gaveta de la ropa blanca. Ahora se acercaba a la cama, aumentando de talla, inclinándose sobre mí, tocándome una mano.

—Lucila. Lucila, despiértate.

Yo disimulé un bostezo y me puse boca arriba. —¿Qué quieres? —dije malhumorada.

—¿Has visto cómo tienes las manos?

—No.

—¿No te las vas a mirar?

—No tengo nada en las manos —dije sin hacerle caso.

—Las tienes manchadas.

—Seguro que las tengo negras... Como le halé el pelo a esa y le di un empujón a mamá.

—No las tienes negras pero las tienes doradas —dijo Honorata furiosa.

Me miré las manos y era cierto: un polvo de oro me cubría las palmas, el lado interior de los dedos. Me enjuagué en la palangana y apagué la vela. Cuando Honorata se cansó de sus vagas conjeturas pude cerrar los ojos. Me levanté tarde, atontada.

A Cecilia no la vi en el desayuno porque se había ido con tía Esther a ver qué hacían con la hierba. Mamá ya andaba borracha y Honorata se quedó conmigo para ayudarme en la limpieza; después haríamos el almuerzo. Ya habíamos acabado abajo y estábamos limpiando el cuarto de tía Esther, yo sacudiendo y Honorata con la escoba, cuando me dio la idea de mirar por la ventana. Dejé de pasar el plumero y contemplé nuestro reino: a la izquierda y al frente, la verja, separándonos del río, las lanzas hundidas en la maleza; más cerca, a partir del flamboyán naranja, las cabezas de las estatuas, verdosas, como de ahogados, y las tablas grises del palomar japonés; a la derecha los cultivos, el pozo, y Aurelio agachado en la tierra, recogiendo mangos juntos a la cruz diminuta; más allá el muro, las tejas de la politécnica y una bandera ondeando. «Quién se lo iba a decir a los Enríquez», pensaba. Y entonces la vi a ella. Volaba muy bajo, en dirección al pozo. A veces se perdía entre las flores y aparecía más adelante, reluciendo en la mañana como un delfín dorado. Ahora cambiaba de rumbo: iba hacia Aurelio, en línea recta; y de pronto era Cecilia, Cecilia salía por entre el macizo de adelfas, corriendo sobre la tierra roja, el pelo revoloteando al aire, flotando casi sobre su cabeza. Cecilia la que ahora hablaba con Aurelio, la que lo besaba antes de llevarlo de la mano por el sendero que atravesaba el parque.

Mandé a Honorata a que hiciera el almuerzo y me tiré en la cama de tía Esther: todo me daba vueltas y tenía palpitaciones. Al rato alguien trató de abrir la puerta, insistentemente, pero yo estaba llorando y grité que me sentía mal, que me dejaran tranquila.

Cuando desperté era de noche y en seguida supe que algo había ocurrido. Sin zapatos me tiré de la cama y bajé la escalera; me adentré en el corredor sobresaltada, murmurando a cada paso que aún había una posibilidad, que no era demasiado tarde.

Estaban en la sala, alrededor de Honorata, don Jorge lloraba bajito en la punta del sofá; tía Esther, arrodillada junto al candelabro, se viraba hacia mamá, que manoteaba en su butaca sin poderse enderezar; y yo inadvertida, recostada al marco de la puerta, al borde de la claridad, escuchando a Honorata, mirándola escenificar en medio de la alfombra, sintiéndome cada vez más débil; y ella ofreciendo detalles, precisas referencias de lo que había visto a la hora del crepúsculo por el camino del río, del otro lado de la verja. Y de repente el estallido: las plegarias de tía Esther, el delirio de mamá...

Yo me tapé los oídos y bajé la cabeza, con ganas de vomitar. Entonces escuché un alarido. Después alguien cayó sobre el candelabro y se hizo la oscuridad.

ANGELA MARTINEZ ● LLUVIA ● ANGELA MARTINEZ ● LLUVIA ● ANGELA MARTINEZ ● LLUVIA ● ANGELA MARTINEZ ● LLUVIA ● ANGELA MARTINEZ ● LLUV

Durante semanas se planeó la fiesta anual del Ayuntamiento. Esta vez habría de tener lugar al aire libre, en el campo, por lo que se tomaron todas las precauciones posibles.

Observatorio y pescadores fueron consultados, y el día fue cuidadosamente seleccionado; todos los augurios permitían suponer que sería el más perfecto del año.

Y de esta manera comenzó. Claro y hermoso, con abundante sol patinando sobre las parejas volcadas en el prado luminoso, que se llenó de canastas, de telas alegres, esparcidas sobre la hierba acogedora.

Y entonces, cuando todos disfrutaban de la fiesta, cuando nadie lo imaginaba, las primeras nubes ennegrecidas asomaron tímidas al final de los árboles, y las gotas de vanguardia, temblorosas y tibias, comenzaron a caer.

Los primeros que notaron la lluvia, callaron; trataron de ignorarla para hacerla desaparecer, pero ésta, tomando

inesperada fuerza, se impuso por sobre todas las predicciones.

Al principio creyeron que pasaría, que sólo sería una broma de la naturaleza, pero la lluvia, arreciando progresivamente, los hizo al fin, tras horas de espera al inútil abrigo de los árboles, regresar cabizbajos al pueblo, con la corriente sucia ya sobre los tobillos.

Llovió todo el resto del día y toda la noche. A la mañana siguiente continuaba lloviendo, y cuando después de tres días la situación comenzó a ser verdaderamente molesta, no mostraba indicios de cesar.

Continuaron transcurriendo los días, y la lluvia, imperturbable seguía envolviendo al pueblo.

La gente ya se quejaba. El Observatorio era asediado a preguntas. Algunos culpaban a los astrónomos del extraño fenómeno. Los periódicos protestaban y hasta intentaron formular acusaciones, aunque no sabían exactamente a quién acusar.

Nadie salía de su casa sino por una imprescindible necesidad, y éstas y las calles comenzaron a tomar aspecto húmedo, desolado.

Más días y semanas y meses transcurrieron, y mientras los científicos trataban de descubrir la causa de la misteriosa e incesante lluvia para detenerla, la gente comenzó a aburrirse en sus casas y a salir de nuevo. Las calles se animaron otra vez, e industrias como las de capas de agua y paraguas florecieron.

La inventiva popular se aguzó, y pronto aparecieron objetos que hacían más cómoda la vida bajo el agua. Hasta los más tímidos abandonaban sus hogares y comenzaban a aprender a vivir en la lluvia.

Y así, a medida que pasaron los años, comenzó a operarse en los habitantes del pueblo un cambio extraño. Se acostumbraron de tal manera a su lluvia, que se sentían mejor bajo ella que dentro de sus casas. La mayoría dejó de usar paraguas u otros protectores. Las casas se derrumbaban por efecto de la prolongada humedad, y sus moradores no se preocupaban de rehacerlas, sino que se instalaban en el agua. Algunos llegaron a destruir ellos mismos sus hogares, ya absolutamente innecesarios.

Incluso el aspecto físico de la gente había cambiado. Sus extremidades tomaron forma de aletas, y todos lucían como si tuvisen agallas. Los niños que nacían aprendían a nadar de inmediato.

Eran por completo felices en el elemento líquido y hasta se enorgullecían de ser el único pueblo que contaba con lluvia constante. Si, por casualidad, algún joven aventurero se atrevía a traspasar los límites del pueblo, fuera de los cuales no llovía, regresaba aterrado y arrepentido de su experiencia.

En la comunidad sumergida reinaba de nuevo la tranquilidad y la calma, y los mejores días eran aquéllos en que más torrencialmente llovía.

Mas, de repente, tal como había venido, sin un aviso, sin una señal, cesó la lluvia y salió de nuevo el sol, y los habitantes del pueblo de mi historia no pudieron sufrir esta vez un nuevo cambio; debilitados en su capacidad de adaptación, no se sintieron lo suficientemente fuertes para intentar un retorno a su existencia anterior, por lo que fueron muriendo poco a poco, como peces al aire, enterrados en el fango.

Algunos dirán que la suerte de estas gentes ha sido demasiado cruel, pero la vida desconoce la piedad. Hoy el pueblo no es más que un recuerdo en la memoria de algunos que se dicen supervivientes, pero que ni siquiera recuerdan cómo se llamaba. O si verdaderamente existió, y esto es lo único cierto.

ARMANDO ALVAREZ BRAVO • EL PALACIO • ARMANDO ALVAREZ BRAVO • EL PALACIO • ARMANDO ALVAREZ BRAVO • EL PALACIO • ARMANDO ALV

L

En consecuencia, vuelve a su padre y le dice que no abrigue esperanza alguna y que se resigne con su suerte.

Tácito: *Anales*, Libro XVI

La absoluta noche de la victoria, Macduff quiso perpetuar su gloria y su estirpe. Todavía ardían los restallantes fuegos del vivaque y los hombres saciaban sus postergados apetitos y atendían sus recientes heridas, cuando impasible dictó órdenes precisas para la edificación de un palacio; ajustició sin sobresalto a los jefes y dignatarios cautivos, a sus desoladas familias, a sus aterrados servidores; fue maldecido y tomó esposa. Al día siguiente, embotado por la fatiga y el insomnio, ávidos aún de celebraciones, salieron sus adelantados a hacer leva de picapedreros y artesanos.

Resulta imposible relacionar sin menoscabo los pormenores del curso de la obra. Basta tal vez, a modo de pálida ilustración, equipararlos a los innumerables trabajos que procuran la soberbia y el anonimato: las ciudades sagradas, los monumentos indescifrables y las tumbas de los reyes.

Para asombro de su tiempo y de las sucesivas generaciones, Macduff enclavó su residencia, cùya excepcional planta reproducía la figura de un coloso, en la escarpada ladera de una montaña circundada por impetuosas corrientes y flagelada por los encontrados vientos de las cuatro estaciones. Su vasta y definitiva morada ofrecía a la vista una imagen única y sobrecogedora. Llegó a creerse que aquella mole de piedra inexpugnable podía separarse en cualquier momento de su lecho y desplazarse incontenible arrasando la tierra.

Macduff, remansado por las complacencias de su hegemonía y el perfecto desenvolvimiento de su incuestionable administración, dividía su precioso tiempo entre las labores de gobierno, la educación de su hijo, la caza y los ejercicios mílitares. Se sabe también que gustaba estudiar los cielos estrellados en interrogar las espléndidas constelaciones sobre el derrotero de su destino. Su dicha se creía interminable. Mas su vida, vulnerando todas las previsiones, no culminó en la armonía. Pesaban sobre sus hombros su remoto encarnizamiento con los vencidos, su ilimitado orgullo y una maldición.

Cuando su hijo llegó a la edad del mando, un mal desconocido hizo presa de su organismo. A pesar de que pocos mortales lo vieron a partir de aquel funesto instante, se supo que su piel fue ulcerada por una lepra incontenible, que los fenómenos de la naturaleza repercutían exactos en su cuerpo, que una inmovilidad atroz cercenó su movimientos.

Un dilatado amanecer, la tierra fue sacudida por espasmos infernales y uno de los brazos del palacio se vino

abajo. Al penetrar Macduff en las habitaciones infranqueables comprobó que un brazo de su heredero se había fragmentado. Entonces, conoció el horror de una certidumbre y abominó los desmanes que siguieron a su proverbial victoria.

Baldíos fueron los esfuerzos para conjurar el mal. Desoídos los ruegos a la piedad de la muerte sobre su sangre. Estériles los sacrificios y las gracias prodigadas. La naturaleza y los elementos prosiguieron inalterables su eficaz obra de destrucción.

Sólo la desesperación que engendra la impotencia explica la singular determinación que tomó Macduff para intriga y estupor de sus contemporáneos. Durante cinco años imposibles, legiones incontables horadaron la montaña apuntalando al mismo tiempo los cimientos del edificio con una intrincada armazón.

Al dar los constructores por terminada su labor, Macduff hizo abandonar el palacio y se trasladó a una tienda de campaña con su hijo. Allí agotó los postreros dones de una dolida piedad. Allí permaneció hasta que el sueño rindió los pesados párpados del enfermo. De allí salió en silencio y se dirigió a la enorme oquedad sin volver una sola vez la cabeza.

Poco después, el estruendo del desplome plagó el día de desastre. Y en la apacible soledad del recinto de campaña, el sucesor pasó velozmente del sueño a un puñado de polvo.

EVORA TAMAYO ● UN CUENTO DE NAVIDAD ● EVORA TAMAYO ● UN CUENTO DE NAVIDAD ● EVORA TAMAYO ● UN CUENTO DE NAVIDAD ● EVORA TA

E

—¿Quién lo vio morir?
—Yo, dijo la mosca,
con mis ojitos
yo lo vi morir.
(Cantos de Mamá Oca)

Era una mañana deliciosa aquella en que nací. Mi madre, una puerca flaca y barrigona, me tuvo con nueve cochinos más. Yo fui el más gordito y tranquilo. Todos decían que era un cochino soñador. Siempre les creí.

Me sentía distinto a mis hermanos. Recuerdo que cuando estaba saliendo del vientre de mi puerca madre quedé extasiado mirando a mi alrededor. ¡Qué bello era todo! Mi madre estaba a un lado del corral, encima de unas pajas secas, tibias, que invitaban a calentarse; pero yo, puerco y romántico por nacimiento, quedé embelesado en la dulce contemplación del paisaje que parecía nacer de nuestro corral.

La dura realidad me trajo de nuevo al chiquero. Fue cuando uno de mis hermanos quedó asfixiado por mi cochina torpeza de quedar entre el mundo y el vientre de mi puerca madre en pura contemplación.

El empujón que me dio mi próximo hermano me hizo dar dos vueltas lejos de mamá, que echando espuma por la boca sabía lo que era ser madre y haber vivido con un verraco cuatro meses antes.

Al cabo de cinco horas que duró el parto salimos todos. Algunos de nosotros éramos idénticos a papá verraco; otros a mamá cochina; yo era como mi padre y mi mayor ilusión fue siempre ser como él: un verraco. En realidad todos éramos encantadores y pasamos días inolvidables en aquellos campos.

Mamá era muy celosa y no dejaba que nadie se nos acercara. Sólo papá podía acariciarnos con su hocico largo y lleno de pelos que parecían alambres. Eran muy agradables sus caricias; las de mamá también me gustaban mucho. Además, la quería porque nos alimentaba.

El alimento era para mis hermanos lo más importante; para mí, no. Muchas veces, mientras los demás halaban el vientre de mamá, yo me echaba en medio de un jardincito de flores silvestres que disimuladamente cuidaba. Nadie se enteró jamás de lo que lloré, con lágrimas de verdadero verraco sufrido, cuando descubrieron mis hermanos mi silencioso retiro y la emprendieron a cochinas patadas con las flores. Nunca me sentí más humillado, cuando al quejarme por aquella torpeza, mis hermanos me miraron con lástima.

En el corral donde habitábamos había un fanguero. ¡Qué repulsión, que asco! Me era insoportable pensar que algún día *aquello* sería mi bautizo, mi baño, y mi servicio, todo en uno; y cuando tales pensamientos acudían a mi cerebro, vomitaba como un puerco.

Pero el día de nuestro primer baño llegó más pronto de lo que esperaba. Otros cerdos habían usado ya aquel fanguero y nos hicieron muchos cuentos de ciertos gusanos, lombrices y parásitos que vivían allí. Eso no impidió que mis hermanos chapuzaran eufóricos. Temblé al pensar en las revolcadas que la tradición imponía en el fangal. Afortunadamente llovió ese día como nunca, lo cual me permitió tomar mi bautizo en la forma que deseaba mi pulcritud: dejando que las suaves gotas de agua cayeran sobre mi peludo cuerpo. Mis hermanos sin hacer caso de la lluvia, se zambullían en el fango gozando de la sucia caricia.

A medida que pasaban los días iba enflaqueciendo, pues casi no tomaba leche. Mi condición de cochino introvertido me impedía hablar claramente con mamá. El caso era que, a la hora de alimentarse, mis hermanos me empujaban hasta el último lugar del vientre de mamá, allí donde su olor de cochina se hacía más penetrante y que yo no soportaba. Opté entonces por comer cuando todos terminaban, así que me alimentaba de sobras.

Después de los tres meses de nacidos ya éramos viejos en el corral. Yo era muy selecto con mis amistades, y no me trataba más que con mis amos, con una oveja del patio, con el gallo veterano (como se hacía llamar) y con las abejas de la colmena medio vacía cerca de mi destruido jardincito. Las abejas eran sin duda las criaturas más adorables de aquel lugar. A los demás no podía ni mirarlos.

De nuestros vecinos los más abundantes y vulgares eran las gallinas, horribles criaturas que pasaban el día en plena tarea de prostitución. Tan pronto ponían un huevo no cesaban de cacarearlo a los cuatro vientos. Mostrar sin pudor el fruto del pecado era algo que exasperaba. Con estos animales, que se entregaban todas a un mismo gallo, me era imposible el trato, por muy educado que fuera. Yo tenía un concepto, quizás antiguo, del amor. La fidelidad y dedicación por un ser amado

sería el puntal donde radicaría mi amor por alguien en el futuro.

Todavía existían seres más repulsivos que las gallinas; una pareja de chivos, animales destructivos, que todo cuanto veían devoraban insaciables. Además, ese olor a chivato que despedían los hacía más desagradables aún. Y, cruel destino el mío, tuve que hacerme amigo de ellos para que no arrancaran algunas de las flores de mi jardín que sobrevivieron a la estupidez de mis hermanos.

Con las abejas eran diferente. Ellas, al llevar el polen, multiplicaban las flores. Con valor suicida hincaban su aguijón en la piel de aquellos demonios. Por mi parte esperaba que algún día, si las abejas no acababan con ellos, los amos los hicieran enchilado.

A la yegua y al caballo de la finca no tuve oportunidad de tratarlos. Ellos siempre andaban paseando con los amos. Parecían buenos animales.

En cuanto a la vaca y al toro, tampoco eran mis amigos. Reconocía que eran trabajadores; pero esos tarros que salían de sus cabezas no los soportaba mi vista.

No quiero dejar de mencionar al perro. Lo envidiaba en silencio, pues era el mejor amigo del amo; pero siempre nos ladraba a mí y a mis hermanos.

Les parecerá monótona la vida que hacía por aquel tiempo observando a mis coterráneos. Sin embargo, fue entretenida y cómoda para mí hasta que un suceso que por el momento no creí importante vino a cambiar mi plácido existir.

Esto sucedió del siguiente modo. A papá verraco le mandaron una bella cochina de pura sangre bastante gordita, de hocico corto y extremidades muy bien formadas y de piel color marrón que semejaba la tierra húmeda del arroyo. Parecía inteligente y trataba a papá con visible desprecio.

Yo hice amistad con ella a escondidas de mamá, que deseaba verla convertida en manteca y chicharrón.

La nueva vecina vivía en un corral aparte, lejos del nuestro, pues se temía que mamá la fuera a maltratar. A mí me preocupaba el asunto no por mamá, sino porque la vecina era joven y vigorosa.

Mi nueva amiga —pues me hice amigo de ella— se llamaba Tere en honor a la hija de su dueño que nació el mismo día que ella. Hicimos buena amistad, que me valió par enterarme de muchas cosas, entre ellas, el motivo de su llegada. Y cómo lloró la pobre Tere cuando me contó ese motivo: la fatalidad de no haber machos en su finca para tener cría.

Yo traté de consolarla y parece que tuve gran éxito. Me dio una patadita muy dulce y pasó su hociquito por mi vientre. En un arrebato de pasión juré que jamás dejaría que alguien me tocara donde ella lo había hecho; pero ella me aseguró que, a pesar de mi juramento, por mi vida pasarían muchas otras lechonas.

Desde aquel instante viví consagrado a ella; así, en volcánico idilio, seguimos por espacio de una semana: había encontrado un ideal. Como lo nuestro era ilegal tuvimos que extremar las precauciones para vernos. Fue aquí donde la amistad del gallo nos ayudó a cuidarnos de papá y, por supuesto de mamá.

Antes de seguir quiero presentarles al gallo. Era un animal viejo y mundano que conocía muchos patios, muchos pollos y más gallinas. Había sobrevivido a varias crisis de hambre de los amos sin dejarse capturar para sopa. Me contó que en tiempos pasados fue muy hermoso, de gran cresta erguida, de fuertes patas y puntiagudas espuelas. Su pico era envidiado a muchos kilómetros a la redonda por su fortaleza para picar a las gallinas cuando las cogía o a los rivales cuando atacaba. Ahora ofrecía un aspecto lastimoso. la cresta conservaba su color viejo, pero las espuelas le dolían y su canto partido y afónico dejaba escapar más gallos que el mismísimo Mario Lanza.

Mi amigo, conocedor de mi secreto, prometió cantar cada vez que se acercara el verraco de mi padre, cosa en la cual no fiaba yo mucho debido a su innegable afonía. Cuando papá llegaba al corral de mi cochinita yo huía y mi amiga le daba de lado. Aunque esto, en fin, no curase mis celos.

Los días fueron pasando. Mis hermanos crecían de prisa y sin ambiciones. Pasaban los días jugando en el inmundo chiquero, corriendo de un lado a otro y comiendo siempre. Ya mamá no nos daba el alimento, pero nos llevaba donde la hierba era fresca y la tierra blanda para hacer hoyos.

Mis relaciones con Tere fueron haciéndose más difíciles cada día.

Todo sucedió una mañana lluviosa del mes de julio. Para esa noche mi amiga y yo planeamos nuestra primera noche de amor. A las seis de la tarde, mi amigo el gallo, antes de irse a dormir en la mata de ciruelo que hay al lado de nuestro corral, me avisó que mi marranita me esperaba. Me indicaría, con tres cantos seguidos, el momento de escapar de mi corral al de ella. También prometió no dormir y avisarnos en caso de peligro.

El tiempo pareció detenerse. Los nervios traicionaban mi cuerpo, y de puro gusto los pelos de mi lomo se erizaban al pensar que por primera vez en mi vida nos ibamos a encontrar mi marranita y yo una noche tibia y con luna.

Ese estado de ánimo no podía ocultarse fácilmente; y mi cuarto hermano, que hacía algún tiempo me venía observando, adivinó mi aventura y se lo dijo a mamá. Cuando menos lo esperaba me vi ante mi madre y su cochino marido.

En ese instante oí los tres cantos de mi amigo el gallo. Traté de eludir la conversación, pero mi hermano no permitió mi escapada. A todas éstas mi madre se quejaba como si yo le fuera adúltero.

—¿Quién me iba a decir esto? Mi propio hijo traicionarme.

Y comenzó a llorar con tanta intensidad que hasta yo lloré de mi supuesta canallada.

Papá me miraba con curiosidad; a veces con odio. Al fin habló.

—Tienes que castigar a este atrevido. Mire que mirar a esa lechona.

—¡Qué! ¿La quieres para ti? —saltó mamá tratando de dominarse.

Comprendí que esa pelea no me pertenecía, así que miré a mi hermano con desprecio y salí del corral. El gallo seguía cantando aún después de haber oscurecido totalmente y sonaba afónico. Los minutos que antes sentía lentos en pasar me parecían raudos ahora trayendo consigo la noche, tan tibia y con tantas estrellas.

Decidí acostarme y regresé al corral. Mamá se echó cerca de mí observándome en silencio. De pronto aquella mirada despertó en mí una oscura intuición. Volví la cabeza hacia el lecho de papá. Estaba vacío. Comprendí entonces la expresión en la cara de mamá: hubiera querido que fuese yo el ausente. Esperé entonces a que se durmiera.

Hice acopio del poco valor que tenía y me levanté sin hacer ruido. La luna no había salido aún. Mis hermanos dormían en hilera y tuve que rodearlos. Sufrí tanto por mi poca habilidad en estos menesteres que una vergüenza súbita me hizo subir la sangre a la cabeza.

Salí de aquella cámara de tortura que era el corral y corrí libre por el gran patio que se abría afuera. De pronto tropecé con la colmena. Todas las abejas dormían. Las envidié en silencio al comprender que carecían de conflictos emotivos similares a los míos. Seguí corriendo, alejándome de mi casa y al propio tiempo de mi lechona. A poco me encontré con la oveja, que al sentir ruido se despertó.

—¿Adónde vas? —preguntó con su acostumbrada calma, estirando los miembros.

—Sólo quería dar una vuelta para refrescarme —mentí a propósito.

—Es mejor que vuelvas junto a tu madre —y volvió a recostar su cabeza en la hierba. El sueño pareció envolver el lugar.

Me alejé sin rumbo fijo. De pronto, a sólo dos pasos de mí, me encontré con papá y mi adorada lechona.

No sintieron mi llegada. Sus cuerpos y sus sentidos, fuertemente enlazados, los ausentaban de este mundo. Retrocedí torpemente y casi corriendo llegué al lado de mamá. Me acosté cerca de ella y esperé a que llegara el día.

Papá regresó con el sol. Lucía cansado, pero muy contento. Supe entonces lo que era la envidia y comencé a odiar a todos; pero a ella me era imposible odiarla. Sólo que jamás la volvería a ver.

Debido a mi naturaleza tranquila nadie se percató de mi silencio. Sólo mis amigos se enteraron de lo sucedido. Sin embargo, nunca oirían un «oink» de mí.

A pesar del propósito de alejarme de la marrana no pude contenerme y la tarde siguiente pasé cerca de ella. La escuché cantar: «Que noche la de anoche». Ni odiarla pude entonces, tanto la amaba.

Pasó una semana. Papá se escapaba casi todas las noches cuando mamá era vencida por el sueño. Por él me enteré que mi lechona se iría, y sin poder contenerme, me fui a verla a pesar de los consejos del gallo de que la olvidara.

Estuvimos hablando mucho rato. Recuerdo su gracia y su dulzura; recuerdo cómo cayó de bruces ante mi pidiendo que la perdonara. Comprendí, según me explicó, que leyes superiores a nosotros vigilaban para que se cumplieran mandamientos tan poderosos como la «perperpetuación de la especie». Bajé la cabeza y lloré. Terrible destino: las leyes de este mundo sólo me hacían sufrir. Antes de marcharse me dijo que sus hijos se me parecerían, pues su pensamiento estaba puesto en mí cuando los engendró. Al fin de mi vida supe que éste había sido el día más féliz que conociera. Su ausencia nos perturbó un poco a papá y a mí. A papá, a pesar del olvido, le quedó en su cabeza el estribillo «que noche la de anoche».

Al llegar la Navidad estábamos convertidos en hermosos y apetitosos lechones. Contagiados por la alegría de nuestros amos nos dispusimos a celebrar la llegada del niño Jesús. El más alborozado era yo. Apasionado y sentimental por naturaleza me daba a los goces y sufrimientos con todo el corazón. Y los días pasaron y llegaron las fiestas más hermosas que se puedan celebrar en este planeta.

22 de Diciembre, temperatura fría: tan fría que me costó trabajo salir del rincón del corral. Día clarísimo, la hierba verde lucía brillante por el rocío de la madrugada; los racimos de naranjas caían al suelo en una alfombra de azahares; un sol rojizo y tibio calentaba cada ramita de aquel oasis. Mirando este espectáculo me sentí pletórico de dicha y amé como nunca la belleza de aquel follaje suave y salvaje.

Corrí hacia el patio. De un salto gané el camino que va a la casa. Comtemplé el árbol de Navidad. Las bolas colgaban cual grandes naranjas, rojas, amarillas y aquella azul y la otra verde, y las había que parecían ciruelas; y allá muy alto vi una estrella azul, de intenso azul, como las que fueron testigo de mi mal de amor varias semanas atrás. Siempre que veía las estrellas recordaba a mi lechona. Aquellas noches, cuando esperaba impaciente a que el gallo cantara, me parecía que las estrellas detenían su titilar para oír su canto; y las miraba hasta muy tarde en que dormido y con los ojos de mi

alma las veía acercarse y chocar conmigo trayéndome el perfume de mi puerquita.

Después de esta contemplación (y meditación) ante el árbol de Navidad, corrí con alegría de verraco sentimental hacia el corral para narrar las bellezas del árbol a mi madre. Cuando llegué estaba charlando sombríamente con mis hermanos.

Al verme callaron. Mis hermanos me miraron con lástima, bajaron la cabeza y salieron del corral en silencio. Cuando salieron, mi madre me acarició las orejas con el hocico sin hablarme. Deseoso de romper aquel extraño silencio comencé a contar mis experiencias en casa del amo, y lo feliz que era. A esto mamá contestó:

—¡Qué verraco eres, hijo mío! Mi deber de madre me hace desgraciada en este momento, pero es necesario terminar de una vez.

Terminó con voz ahogada por el llanto:

—Hijo de mi cochina vida, vas a morir. Esta lechona llora por ti y por todos los que caerán en la celebración de las Navidades.

No la comprendí. Me sentía feliz a pesar de sus palabras y pensé que ella trataba de ensuciar mi felicidad como una verdadera cochina. La dejé sin preguntarle nada y me fui.

El día comenzaba de maravillas. Todo el mundo en la casa se ocupaba de mí. Los amos fueron a verme y los noté contentos al comprobar que me encontraron en forma, lo contrario a mis hermanos, demasiado gordos y cebados por desmedida glotonería.

Dormí esa noche esplendidamente. El amanecer del 23 no fue tan bello como el día anterior. La neblina ocultaba el sol y un frío intenso nos aguantaba en la cama. Miré a mis hermanos y sorprendí la misma mirada compasiva del día anterior. No los miré más y salí al patio a pesar del frío. Corrí hasta la casa del amo; miré el árbol con la estrella y las bolas de colores; pasé tan cerca del árbol maravilloso que las campanitas chocaron entre sí y sus tañidos me estremecieron de placer. Entonces vi a mi amigo el gallo. Lo saludé con afecto, pero no se dio por aludido. Tenía las plumas mojadas y una pata recogida.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Son unos hipócritas los humanos —respondió picoteando las palabras.

—No lo creas, son gente muy buena. ¿Has visto su árbol de maravillas?

—Hace diez años que lo veo y no me gusta. Un día, contemplándolo, pensé cómo luciría en el tope. Cuando lo volví a pensar ya estaba encaramado en él. La caída del árbol hizo que muchas de esas malditas bolas se rompieran, de lo cual me alegré.

—¿Cómo pudiste hacer semejante cosa, amigo? Yo lo rocé y sabes que me habló como un pájaro. Dijo: Din din, din din.

—No me hables de ese árbol, pues no cambia los hombres, siguen siendo malos, fríos, hipócritas y crueles.

—No pueden serlo cuando tienen cosas tan bonitas.

—Te haces el ignorante. Debía darte vergüenza decir que son buenos cuando tu raza no les alcanza para tenerse en pie y buscan a mis hermanos y a todo cuanto sea carne y se le pueda meter el diente. Son perros carniceros, listos siempre para caer sobre el bocado. Hasta los he visto comerse los unos a los otros.

Quedé impresionado, pero me aferré a que eso no podía ser del todo cierto y formulé algunos argumentos en defensa del hombre.

—Son feroces carniceros, eso es lo que son —repetía el gallo con su ronca voz de tenor afónico—. En cambio nosotros no le hacemos daño a nadie, sólo comemos hierbas y granos.

Al fin usé mi mejor argumento:

—Los amos son buenos, prueba de ello es que me fueron a ver hoy. ¿Sabes que lo han hecho con mucha frecuencia en estos últimos días?

—Lo que vienen es a medirte con los dientes. No seas tonto, huye mientras tengas tiempo.

Tomamos por entre la hierba húmeda de rocío. El gallo, en afán de reto, expandió el pecho, respiró hondo y cantó. Su grito, más que de dolor era de guerra y de impotencia.

—No puedo soportar el verte morir así. ¿Sabes lo que estoy pensando? Conozco ciertas hierbas que si las comes ahora podrían envenenar a esas gentes mañana. Al menos les ocasionarían terribles dolores. Ven, te llevaré hasta el arroyo para que las comas.

—¿Saben mal? —le pregunté intrigado y con cierta morbosidad desconocida en mí.

—Déjate de escrúpulos y melindres ahora —contestó el gallo con asco moral provocado por mí—. Sí, es puro veneno. Será nuestra venganza.

—He buscado siempre un ideal por el cual morir —contesté, no para él, que no comprendía, sino para mí—. Primero en el amor y ahora en ese árbol que calificas de maldito y a cuyos pies se encuentra un niño rosado y santo que alza sus manitas queriendo abarcarnos a todos, inclusive a ti.

El gallo quedó pensativo. De súbito una idea estalló en su cerebro.

—Un niño tierno —agregué— recién nacido, que no comerá de mí ya que mi carne es indigesta.

—¡Efectivamente! —saltó el gallo—. No comerá de ti, por lo tanto seré yo el sacrificado: porque si él no puede comer carne de puerco, es posible que le hagan un buen caldo de gallo. Malditos, malditos. Me capturarán, pues ya soy viejo para poder huir.

El gallo estaba en el frenesí del horror. El pensamiento de que pudieran hacerlo caldo era demasiado para soportarlo.

Seguimos caminando en silencio. El gallo trataba de encontrar una forma de redondear su muerte. Su vejez le informaba por su cascada garganta que esta vez no podría huir de los amos. Su vejez también le informaba que, de poder escapar de los amos, le sería imposible hacerlo del ama absoluta y su guadañazo.

Sabía yo lo que estaba pensando; sabía que no se resignaría a morir para que otro se beneficiase con su muerte. No era un idealista como yo.

Llegamos al arroyo. Las turbias aguas se fundían con los yerbajos de la orilla.

—Aquí están las hierbas que te dije, cómelas y fastídialos —me decía.

Hablaba siguiendo un impulso inicial. Ya mi caso había dejado de interesarle; era el suyo el que le importaba. En ese instante —me preguntaba—, ¿seguiría sintiendo por mí su antigua amistad? ¿Se borra todo lazo afectivo ante la muerte, la gran indiferente?

Pero esto no me preocupó demasiado, le comprendía y deseaba ayudarle.

Al fin dio forma a sus pensamientos.

—Yo también voy a comer las hierbas venenosas. Lo que es de mí ese niño no se alimenta; y si lo hace, peor para él.

No era cínico o despiadado el gallo; hablaba con la seguridad de la venganza. Comenzó a picotear la rojiza hierba y entonces comprendí la enormidad del doble crimen que planeaba: en sí mismo y en el bello niño.

—Sólo evitarás que siga comiendo si tú lo haces —diciendo esto me miró con malicia.

Quedé petrificado ante la maldad de mi amigo. Me encontraba ante una situación que no alcanzaba mi juicio.

El gallo me miraba decidido, esperando una respuesta. Rápidamente me plantée el problema: o la comía yo y con esto envenenaría a la familia salvando al niño, o la comía él, consumando la muerte del pequeño.

El gallo era un caso perdido. De individuos como él estaban llenos todos los patios del mundo.

Comencé a comer. El gallo me escogía las briznas de hierba como si para aquel acto hubiera esperado toda su vida. Las hierbas eran amargas y parecía que en su interior se escondía la maldad del gallo.

—Con eso puedes estar seguro que no quedará ninguno de nuestros amos en pie. Ni uno, ni uno... —repetía el gallo, y con risa de cloqueo agregaba: todos morirán, todos morirán, todos morirán...

—No sigas diciendo eso o moriré aquí mismo de pesar —gemí.

—No harás tal cosa. Tienes que lucir bien, saludable. El amo vendrá a buscarte muy pronto. Vámonos para la casa, con lo que has ingerido tienes de sobra. Todos morirán —el cloqueo del gallo parecía de borracho.

Volvimos a la casa. Dejé al gallo en lo alto de su ciruelo y seguí hasta el pozo donde en un latón ennegrecido se hervía el agua con que habrían de pelarme.

Me tiré en el lado seco del pozo, desde el cual se podía observar el árbol, el niño, y todo el movimiento de la casa en víspera de Navidad. El veneno me hacía temblar, la vista se me nublaba y grandes deseos de vomitar me hacían arquear el lomo. Al rato pasaron a fuertes dolores que resistí pensando que el cuchillo que afilaban en la cocina era una bendición.

Instintivamente busqué al gallo. Lo vi todavía en la copa del árbol; me pareció que se tambaleaba y que caía a tierra. Con mucho trabajo llegué arrastrándome hasta el ciruelo. Allí, con las patas estiradas, yacía el gallo. Sus amarillos ojos mirando uno al cielo y otro a la tierra. No tuve tiempo de sentir compasión por él. Hacia mí venía el amo llamándome con cariño y escondiendo en la espalda el enorme cuchillo carnicero, así que corrí entre mil dolores diferentes que salían de mi barriga y de mi corazón paralizándome los miembros. Sin embargo corría como un desesperado.

—Cobarde, traidor —gritaba el amo perdiendo la paciencia al tratar de alcanzarme.

—Trae los perros, Amalia —gritó por fin, y soltaron a Caribe, mi enemigo jurado, que veloz en su carrera me alcanzó rápidamente.

Con humildad y dolor quedé en el suelo sin hacer ya resistencia esperando las callosas manos.

Nos miramos. Vi sus ojos, vacíos de toda expresión afectuoso, proyectarse sobre mí, grandes como huevos y estúpidos como los de una rana. Me llevó entre sus piernas y tiró de mi hocico hacia atrás. Fijé la mirada en el cielo azul (qué hermoso era) y sentí el frío metal atravesar mi corazón de verraco sufrido.

Sentí que el perro lamía las hierbas enrojecidas con mi sangre. Todo se hizo borroso. Pensé en el gallo y en las hormigas que ya estarían sobre su cuerpo. Con mis últimas energías busqué al niño. Muy pronto la nada se extendería sobre él también, ya que todos iban a morir.

De repente comencé a flotar como si fuera un globo hacia el verde árbol. Una vez allí, miré hacia el sitio donde fui sacrificado (asesinado) y vi mi cuerpo desangrándose en convulsiones. Una sensación de malestar me invadió y la confusión se apoderó de mí. El hecho de

haber salido flotando de mi cuerpo me hacía más que cerdo, mariposa. ¡Qué confusión! ¡Qué mundo tan absurdo! No entendía nada.

Una mosca volaba en círculos sobre mi cuerpo y me pareció que lo examinaba como si fuese a dar testimonio de algo. Por fin se decidió posarse sobre mi hocico. Una vez allí, penetró por un orificio como en su propia casa. Estas fueron mis primeras y últimas navidades.

Y colorín colorado este cuento de Navidad se ha terminado.

RUBEN MARTINEZ VILLENA • EN AUTOMOVIL • RUBEN MARTINEZ VILLENA • EN AUTOMOVIL • RUBEN MARTINEZ VILLENA • EN AUTOMOVIL • RUBEN

Tengo un amigo farmacéutico en un pueblo próximo a La Habana; a pesar de esto, la pasividad de su vida y el vértigo de la mía nos impiden visitarnos y, aunque de tarde en tarde nos escribimos, son casi siempre cartas que necesitan franqueo extraordinario.

Por mediación suya conocí a Arturo Vanderbaecker, el hombre cuyo recuerdo me hace escribir estas líneas.

Aunque lo traté muy poco, como supe su historia por boca de mi amigo, que lo consideraba un semidiós de Valhala, puedo afirmar que jamás conocí un tipo de más exuberante vitalidad victoriosa.

Nació accidentalmente en Egersund, de padre noruego y madre cubana, línea paterna dinamarquesa y ascendencia materna española; y esta mezcla de razas de características opuestas había cristalizado en él un admirable ejemplar de humanidad. Alto, fuerte, blanco, con el rostro curtido por todos los climas de la tierra, era él un producto equilibrado de sus padres: el cabello rubio

como una llamarada y los ojos negros y hermosísimos; dulce, pero decidido; con una perseverancia y una tenacidad sajonas, puestas al servicio de una fantasía tropical, rápida y audaz; su fuerza hercúlea, se podía apreciar bajo su traje; cierta vez que lo vi en un alarde de potencia gigantesca, tuve la impresión de que aquel hombre podía, con una flexión de sus brazos —como el azar lo había hecho con él mismo—, doblar y unir en un punto el círculo polar ártico y la línea ecuatorial.

Huérfano, dueño único de gran fortuna, de inquieto espíritu viajador, se lanzó joven a recorrer el mundo en todas direcciones. Pero no fue el «tourista» plácido ni el viajero curioso: vivió en casi todos los sitios a que llegaba recreándose de la adaptación continua y minuciosa; vistiendo como los naturales, haciendo lo que ellos; trabajando en labores rudas para gastar su exceso de energía siempre insatisfecha. Fue el derrochador de Vida.

Vivió en París como un príncipe, por su lujo, pero como un parisién, por sus costumbres; un parisién rico y alegre, amante de champagne; entró en traje de explorador al laberinto de las selvas africanas, y allí robó, con un disparo inverosímil, un león al que apuntaba también un hombre fornido, brusco y simpático que después supo era Presidente de una República muy grande; este detalle le hizo variar de rumbo, y dejando para más tarde su proyectado viaje al Polo Austral, corrió hacia aquel continente desconocido y maravilloso donde había gobernantes que eran cazadores de fieras; se encontró en América como en su elemento: atravesó los Andes varias veces entre tormentas de nieve; corrió sobre la pampa vestido de gaucho; aprendió el manejo del lazo y de «las bolas», gozó de la cordillera volcánica y casi inaccesible en un desborde pródigo de todas sus fuerzas; y ya cansado fue a caer en los Estados Unidos, donde hizo vida de ciudad y de estudiante, adquiriendo un título de ingeniero. Había recorrido medio mundo en quince años y dominaba ocho idiomas. Por último se hizo *driver* y se entregó plenamente a las delicias vertiginosas del automovilismo.

Fue entonces cuando vino a Cuba, para estudiar el mercado, con objeto de establecer una agencia de cierto norteamericano fabricante de automóviles. Pero su afán de conocer las costumbres de cada país fuera de la adulteración cuidada de ellas, lo llevó al campo repetidas veces; y en una de sus cortas incursiones, corriendo, como un criollo, en una carrera de cintas, cayó enredado con el caballo y se fracturó el brazo derecho, precisamente a la puerta del establecimiento que tiene mi amigo el farmacéutico en un pueblecito próximo a La Habana.

Este le hizo la primera cura con rara habilidad. Ese día nació la amistad entre ellos, amistad que nunca he podido precisar en lo que se fundaba; porque pocas veces se han hallado dos caracteres más diametralmente opuestos que los de aquella pareja de amigos. (Creo mucho, desde entonces, que en la buena amistad, como en los matrimonios felices, los interesados son cantidades complementarias).

Y hete aquí, al fin explicado, cómo aquel farmacéutico, que no se había ausentado de su pueblo más que una o dos veces por año para ir a recoger sus notas bien ganadas en la Universidad, que no se movía ya más que en el trecho comprendido entre sus mostrador y sus morteros, balanzas y cachivaches de química; que vivía en los altos de su botica; personificación de la serenidad y el orden, topó un día con aquel cometa descarrilado, vio entrar en su farmacia, de improviso —con serio peligro de sus vitrinas esmeradas, despedido, arrastrando un caballo entre las piernas, como lanzado todo por una catapulta—, aquella bomba rodante y viviente que era Arturo Vanderbaecker.

¿Qué tiene Cuba, que los que viven aunque accidentalmente en ella, acaban por quedarse, y hasta adquirir

primero una familia y después una carta de ciudadanía?...

Arturo Vanderbaecker no instaló la agencia de automóviles; no emprendió negocio alguno; no hizo más que quedarse, sencillamente.

Y aquí se casó con una francesita que había amado en Buenos Aires, toda ficticia, encantadoramente ficticia como una joya falsa bien trabajada. Frívola, alegre, soñadora, voluptuosa, amó en él el hombre de vigor, sano, valiente, de rostro que los años tornaban de una serena severidad; lo vio aureolado por todos los prestigios del dios y todos los arrestos del macho; tenía ya la frente surcada en el entrecejo por el resplandor cegante de los trópicos, ceñuda de sol, como la de los labriegos; lo vio domador de hombres, cazador de fieras en el África y lastrador de mujeres entre los indios del Paraguay.

Lo amó absorbentemente; le dio en seguida tremendas escenas de celos por su automóvil; que él a veces prefería... creyó quizás en la necesidad de la comparación para establecer un juicio cierto y apreciar más el valer de su marido, y así acabó enamorándose de otro.

Pero aquí debo ceder la palabra a mi amigo el farmacéutico, haciendo antes una aclaración.

La última vez que vi a Vanderbaecker fue como al mes de su boda, que me pareció disparatada. Me ausenté algún tiempo de La Habana y lo dejé a él entregado con su esposa a las mieles de los recién casados en su bella residencia, en pleno campo, situada en la provincia de Matanzas, y a mi amigo el farmacéutico, siempre en su pueblecito próximo a La Habana, con no menos devoción que el matrimonio, a sus quehaceres, idas y venidas entre el mostrador y sus cachivaches de química.

Pasaron dos meses, y recibí una carta de éste. El timbre del correo y, antes, su abultamiento prometedor, me delataron su procedencia. De fulano, me dije.

Era larga —como suya—, con un estilo postizo —como en todas—, y que yo reconocía parecido al mío, dicho sea sin modestia y sin ofender la franca admiración que me profesaba mi amigo y que le induce, no sé por qué, a escribir sus cartas semejantes a las mías.

Como su autor no es muy fuerte en literatura, la carta que sigue va enmendada en lo que me ha parecido oportuno, pero creo deber de lealtad el declararlo.

«Yo estaba leyendo en la rebotica. Aquella noche no había venido nadie a la tertulia, y de pronto, se apareció. Estaba en pie, casi frente a mí, rígido como un militar; con el cabello rubio alborotado, vestido de negro; ¡parecía una antorcha! Nunca había visto a Vanderbaecker así, pero imagino que esa sería su expresión ante los tigres caníbales de sus aventuras».

Me levanté asombrado, sin adelantar, haciendo retroceder el sillón con su movimiento de las piernas.

—¿Qué pasa? —le grité.

Me respondió sin abrir la boca, moviendo solamente los labios, a través de los cuales brillaban los incisivos inmóviles; clavada una mandíbula en la otra.

—¡Usted va a venir conmigo! —Yo comprendí la frase íntegra, después de pronunciada toda, sin haber oído bien cada palabra.

—¡Ella me ha engañado, traicionado, vendido! Se va esta noche... ¡con otro! Y *yo voy a matarlos.*

Hizo una pausa silbante y agregó:

—¡A los dos!

Ese verbo, matar, nadie lo conjuga ni ejecuta con más seguridad que los cazadores. Cuando él dijo: «voy a matarlos», yo me convencí en seguida de que aquello se realizaba indefectiblemente. ¿Qué fuerza podría detener a aquel hombre? Apenas intenté disuadirlo. Yo sabía que no hablaba por gusto; si él afirmaba que lo engañaban, era verdad; y si afirmaba que iba a matar, para

mí, y para cualquiera que lo conociera, aquello tenía la irrevocabilidad de un hecho pasado.

Tomé el sombrero y entramos en su automóvil, el automóvil que tanto quería y que yo tantas veces me había negado a probar. Comprendí que ella estaba allá, en el chalet de novios, a cien kilómetros de nosotros; y cuando la violenta arrancada me hundió en el cojín del respaldo, medí con la imaginación el peligro que iba a correr al salvar la distancia llena de obstáculos, arrebatado yo, inocente de todo, por la pasión de aquel hombre enfurecido. Sacrifiqué mi temor a la devoción que me inspiraba su amistad y me entregué a mi suerte.

Yo no sabía qué era correr en automóvil. Apenas el carro embocó la carretera, pareció que le crecían alas. El terror, el terror incontenible de morir estrellado, me inmovilizó por completo. Vi el camino, la cinta blanqueada por los reflectores que alumbraban también los árboles laterales y la bóveda de las frondas, formando todo como un túnel brillante, un tubo de aspiración, que nos atraía a su fondo inalcanzable cada vez con mayor velocidad.

En vano procuré calmar mi excitación con reflexiones alentadoras; debía confiar en la pericia de aquel hombre, expertísimo en el manejo de su máquina que dirigía y usaba como un miembro de su cuerpo. Por otra parte, había detalles que me daban una impresión ridícula de seguridad; los guantes, los grandes guantes de Vanderbaecker, me inspiraban una confianza ilimitada: ¡aquellos guantes crispados sobre la dirección! ¿Podría haber algo más tranquilizador que aquellos guantes? Y sus lentes, provistos seguramente de una virtud insospechada por mí, ¿le harían ver cada piedra y cada bache en el pavimento, que rodaba todo, vertiginosamente, a nuestro encuentro? Lo cierto es que sin que yo me lo explicara, sin que el aspecto del camino variara ante mi vista, ora corríamos por el centro francamente, ora obligaba el carro a ir rozando las orillas. Pero todo a una velocidad inconcebible.

Para darme exacta cuenta de ella, me propuse fijarme en un punto visible hacia delante, y sentir el tiempo que tardábamos en dejarlo detrás. De improviso, vi algo, pero lejanísimo; la cinta de luz terminaba de pronto; el sitio que debía continuar, estaba oscuro, negro; la carretera se acababa; mi espanto creció lo indecible. Apenas cuando me había percatado de aquello, ya llegábamos, ya venía hacia nosotros, ya estábamos sobre el obstáculo insuperable; y súbitamente, en el punto aquel, vi surgir, como por magia, otra vez la cinta blanca; se abrió, se alargó en un salto hasta el horizonte, rodábamos por ella... El cambio de dirección del carro, inclinándome de lado sobre mi amigo, me devolvió la impresión de la realidad. ¡Horror! ¡Aquello había sido una curva!...

Desde entonces, mi martirio se intensificó en cada objeto, en cada punto lejano. Iba hipnotizado, mirando el camino rayado y deslizante. Cada curva, que ya conocía de lejos, era el plazo de vida que me daba yo mismo. Pero muchas veces eran suaves, casi agradables; no sentía su desarrollo, no podía precisar cuándo empezaban ni acababan y tenía la impresión amable de que el automóvil enderezaba el camino.

Luego hubo una que creía sería la última. Era horrenda, imposible. Antes de atacarla, oí que el ruido del motor se modificaba y sentí en todo el cuerpo la impresión áspera del frenaje; a pesar de todo, entramos como una tromba. Vencido el primer sector, la máquina se impulsó de nuevo; tuve intenciones de gritar, ¡eh, todavía no se ha acabado!, ¡retranque, retranque! Pero no pude, ya la vencíamos, pegados al borde interno —¡una cosa horrible!— con las ruedas mordiendo la cuneta...

Las frases se me subían a la garganta; frases de súplica, de amenaza, de espanto: ¡No más! ¡Por Dios! ¡Me tiro! Pero no podía hablar, ni moverme.

Pensaba, yo también, a toda máquina. Deseaba con toda mi alma que se partiera una pieza, que se ponchara un neumático.

Y así, en aquella carrera desaforada, empezamos a atravesar pueblos, pueblos dormidos. Entrábamos por un lado, pasábamos a través como en un vuelo, volvía la carrera; todo en tan corto tiempo, que yo veía imposible que las ruedas hubieran girado más de diez veces. Y todas las casas se perseguían furiosamente en un desfile fantástico, por nuestro lado; mientras yo suponía un punto, allá atrás, en que se alcanzarían los edificios en fuga y el pueblo todo no sería más que un amontonamiento de casas destruidas, encaramadas en ruinas, unas sobre otras.

Pasaban pueblos. Yo pensaba: algunos habían sido creados por la carretera: en ellos hacía las veces de calle central; y otros la hacían oblicuar, la obligaban a ir a visitarlos, desviándola de su línea recta (a éstos había que atravesarlos casi siempre en zig-zag). Sentía simpatías por los primeros, los humildes, los que no perturbaban la rectitud majestuosa del camino.

Entramos luego en una calzada, ancha, plana, pulida; no sé cómo se nos puso delante. No tenía árboles, sino postes, postes largos, fríos, como graves señores estirados, pasábamos por entre ellos, en dos filas; rígidos, iguales, como soldados en una parada. Los oía zumbar, venían a galope, y pasaban, arrebatados de inmovilidad.

De pronto, el pavimento erizado nos hacía salir; el salto continuo, disimulado en la rapidez, era una trepidación desagradable; una curva, una reja abierta, y una casa blanca detrás. La luz de los reflectores chocó en la fachada fieramente. No creí que el automóvil pudiera atravesar la puerta de la reja, pero pasó de modo milagroso. Siguió con rapidez irreverente la curva ceremoniosa del sendero de grava, y se detuvo brusco, como un potro espantado, ante la escalinata. Me fui de bruces.

La mano derecha me dolía mucho. Entonces me di cuenta de que había estado agarrado con todas mis fuerzas a no sé qué cosa dura, creo que a la portezuela que me quedaba al lado. Sentía la cara quemada por la ráfaga.

Salí tambaleándome y subí al portal. Vanderbaecker salía ya de la casa.

—¡Se han ido! —aulló. Estaba horrible.

Saltó al timón y proyectó la luz de un reflector movible hacia un costado de la casa. Vi el garaje, abierto de par en par, vacío, que me pareció la nave dasalquilada de un taller.

En seguida el motor acreció su ronquido monótono y lo llevó hasta la desesperación; Vanderbaecker no se ocupó de mí. El aparato arrancó de un salto; desapareció tras un macizo de plantas, reapareció en seguida, y aquella máquina diabólica salió otra vez disparada, franqueando de modo inverosímil la reja por donde no cabía.

Yo quedé solo, a oscuras, ensordecido, imbécil, calculando vagamente el tiempo que tardaría en recorrer a pie la distancia que me separaba de casa...

Sentado en el suelo, sobre la piedra fría, con las piernas colgando sobre la escalinata de mármol, apoyado como un muñeco medio caído contra el pie de una columna, dejé que la noche negra y luego la madrugada penetrante de frío, sirvieran de sedante a mis nervios que eran sólo una pailla miserable.

Ya el cielo empezaba a adquirir ese color blancuzco y tierno del amanecer; veía ya el jardín; el sendero amplio de grava por donde había llegado allí, conducido sobre las cuatro ruedas dementes que habían enrollado cien kilómetros de carretera en gomas invulnerables; veía una fuente frente a mí, el macizo de plantas, el césped verde y húmedo, la reja alta, por donde se había ido aquello; por donde Vanderbaecker había salido con el motor a

toda marcha; feroz, decidido, incansable, con el aspecto de un tigre hambriento que va de cacería.

Y a esa hora, pasó por el camino algo en cuya existencia no creía ya, tal era mi impresión de abandono: un hombre.

Era un lechero que iba en su carrito tirado por un caballo flaco y obstinado. Iba cantando. Le grité, corrí, detuvo el carro, trepé al pescante, y me fui, no sé a dónde, a donde fuera él; con el propósito de llegar a un pueblo cualquiera, a una estación de ferrocarril por donde pasaran trenes, un tren, no me importaba cuál.

Permanecía callado después de las palabras forzosas. Y allí, al lado de aquel hombre que parecía indiferente y yo adivinaba receloso, me puse a suponer lo que habría sido de mi amigo; cuál habría sido su venganza, que seguramente ya estaba cumplida. De pronto, imaginé algo horrible y tan natural, que me estremecí todo y sentí cómo el cabello me tiraba del cráneo...

Sí, eso era, seguramente. Lo veía, con una claridad tal, como si lo recordara. Los había matado *con el automóvil;* con la máquina que dirigía como un caballo dócil, que corría como una amante, que le obedecía como un perro fiel. Lo vi alcanzar su otra máquina, la que se llevaba al infame con su esposa criminal; reconocerla; calcular con una seguridad matemática la velocidad a que marchaban, el sitio a donde se dirigían; medir y comparar caminos traviesos, rodeos de adelante; salir de la carretera, tomar otro rumbo; y corriendo, volando a todo lo que daba su carro portentoso, con una furia en que se mezclaban la indignación del burlado, la intención asesina y el amor propio del *chauffeur,* alcanzarlos, pasarlos, entrar de nuevo en la carretera, y volver sobre ella, en dirección contraria a la que llevaba la máquina fugitiva; atisbarla, seguro de su maniobra de cazador; verla al fin aparecer, corriendo hacia él; y entonces, con la decisión más afirmada en el instante supremo de su venganza, sin disminuir su velocidad, ni apagar los reflectores poderosos; sino, encandilando al otro, tomando el centro exacto del camino, seguir con el pie clavado en el acelerador, confiado plenamente en su pericia funesta.

Vi a las dos máquinas enfrentarse, el zig-zag de huida de la una; el zig-zag de caza, inverso e igual, que le imprimiría Vanderbaecker a la suya, y en un instante, chocar, incrustarse la una en la otra con un estruendo horrible de explosión; y sin que oyera un grito, una palabra, nada, quedar después todo en el silencio de la noche negra, y el permanecer allí, bajo la madrugada penetrante de frío, hasta descender la luz tierna y láctea del amanecer sobre el grupo macabro...

Iba tan abstraído, tan sugestionado, que me encontré de improviso fuera del asiento, casi a gatas, con las manos apoyadas sobre el rebote de madera del pescante, mirando atentamente el arnés del caballejo obstinado en su marchita inalterable.

Y al volver a la realidad, como si ella respondiera a la última escena aterradora de mi cerebro fatigado, *vi, vi,* con mis propios ojos, caído a la izquierda, en la cuneta profunda, el grupo indescriptible.

Dos automóviles —dos cosas que habían sido automóviles—, agarradas en un abrazo mortal y triturador; estaban casi de pie, como esas cartas que se apoyan una en otra en cierto juego de naipes; los dos motores mezclados, fundidos en una misma masa informe, las carrocerías destrozadas; sin parabrisas, con las ruedas descentradas o torcidas, contraídos los estribos en una violenta ondulación: todo era una sola cosa erizada y rota. Las máquinas parecían haber vivido; semejaban cadáveres. Se veía que en aquellas dos bestias mecánicas había existido la voluntad de formar una sola, de penetrar la una en la otra hasta desaparecer; y el grupo tenía el

aspecto bárbaro de una salvaje escena de amor entre dos aparatos.

Una era la máquina fantástica, la máquina de carrera de Vanderbaecker, y la otra un limousine débil, que también era suya: su máquina de paseo, charolada y encristalada toda. Me fue difícil reconocerla.

¿Qué celo formidable de mecanismo de acero había precipitado al *macho* contra la *hembra* hasta llegar a la posesión plena y mortal?

Y allí, amasados con hierros y astillas, estaban *los tres*: un hombre *sin cara*, al pie de un árbol, en cuyo tronco había untada parte de su cabeza; una mujer, hecha una bola sanguinolenta de carne con faldas; y dentro de la limousine, como si hubiera saltado sobre los culpables espantados, mi amigo, clavado de cabeza; la elegante gorra de *chauffeur* aplicada violentamente al cráneo, con una rotura por donde asomaba masa cerebrál; no se le veían los ojos; los brazos torcidos y un pedazo del volante saliéndole del pecho...

Y yo buscaba, loco, seguro de hallarlo, el otro cadáver que faltaba, el otro cadáver que debía estar allí.»

Algunos amigos, de los pocos que tengo que puedan reconocer un cuento escrito por mí, quizás, me atribuyan éste; pero como ello pudiera enojar justamente al hombre que viajó en la máquina voladora de Vanderbaecker, quiero aclarar que a él es a quien debo su argumento, y que yo sólo he puesto lo que mi amigo el farmacéutico no podía tener en su carta. Conste así.

EZEQUIEL VIETA ● MI AMIGO VICTOR EZEQUIEL VIETA ● MI AMIGO VICTOR ● EZEQUIEL VIETA ● MI AMIGO VICTOR ● EZEQUIEL VIETA ● MI AMI

N

No sé cuánto tiempo sin tropezarme con Víctor. Hoy estuve con él.

No tenía nuestra amistad siquiera la razón de los contrarios. No dudo se fundamentara en una envidia mutua. Claro, yo envidiaba más. Víctor era de los que siempre ganan. Y él lo sabía.

¡Mi buen amigo Víctor!

Le caía el triunfo como caen las cosas, con ese apoyo intenso de toda ley natural. ¿Acaso había alguien que no comentara sus peligrosas andanzas? Nadie se le acercaba sin sentir el hálito de lo muy vivo.

Entró en el salón muy satisfecho. Casi consciente de que se le había esperado. Apenas pude saludarle. Víctor encarnaba, por supuesto, la gran debilidad de las damas.

Una de las chaperonas, con corsé que le cerraba el cuello, me repitió que hacía calor. Lo que me obligó a reparar en mi camiseta licuada. Observé que los aba-

nicos no se plegaban ni en obediencia a su coquetería esencial.

Mi hombro derecho perdió el equilibrio al peso de una mano. Era mi amigo.

—¿Qué hay, Víctor?

—Me urge hablarte.

—Bien.

—Aquí no. Salgamos al jardín.

—Bien.

—Tienes que ayudarme.

—Di.

—Me persiguen. Hace días que me persiguen —mi amigo dijo esto casi sonriendo.

—¿Quién te persigue, Víctor?

—Ellos... ¡Míralos! ¡Están ahí detrás!

—¿Y por qué?

—¿No lo sabías?

—No.

—Estoy conspirando.

Saltamos la tapia del jardín. Pasaba un ciego por la calle; levantaba una pandereta sobre la cabeza, intentaba indudablemente atraer nuestra atención. Me moví para darle una limosna.

—¡No! No lo hagas.

—¿Por qué, Víctor?

—Es un disfraz. No comprendes. Él es también uno de ellos.

Cuando mi amigo y yo llegamos al café, nos sorprendimos al enterarnos de que habíamos estado canturreando durante el trayecto.

—A mí, cualquier cosa.

—A mí, sírvame lo mismo.

—¿Y cómo es, Víctor, que puedes reconocer a toda esa gente?

—Para mí, su mismo tipo es una contraseña.

—¿Y cuál es el motivo?

—Quieren averiguar dónde guardo las armas. El nombre de los jefes.

No logré desarrollar la conversación: mi amigo se había escondido en alguna parte. Fue entonces cuando advertí la presencia de una mujer estupendamente ensortijada que acababa de sentarse a nuestra mesa.

—¿Podría decirme, caballero, dónde está Víctor?

El camarero nos iba secando la mesa con gran detenimiento.

—Señora...

—Sí; su amigo. Los vi entrar a los dos hace un momento.

—¿Mi amigo?

—El amigo del señor está echado en el suelo. Mire ¡ahí!

Me asombró la intervención del camarero en aquello. Víctor, que le había atendido, desapareció con agilidad de atleta por una ventana.

Después de cobrar un poco de aliento en uno de los bancos del parque, le pregunté a mi amigo:

—¿Qué? ¿Esa mujer es también un agente?

—¡No, no! Muy al contrario. No me explico cómo no lo notaste. Ella es uno de los miembros más activos del movimiento. Fue allí, sin duda, a establecer contacto conmigo.

—¿Y por qué huiste así?

—El camarero... ¡Pero no te diste cuenta!

—¿Qué?

—Yo sí. Su actitud me probó que estaba al tanto del nexo.

—Pues, me pasó inadvertido.

—Pero, en medio de todo, fue divertido. ¿No crees?

—¿Qué cosa?

—Cómo nos escabullimos.

—Sí.

—¡Vamos!, hombre, te estás inquietando.

—No. No, Víctor.

—¡Espera! ¡Escucha! ¿No oyes? Allá arriba. ¡En el árbol!

—No. No oigo nada.

—¡Pssii! Habla bajo. ¡Nos están espiando! No concibo cómo te he metido en esto. Así y todo, es magnífico, ¿no crees?

Con gran disimulo emprendimos la marcha. El árbol desapareció al doblar nosotros la próxima esquina.

—Sabes, ya llevo en esto unos meses. Pero soy muy difícil; les falta lo que se necesita para atraparme. Ahora caigo en que no me has contado nada de tu vida, ¿qué haces?

—Sigo en lo mismo. El trabajo de oficina.

—¿Y no te cansa eso?

—Nadie se cansa de un hábito.

Un motor aumentaba su potencia. Era un automóvil que, por cierto, venía de retorno de una fiesta, pues arrastraba toda una cabellera de serpentinas multicolores. Andaba muy despacio. Pronto se emparejó con nosotros. Mantenía nuestra velocidad sin otras muestras de fastidio. Era imposible distinguir a los ocupantes por tener echadas las cortinillas.

—¿Ves? ¿No ves? ¡Y te apuesto que pensabas que yo exageraba!

—No, no. Si no sé...

De manera providencial topamos con dos bicicletas, que descansaban a medias en un muro. Aquello comunicó a mi amigo un prodigioso sentimiento de seguridad. Yo —por él— también me alegré.

Así, giraron los pedales por el pavimento recién lavado.

—¿No sabes que, para no ser conspirador, lo haces bastante bien?

—Bueno, será tu compañía. Le suben fuerzas a uno estando contigo.

—Con todo y eso, es una sorpresa para mí. ¡Si tu mujer supiera!

Nos interrumpió el sonido de una flauta. Siguiendo la música nos cercioramos de que provenía de un camión, estacionado junto a un poste. Víctor y yo abandonamos las bicicletas y nos dirigimos en punta de pie. Dentro del camión iba una vaca que era ordeñada simultáneamente por tres hombres; el cuarto, con las piernas colgando, se entretenía en la flauta.

—¡Pronto! ¡Aléjate! ¡Es una trampa!

Seguí a Víctor.

—Conozco un lugar donde podemos ir sin que ellos nos encuentren.

—¿Dónde?

—A casa de unas amigas. Verás, me quieren mucho. Harían cualquier sacrificio por mí.

Entramos en una sala espaciosa y mal iluminada. A pesar de lo avanzado de la hora, una vieja tejía con extraordinaria rapidez. No tardó Víctor en convertirse en el centro de un círculo de jóvenes ansiosas. Nadie se atrevería a negar que a mi amigo le halagaba todo aquel alboroto. No consigo recordar cómo le condujeron a un piso alto. Quedé solo.

—Y usted... ¿A qué debemos el honor de su visita?

Le respondí a la anciana; enumeré toda clase de razones. En fin... Que me preocupaba la suerte de mi amigo Víctor.

—Lo celebro. Lo celebro. Y no podía estar su amigo en mejores manos.

—Pero, ¡es que le han venido persiguiendo casi hasta la puerta de esta casa!

—Y aquí está a salvo. No puede sospechar usted cuánto le miman las muchachas.

—No sé... Temo por él. Sobre todo, cuando no está a mi vista.

—Si eso le tranquiliza, no se angustie más. Mandaré a buscarle.

Dio una palmada corta. Apareció una negra muy gorda que venía de la cocina, puesto que traía el delantal empapado.

—Alcánzame el teléfono.

La cocinera retiró el aparato de una vitrina; cuando lo llevaba a la anciana, se le enrolló el alambre a una pierna y en la caída se le saltó un zapato; el pie cuadrado, enfundado en una media sucia rosada, quedó exhibido; dos dedos se revelaban por un agujero.

—¡Hola! ¿Quién es? ¡Ah!, tú. Niña, haz que bajen a Víctor en seguida. Su amigo está impaciente... Sí; sé que está bien cuidado... No importa... Precisa de nuestra protección. ¡Qué no vaya a salir por la escalera del fondo! Es muy testarudo. Si se resiste, emplead vuestras mañas... ¡Que vengáis en seguida!... Eso es todo.

Me interesó aquel tejido de lana amarilla.

—Es para cubrir el sofá. El tapizado está insoportable. ¡Ya hasta algunos muelles le sobresalen tres pulgadas!

Ahora llegaba un bullicio en la escalera. Las carcajadas se mezclaban con breves gritos de un goce retozón. Aquellas extasiadas criaturas, en su felicidad infinita, casi alzaban el peso de mi amigo, todo él envuelto en gasas amplias y olorosas. Consideré un instante si esta algazara no iba a provocar la caída de aquel grupo parlanchín.

Una de ellas todavía insistió en anunciar antes de los últimos peldaños:

—¡Aquí se lo traemos, abuela!

—Como usted nos dijo, abuela.

—Muy segurito, abuela.

—No se nos va a escapar, abuela.

—No puede escaparse, abuela.

—Para que no se nos vaya le hemos atado.

—Sí, ¡ja, ja! Para que no nos deje más, le pusimos una soga al cuello.

—¡Ya Víctor es nuestro! ¡No se nos irá!

Por fin pisaron la alfombra de la sala. El comportamiento irresponsable de las jóvenes afectaba mis nervios. Culminó aquello en un unánime grito de espanto. Víctor, después de algunos pasos desiguales, se había desplomado.

Al acercarme pude comprobar, por la cara tumefacta y violácea de mi amigo, que sus admiradoras —sin pretenderlo, por supuesto— le habían ahorcado, como singular consecuencia de su excesivo entusiasmo.

Ahora aquí, incluido otra vez en las cuatro paredes, no ceso de preguntarme por Víctor. Estoy convencido que ya no podré dormir en lo que me resta de noche.

ARISTIDES FERNANDEZ ● LA MANO ● ARISTIDES FERNANDEZ ● LA MANO ARISTIDES FERNANDEZ ● LA MANO ● ARISTIDES FERNANDEZ ● LA MANO

L

Octubre 23

Las cosas raras y extrañas inverosímiles, macabras, me atraen. Sin quererlo me he visto siempre envuelto, a veces como actor y otras como espectador, en tragedias palpitantes, propias de loco; aventuras increíbles, fantásticas...

Caminaba una mañana al azar, sin rumbo fijo. —¿Por qué salí de mi casa aquella mañana sin un fin premeditado? ¿Qué me obligaba a transitar por lugares que no acostumbraba a visitar? ¡La fatalidad, sin duda! ¡El destino, que rige nuestros más pequeños hechos! La fatalidad y el destino. He ahí dos palabras que explican toda mi vida, dos palabras que están ligadas como un todo a mi espíritu—. Caminaba tranquilo, al azar, cuando posé la vista en los escaparates de una imprenta; tuve deseos de entrar, me paré un momento y pensé: ¿qué puedo comprar aquí? Maquinalmente registré con la vista las vidrieras ¿papeles, lápices?... Quedé por un momento indeciso, por fin entré.

Era un establecimiento grande, moderno. A mis oídos llegó un ruido confuso, desagradable; a poco de estar allí precisé los sonidos; el chirriar del linotipo, de golpecitos leves, casi suaves; el ensordecedor de la máquina de imprimir; el zumbido de la máquina de coser... y todas movían graciosamente sus bocas, sus vientres enormes.

Hombres vestidos de azul se encorvaban en silencio bajo las bombillas eléctricas con movimientos automáticos; los encuadernadores de ágiles manos se perdían tras las tongas de papel impreso; y un olor fuerte, de tintas y cola, flotaba en el ambiente. Las manchas de grasa eran como huecos en la semioscuridad.

Los dependientes del establecimiento estaban tan ocupados que el cortador abandonó el trabajo para atenderme.

Rápidamente fui servido, pero cuando llegamos al capítulo del papel, éste resultó ser muy grande, yo quería hojas pequeñas; así se lo manifesté al operario.

—No importa —contestó —podemos cortarlas del tamaño que usted desee.

Mientras hablaba, yo lo miraba, era un hombre alto y flaco, de cara larga color de cera sucia; vestía pantalón azul y camisa blanca, toda llena de manchas de grasa.

Calculó el tamaño y colocó el papel en la guillotina, una máquina tan alta como un hombre, de acero blanco y tajante; por tres veces bajó la cuchilla con ruido suave, rápida como una centella; la tonga de papel quedó cercenada correctamente.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. La mano de aquel hombre jugueteaba bajo la decapitadora hoja. Lleno de zozobras estuve mientras duró la operación; un movimiento falso y la mano quedaría tronchada tan limpiamente como un blando queso.

Tranquilamente el hombre amarraba los paquetes. Mis ojos no se apartaban de su mano derecha; mi vista

fija sobre aquellos dedos, sobre aquellos músculos, quería ver lo que en el fondo de mi conciencia se iba plasmando. Al fin comprendí, y vi con horror... que aquella mano no era de aquel hombre... que no quería estar con aquel cuerpo. Que se resistía a sus movimientos. Que no era obediente. Me pareció que ya estaba muerta, que quería separarse del brazo aquel... Sí; eso es: ¡Quería separarse del brazo! ¡Aquellos dedos eran muy torpes en obedecer!

La mano no pudo engañarme, únicamente yo pude comprender su mudo lenguaje; el aburrimiento que sentía en pertenecer a aquel cuerpo; el deseo tan grande que había en ella de liberación, de separación, y en la vaguedad del ambiente brillaba su futura cómplice, la fina cuchilla de la guillotina.

¡Me marché! ¡Sí, señores, me marché! Recogí mis bultos apresuradamente y salí de aquel lugar más que aprisa, pensando no volver más nunca por aquella tienda... A propósito, ¿ustedes no se han fijado que hay personas que tienen algunas partes del cuerpo que desentonan con el todo, como si hubiesen sido puestas a la fuerza, remachadas a martillazos en aquel lugar? En cuerpos finos y delicados, manos de leñadores, cabezas de enanos en figuras de gigantes; en caras horrorosas y cabezas deformes, cuerpos deliciosos... Miembros torpes que obedecen de mala gana, como cansados de sus dueños, y que se nota en ellos un deseo de separación.

Cuando leo en los periódicos: «En la mañana de ayer el tren de las once y cuarenta y cinco arrolló al señor... al transitar dicho señor por el crucero tal; llevado el herido con toda prontitud a la mesa de operaciones. hubo que amputarle la pierna izquierda. El hecho se estima casual». Pienso siempre, pero siempre, que no es verdad la de tal casualidad, que todo fue premeditado por... sus piernas. ¿Qué, lo dudan ustedes? ¡Bueno, a mí me importa poco! ¡Yo sé que es así! La tal casualidad no existe. Las piernas llevaron al señor... al lugar del hecho, porque ellas, las piernas, querían separarse; el deseo de separación estaba latente en ellas desde hacía mucho tiempo y habían encontrado el momento propicio. La mentalidad humana es incapaz de percibir este proceso subconsciente de las cosas; pero yo adivino, más que adivinar comprendo, más que comprender veo, veo claro. Algún día —si es que mis contemporáneos no me encierran en algún manicomio por loco, pues los hombres que dicen las cosas como yo digo tienen que aparecer como locos—, escribiré un libro tratando estos fenómenos del cerebro, del alma, tan complejos tan difíciles.

Desde aquel día estuve inquieto, mi voluntad se anulaba, mis deseos eran muy grandes; quería conocer, ver el fin de la mano.

Pasados varios días la malsana curiosidad me hizo volver a la imprenta con un pretexto cualquiera, una pequeña compra, cualquier cosa, y desde entonces, día por día acecho a mi hombre. Diariamente doy mi vueltecita por el lugar.

De memoria sé todo lo que ha de ocurrir; sé que la mano ha de separarse pronto del cuerpo, muy pronto. Tarde o temprano sucederá... la mano me lo ha dicho.

¡Pero, se necesita estar ciego para no ver las cosas! ¿Cómo el hombre no comprende... y los demás? ¡Qué ciegos son!

¡Qué diablos!, desespero de que llegue ese momento, ¡cuánto tarda! La impaciencia me consume.

Me gusta que lo que ha de ocurrir, sea pronto, en seguida... Desatiendo mil cosas por rondar, por acechar, y eso me fastidia.

Algunas veces la cólera, la ira se apodera de mí, en esos momentos, yo mismo, a la fuerza, le pondría la mano debajo de la cuchilla.

¡Se acerca el término de mi espionaje!... por fin... qué alegría más grande he tenido; hoy la mano estaba más torpe que nunca, más pálida, y seguramente más fría.

Noviembre 13

¡Al fin! Hoy me acerqué al hombre, y con risa malévola le pedí que cortara unos papeles. Sabía, tenía la seguridad que lo pedido era un crimen, y por eso en mi voz había tanta persuasión, tanta dulzura... ¡Era suplicante!

Un descuido del cortador y el brazo quedó cercenado como rebanada de pan. Un grito ahogado y la mano quedó libre, libre... Sentí los huesos bajo la rápida cuchilla; la sangre lo inundó todo...

Una mano pálida, verdosa y palpitante quedó besando el fino acero.

Respiré, al fin yo no tendría que rondar más, ya podía comer tranquilo y dormir.

JESUS ABASCAL ● EL ENVIADO ● JESUS ABASCAL ● EL ENVIADO ● JESUS ABASCAL ● EL ENVIADO ● JESUS ABASCAL ● EL ENVIADO ● JESUS ABASCAL ● EL ENVIADO ● JESUS ABASCAL

C

Corrió hacia la boca del pozo como un desesperado. De las profundas aguas de su interior, a más de un centenar de pies de la superficie, los quejidos se hacían más prolongados y estremecedores. Moisés se inclinó sobre el brocal de piedras y asomó la sudorosa cabeza por el oscuro círculo. Abajo, alguien se ahogaba. Con solo echar una soga el infeliz podría salvarse. Moisés tenía en sus manos la vida de aquel hombre. Afirmándose con cuidado en las piedras, Moisés gritó con decisión: «¡Hermano, no te angusties más, que tu agonía ha terminado!» Al escuchar este mensaje redentor el desdichado inmerso columbró un luminoso rayo de esperanza. Y con la voz ronca y entrecortada sollozó con inmensa gratitud: «¡Gracias, Dios mío, por oír mis plegarias!» Entonces Moisés, instrumento del Altísimo, cumplió la promesa que había hecho. Y tomando entre sus recios brazos una pesada rueda de hierro que había cerca, la dejó caer dentro del pozo. Como no volviera a escuchar ningún otro lamento, Moisés se retiró discretamente para continuar sus labores.

SEIS ● "TALL STORY" ● SEIS ● "TALL STORY" ● SEIS ● "TALL STORY" ● SEIS

ONELIO JORGE CARDOSO • EN LA CAJA DEL CUERPO • ONELIO JORGE CARDOSO • EN LA CAJA DEL CUERPO • ONELIO JORGE CARDOSO • EN LA CAJA

A

«...sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo»

Martí

—A un hombre se le sabe el oficio si se le mira con detenimiento. Cada quien tiene en la presencia de su cuerpo lo que de rechazo le fundió con sus días la pelea de vivir. Mire, haga la prueba, váyase donde haya muelles y mar y vea los pies desnudos de los que navegan. Garras, lo que se dice garras. Un pie que tiene que pasarse la vida buscando las partes sólidas de lo que se mueve bajo la quilla se vuelve un pie de mar. Un hombre, pues, se mide por un pedazo vivo de él, o por un pedazo muerto que vivió más que los otros. Pero vean, todo esto no valía de nada delante de Guadalupe. El era seco, parejo de hombros, pequeño y aceitunado, un color que le venía de magia para ocultar sus años, y por lo demás era uno de allí del pueblo al que usted podía pasarle mil veces por el lado y no saber nunca lo que hizo una vez.

Alto y magro, recostado al mostrador de la tienda, mientras llovía en la calle de piedras el mulato contaba,

y se detuvo en aquel momento porque una mosca vino huyendo del agua y entorpecida por el calor casi se le mete en la boca.

—¡Cochina mosca! ¡Cuando uno habla de un hombre no deben volar! —Y nos arrancó la risa de un golpe, casi en competencia porque se nos oyera mejor a cada uno. Luego el mulato siguió diciendo:

¡Así, así era el hombre que yo lo sé! ¿Pero quién iba a darse cuenta? ¿Quién sabe nunca lo que está pegado por detrás de las costillas al corazón de un hombre? Este fue aquí el caso de Guadalupe y se lo cuento porque seguramente ustedes se preguntarán como yo, por cuál parte del mundo puede hallarse un hombre completito aunque no lo diga la caja del cuerpo. Pues vean si no. Aquello empezó una tarde, cuando mandaba aquí López Rosa y yo había ido a casa de Guadalupe con un recado de Don Jacinto que le fuera a domar el potro nuevo. De eso le estaba yo hablando al viejo cuando el Teniente entró, extendida la mano a Guadalupe, y a mí sin mirarme.

—Vea, Teniente, que tengo un amigo en casa—. Y el Teniente me dijo, —perdone—, y me alargó la mano izquierda, como de favor. Después se volvió a Guadalupe y ya él estaba sobre lo suyo que esa mañana era terminar una jáquima nueva.

—Vengo a pedirle un servicio, Guadalupe, pero más se lo va a prestar a Cuba que a mí.

—Uste dirá, Teniente.

—Diré si estamos solos. Son cosas del servicio.

Guadalupe no levantó la cabeza, pero la voz vino firme y tranquila como el que sólo tiene una opinión de las cosas:

—Delante de éste puede hablar todo lo que tenga su cadena conmigo—.

Y el Teniente me miró otra vez y yo hubiera jurado que se iba a largar, pero como no traía una cosa grande

esa mañana a casa de Guadalupe, se quedó callado un momento y luego volvió a lo suyo:

—¿Ha oído hablar del Congo, Guadalupe?

—Sí.

—Bueno, yo no quisiera desmejorar los míos, pero hay que decirlo: en el Puesto no tengo un hombre con condiciones para cogerlo vivo o muerto.

—¡Otra vez la condenada mosca vino! —La sentí pasar zumbando por mi oreja y luego la vi chocar contra la frente limpia del mulato. Este tiró a voleo un manotazo que le cayó entre media cara, mientras la mosca se escurría abajo. Mas en seguida el mulato volvió al asunto:

El viejo dejó entonces la soga y levantó la cabeza mansa todavía con los dos frijolitos de los ojos como quien dice dormidos:

—¿Y qué hay de que no tiene hombre, y me necesita, Teniente?

—Hay tiempo que lo conozco, Guadalupe, y ahora todos los días me digo: si alguien me trae hasta la puerta del cuartel al Congo cogido por los tarros, es usted, ¿estamos o no?

—No, Teniente, no estamos.

Lo dijo mansamente mirando de lado a la mesa donde al hablar, ponía la jáquima ya terminada. El Teniente se quedó mirando la soga con ojos que no veían y como desamparado de pronto, pero en seguida se recobró y casi se come al viejo a preguntas:

—Guadalupe, usted sabe lo de «Tibisí Alto».

—Sí.

—Dos hombres inutilizados para siempre y uno muerto. ¿Le parece cosa bonita que se haga eso?

—Pues fue el Congo. Eso lo sabe todo el mundo y lo pregonan hasta las piedras. ¿Y lo de la mujer de Emiliano? ¿No está el pobre ahí en el pueblo, que no quiere ni volver a la casa, pensando que su mujer está viva y no muerta de una bala del Congo?

—El hombre está ciego porque es muy grande su pena, Teniente, pero a usted mismo le dijo que él disparó primero y luego se metió en la casa para quitarse las balas del Congo. Una vino y como son las balas. No dijo para quién, la pobrecita mujer que ni sabía...

—Guadalupe, entienda, el campo entero lo necesita a usted.

—Teniente, el hombre no me ha hecho daño.

—Mata y roba ¿Qué más quiere usted? ¿O es que usted no tiene condenación para los bandoleros, Guadalupe?

Esta vez López Rosa subía el tono de su voz. Quizás ni él mismo lo había advertido, pero el viejo se enderezó entonces, ladeó la cabeza y fue a poner sus ojos en los verdes del Teniente:

—No me haga decirle que como no me pongo uniforme tengo la suerte de ver a los hombres por las dos caras que tienen, Teniente.

—Dos caras no las tiene nadie, Guadalupe—, dijo el militar y entonces vino aquella cosa bonita que a mí no se me olvida y que el viejo largó de un campanazo:

—Usted los mira por el lado que tienen que estarse quietos, por el lado que no deben ni armar la mano ni meterla en cosa ajena. Yo por ahí los veo también, pero después. Antes, los conozco desde que se les enreda la vida y saben que un juez no puede disponer de toda la justicia que ellos necesitan.

—Ese canalla lleva cuatro años robando.

—Por un día de hambre que tuvo su gente.

—¡Usted qué sabe, Guadalupe!

—Tengo el oído en la tierra y vengo de la tierra, Teniente. Además, no me queda por arriba un superior con más galones y la misma ropa que yo que me suba la sangre a la cara porque no hago las cosas a su medida.

Fue como ponerle la palma de la mano al pico de una botella llena y virarla boca abajo. Todo se revolvió allí en la cara de López Rosa, pero luego se fue asentando y al fin, dándole vueltas al anillo del dedo peludo, dijo lo otro:

—Bueno, con todo, Guadalupe, te van cayendo los años. Quizás lo que no quieras hacer por voluntad te convenga por negocio. ¿Qué tal?—, añadió mirándome como para que yo me quedara ciego y sordo de pronto— ¿Qué tal, si va un par de miles de pesos en este asunto?

Guadalupe se quedó como si no lo hubiera oído. Miró primero el sombrero del militar sobre la mesa y después la puerta, y al fin:

—Teniente, si ahora usted no me dice ni adios, va a ser mejor. Ayúdeme a pensar que hoy no ha estado en mi casa, que no ha venido aquí, ni acá el mulato lo ha visto.

El otro no dijo nada. Hizo lo que mandaba el viejo. Se volvió, tomó el sombrero, y allá fuera se detuvo de espaldas a nosotros y sólo vino su voz porque la cosa que dijo entonces no podía acompañarla con la cara:

—Guadalupe, si un día me necesita, aunque mate a un hombre, vaya a verme.

El viejo no contestó nada, se sacudió del pantalón las hilachas de la soga y me aseguró:

—Pues sí, ese potro de Don Jacinto que tú dices... Me lleva la juventud de ventaja, pero dile que voy a domarlo.

Y de nuevo la inaguantable mosca. Esta vez voló loca, afanosa de humedad hasta el borde del vaso del mulato y éste lo puso sobre el mostrador. Con el golpe el insecto asustado, vino a posarse sobre el mismo antebrazo de él, y ahí fue la cosa: de un manotazo la aplastó contra su piel. Luego dijo que era un asco y agarró el vaso otra vez. Ahora, hasta que no se bebió el final

y despegó la cara del vaso con dos natas blancas sobre el bigote, no habló: y entonces dijo:

—Sin embargo, tres días más tarde, Guadalupe agarró al Congo.

—¡Cómo!

—¡Se desdijo el hombre!

—¿Se vendió por dinero?

Eramos nosotros ahora los que le echábamos, atropelladas, las preguntas al mulato, mas él no se dio prisa, cogió la botella de cerveza y medió el vaso de nuevo:

—No, no se vendió el hombre. Tuvo necesidad, pero no por dinero. Las cosas como son y ni Dios ni nadie se enteró del asunto.

—Entonces eso todo es mentira.

—¿Mentira, y ahí está vivo el hijo de su compadre? ¿Mentira, y el testigo del caso, el ahijadito que Dios se lo deje crecer, está en su casa y ustedes pueden mirarlo si quieren? ¡Vamos, hombre, dejen hablar! Yo estoy diciendo de un hombre completo en su estatura y un hombre así no tiene la misma historia de los demás, se le presentan las cosas más grandes y más raras.

El mulato estaba como el que no va a tomar más, pero el silencio decente que le hicimos, volvió tranquilo a su paso:

Fue al tercer día de aquella visita del Teniente. El compadre de Guadalupe le mandó un propio, quien nada más que al viejo debía soplarle el recado pero el hombre se aflojó porque estaba muy cargado y con un sollozo lo dijo ante mí también:

—¡Ay, Guadalupe, el Congo, me lo ha quitado de las manos. Se llevó el muchacho para la sierra. Me puso el revólver aquí, y no serví para matarme por él.

—Serviste para el recado. ¿Qué más?

—Nada, que está pidiendo dinero por él y allá en las lomas esperando que yo se lo lleve.

Estaba pálido Guadalupe, pero como siempre en una pieza entera de hombre. Así, se movió para la gaveta de la mesa donde yo sabía que estaba reuniendo unos pesos para comprarle una monturita nueva al ahijado. Cogió los pesos y me los puso en las manos:

—Mulato, a Pedro dale y dile que me mande el revólver que le estuve celebrando.

Nunca fui a casa de nadie más pronto que aquel día, y luego cuando estuve de regreso con el pedido le dije a Guadalupe que me llevara con él, porque yo sabía a donde iba y a lo que iba, y no quería pensar aquello de que si lo mataban era porque uno tiene su suerte escondida por ahí en las cosas del monte. Mas el viejo no quiso:

—Tengo el vicio de andar solo, mulato, te doy las gracias.

¿Qué más iba a decir? ¿Que más, que él no tuviera con qué responderme? El asunto fue que me quedé callado y luego lo vi salir del pueblo con su caballito hasta que me empecé a sentir mal si me quedaba e hice lo que hice, porque otra cosa no podía. Seguí a Guadalupe de lejos sin que me viera, tirando a tiempo del freno de mi caballo, espoleando después, o metiéndolo de un encontronazo entre los guayabos y bien lejos de él, donde si acaso volvía la cabeza yo no pareciera más que un hombre y su bestia. Pero, que yo lo haya visto, ni una sola vez volvió la cabeza. Y suerte grande para ustedes, suerte, que yo lo siguiera, porque si no nunca sabrían como fue aquello cuando Guadalupe se paró frente al Congo y le dijo las cosas que le dijo:

—¡Congo, yo pienso que tú no eres un cobarde! Pon el muchacho donde no haya balas porque yo no te traigo dinero.

Yo estaba entre un maniguazo de guao y un peñasco me amparaba todo el cuerpo. Puedo decir que oí limpia la voz de Guadalupe y tranquila como siempre era y que se abrió un silencio entonces donde sólo el viento rumoraba en una palma. Luego, el Congo habló y por mucho que miré no lo vi.

—Tú no eres el que debe venir. Vete y mándalo, ya está conversado.

—Por aquí no hay camino ahora para el que traiga dinero, Congo. No pasa.

—¿Tú quién eres para eso?

—Un hombre cualquiera si estás mirando.

—Pues, para ser de los que cuentan, te falta medio metro lo menos. Vuélvete que sólo tienes cuerpo para dar recados.

—No vine a buscarlos. Es por el muchachito y me lo llevo.

—¿De qué manera puede un muerto llevarse a nadie?

—Estoy vivo todavía que yo sepa.

—Sí, pero tengo tu cabeza en la punta de la mirilla de mi rifle. ¿O no quieres creerlo?

Guadalupe no contestó, se quedó callado sin moverse del lugar donde estaba y yo tuve el primer pensamiento malo: «el viejo sabe que el Congo tira, será que no quiere provocarlo»; pero en seguida oí la voz del viejo y ahora se me cambió la duda por el miedo de que lo mataran.

—Un hombre puede tener la cabeza de otro en la boca de su fusil y no hallarse con razones.

—¿Por qué no disparas, Congo?

¡Dios, qué cosa aquélla cuando lo dijo! y luego el silencio. Ahora de allá, de la parte del hombre seguía el viento sobando los matojos, donde solo el diablo sabía lo que iba a contestar el Congo o si acaso estaba afinando bien la puntería sobre la cabeza detenida y quieta del viejo. Mas, Guadalupe calló lo necesario para esperar una respuesta y como no venía añadió lo otro con más calma que antes:

—Yo digo que hay dos maneras, Congo. Una mala para tirar con ventaja y otra para bajar al limpio y hacer las cosas con decencia.

—¡Vaina! ¿cuántos hombres tienes emboscados en la manigua?

—Ninguno.

—¡Ni que yo fuera un niño de pecho! ¡Anda a hacer lo que te digo!

Esta vez gritó casi con rabia, como un trueno que venía de la falda de la loma por alguna parte, pero el viejo se tomó su tiempo otra vez y empezó como el que quiere ir poniendo cada cosa en su lugar.

—Mira, Congo, lo que yo tengo que hacer está delante de mí, y no a mi espalda. Pero voy a creer un rato más que estoy hablando con un hombre y que vas a salir al limpio.

—Perro, ¿tú no ves que me da asco matar un hombre que se vuelve una pila de palabras?

—Pues, vas a tener que seguir oyendo.

—No, ¡porque entonces sí que disparo!

—¡Vaya! ¡Compay, decida que me canso!

Era el colmo de lo que un hombre puede hacer. Lo dijo molesto, pero sin impaciencias, y también era más de lo que el Congo podía soportar. Así pues, como un grito vino la advertencia y detrás el disparo.

—¡Vaina, a mí no me matan los que vienen contigo, coge!

Un tiro con su nubecita de humo salió de la loma. Mas, sólo fue en el sombrero de Guadalupe, en el sombrero que cayó hacia atrás como si el manotazo más rápido del mundo se lo quitara de la cabeza. El viejo se quedó entonces como clavado a la tierra, porque por sereno que sea un hombre, una bala es una bala. Y el Congo dijo enseguida:

—¡Tienes suerte, vaina, te ayuda el viento!

—¡Qué!

—Miedo.

—¡Mentira!

—Un hombre que no falla y falla, tiene miedo. El viento no ayuda a los hombres.

Otra vez se hizo el silencio en el maniguazo. Más largo que nunca, más tremendo, porque el hombre ahora tenía que hacer algo mayor que disparar una bala. Sin embargo después de esperar unos minutos como los años, el Congo soltó la pregunta a lo que debía estarle pareciendo una locura del viejo:

—Oyeme: por un casual, este muchacho que tengo, ¿es tu hijo?

—No. ¿Se necesita acaso que un niño sea hijo de uno? Mira Congo óyeme bien, ¿no fue porque te quisieron cobrar demasiado caro el precio de unas viandas que robaste, que ahora andas peleando tu vida porque te sigue pareciendo demasiado caro el precio?

—¿Y eso qué? ¿Qué le importa a nadie eso?

—Importa porque pienso que si un día fuiste hombre para andar con tu justicia en la cintura, ahora no serás tan cobarde para valerte de que el muchacho está por medio. ¿Entiendes, Congo, me estás oyendo?

Dios sabe que lo entendía, y lo dijo también el silencio prolongado y triste que vino primero y luego aquel paso como de animal que se decide, como de bestia que empieza a bajar una cuesta y va doblando los tallos y partiendo los bejucos y abriendo las vainas secas, hasta que todo entero, cuadrado de cuerpo, la cara llena de pelos y las manos como dos tenazas sujetas al rifle, el Congo salió al limpio:

—¡Mira, vaina, el muchacho no está por medio ahora! —y palanqueó el arma y dijo de un grito: —¡Voy!—. Sólo que Guadalupe tenía el revólver en la mano desde que oyó sonar las maniguas y disparó en seguida. Una pierna entera se le fue atrás al Congo y cayó escapándosele el rifle.

El mulato hizo una pausa, se secó las natas de la cerveza y movió la cabeza como si no pudiera creerlo todavía.

Eso debía ser lo más grande ¿verdad? Pues no, lo que me hizo sentirme como desnudo ante la gente, fue aquello del viejo cuando lo vio caer que me gritó enseguida:

—Mulato, corre y sepárale el rifle.

Y, claro que lo hice. Recuerdo los ojos del Congo. Su bravo dolor contenido y aquellas dos manazas apretándose la rodilla rota:

—¡Acaben de matar!... ¡Qué venga y acabe!

—¿Quién ha dicho?... —sonó detrás de mí la voz de Guadalupe—, ¿Quién dijo matar?

—¡Mátame, Dios!... ¡No faltará quien te pague la bribonada, vaina! Luego la cobras.

—Sí, que la cobraría, —dije yo por decir, pero en seguida Guadalupe me miró hasta los pies:

—¿Conoces tú en Cuba a alguien que dé dinero por la vida del Congo, mulato?

Bueno, me turbé, la verdad. Ahora las cosas eran como conmigo, pero si algo aprendí yo acerca del viejo, era saber lo que pensaba a veces. Así, miré al suelo, y como quien hace mucha memoria:

—No —dije— no, Guadalupe, no hay nadie en Cuba que yo sepa.

Luego fue todo buscar el muchacho. Por aquel mismo rumbo de los bejucos partidos subimos y apareció. Se le pegó al padrino como si el pecho del viejo fuera el otro lado del mundo donde se acaba el horror. Y después, casi más nada. Guadalupe volvió al Congo, le habló de un conocido suyo que era gente que no decía mentiras y de que allí lo curarían sin miedo de soplones. Y regresamos al pueblo, con el muchacho por delante de la montura del padrino, y yo mirando: ¡Ah! qué cosa tan increíble, aquella caja de su cuerpo tan sin nada, donde no había rastro de ninguna fatiga, sólo una pieza de hombre.

ARNALDO CORREA • LA GRAN PESQUERIA • ARNALDO CORREA • LA GRAN PESQUERIA • ARNALDO CORREA • LA GRAN PESQUERIA • ARNALDO CORR

Pata de Hierro oteaba el horizonte buscando algún indicio de los bajos que el mapa indicaba. Yo al timón, también miraba a lo lejos tratando de adivinar, por sobre la cresta de las olas, la espuma blanca del agua al chocar contra los acantilados. Una columna de agua sobresalió de pronto. Maniobré tratando de evitar el cayo y pasar de largo.

—Deben ser unas rocas gigantes por lo alto de la estela—, dije sin apartar mi vista del lugar donde debían estar; pero donde no había ningún rastro de ellas.

—Es extraño—, oí decir por lo bajo.

Al poco rato otro cayo se ve denunciado por la espuma, está frente por frente a la ruta que debo seguir, y otra vez doy vueltas al timón. La embarcación gira como halada por un brazo invisible; es lo que más me gusta del pilotaje: ver cómo la enorme armazón es dirigida por uno, da sensación de poderío. Cheo, que está

a pocos pasos da un traspiés que por poco le vira el plato y me dedica unas palabrotas.

Las olas son enormes y es necesario estar alerta, en cualquier momento puede uno encontrarse con bajos fondos, y tener que seguir el viaje a nado.

Ahora pasábamos por el lugar donde debía estar el cayo. Pata de Hierro no deja un instante de mirar, parece una estatua mohosa ahí parado delante de mí. Mira continuamente sin advertir, como yo, nada en la irisada superficie del mar. —Es extraño—, digo yo por lo bajo.

Una ola gigantesca coge de lleno a la goleta, luego otra, después caemos en un hueco enorme, luego otra y otra más. Cuando volvemos a levantarnos oigo una voz penetrante diciendo:

—¡Cayo a la vista!

Miro alelado al frente, no hay remedio, cuando más podré evitar lo peor. —Maldito Pata 'e Yerro, ponerme a pilotear con el mar así... Me quedo pegado al timón, esperando el terrible encuentro... ¡Pero no ocurre nada! ¡No chocamos con nada! ¡No hay nada ahí delante de nosotros! Sólo olas y olas, agua y más agua.

Pata de Hierro está tan confuso y extrañado como yo. No cesa de mirar al lugar donde debía estar el cayo, y donde no se advierte el más mínimo rastro. Se restriega los ojos y me mira como preguntándome: —¿No es verdad que ahí debían haber unas rocas? Le respondo que sí enarcando las cejas.

De pronto otra vez el chorro del infierno frente a nosotros, está tan cerca que casi nos moja. Transcurren unos segundos antes de que podamos exclamar:

—¡Un bicho enorme, Dios mío!

En efecto, al flanquear el supuesto cayo se nos aparece una gran masa negruzca resoplando y echando por encima la columna blanca que tanto susto nos dio.

Cheo deja caer el plato. Pata de Hierro salta de un lado a otro excitadísimo. Yo dejo el timón y nos reunimos con Matías Proil, que en ese momento subía a cubierta junto con el cocinero.

—¡Una ballena! —exclama Pata de Hierro como si dijera «un dinosaurio». Luego contó lo que habíamos visto.

—¡Bah!, están borrachos, lo que ustedes vieron no puede ser una ballena —dice Matías, después agrega, conteniendo la risa: —¿Quién ha visto una ballena en el Mar de las Antillas?

Pata de Hierro recobra su compostura. Jamás se perdonará el haberse abandonado aunque sea unos segundos al terror que le produjo aquéllo echando agua por arriba. La fama que tanto le ha costado no puede perderse así porque sí, por un miserable ballena. Hincha su poderosísimo pecho y habla sabiamente.

—Sin duda es una ballena extraviada, al verla creímos que era un cayo por el agua que bota, como estaba el mar tan picado no la veíamos a ella. ¡Imbécil, coge el timón!... Piensas que esto puede andar al garete.

El resto no pude oírlo, el viento era mucho y estaba muy lejos, sólo por los gestos veía que Matías y mi maestro no estaban de acuerdo. Cheo y el cocinero eran masa neutra. Miraban al que hablaba y asentían con la cabeza, al parecer de acuerdo con las ideas de ambos.

Trataba de comprender lo que pasaba ahora, se metieron las manos en los bolsillos y sacaron unos mugrosos billetes. De seguro que apostaban algo. No pude contener mi curiosidad por saber lo que era, amarré el timón y busqué mentalmente una excusa para abandonar así mi trabajo, me lancé escaleras abajo. Cuando bajaba eché un vistazo al mar, se me heló la sangre en las venas... ¡Rompientes de verdad! Dije ¡Ah! y me lancé como una bala hacia arriba.

Sólo por escasos metros no encallamos, sentí silbar una cosa y vi un plato que venía directo hacia mí; pero hizo una graciosa curva y cayó al mar.

—¡Animal!— Oí a pesar del viento y la distancia.

Cheo me relevó para que almorzara. No quise ir a donde estaba Pata de Hierro porque lo supuse bravo conmigo, quería sacar de mí un buen marinero y hoy con mis chapucerías había atrasado todo lo adelantado en un mes. Así que me acerqué a Matías que hablaba con el cocinero.

—¡Qué se cree ese mentecato? Que va a decirme a mí que ha cazado ballenas. La cabeza me juego que es la primera que ve.

Me imaginé el diálogo anterior. Para convencer a Matías, Pata de Hierro no había tenido empacho alguno en decirle que había cazado miles de ballenas. Matías le dijo mentiroso y él, exaltado, le había apostado algo. ¿Qué sería?

—Muchacho, corre acá—. Me llamó Pata de Hierro.

En seguida fui a donde me habían llamado. No tuve que llegar, desde lejos me dijo:

—Despierta a la gente allá abajo y trae el arpón grande, que vamos a pescar a ese cayo flotante.

Me quedé un rato mirando a Pata de Hierro sin comprender, ¿había dicho cazar la ballena?

—¡Pero, muchacho...!

En un santiamén estuve en la bodega de la goleta despertando a los otros. Primero a Pata de Cabra, después a Nicodemus, y por último a Pata de Martillo, primo de Pata de Cabra y Pata de Hierro, que eran hermanos.

Más tarde con la ayuda de Nicodemus, grumete que hacía su primer viaje, llevé a cubierta aquella enorme masa de hierro que allí llamaban el arpón grande. Cuando semanas antes yo lo había visto por primera vez creí que era un ancla de repuesto.

Pata de Hierro le empezó a sacar filo y más filo en cuanto lo tuvo entre sus manazas, y desde allí daba órdenes y más órdenes.

Arriamos el bote y empezamos a echarle sogas y más sogas. Todo esto bajo su más estricta vigilancia. Y cuando apenas quedó sitio para más soga llevamos el arpón grande.

Pata de Hierro nos llamó a todos, menos a Matías que sonreía con sonrisa de tiburón desde el otro extremo de la nave. Nos habló en tono persuasivo y muy seguro de sí mismo. De paso daré una descripción de él: era tan ancho como tan alto y parecía salírsele por todos los poros una fuerza descomunal. Tendría unos treinta años y su fama de hombre hecho a todo quedaba completamente confirmada al verle uno y más aún al oírle hablar. Era muy temido en las peleas; una vez cuatro hombres grandes y fornidos decidieron echarlo por la borda de un barco en el cual trabajaba. En la batahola que se armó, cuando parecía vencido logró agarrar a uno de ellos por la mano y le dio un violento apretón que le fracturó dos huesos, éste enardecido por el dolor sacó un cuchillo y se abalanzó sobre mi héroe, Pata de Hierro le lanzó tremenda patada por la cabeza a resultas de la cual el otro estuvo veintidós días sin conocimiento. Los demás huyeron ante la tremenda fuerza que le imprimía a sus patadas, que parecían provenir de un hierro. Desde entonces se le llamaba así. Y por extensión a sus familiares le pusieron nombres parecidos; aunque creo que ninguno de ellos desmerecía en nada sus respectivos apodos.

—No hay peligro ninguno, si vemos que no es posible la dejamos, cuando más perdemos el arpón y una cuantas varas de cabo. El que quiera puede rajarse—.

Y nos miró a todos. Yo cambié la vista e hice ademán de irme; pero me cortó la retirada.

—Tú, lleva la comida al bote y espérame allá.

Se hicieron los preparativos de mala gana, aunque todos dijeron que sí, a nadie en realidad le gustaba enfrentarse con aquel monstruo desconocido. Por suerte el mar se había calmado bastante y la ballena no se hallaba lejos. El bote era muy amplio y a pesar de las sogas del arpón y de la comida, quedaba sitio suficiente para nosotros. Sólo Matías, Cheo y el cocinero se quedaron. Matías porque había hecho la apuesta, Cheo porque se quedaba gobernando la goleta y el cocinero porque con su peso podía hundirnos el bote.

Empezamos a remar hacia aquella mole que divisábamos a lo lejos, echando aquel chorro blanco de vapor de agua. Fuimos valientemente a su encuentro a pesar del pánico que nos inspiraba. Cuando estuvimos como a media milla de distancia y podíamos distinguirla en toda su magnificencia, nadó ágilmente y se puso lejos de nosotros.

Nos quedamos mirando al jefe de la expedición sonriendo todos burlonamente.

—¡Vamos allá! —dijo, al tiempo que remaba vigorosamente. Nos miramos unos a los otros y volvimos a sonreír divertidos, menos Pata de Cabra que conocía a su hermano y sabía que cuando se le antojaba algo revolvía cielo y agua hasta obtenerlo.

Así estuvimos toda la tarde, cuando llegábamos cerca, ella nadaba divertida del juego con aquella tortuga marina que se obstinaba en seguirla. Dejamos de temerle, nos parecía que sonreía debajo del agua también burlándose de Pata de Hierro.

Pata de Martillo al poco rato empezó con sus bromas.

—Piensas hacerle cosquillas con ese alfiler. Yo creo que lo mejor que haces es mandar a pedir comida para ochenta años. Luego vas nadando y la amarras por el rabo... ¡La seguimos hasta que se muera de vieja!

El no contestaba, miraba, calculaba y remaba, indicándome con gestos hacia dónde debía guiar la embarcación. Yo creo que él tampoco estaba muy seguro; debió apostar una cantidad fuerte y por eso tomaba tan en serio su papel.

Caía la tarde y el mar tán proceloso de por la mañana parecía un plato ahora. Todos teníamos un hambre de mil demonios; pero él decía que esa era la hora buena.

Volvimos a ponernos frente a la ballena como tantas veces antes. No comprendía yo el por qué debíamos acercanos así para que con dos coletazos se alejara una milla. La idea de Pata de Cabra que tan descabellada me pareció al principio me fue pareciendo viable con algunas modificaciones, porque, qué diablos, ya todos teníamos deseos de no hacer quedar mal a Pata de Hierro y sería una gloria enorme pescar aquello tan grande, algo verdaderamente digno de contar. Pero no veía que sería fácil, ni aun difícil, sería imposible en caso de cazarla trasladarla a ningún lado. A pesar de que esto estaba bien claro en nuestras mentes no podíamos evitar soñar un poco con poderla atrapar y llevarla triunfantes a un puerto. Pero al mirarla nos descorazonamos. ¿Quién y cómo le iba a encajar aquel trozo de hierro en la cabeza?

La goleta estaba al pairo esperando a que cayera la tarde, término de la apuesta. Me parecía ver en ella a Matías observando regocijado por el catalejo todas nuestras maniobras para luego chotearnos de lo lindo.

Mirábamos ahora los ojillos inteligentes del animal y creíamos ver su sonrisa. No tardaría en alejarse otra vez; pero no hizo tal, se sumergió seguro para pasar debajo de nosotros. Rápido como un relámpago Pata de Hierro se puso de pie empuñando el arpón y cuando la oscura sombra pasaba debajo de nosotros se lanzó al agua.

Luego pareció como si en ese momento estallase debajo de nosotros un maremoto de extraordinarias proporciones. Cientos de peces saltaron iluminando el atardecer con sus brillantes reflejos. Vi muchas burbujas como si todo hirviese, y el bote pareció danzar siguiendo el compás de la más diabólica de las rumbas.

Cuando todo se calmó, busqué inútilmente con la vista por los alrededores a mi maestro. Miré entonces por donde se iba la ballena herida sin duda por el arpón grande. Lo que vi era increíble... allí, trepado sobre el negro lomo y encajándole cada vez más el hierro iba él. Su valentía no tenía límites. Creo que es el primer hombre moderno que haya cabalgado sobre el lomo de una ballena. Casi lloramos de la alegría, aquéllo sí era un hombre.

Con la emoción del momento no nos habíamos dado cuenta que el arpón iba atado a las sogas y que éstas se desenrollaban con gran rapidez a nuestros pies.

Pata de Martillo fue el primero que lo vio y se lanzó a cogerla. Cuando la agarró, la velocidad y la fuerza que llevaba era tal que lo lanzó al agua. Los demás nos quedamos fascinados viendo como aquella enorme culebra se desenvolvía.

Nadie más intentó agarrarla pues Pata de Martillo aún estaba en el agua. Nicodemus me miraba pálido y desencajado y los ojos como dos veces su tamaño normal. Recuerdo ahora que su pánico me dio ánimos, que empezaban a faltarme. Quedaba muy poca soga, eran las últimas vueltas, aquéllo dejaba atrapado en el lomo de la ballena a nuestro entrañable amigo y compañero. De pronto un violentísimo tirón nos lanzó a todos contra las duras tablas del piso. Nos agarramos desesperadamente de lo primero que encontramos. Al cabo de algunos segundos nos dimos cuenta que éramos arrastrados con velocidad aterradora. En ese preciso momento Pata de Martillo había logrado alcanzar la embarcación y con la ayuda de todos pudo subir.

Cuando todo se calmó comprendimos que el genial Pata de Hierro había amarrado el extremo de la soga al bote y que éramos remolcados por el animal.

Comprendíamos que si la ballena se sumergía debíamos cortar la soga porque Pata de Hierro saltaría al agua; pero en aquella endiablada carrera lejos de la ballena, sin poder verla no podríamos distinguir si se sumergía o no.

—Cortemos la soga—; dijo asustadísimo Nicodemus, comprendiendo que aquella cascarita no podría seguir mucho tiempo así, sin desbaratarse. Pata de Cabra le respondió que si la ballena no se sumergía no podíamos dejar su hermano cabalgando sobre aquel monstruo.

Todos mirábamos ansiosos hacia el mar ya oscuro, tratanto de hallar la figura de nuestro valiente, o de oír algún grito o algo. Pero sólo se oían los continuos bandazos del bote contra las olas y el chirrido del agua al ser cortada en dos. Atrás quedaba la blanca cicatriz de espuma que se cerraba rápidamente. El bote parecía cabalgar sobre un potro indómito. Yo me sentía como dentro de uno de esos pomos que dicen: «Agítese antes de usarse», precisamente a esa hora.

Sentimos un ruido en la proa bien distinto a los demás. Un corrientazo me recorrió varias veces la columna vertebral. ¡Sería uno de esos pulpos gigantes que habitan muy adentro y de los que tanto me habían hablado! Un miedo supersticioso me hizo pegarme más a la popa donde estábamos todos para equilibrar el empuje de la soga.

De pronto un brazo peludo saltó dentro del bote seguido después de un oscuro bulto chorreante de agua... ¡Pata de Hierro!... ¡Qué enorme alegría!; poco faltó para

que hundiésemos el bote, pues todos saltamos a proa deseosos de abrazarlo. Íntimamente todos lo dábamos por muerto.

Nos dijo que había venido por la cuerda y que había dejado bien clavado el arpón.

Sentíamos deseos de cantar. ¡Otra vez Pata de Hierro con nosotros! Ahora sí estábamos seguros de llevar aquel monstruo marino a donde él quisiera. Mandó a que comiéramos unas galletas y pescado salado que habíamos traído y después empezamos a recoger soga y más soga hasta que vimos directamente debajo de la luna aquello grande, navegando herida de muerte sabe Dios a dónde.

Poco a poco fue disminuyendo la velocidad hasta que cogimos una marcha más bien lenta. Era la clásica calma después de la tormenta... ¡O antes! Calma no turbada por nada ni por nadie. Dejamos de hablar quedando a solas con nosotros. Era realmente impresionante todo lo sucedido y lo que estaba sucediendo. Mi aprecio hacia aquellos hombres de dura fachada, pero de precioso interior, se acrecentó. Esa tenacidad incansable, ese valor sereno y confiado no lo había hallado en ninguna otra parte.

—Va hacia una playa, quizás lleguemos a alguna isla importante—. Oí como un rumor, que debió haber partido de la amplia boca de mi maestro.

Cuando amanecía encontramos aguas más frías y la ballena cobró nuevos ánimos. Trató inútilmente de zafarse de aquella carga que lenta e inexorablemente le consumía todas sus energías. Sentí infinita lástima por ella, tan grande y tan infeliz.

No anduvo mucho rato con su nueva marcha, poco después volvió al ritmo habitual de antes. Ya amanecía y tal vez comprendía que el día con su asfixiante sol la dejaría completamente agotada. Yo me preguntaba qué nos haríamos si se negaba a seguir, sería interesante arrastrar nosotros a la ballena.

Debí haberme dormido porque un ruido sordo y continuo me hizo despertar sobresaltado. Era un avión; como era la época de la Segunda Guerra Mundial no nos sorprendimos, raro el día en que no volaba alguno sobre nosotros

Pasó tronando y recibimos un tirón de la ballena, como indicándonos que no le gustaba el ruido. El avión viró en redondo. Dijimos adiós con las manos y lo vimos perderse allá bien lejos donde terminaba la competencia de los dos azules.

Transcurrió apenas una hora cuando volvimos a sentir el monótono rúgido del avión pero esta vez aumentado varias veces. Una escuadrilla de ellos pasó volando por sobre nuestras cabezas. Cuando pasaron sobre la ballena, que empezaba a sumergirse, tiraron algunos tanques sobre ella.

Una horrísona explosión se oyó seguida por varias otras que lanzaron olas enormes cargadas de peces muertos sobre nosotros. ¿Qué era aquéllo?... ¡Eran bombas! Bombas de profundidad que hicieron saltar nuestra ballena por los aires y desaparecer convertida en picadillo.

Mucho hube de remar con el ánimo triste para llegar a la goleta, y gracias al sentido de la distancia y la orientación tan altamente desarrollados en Pata de Hierro no nos perdimos para siempre en aquel mar.

Al llegar no dijimos absolutamente nada. La conjura del silencio intimidó a Matías que cerró la boca sin comprender, mirando los arrugados y cejijuntos cazadores de ballena. Varias veces estuve tentado de contarlo todo, pero era tan inverosímil que nadie nos creería.

Por la noche nos sentamos en la cubierta para oír el radio:

«Aviones de la quinta flotilla aérea hundieron hoy por la mañana un submarino nazi en aguas cercanas.

Los técnicos opinan que es un nuevo tipo no conocido hasta ahora. En fuentes habitualmente bien informadas se habla de la excitación que produjo el nuevo y extraño periscopio que llevaba. Los valientes y diestros aviadores que arriesgaron sus vidas por la defensa de nuestras costas y nuestros hogares recibirán próximamente la...»

No se oyó más. Pata de Hierro de un certero puntapié arrojó el radio como a media milla de distancia. Luego dijo calmadamente lo que antes había dicho Matías Proil.

—«¿Quién ha visto una ballena en el Mar de las Antillas?»

VIRGILIO PIÑERA • EL BALCON • VIRGILIO PIÑERA • EL BALCON • VIRGILIO PIÑERA • EL BALCON • VIRGILIO PIÑERA • EL BALCON • VIRGILIO P

E

El martes pasado, a las tres de la tarde, Damián me llamaba por teléfono:

—Oye, ¿cómo estás? ¿Qué haces?

—Acabo de almorzar —le contesté—. Dormiré la siesta y después al periódico. ¿Qué pasa?

—Coge la máquina y ve directamente al edificio «Quince Pisos».

—¿Qué ocurre?

—No me hagas preguntas. Coge la máquina. Ya verás...

—Oye, Damián, no puedo perder el tiempo. ¿Qué te traes?

—Nada. Sólo te digo que cojas la máquina. Hay un parqueo en la esquina del «Quince Pisos». Allí te espero.

Y colgó.

En el momento no le di ninguna importancia a la llamada de Damián. Pasados unos minutos empecé a inquietarme. A mi vez, lo llamé, pero no estaba en su

casa. ¿Estaría ardiendo el «Quince Pisos»? Pues aunque ardiera me daba lo mismo. Damián y yo habíamos asistido a catástrofes más impresionantes por esos mismos días. Por otra parte, coger la máquina a las tres de la tarde, en plena digestión y con el calor reinante, no tenía nada de atractivo. Decidí no ir; pondría el aire acondicionado y dormiría una buena siesta.

Pero, antes, le conté la historia a Dora, mi mujer, que estaba en la cocina lavando los platos. Oiganla:

—¡Ah, no, tú me llevas! Quítate el pijama y vamos; yo estoy lista. Sólo me falta peinarme.

Y dejó los platos y cubiertos a medio lavar. La cogí por un brazo.

—Por favor, Dora, comprende. Damián es un experto en bromas. ¿Te imaginas la cara que pondrás cuando llegues al «Quince Pisos» y veas que no pasa absolutamente nada?

—De todos modos, vamos; mi corazón me dice que...

—Tu corazón no te dice nada, es tu maldita curiosidad femenina...

—Piensa lo que más te guste, pero vamos. ¿Qué haces ahí parado como un idiota? Vístete y vamos.

Y fuimos. Cuando a Dora se le pone algo entre ceja y ceja hay que dejarla o matarla. Pero debo confesar que esta vez, su incurable curiosidad, o su intuición femenina, no le falló. Cuando desembocábamos por Paseo, vimos a una verdadera multitud congregada frente al «Quince Pisos». Dora me arrastró con ella; estaba muy excitada y me decía a cada instante:

—Nos vamos a perder lo mejor...

—Pero Dora, por lo que más quieras, razona un poco —le dije— mientras ella casi me desarticulaba el brazo derecho— si no sabes lo que pasa en el «Quince Pisos», cómo puedes saber si te pierdes lo mejor.

—Yo sé, yo sé... —me contestó mientras trataba de introducirse en aquel gentío.

Por fin llegamos frente al edificio, no sé cómo, pero llegamos. Al principio no vimos nada, ni siquiera a Damián. Dejando a un lado la hipótesis de la broma, pensé que aquella marea humana lo había alejado de nosotros. Pero no pude pensar mucho. En ese momento la multitud lanzó un rugido de admiración. Todo el mundo miraba hacia los pisos superiores del edificio. Sentí que Dora me cogía el cuello y me lo torcía en dirección contraria adonde yo estaba mirando. Entonces pude ver sobre el balcón del décimo piso a un hombre, con medio cuerpo afuera, que sostenía en sus brazos a una mujer. El grupo formaba una especie de Pietá a la inversa: el hombre era la Virgen y la mujer el Crucificado. Aunque la distancia no permitía apreciar los detalles, pude comprobar que tanto el uno como la otra mantenían una inmovilidad estatuaria; daban la impresión de haber sido colocados sobre el balcón como un puro ornamento.

Pasados unos minutos el hombre empezó a retroceder lentamente y desapareció de nuestra vista. Mucha gente se quedó con los ojos puestos en el balcón, como si hubieran querido grabar en sus retinas el extraño grupo que acababa de desaparecer; otros —la mayoría— empezaron a hacer comentarios o simplemente a abrirse paso hacia el edificio. Dora, que ya parecía saber todo cuanto había que saber, volvió a cogerme del brazo, y me obligaba a caminar. Mientras lo hacíamos, oí cosas como éstas: «Es un exhibicionista... Es uno que quiso suicidarse y cogió miedo... Es un contrarrevolucionario... Es uno que le saca lasca a todo...» Un hombre le decía a una mujer: «Vamos para la casa, el único macho que te puede cargar soy yo».

—¿Qué pasa, Dora? ¿Sabes algo de lo que está pasando aquí?

—Lo sé todo —me contestó Dora—. El problema será llegar hasta allí.

—¿Allí...? ¿Quieres decir hasta el departamento donde está ese loco?

—¡Pues claro! Me muero por llegar.

Y llegamos por fin, no sé cómo, pero llegamos. En el pasillo del edificio había media docena de policías. Dora me dijo:

—Enseña tu carnet de periodista.

Y, empujándome, mientras yo enseñaba mi carnet, le dijo a un oficial: «Mi marido es periodista. Viene por lo del reportaje...»

Dora es así: ella siempre toma la iniciativa. Intenté protestar, pero volvió a cogerme por el brazo y me empujó hacia el ascensor.

Y subimos. En el descanso del décimo piso nuevos policías, nuevas explicaciones y nuevas mentiras de Dora. Por fin pudimos entrar. Una vieja salió a nuestro encuentro. En seguida, Dora le dijo que yo era periodista. La vieja se encantó con la noticia.

—Vengan por aquí —dijo—, hoy tenemos mucha gente. Empezamos ayer; nadie quería creerlo y además todos tenían miedo. Decían que estaba loco.

Agitó los brazos y movió la cabeza, como hacemos para rechazar una vil calumnia. Añadió:

—¡Un santo! Eso es él, ¡un santo!

Entramos en un saloncito. La vieja nos invitó a sentarnos, lo que hicimos. Sin más preámbulos, me dijo:

—¿Qué quiere saber, señor?

—Pues bien —balbucée confundido—, pues bien... yo...

Y bruscamente, sin transición como convenía a mis nervios excitados:

—¿Qué está pasando aquí?

La vieja sonrió materialmente, y dijo:

—Pues bien, lo que pasa es que él es un santo...

—¿Y qué más, señora? —le dije con suma grosería.

—Usted verá... Hoy es martes, ¿no? Pues el domingo, a eso de las diez me tocaron a la puerta. Era él. Dios quiso que yo misma abriera la puerta. Entre paréntesis, le diré que nunca abro la puerta sin antes mirar por la mirilla, pero ese día Dios hizo que abriera directamente la puerta. Y apareció él; como todavía usted no lo ha visto de cerca, no puede darse cuenta de su belleza y de su santidad. ¿Sabe lo que hizo? Le diré que no me dio tiempo de hacerle ninguna pregunta. Se dirigió al balcón, abrió la puerta-vidriera y se exhibió con medio cuerpo en el vacío.

—¿Y eso fue todo? —preguntó Dora. (¡La pobre!, no posee una pizca de imaginación, todavía menos que yo).

—No —contestó la vieja—. Se exhibió, con medio cuerpo en el vacío, y después abrió los brazos en cruz...

—¿Y qué más? —dijimos casi al mismo tiempo Dora y yo.

—Se mostró así un momento, tan inmóvil que parecía un muerto.

La vieja se quedó pensativa; después prosiguió poniendo más ardor en sus palabras:

—Vea, señor, no sé nada de nada; pero la verdad es que cuando lo vi con los brazos en cruz, me pareció que Jesús estaba entre sus manos.

—¿Y después? —preguntó Dora.

—Después, —dijo la vieja—, me tendió los brazos. Así —y la vieja extendió sus brazos.

—¿Cree usted que eso quería decir algo?

—¡Por supuesto! —dijo vivamente la vieja—. ¡Por supuesto! Me estaba pidiendo cargarme en sus brazos y...

—¿Y usted aceptó? —interrumpió Dora.

—Yo tenía mi poco de miedo, pero como su mirada era tan pacífica, acepté. Estaba segura de que no iba a arrojarme por el balcón.

—¿Cuánto tiempo la sostuvo en sus brazos?

—No podría decirlo. Me pareció un siglo de felicidad. Vea, señor, lo olvidé todo: las penas, los reumatismos, todo; en sus brazos me sentí como una niñita.

Iba a decirle que el pretendido santo no era otra cosa que un loco... o peor aún: un simulador, acaso un sádico que, en el momento menos pensado, podría cometer una monstruosidad. No mostré mis dudas por pura compasión de la pobre vieja y también por esa pizca de credulidad que nos queda ante una situación que escapa a todo razonamiento. Sin embargo, como la lengua me picaba, dije:

—No niego que su visitante inopinado es un santo, pero, dígame, ¿a qué viene todo este espectáculo?

—No sé nada de nada, y en cuanto a él, me parece muy difícil que aclare las cosas. Para empezar, es mudo, y si no lo es, se hace el mudo.

—¿Nada más que carga mujeres? —preguntó Dora.

—No, señora, también carga hombres, y me imagino que también niños. Todavía las madres no los han traído, pero ya verá, ya verá...

—¿Usted vive sola? —le pregunté.

—Sola, es decir con Norma, mi criada. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por pura curiosidad —le contesté.

—Sepa entonces que él también ha cargado a Norma.

—¿Qué edad tiene esa Norma?

—Veinte años —dijo la vieja.

—¿Es bonita? —preguntó Dora.

—Parece una virgen —contestó la vieja, que abrió tamaños ojos, retorció sus manos y preguntó, inquieta—. ¿A qué vienen esas preguntas?

—Tranquilícese —le dije— es para el reportaje...

—Ah, ya entiendo... —dijo la vieja. Después—: Del domingo a hoy ha cargado más de cincuenta personas.

—No pude retener la exclamación: —¡Prodigioso!

—Pues sí que es prodigioso —repitió la vieja.

—¿Y no tienen miedo? —le pregunté—. Piense que, cuando se está en sus brazos, suspendido entre el balcón y la calle, es la propia vida la que está en peligro.

—¡Cómo! —dijo la vieja—. Cuando se está en sus brazos es cuando no se tiene miedo. Y si no me cree, pregúntele a los hombres y mujeres que han sido cargados por él.

En ese momento salió un hombre gritando:

—¡Es como si hubiera nacido de nuevo!

—Pero, dígame, señora, ¿cuál es la conclusión de todo esto?

—No sé, sólo un sabio podría contestarle. Lo único que sé es que él obra el bien.

—¿Puedo verlo? —le dije.

La vieja se levantó sin contestar a mi pregunta. Se alejó unos segundos y volvió.

—¡Venga en seguida! Ahora cargará a un viejo.

Corrimos a la sala. En efecto, el santo, pretendido o verdadero, era una especie de gigante, sin otros estigmas en la cara que las huellas dejadas por un acné juvenil. Podía tener cincuenta años, pero daba asimismo, cuando se le miraba atentamente, una impresión de infancia perpetua, como sobrenadando a través de los años que habían conformado su figura de adulto. Era, en bloque, como un cuerpo ausente, en el vacío, desde la mirada, perdida en un pensamiento torturador, hasta la piel de sus manos, de su cuello y de su cara, atravesada y como petrificada por un cataclismo repentino. En el momento en que entrábamos en la sala, le tendía los brazos a un viejo tembloroso, verdadero derelicto humano, que estaba apoyado, como inexistente, contra un busto de mármol, pareciendo esperar la hora de su redención. El santo se aproximó paso a paso, hasta tocar con la punta de sus dedos el cuello y los tobillos del viejo, que respondió a ese suave contacto por un aflojamiento completo de sus vencidos músculos. Acto seguido, lo levantó lentamente, como una humareda que asciende y lo subió hasta su propio pecho, en tanto que empezaba a caminar, o mejor dicho, a moverse, hacia el balcón donde,

deteniéndose de golpe, sacó dulcemente el cuerpo del viejo y lo expuso, en el vacío, a los rayos del sol que penetraba en su cuerpo en flechas flamígeras.

Y así, no rígidos sino inmóviles, permanecieron largo rato, tanto, que a pesar del esplendor del espectáculo, sentí perderse mi paciencia. Le pregunté a la vieja si tan larga exposición era cosa habitual. Ella, mostrándose tan sorprendida como yo, me confesó que era la primera vez que el santo se dignaba cargar a un hombre tanto tiempo.

—¡Cuidado! —dije con ironía—. Puede caérsele. Se haría papilla.

—Él sabe lo que hace —me contestó con reproche la vieja—. Él lo sabe, sabe que ese viejo necesita ser cargado mucho tiempo.

Decidí irme. Dora me dijo que se quedaba. Ella quería ser cargada por el santo.

—Bueno, como quieras. Probablemente no te pasará nada, pero si te deja caer, no contarás el cuento. En cuanto a mí, te diré que no tengo la dosis de confianza suficiente para dejarme cargar por él. Y no te demores. La película empieza a las ocho.

Me fui sin despedirme. La multitud se había hecho más compacta. Una vez más miré a lo alto: el viejo seguía en los brazos del santo... o *del* charlatán. Sentí que me tocaban el hombro. Era Damián.

—¿Valía la pena, no? —me dijo.

—Viejo, entre dos y seis de la tarde tenía planeado pasar un rato con un «pollito». Eso también valía la pena, ¿no?

ANGEL ARANGO • EL PLANETA NEGRO • ANGEL ARANGO • EL PLANETA NEGRO • ANGEL ARANGO • EL PLANETA NEGRO • ANGEL ARANGO • EL PLANET

El capitán Stefany se acercó al grupo de sabios que se hallaban sentados en torno a la mesa discutiendo las posibilidades del nuevo planeta.

—Estaremos en él dentro de dos horas.

Los cinco hombres se mostraron nerviosos con la noticia y comenzaron a moverse como ratones alrededor de la mesa cubierta de libros y papeles.

—¿Cree usted —preguntó tímidamente el biólogo Gámez— que podamos despaciar sin novedad?

—No cabe duda —dijo Stefany—. Este es un equipo perfecto. El más moderno que ha construido la Tierra.

Lukas, el químico-geólogo, se encogió de hombros y advirtió:

—Este planeta es diferente, ¿quién sabe lo que nos puede pasar? No hay atmósfera, no hay gravedad y no obedece a ningún sistema solar. Permanece ahí como un reto a todas las leyes conocidas: sin rotación, sin traslación y sin señales visibles de vida. Mire, Gámez,

no creo que tenga mucho trabajo. Voy a prepararle una selección de mis libros para que no pierda por completo su viaje.

El astrónomo, el físico-matemático y el capitán rieron. Gámez entonces se atrevió a señalar modestamente:

—Bueno, yo siempre espero encontrar vida en cualquier parte y en cualquier forma. La vida tiene más posibilidades de lo que ustedes piensan.

—Absolutamente —confirmó Mathias, el filósofo de la expedición.

Kirkwood se acercó al grupo para informar al capitán que la nave iba a comenzar la operación de despaciamiento.

—¿Tan pronto? —preguntó Lukas.

El capitán observó su reloj.

—Habrá habido un pequeño error. Por otra parte, esto lleva su tiempo. Sírvanse tomar las precauciones de costumbre.

Los cinco sabios se sentaron en las butacas de seguridad, en torno a la mesa, ajustándose las franjas protectoras. En silencio, frente a frente, cada uno observando los hechos desde el mundo de sus conocimientos, aguardaron a que la operación terminase.

El descenso y la estabilización sobre el planeta se efectuaron normalmente. La nave quedó atrapada en su trípode plegable y los hombres se dirigieron hacia las ventanillas inmediatamente que la señal verde indicó que la operación se había completado. Stefany vino hacia el grupo.

—Debemos vestirnos ahora para reconocer el lugar.

La temperatura afuera era de 120 grados bajo cero y la presión no existía. Kirkwood les ajustó los uniformes, que eran abrigo e instrumentos de observación a un mismo tiempo.

Comenzaron a introducirse en los grandes sacos herméticos, que les permitían investigar. Después entraron en la cámara de transición, de donde fueron saliendo uno a uno, en cadena, según la tradición de la astronáutica: el auxiliar delante, los sabios al centro y el capitán detrás.

Se encontraron ante un paisaje desolado, sin vegetación ni relieve. Con una superficie suave, casi pulimentada, sin luz exterior, pero que de sí misma emanaba una claridad metálica. Stefany procedió a emitir las señales convencionales del código intergaláctico.

No hubo respuesta.

Lentamente fueron avanzando sobre el helado planeta cuyo horizonte era una línea recta ininterrumpida.

—No veo nada —intercomunicó Gámez.

—No se impaciente, biólogo —dijo Lukas—. En cualquier parte podemos hallar una sorpresa. Esto me recuerda mi primer viaje a la Luna cuando niño.

—¡Tiempos románticos! Nos llevaban precisamente el último día de clase —dijo el físico-matemático.

—Justo —confirmó Stefany—, era la señal del fin de curso.

—Y uno caminaba y caminaba y todo se volvía cráteres y más cráteres —evocó Mathias.

Stefany aprovechó para preguntarle:

—¿Qué opina usted de esto?

—Es lo previsto. No hay vida visible, no hay relieve, no hay agua, no hay atmósfera, parece que caminamos sobre metal puro...

—Sí, eso es —dijo Lukas, el químico—. Es metal, un metal desconocido; es decir, una forma desconocida de metal.

Gámez entonces interrumpió la conversación:

—Yo creo que debiéramos traer el equipo móvil. Todo parece idéntico.

Los demás se mostraron conformes. Se inició el regreso a la nave.

El equipo móvil acomodó perfectamente a los siete hombres. Partieron en él a velocidad regular, mirando a uno y otro lado, conducidos por Kirkwood. El panorama idéntico se repetía.

Stefany miró su reloj para tener noción de la distancia, pues la monotonía del paisaje le impedía hallar puntos de referencia. Mantuvo también su ojo sobre el localizador automático para no perder la dirección de la nave.

Kirkwood guiaba prácticamente a la deriva; el capitán no le hacía ninguna indicación.

—¿Qué experimenta usted? —preguntó Gámez, que se había dado cuenta de la situación.

Stefany hizo señas de que guardase silencio.

—Me interesa ver cómo termina esto —advirtió en voz muy baja—. ¿Se ha puesto a pensar como biólogo en el sentido de orientación? Esta es una prueba difícil.

Gámez asintió.

Por más que Kirkwood hiciera un largo rodeo, los visitantes nada pudieron hallar en aquel planeta que fuera diferente a lo que ya habían visto. Ni una grieta en la superficie, ni un pequeño promontorio que llamase la atención. La energía solar no llegaba hasta allí y la falta de luz hacía que sólo pudiesen alumbrarse por la claridad metálica de la propia superficie.

—¿Qué nombre le pondrían ustedes? —preguntó Stefany.

—Yo le daría un número —dijo Ali Khad, el astrónomo.

Ling, el físico-matemático, estuvo conforme.

Lukas propuso denominarlo *Monotonía*.

Después del recorrido se encontraron de nuevo frente a la nave. Kirkwood efectuó la inspección del vehículo móvil y reportó que había quedado exhausto de energía.

Dentro de la nave, los cinco científicos comenzaron a preparar sus experimentos. La zona próxima fue aprovechada para dejar instalados los campos de estudio. Lukas preparó su «huerto experimental» con distintas siembras de ácidos diferentes que dejó sobre la superficie del planeta. Gámez situó un número determinado de organismos elementales resistentes al frío y a la falta de presión, para comprobar las condiciones de vida.

Entre Lukas y Ali Khad hicieron esfuerzos por extraer una muestra de la superficie, pero sin consecuencias, porque todos los instrumentos resultaban más débiles que aquella forma de metal.

En torno a la mesa se reunieron los siete después de quitarse los uniformes. Kirkwood trajo los alimentos concentrados y los distribuyó. Stefany fue por una botella de vino y la colocó en el centro.

Ali Khad se frotó las manos de satisfacción.

—Gran capitán —dijo volviéndose a Stefany—, es usted un hombre de nobles iniciativas.

—Estos lujos están reservados en la astronáutica para ocasiones importantes —señaló Stefany.

Los demás llenaron sus vasos.

—Pensé —explicó el capitán— que un vaso de vino nos ayudaría a reflexionar.

Gámez recordó entonces la conversación del equipo móvil.

—¿Y su experiencia sobre el sentido de orientación?

—¡Ah! —exclamó Stefany—. Kirkwood no se perdería en ninguna parte. Regresó aquí sin la ayuda de los instrumentos.

—No era mi propósito —dijo Kirkwood—. Solamente guié el equipo al azar en busca de algo de interés. En un momento dado me hallé frente a nuestra nave. Y, por cierto, sin más energía para continuar. Es extraño que el vehículo haya consumido tanto.

—¿En qué proporción? —preguntó Lukas.

—De acuerdo con el reloj, casi el triple.

—Yo creo —dijo Ling— que debiéramos proseguir este cambio de impresiones por un rato y luego descansar.

No tenemos aún datos suficientes para una discusión profunda.

—Es cierto, —repuso Lukas— debemos esperar el resultado de los primeros experimentos. Este es un planeta difícil, fuera de todo el orden existente.

—La oveja negra del firmamento —dijo Mathias.

Poco después se acomodaron en las literas de la nave, y mientras Stefany llenaba su cuaderno de bitácora, los cinco sabios y Kirkwood durmieron.

La primera sorpresa llegó cuando el capitán Stefany, viendo que todos descansaban y que la situación era normal, decidió acostarse también. Antes, como buen aeronauta, encariñado con la nave que lo llevaba a través del espacio, fue a verificar la lectura de los relojes de control en la pizarra central y encontró que la energía de reserva era mucho menor de lo que estimaba.

Acudió al libro de bitácora para comprobar sus anotanciones y encontró que, efectivamente, la cifra anotada a la llegada al planeta y el remanente de energía que ahora tenía no concordaban. Había una diferencia desfavorable. Sin pensarlo un minuto despertó a Kirkwood, que creyó hallarse en vuelo.

—¿Llegamos, capitán?

—No, Kirkwood.

—¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas la energía que quedaba cuando despaciamos?

—Sí, capitán. Teníamos 10 unidades.

—Kirkwood, el reloj marca ocho.

—Recuerdo perfectamente la cifra, capitán.

—Está bien, Kirkwood. Hay alguna deficiencia en el reloj. Entonces tomó al auxiliar por un brazo y le dijo:

—Ven, vamos a examinar el depósito. Lleva el radiomedidor.

Kirkwood y el capitán comprobaron que la cantidad de energía de reserva de la nave en aquel momento era de 8 unidades.

—Varios soles perdidos —contestó Stefany— y menos planetas.

Se volvieron y encontraron a Ali Khad, que estaba despierto.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Ha habido un error de cálculo. Tenemos una diferencia en la energía solar del depósito.

—En contra, supongo.

Gámez y Lukas habían despertado con la conversación y al cabo de unos minutos estuvieron enterados. Después se incorporaron también Mathias y Ling.

—Dígame, capitán —preguntó Gámez—, ¿eso afecta nuestro regreso?

—En absoluto. Necesitamos sólo 5 unidades para volvolver a la Tierra.

—Ahhh... —suspiró Mathias.

—Además, existen estaciones intermedias. Allí podríamos recargar. Gámez consultó su reloj y explicó:.

—Debo salir a ver el resultado de mi prueba. Ya es tiempo.

Se dirigió adonde estaban colgados los uniformes-instrumentos y se metió en el saco hermético con cuidado. Luego entró en la cámara de transición.

Lukas y Mathias siguieron sus pasos.

Afuera, los tres se inclinaron sobre los campos experimentales. Gámez se agachó junto a su caldo de cultivo y lo tomó en las manos enguantadas. Desplazándose pesadamente dentro del saco hermético fue hacia la nave.

Lukas le llamó por el intercomunicador personal, pero Gámez no respondía.

Adentro de la nave, Lukas explicó que los ácidos habían desaparecido sin dejar huella sobre la superficie metálica del planeta.

—Le llamé —explicó—, pero mi intercomunicador estaba descompuesto.

Gámez se inclinaba sobre su microscopio para verificar el resultado del experimento. Nervioso, con la angustia reflejada en las venas de la frente, hinchadas como ríos, dejaba que su curiosidad se vaciase sobre el campo visual del microscopio en una persecución incesante. Por último dijo:

—No queda materia viva... Ni rastro... Ha desaparecido por completo como si se hubiese evaporado.

En eso llegó Kirkwood informando que había habido un nuevo descenso en el reloj de la energía de reserva. Ahora marcaba 7 unidades.

Stefany, Ling y Lukas fueron a examinar nuevamente el depósito mientras Gámez preparaba un segundo cultivo de organismos monocelulares resistentes al frío y a la falta de presión.

—Está en orden —dijo Stefany—. No entiendo cómo podemos estar perdiéndola. La energía de reserva está sellada.

—Kirkwood —dijo de pronto—, vea el índice de la gravedad artificial.

Kirkwood acudió presuroso a la cabina de los mandos y regresó con la lectura anotada.

—Una pérdida grande que nos dejará sin presión ni gravedad artificial dentro de dos días.

Gámez entró entonces por segunda vez en la nave. Permaneció unos minutos dentro de su traje hermético como si fuese un robot a que hubieran puesto en posición de descanso.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó Mathias.

Gámez comenzó a quitarse el uniforme lentamente. Al quedar su rostro al descubierto dijo con seriedad:

—Estuve unos minutos observándolos. Hasta que uno comenzó a reducirse y terminó por desaparecer de mi vista; luego le siguieron dos, tres, y finalmente todos. Se disolvieron...

Mathias observó con calma a los demás.

—En mi opinión —dijo—, estamos en un planeta que repele toda forma de energía solar, de vida. Aquí no llegan los rayos de ningún sol porque son devueltos a su origen antes de alcanzar el planeta. Este planeta es el antiplaneta.

Stefany volvió a la cabina y cuando regresó informó que quedaban 6 unidades de energía.

—Es preciso tomar una decisión —dijo—. Propongo retirarnos.

—¿Sin haber hecho nada? —preguntó Ling.

—Justamente —dijo el capitán—; si nos demoramos un poco va a ser imposible en absoluto abandonar esta trampa y aquí nos disolveremos. Quiero la opinión de cada uno.

Lukas dijo que debían comunicar y pedir instrucciones.

—Vaya, Kirkwood —dijo Stefany—, pero dudo que si los rayos solares no pueden alcanzar al planeta, puedan hacerlo los de transmisión. Su opinión, Gámez...

—Si permanecemos no habremos resuelto nada.

—Nadie es útil después de muerto —advirtió Ali Khad.

—Entonces —resumió Stefany—, nos vamos. Prepárense para el despegue. Tomen sus asientos de seguridad.

Kirkwood regresó informando que el reloj indicaba ahora que había sólo 4 unidades. Stefany se despidió de los demás, lo que dio una idea de que aquel podía ser el último viaje.

Mientras los sabios esperaban con silencio humillante a que la nave dijera la palabra final, ésta se sacudió de un lado a otro sin que los motores hubiesen intervenido, osciló brevemente, y como despedida por la patada de un gigante, saltó dentro del espacio igual que un meteorito.

Los científicos se dieron cuenta de que habían dejado el planeta cuando Stefany apareció ante ellos.

—Nos arrojó como una piedra y ahora estamos navegando por nuestros medios...

Tardaron el doble del tiempo en llegar a RM-25, la estación interplanetaria más próxima, y estuvieron por largo rato buscando la entrada del dique de naves espaciales. La estación parecía enormemente grande.

—Nunca había estado aquí —explicó Stefany—; es una de las mayores del cosmos. No sabía que hubiera tales estaciones con diques tan enormes. Será difícil entrar.

Y lo fue, porque la nave tuvo que afirmarse con grampas y cadenas de presión al costado de un dique inmenso, como un barquichuelo a un muelle. Utilizando la escala portátil comenzaron a salir uno por uno.

Stefany, que iba al frente, descubrió, en vez de los sirvientes mecánicos acostumbrados, a los hombres de la Tierra que operaban la base acercándose desde lejos al astrobuque, cosa que indicaba alguna curiosidad. Cuando se les fue aproximando más notó que eran de gigantesca estatura. Volvió la vista hacia los compañeros y vio la silueta de su nave proyectada contra otra nave terrícola gemela, pero mucho más grande, como no había soñado siquiera con ver una en el espacio.

Y comprendió que, irremediablemente, habían dejado la mitad de su vida y de su cuerpo en *Monotonía.*

MIGUEL COLLAZO • EL ANGEL Y EL NIÑO • MIGUEL COLLAZO • EL ANGEL Y EL NIÑO • MIGUEL COLLAZO • EL ANGEL Y EL NIÑO • MIGUEL COLLAZO • EL

El padre sentó a su hijo en las piernas y le dijo:

—Te voy a contar un cuento sobre los saturnianos.

—¿Qué cosa es un saturniano, papi?

—Ya te darás cuenta de eso, y también te darás cuenta que en la vida, hijo mío, hay que tener los ojos muy abiertos. Escucha:

Era un domingo por la tarde y el niño, sentado en la puerta de su casa, miraba hacia ambos lados de la calle soleada y vacía. La tarde del domingo caía espesamente, y él se encogía cada vez más contemplando aquella soledad y aquel silencio, que eran la soledad y el silencio de todos los domingos, que había conocido. Pero cuando comenzaba a sentirse verdaderamente triste y solo, apareció por los cielos una gigantesca pompa de jabón. El niño corrió hacia el centro de la calle y siguió con la mirada los lentos giros de la burbuja que crecía continuamente. Y creció aquella pompa hasta alcanzar casi tres metros de diámetro, y para ese entonces, ya estaba muy

cerca de él, y descendía suavemente sobre los adoquines de la calle, justo a su lado.

De la esfera bajó un saturniano.

Era muy alto y esbelto, con grandes ojos negros, y una piel roja, radiante, cubierta por infinitas burbujitas de colores.

Dos haces de luz amarilla divergían del centro de su casco, como las antenas de los insectos.

Un silbido apagado se desprendió de su cuerpo al descender de la esfera y entrar en contacto con la atmósfera terrestre.

El niño no pareció atemorizarse en ningún momento por su aspecto. Y ambos se miraron tranquilamente a los ojos; se miraron como si se conociesen de toda la vida.

El saturniano avanzó hacia él.

—Hola —le dijo.

—Hola —respondió el niño.

El saturniano le mostró su pompa gigante, su esfera voladora y le preguntó:

—¿Te gustaría acompañarme?

Los ojos del niño brillaron de alegría, pero recordó algo y se le oscureció el entrecejo.

—No puedo...

Titubeó un instante y agregó:

—Estoy castigado.

—¿Por qué estás castigado?

Fue a mentirle, pero la mirada del saturniano se lo impidió.

—Oh... Rompí algo y me castigaron.

—¿Qué rompiste?

—Un vaso. Pero fue sin querer...

El saturniano hizo un gesto que el niño no comprendió.

—¿Y te castigaron por eso?

—Sí, papá me pegó y me castigó. Y me dijo que no me moviera de aquí.

—Humm —exclamó el saturniano y pareció sonreír—. Mira, hagamos una cosa...

—Sí —dijo el niño, alegrándosele nuevamente los ojos.

—Se trata de lo siguiente —continuó el hombre del espacio—. Yo *inventaré* un niño igual que tú. Lo sentaremos ahí y será exactamente como eres tú. Tan perfecta será la reproducción que papá no advertirá el cambio, no se dará cuenta de nada; *nadie* se dará cuenta. Y nosotros podremos irnos. ¿Qué te parece?

El niño miró fascinado al saturniano.

—Pero ¿cómo lo harás?

—Muy sencillo; mira.

Y ante los ojos asombrados del niño, apareció en la puerta de la esfera otro niño increíblemente igual a él.

—¡Oh! —exclamó—. Es igual que yo.

—Pero es sólo un robot...

—¿Un qué?

—Un ro... Es un muñeco. Un muñeco que se parece mucho a ti, nada más.

Y el *muñeco* que era igual que el niño fue y se sentó en la puerta de la casa, y apoyó el mentón en las rodillas, rodeó sus piernas con los brazos, y puso una cara muy triste; una cara igual que la del niño antes de la llegada del saturniano.

—Y ahora —manifestó el hombre del espacio frotándose las manos—, pasearemos y veremos muchas cosas...

—¿A dónde vamos a ir? ¿Iremos por el cielo?

—Si te gusta iremos por el cielo.

—¿Y podremos volar muy lejos sobre el mar, y volar hasta el campo y ver todos esos animales?

El saturniano sonrió. Y había algo misterioso en su sonrisa...

—Podremos —dijo—, si es tu deseo.

—¿Y estaremos volando todo el tiempo que sea, y no tendré que venir a lavarme la cara y acostarme?

—*No lo harás*... Nunca más lo harás —afirmó, y le mostró el muñeco, el robot—; el otro lo hará por ti.

Miró algo inquieto alrededor y le preguntó:

—¿Partimos ya?

—Sí —contestó el niño corriendo hacia la burbuja.

—Un momento —lo detuvo el saturniano—. Dame la mano, podrías extraviarte allá adentro muy fácilmente.

—Oh, no —rió el niño—. ¿Cómo podría perderme en un lugar tan chiquito?

—No lo creas así. Es muy grande. Ya verás.

Y cogiéndolo por un brazo entraron ambos por la abertura de la esfera.

Lo primero que vio el niño fue un inmenso valle donde abundaban toda clase de animales de muy vivos y variados colores, y luego que cruzaron el valle que parecía interminable, llegaron a una ciudad como de juguete que flotaba en el cielo.

El niño estaba maravillado y no cesaba de hacerle preguntas a su acompañante.

—Bien —dijo el saturniano—, agárrate fuerte que vamos a volar. Volaron muy alto.

Y el niño vio muchos niños como él, miles, millones de niños que también volaban y gritaban de alegría, y jugaban en el aire, en la ciudad, solos o acompañados por otros saturnianos.

—Oye —le dijo el niño a su extraordinario acompañante—, yo no sabía que las pompas de jabón eran tan grandes y tan lindas por dentro. ¿Son así todas las pompas de jabón?

—No lo creo. Esta es una pompa muy especial.

El niño lo miró seriamente a los ojos.

—¿Eres tú un ángel?

—¿Un qué? —dijo el saturniano.

—Un ángel —repitió el niño—. Un ángel del cielo, de Dios. ¿No sabes qué cosa es un ángel?

—No lo sé. Pero de todos modos, si te parece así, soy un ángel. Yo también vengo del cielo. De allá, de muy lejos, del planeta Saturno.

—¿Qué cosa es un planeta?

—Un planeta es... Bueno, un planeta es algo así como mi pompa de jabón...

—Ah —dijo el niño—. Y ahora ¿a dónde vamos?

—A la ciudad de los niños —respondió el saturniano y aceleró su vuelo a través de las nubes.

Cuando llegaron a la ciudad, el hombre del espacio le dijo:

—En esta ciudad puedes estar todo el tiempo jugando. Y puedes comer todo lo que se te antoje, y fumar hasta que te pongas verde de tanto tragar humo. Puedes ensuciarte la ropa y saltar y gritar cuanto quieras. Esta ciudad tan hermosa es de los niños, y está toda hecha de caramelo, y hay aquí millones de niños que jugarán contigo. Todos los niños de la Tierra están ahora aquí. ¡Tú eras el único que faltaba!

El saturniano miró hacia la ciudad y se frotó las manos complacido. Una nube oscura cruzó por sus ojos.

—Ve a jugar —agregó—. Más tarde vendremos a buscarlos.

Y desapareció entre las nubes cada vez más densas y negras.

El niño corrió feliz hacia la ciudad, y jugó con todos los niños del mundo, y comió dulces y tomó helados hasta hartarse.

A la caída de la noche el cielo se llenó de pavorosos ruidos, y los niños, poco a poco, fueron descubriendo con horror que sus cuerpos se les habían cambiado, y eran ahora como animalitos. Cuando deseaban gritar, sólo berreaban, o rebuznaban como asnos, o relinchaban como caballitos, o balaban como ovejas, o graznaban como gansos, o gruñían como cerdos o croaban como ranitas.

El niño comenzó a balar y llorar lleno de miedo; quería gritar y le salía un balido.

En eso se le apareció el saturniano, ceñudo y diabólico.

Soltó una carcajada.

—Ya está todo bien —dijo—. Estás convertido en una linda ovejita. ¿Lloras por regresar a tu casa? Ya nadie te querrá, ni siquiera tus padres. Ahora sólo sirves para ser comido, como todos los otros niños de la Tierra. Allá están los robots que los sustituyen. ¿Sabes tú lo que ocurrirá cuando los robots crezcan?

Del cielo bajaban unas horribles máquinas negras con grandes pinzas para recoger a los niños.

—Vamos —ordenó al saturniano a una de las máquinas—, ¡llévense a éste! ¡Al corral!

La máquina rugió y echó vapor y fuego por todas partes y se acercó pesadamente al niño.

Su pinza gigante se alzó muy despacio sobre su cabeza. Se balanceó un instante en lo alto y luego cayó bruscamente, silbando.

—¡Mamá! —gritó el niño y corrió llorando hacia la sala de la casa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

—Tengo miedo —lloriqueó el niño—. No quiero estar solo en el cuarto oscuro. ¡Mami, mami, los saturnianos me van a llevar!

La madre se volvió entonces hirviendo de cólera hacia su esposo que leía tranquilamente el periódico y le gritó:

—¡Animal! ¿Cuándo dejarás de hacerle esos cuentos horribles al niño antes de dormir?

Y luego, acariciándole la cabeza a su hijo, le dijo:

—Vamos, mi hijito, los saturnianos no existen. Son cuentos de papá. Vamos, yo voy a estar contigo.

Pero cuando entraron en el cuarto, el niño descubrió dos largas antenas que se movían suavemente en la cabeza de mamá.

—Está bien... —le dijo Doo a Oaj después de leer algunas partes de su libro sobre los terrícolas—. Pero... me parece que abusas demasiado de nombres fantásticos... de terminologías raras, de hechos absurdos.

Se echó hacia atrás en la silla y continuó:

—Por ejemplo, es ilógico que una ciudad pueda existir en la superficie de un planeta. Las ciudades se construyen bajo suelo; dentro de eso pueden haber variantes, pero siempre con un límite... razonable. Además, uno se abruma con tantos nombres raros: una ciudad que se llama *La Habana,* un hombre que se llama *Pedro,* una bebida que se llama... *bacardí.* En vez de túneles decir que son... *calles;* y todo eso de *camisas, pantalones, bigote...* En fin, sinceramente, me parece que abusas...

Oaj suspiró y miró sus cuartillas.

—Bueno, he tratado de crear un mundo, de darle autenticidad... Y si hay hombres realmente en la Tierra, su mundo tiene que ser como lo describo yo. No sé por qué, pero *tiene* que ser así.

Doo sonrió.

—Ah —exclamó—, te lo dijo un pajarito al oído, ¿eh?

Oaj se sorprendió.

—Óyeme, ¿qué quiere decir... *pajarito*?

JUAN LUIS HERRERO ● NO ME ACARICIES, VENUSINO ● JUAN LUIS HERRERO ● NO ME ACARICIES, VENUSINO ● JUAN LUIS HERRERO ● NO ME AC

T

Todo por un maldito cubilete. *Siete probabilidades contra una. Y en ello me va la vida.*

Se lo había dicho a Roberto:

—No sabes el odio que les estoy cogiendo.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Pues por su culpa estamos aquí.

—En todo caso sería del gobierno por habernos mandado.

—Si ellos no existieran, ya estaríamos de vuelta, ¿me entiendes? De vuelta. ¡Saca de ahí ese asqueroso seudópodo!

Rack, muy apenado, retiró el miembro sin atreverse a insistir.

—Ya ves, no son malos, quería acariciarte.

—Son unos asquerosos pulpos analfabetos —dije, mientras electrificaba toda la cubierta exterior de mi traje, para eliminar cualquier impureza de los tentáculos del venusino.

—¿Analfabetos?, querrás decir inocentes —me dijo Roberto— poseen inteligencia y son muy cariñosos. Imagínate que no lo fueran, sabiendo que nuestras pistolas solares son casi inofensivas para ellos.

—Pero a toda carga resultaría imposible que las resistieran. Así lo dio su análisis estructural.

—¿Y luego? ¿qué haríamos mientras se recargan nuestras pistolas, si se unen para atacarnos? Pues que nos destrozarían con sus tentáculos.

—¿Aún les tienes miedo?

—No, no tengo por qué. Aunque conocemos muy poco acerca de ellos, ya estamos seguros de que son incapaces de atacarnos, pero ten cuidado Carlos, si se reviraran sería mortal para nosotros.

—¡Bah! —contesté mirando a Rack que hacía cabriolas para llamar nuestra atención.

Rack era como todos los venusinos, asqueroso. Allí estaba, siempre cerca de mí, en espera de que le brindara alguna tarea. Recuerdo el día que lo tuve cargando piedras casi veinticuatro horas. Ni se cansó. Estaba satisfecho de cumplir mis deseos. No eran inteligentes como decía Roberto. Si lo fueran, ¿serían tan fieles a sus promesas? Sí, es cierto, aprendieron a mal pronunciar nuestro idioma, repitiendo nuestras propias voces. ¡Maldita sea! Rack había escogido la mía y no saben cuánto me irritaba oír mi propia voz emergiendo de aquel venusino pulposo.

Hacía ya tiempo que yo estaba esperando el cohete relevo de la Tierra. Principalmente porque nos traería armas neutrónicas, eficaces contra los venusinos. Sin embargo el cohete no llegaba. Roberto inquiría por qué ese interés mío en poseer defensas mortíferas contra aquellos seres que eran incapaces de atacarnos.

El día que tuve a Rack trabajando toda la tarde en la infecunda labor de cargar cerca de media tonelada de los pesados pedruzcos venusinos de sílice a un lugar

diferente al que le había ordenado la noche anterior que los llevara, tras una semana de tenerlo acarreando esos mismos pedruzcos de un paraje a otro, me entretenía en calcular un nuevo destino más accidentado al cual debía transportarlos por la madrugada. ¡Rack acariciaba hasta la dichosa media tonelada de rocas! ¡En dos semanas de cargarlas y descargarlas se había encariñado con ellas! ¿Qué hacer con aquel dichoso ser que tras despojarse de su verde espuma sulfurosa, equivalente a nuestro sudor, aprovechando un ligero respiro en el trabajo, mirándome lánguidamente con sus grandes ojos azules y redondos trataba subrepticiamente de acariciarme? No pude más, saqué mi pistola y apunté a su redonda cabeza.

—¿Qué haces, estás loco? —me gritó Roberto apartando el cañón de mi pistola de la cabeza de Rack.

—Déjame hacerle un disparo, uno solo, una pequeña descarguita en su cochino cerebrito...

—¡Dame acá! —gritó Roberto arrebatándome el arma asistido de su gran fortaleza.

—¡Déjame, vete al diablo!

—Si violentas a un venusino, no tendremos salvación.

—Uno solo, déjame eliminar a uno solo, a éste... —rogué viendo a Rack dar saltos juguetonamente alegre, ajeno a lo que pasaba.

—Carlos, ¡tú tienes neurastenia aterráquea!

—No es nada de eso, ¡dame mi pistola, c...!

—No, hasta que nos despaciemos un poco —insistió Roberto firmemente.

Antes de ir a despaciarnos, miré hacia Rack. Este movía sus tentáculos amistosamente, enviándome un cariñoso saludo de despedida.

«Ya verás, ya verás que un día te daré tu merecido, venusino de mierda», pensé antes de entrar en la cúpula despaciadora.

Nos quitamos los trajes, no sin antes haber ajustado la presión, atmósfera y humedad dentro del recinto. Me sentí muy aliviado al poder despojarme del traje espacial. No tenía ningún deseo de hablar con Roberto. Hace poco, si no hubiera sido por él, habría podido por fin dar muerte a Rack. Pero siempre me andaba restregando su autoridad por la cara y dándome órdenes. El era el jefe y existía esa diferencia entre los dos. Ahora lo único que era capaz de calmar mi justificado odio, era la máquina que tenía enfrente, en el centro de la instalación despaciadora. Ahí estaba la polisensitiva, de dos plazas. El de la derecha, mi sillón. En él encontraría a Julia, la Tierra, el oxígeno natural y no en los envases de nuestra escafandra, la vida alegre de mi planeta, desaparecerían los venusinos e inclusive Roberto y sus malditas recomendaciones. Fui sin decir nada hacia ella.

—Carlos, por tu culpa tenemos que usar la despaciadora con demasiada frecuencia. Ya sé que es agradable, pero, ¿te imaginas lo que sucedería si por cualquier percance no podemos recibir repuestos durante mucho tiempo? Yo no quiero ni remotamente pensar en que puedo contraer psicosis extraterráquea. Recuerda como antes de inventarse la desespacialización, un buen día Ricardo Carriri tuvo que ser recluido en una clínica, por su manía de ponerse una pecera en la cabeza.

«Yo no soy Ricardo Carriri», pensé. Aquel había sido uno de esos débiles espíritus que fueron afectados por una larga estancia fuera de la Tierra. «Psicosis extraterráquea», ese era el nombre con que se conocía una serie de desajustes psíquicos, provocados por la vida anormal que llevábamos nosotros los pioneros interplanetarios. Es algo así como la psicosis de guerra de tiempos pasados. Yo conocí a Ricardo Carriri en la escuela militar. Era un muchacho jovial, aunque un poco nervioso. Tras su estancia de dos años en Marte, le había sido imposible quitarse ciertas costumbres. Se había

vuelto anormal debido a que estuvo demasiado tiempo sujeto a un medio anormal, sin contar con una despaciadora. Pero eso de necesitar un casco cósmico para sentirse seguro es el colmo. Claro que uno se acostumbra a cuidarlo, revisarlo y pulirlo, ya que en ello le va la vida en medios donde la atmósfera es letal para los humanos. Y Carriri por no contar de regreso a la Tierra con un casco, comenzó a ponerse aquella dichosa pecera en la cabeza. Los médicos dijeron que era algo así como si a nosotros nos dijeran de pronto que debíamos andar sin ropas por la calle. Nuestro cuerpo, acostumbrado a la presión de los trajes de platilina, a la sensación de la seguridad térmica que ellos representan, se sentiría inmensamente incómodo sin ellos.

Por eso teníamos que desespaciarnos cada cierto tiempo. Es decir, a costa de una gran pérdida de energía, crear una atmósfera y presión artificiales en una cúpula de regulares dimensiones, vestirnos con ropas como las que usa cualquier humano en la Tierra y entonces... ¡ah, entonces usar la polisensitiva! Divina, magnífica, adorable maquinita, sumum de la creación científica del hombre, no importa que tuviera tubos, tornillos y chuchos, era algo vivo, familiar, humano.

Cuando salíamos de nuevo de nuestros trajes interplanetarios, Roberto me preguntó:

—¿Mejor?

—Sí —mentí, pues después de recrear el recuerdo de Julia en mi mente, en mis sentidos, sentía más odio aún por los venusinos.

—Estás usando mucho la polisensitiva, ten cuidado, no vayas a enviciarte. Ya no eres ningún muchacho —me advirtió Roberto sonriendo.

La maravillosa polisensitiva. Esa complicada máquina eje de cualquier buena despaciadora, me permitía revivir a Julia, aligerando la desgracia de nuestra separación. Desde la vista hasta el tacto eran recreados por ella para quien contara con los estímulos adecuados. Al salir de aquella máquina, casi podía decir que había estado unos minutos con Julia. ¡Y qué situaciones íntimas pude crear en la polisensitiva! ¡Qué bien reproducía hasta el color de la ropa interior femenina, de la piel, los muslos, la espalda!... ¡Qué estúpidos eran los moralistas que al principio atacaron a tan adorable máquina. ¡La denominaron, tratando de ridiculizarla, *polimasturbadora*. Pero ahora, comprobados sus buenos resultados, todos deseaban tener una y se hizo necesario que las estaciones pioneras interplanetarias la tuvieran. Las mujeres también protestaban al principio, al saber que cualquier hombre podía hacer con ellas, imaginativamente, lo que deseara. Pero luego, al aumentar el número de mujeres rumbo a estaciones pioneras y comprobar que ellas también podían a su vez, hacer con los hombres que quisieran cualquier cosa, por la fantasía mental de la polisensitiva, dejaron de protestar. Y los últimos moralistas estúpidos, afirmaron que el cosmos iba a ser en el futuro conocido como el mundo de *Onán*. Y se iba a llenar de humanos ojerosos y febriles, con el consiguiente agotamiento en el mercado de las pastillas X48 vigorizantes. Ensayaron su última campaña, pero cuando descubrieron al incorruptible director de ella, usando subrepticiamente una polisensitiva pequeña de experimentación, para soñar con su secretaria, se acabaron las protestas.

Roberto y yo tomamos nuestros exploramóviles individuales y partimos hacia la cordillera cercana, donde estábamos haciendo investigaciones minerales. Llevábamos dos venusinos en calidad de ayudantes, claro que no dentro del reducido espacio de nuestros exploramóviles, sino afuera, prendidos a la carrocería de viridium. A través de la transparente claraboya, veía los tentáculos de Rack adheridos al vehículo.

—Carlos, sígueme y no hagas más tonterías —me dijo Roberto desde su exploramóvil mediante nuestros micrófonos de ondas medianas.

Tras embestir algunos arbustos espinosos, chocar con pequeños promontorios, etc., fuí detrás de Roberto. A pesar de todos mis esfuerzos, Rack seguía afianzado a la claraboya. Lo miré largamente y desprendió un tentáculo para saludarme.

Terminada nuestra jornada de investigación, volvimos a la pequeña base que habíamos instalado al pie de un tupido bosque de las mortales zulfiritas, por donde los venusinos jugaban libremente. Cuando me bajé del exploramóvil, eché una mirada a Rack, que alegremente se internaba en el bosque jugueteando con sus congéneres.

—También hay oro —dijo Roberto, descargando un pequeño saquito con muestras minerales y al mirar hacia el bosque, donde desaparecía mi ayudante, añadió: —Carlos, todo sería perfecto si dejaras de odiarlo. Ellos son buenos, convéncete. Hoy volviste a atentar contra él.

—Sólo fue una diversión: Me gusta verlos saltar del exploramóvil, al lanzarme contra algún arbusto espinoso, y luego verlos insistir en agarrarse a la cabina con sus ventosas.

—No, lo que te gustaría es verlos no agarrarse de nuevo, debido a que han quedado destrozados por las púas de un lugulú o las aristas de un cuarzo gigante.

—Eso nunca ha sucedido.

—En contra de tu voluntad. A pesar de su inocencia, los venusinos son hábiles y saben defenderse.

«Un día no podrán y yo les habré ganado», pensé.

La noticia me aplastó. Se había aplazado la fecha para nuestro relevo. Por un tiempo indefinido, tampoco recibiríamos repuestos.

—¡Te lo dije! —exclamó Roberto.

—No tengo la culpa.

—No, pero sí de que tengamos casi agotadas las reservas de la despaciadora, debido a tus fobias venusinas. Dentro de poco no podremos usar nuestros exploramóviles por la falta de energía. Desde este mismo momento queda excluída la polisensitiva de nuestras posibilidades.

—Eso no Roberto, eso no.

—Ya te lo advertí.

—Pero la polisensitiva no, Julia...

—Julia es artificialmente creada por la polisensitiva, la verdadera está allá en la Tierra y vas a tardar mucho en volverla a ver.

—Sabes que deseo mucho a Julia. No elimines la polisensitiva.

—Es indispensable. Tu odio a los venusinos ha provocado esta situación.

—Ya te dije que no los odio, es que...

—Sí que los odias.

—No tengo por qué.

—¿Ah no? Pues te diré, yo sé el porqué de la aversión hacia estos seres que no nos hacen nada, salvo tenernos cariño y ser firmes a sus conceptos desinteresados. Te molestan sus buenos sentimientos, debido a que ponen en evidencia la maldad que puede haber en tí. Cada cual tiene una forma particular de ser que da pie en el individuo a un comportamiento determinado. ¿Y cuál es tu comportamiento hacia los venusinos? Sencillamente te inspiran odio. Así te ves libre de querer a un venusino deforme y monstruoso, cuya mayor ambición es acariciarte. Tú, como hombre, estás acostumbrado a considerar inferior a todo ser que repudies. Y sin embargo, estas criaturas, según tú atrasadas, dan lo mejor de sí, son menos indefensos y no están esclavizados por la cibernética como nosotros. Nosotros somos esclavos de este planeta y ellos libres. Y te da rabia reconocerlo. Inclusive los envidias por poder andar libremente entre

los mortales bosques de zulfiritas, allí donde no puedes entrar tú. ¿Son hermosas las zulfiritas? Ya lo creo, pero nunca podrás acercarte a ellas. Por eso las odias. Odias a nuestro gobierno que te ha hecho alejarte de Julia, en contra de tu voluntad, pero como temes que ese sentimiento a nuestra vuelta sea revelado por la detectora psiquiátrica, vuelcas ese odio contra los venusinos, a pesar de no ser ellos los culpables. En resumen, los odias simplemente porque ellos son buenos y tú no. Y solamente por eso has abusado de ellos, de nuestras reservas de energía y hasta de mi paciencia. Pues fíjate bien, se acabó la polisensitiva, se acabó Julia. Somos dos los que necesitamos de esas reservas que por tu culpa se han derrochado, cual si hubieran sido para ti solas.

—Ahora seremos uno —dije, mientras le descargaba la carga de mi pistola solar en la cabeza.

Al ser frenados los impulsos nerviosos de Roberto por la descarga, su cuerpo se aflojó. Un solo instante, y ya estaba muerto. Y yo me quedaba solo en Venus.

En la puerta, Rack me miraba fijamente, aplastado contra el suelo.

Sentí miedo, ¿y si a aquel bicho se le ocurría saltar sobre mí, ahora que mi arma se estaba recargando? Mas Rack ni se movió. Conté nerviosamente los minutos en que mi pistola sería capaz de volver a funcionar, observando los poderosos tentáculos que eran capaces de estar 24 horas cargando inútilmente media tonelada de cuarzos venusinos.

—¿Qué tal Rack? —pregunté para ganar tiempo.

—Bien —respondió Rack con mi propio metal de voz...

—¿Qué haces?

—Pienso.

No me gustó nada su respuesta.

—Roberto está dormido —dije señalando para el cuerpo tirado en el suelo.

—Sí, está dormido —me contestó mi propia voz.

«Maldito venusino, ya te enseñaré», pensaba. Tenía que vencerlo, tenía que eliminarlo. Ahora yo estaba desarmado. Hice como si estuviera muy ocupado arreglando una máquina computadora. Pero Rack seguía echado en la puerta observándome fijamente.

—¿Qué hacen tus amigos? —le pregunté señalando a los venusinos que allá afuera se entretenían retozando.

—Juegan —me contestó mi voz.

Mientras contaba los últimos minutos en que se recargaría mi pistola, volví a preguntar al venusino, sin que éste diera muestras de asombro por mi interés de conversar.

—¿Te gusta jugar?

—Sí.

¡Eso!, pensé. Sí, esa era la respuesta a mis deseos. Busqué a mi alrededor hasta encontrarlo: el viejo cubilete de Roberto. Haciendo sonar los cinco dados de marfil en su interior, volví a preguntar a Rack:

—¿Te gustaría aprender un juego de la Tierra?

—Sí, sí —me contestó, agitando sus poderosos tentáculos.

—Ven —le dije.

Fuimos hacia un claro. Ya mi plan estaba hecho. No había forma de que fallara. Había llegado mi hora y la última de Rack. Este iba detrás de mí, y algunos compañeros se le unieron, quizás al enterarse de que iban a aprender un juego de la Tierra. Yo sonreía, haciendo sonar los dados dentro del cubilete. Miraba allá, el cielo siempre lleno de nubes que impedían ver mi propio planeta. Nuevos espectadores se unieron al grupo. Mejor, necesitaba testigos, testigos de que todo iba a ser un juego.

Nos sentamos haciendo un círculo. Tomé el cubilete. No fue difícil explicarle a Rack cómo se jugaba.

—Allá en la Tierra siempre apostamos algo ¿qué tienes? —pregunté al inocente venusino.

—¿Yo?... nada... nosotros los venusinos no tenemos nada... —y su voz, es decir, la mía, reflejaba una gran pena por no tener nada que apostar.

—¿Pero no tienes nada, nada?

—No, nunca lo hemos necesitado. Lo mío es de todos, no poseo nada exclusivamente mío.

Yo sonreía para mis adentros, pues antes de hacerle la pregunta a Rack, ya sabía su respuesta.

—Es una lástima que no poseas nada, así no podremos jugar.

Rack, ese ser desposeído de todo, dejó caer fláccidamente sus tentáculos, lleno de tristeza. Pronto comenzó a humedecerse. Los venusinos lloran íntegramente, es decir con todo el cuerpo. Sus compañeros lamentaban también que Rack no tuviera nada que apostar. Y entonces tendí la trampa.

—Querido Rack, ya ves que yo quiero compartir contigo este entretenimiento de la Tierra, pero parece que va a ser imposible. Al menos que... oyé, ¿si tuvieras algo que apostar lo harías?

—Sí, sí... —contestó Rack agitando un seudópodo lleno de esperanzas, pero sin atreverse a acariciarme.

—Pues sí, tú tienes algo...

—¿Qué? —preguntó suavemente.

—Tu vida.

Miré alrededor. Los venusinos no se movieron. Todo era un juego. Al fin, manifestaron alegría. Rack tenía algo que apostar.

Comenzamos el juego. Mi vida contra la de Rack. Yo estaba seguro de ganar, pues el venusiño no tenía experiencia. Todos estaban entusiasmados. Y yo iba a matarlo.

Sin embargo Rack era inteligente. Así lo demostraba. Llegó un momento en que estábamos empatados a 8 puntos, el que hiciese dos más, ganaría, teniendo derecho sobre la vida del otro. Maldije mi apresuramiento, pues

debí escoger un juego en el que interviniera menos el azar. A pesar de que mi traje espacial me garantizaba una temperatura agradable, estaba sudando. Moví el cubilete y lancé los dados... un as, dos reyes y dos gallegos. Si conseguía en los dos tiros siguientes, sacar dos reyes más, haría una carabina de dos puntos y ya habría ganado. En el segundo tiro salió otro rey. Rack junto a sus compañeros miraba atentamente mi mano que agitaba el cubilete para el próximo tiro. Se oía dentro el ruido del último dado que pronto iba a rodar por el suelo venusino.

Y rodó... el cuadrado de marfil primero presentó la cara de una reina, luego la de un negro y al fin dando una vuelta completa, la de un as ¡Carabina!

—Perdiste Rack —dije, incorporándome, mientras llevaba la mano a mi pistola solar.

Rack me observaba, echado aún sobre el suelo. Me acarició las botas. Sus compañeros no expresaron disgusto alguno. Saqué mi arma y apuntando a su odiada cabeza disparé. Toda la carga solar de mi pistola se agotó sobre Rack. Este quedó quieto, sus ojos redondos estaban humedecidos, un estremecimiento y cayó hacia atrás. Fue fácil comprobarlo. Estaba muerto.

Miré a mi alrededor. Ningún venusino se había movido. Ninguna actitud de crítica vi en ellos. Electrifiqué mi bota derecha, que había sido acariciada minutos antes por Rack, y me dí vuelta para poder gozar solo de aquel momento. Ahora iría a la despaciadora, adonde Julia, sin Roberto, sin Rack, adonde podría recrear a plenitud mi victoria sobre los cariñosos venusinos. Ya sabría yo explicar la muerte de mi jefe cuando recibiera la orden de nuestro relevo. Sería difícil convencer a los inspectores de que un ser tan cariñoso, tan manso y bueno como Rack, había matado a Roberto. Pero no importaba, era mi palabra contra la de aquellos seres estúpidos. Ya mi pánico al descubrir la habilidad venu-

sina para el juego de dados había desaparecido. Me arriesgué mucho con aquel juego. Nunca se me ocurriría proponérselo a cualquier otro venusino, pues ya en el juego anterior vieron cómo debían agruparse los dados. Rack, el venusino cariñoso, ese que me miraba con ojos húmedos, mientras me acariciaba las botas con sus tentáculos, ese que nunca pude ensartar en las espinas de un lugulú, había muerto, destruido su sistema nervioso por mi pistola solar. Ahora era feliz y di varios pasos hacia la despaciadora donde me esperaba la polisensitiva y levanté la vista. A pesar de haber matado a Rack, me seguía siendo imposible distinguir a mi planeta, por las nubes que rodeaban a Venus.

De pronto sentí mi voz llamándome.

—Carlos, Carlos...

—¿Eh? —exclamó, mientras miraba con los ojos desorbitados, como el inanimado cuerpo de Rack, a quien había matado momentos antes, se iba incorporando.

—¡Pero yo te maté, te maté...! —exclamé, lleno de terror.

—Sí, —me contestó Rack— pero ¿no sabes?, nosotros los venusinos tenemos siete vidas. Nuestros organismos nerviosos pueden regenerarse esa cantidad de veces. Claro que tardamos unos minutos en hacerlo. Perdóname el tiempo que te he hecho perder para seguir el juego.

—¡No, no! —grité lleno de espanto, viendo a los vigorosos venusinos que me rodeaban alegremente.

—¡Sí, sí, sigamos el juego! —dijo Rack.

GERMAN PINIELLA ● LAS MONTAÑAS, LOS BARCOS Y LOS RIOS DEL CIELO ● GERMAN PINIELLA ● LAS MONTAÑAS, LOS BARCOS Y LOS RIOS DEL CIELO

M

Me llamo Juan, tengo once años y soy huérfano de padre. Todos mis amigos tienen padre y madre, pero yo soy el único huérfano del barrio. Hay un muchacho que hace poco se le murió un tío; pero un tío no es igual que el padre de uno.

Mi madre es muy buena conmigo y sé que me quiere mucho. Siempre cree todo lo que le digo y nunca me regaña. Cuando le conté lo del barco que volaba, me dijo que ojalá ella lo hubiera visto también y que la próxima vez que pasara uno la llamara para poder mirarlo. Mi padre se puso bravo cuando ella me dijo esto y se puso a pelear diciendo que no debía hacerme caso cuando me pusiera a contar boberías, porque me iba a convertir en un mentiroso. Lo que pasa es que la gente cuando crece deja de ver ciertas cosas. Claro, que ese no es el caso de mi mamá. A veces, cuando mi padre se quedaba hasta tarde en el trabajo, nos sentábamos en el portal y mirábamos las estrellas. Entonces mi madre me contaba

cosas del cielo y los planetas y de cómo si uno dibuja unas rayitas de unas estrellas a otras, se forman las constelaciones, que quiere decir cómo el cuerpo de una figura y las estrellas son los brazos, los ojos y demás. Yo nunca me acuerdo de los nombres que tienen las figuras, pero sí sé que algunas son como barcos y otras como montañas y hasta hay una que se parece a un río. A veces nos pasábamos mucho rato mirando estas cosas, pero cuando llegaba mi padre, mamá me dejaba solo y se iba a prepararle la comida y entonces no veía ni las montañas ni los barcos ni nada.

Mi madre me advertía que no le dijera nada de esto a papá, que era un secreto entre nosotros dos; pero el día que vi el barco volando no pude aguantarme y fui a decírselo sin darme cuenta de que papá estaba delante. Entonces fue que empezaron a pelear y mamá hasta lloró por su culpa. Cuando vi que ella estaba llorando, le di una patada y le dije que lo iba a matar; pero él en vez de pegarme, nada más que me miró y se fue a su cuarto. Esa noche cuando me acosté, mamá me dijo que lo que yo había hecho era muy malo y que mi padre estaba muy triste. Pero yo sabía que era mentira y que mi padre quería engañarla.

Durante unos días me dejaron hacer todo lo que quería. Hasta correr sin zapatos por el patio. Yo sabía que tenían algún plan porque un día los oí hablando en la cocina de que iban a mandarme por un tiempo a casa de mi tía en Camagüey. Mi padre decía que era por mi bien, que allá podía jugar todo lo que quisiera. Pero es que él estaba celoso porque sabía que mamá me quería más que a él. Yo me daba cuenta de que mi padre me odiaba. Y yo a él.

Tenía que hacer algo para que no me separara de mi madre y me senté a pensar debajo de la mata de mamoncillo que está en el patio. Fue en eso cuando vi la bola.

No sé cómo llegó, pues nunca la había visto hasta ese momento. Era como de cristal y brillaba mucho y se movía a gran velocidad. Rodaba de un lugar a otro del patio, como buscando algo, y poco a poco se fue acercando al lugar donde yo estaba. Sin que se diera cuenta me levanté y corrí hasta el garaje. Sabía que papá tenía un jamo allí guardado para cuando iba a pescar y con eso podría cazar la bola. No me fue muy difícil hacerlo.

Cuando regresé al patio lo hice muy despacito para no asustarla. Pude ver entonces, que la bola también estaba cazando. En el tronco del mamoncillo estaba una lagartija con la cabeza para abajo. La bola se le acercaba brillando cada vez más y la lagartija sacaba y metía el pañuelito del cuello, pero no huía. No sé qué tiempo estuve mirando; lo único que recuerdo es que de pronto la lagartija desapareció y la bola se quedó quietecita, poniéndose más grande y más chiquita, como si masticara y hasta podía oír cómo partía los huesitos de la lagartija.

Cuando le eché el jamo por poco me lo arranca de la mano, pero lo aguanté bien duro y al poco rato dejó de brincar y de moverse. Al fin pude darle vuelta y la bola quedó en el fondo de la malla. Su luz subía y bajaba, por lo que me di cuenta de que estaba muy cansada, así que aproveché y corrí hasta la casa para esconderla.

Mi casa es una casa antigua que tiene un desván al que se sube por una escalerita de mano desde el segundo piso. Allí es donde se guardan las cosas viejas y algunas veces, cuando mi padre estaba en la casa, yo me metía allí a jugar. Llevé la bola al desván y la puse en una caja vieja de zapatos, echándole primero un poco de algodón y algunos trapos para que estuviera cómoda. Como no sabía si tendría hambre todavía, bajé al patio y cogí dos o tres lagartijas. Cuando se las eché en la caja desaparecieron en la misma forma que la que ella

había cazado. Entonces sentí una cosa muy rara dentro de la cabeza. Era como si me hablaran, aunque no oía nada. Pensé que me estarían llamando y bajé, pero mi padre y mi madre estaban conversando en la cocina y cuando entré se callaron. Mi madre se me acercó y me abrazó, preguntándome si no me aburría solo en la casa. Yo le dije que no y por poco le cuento lo de la bola, pero me aguanté porque papá estaba delante y a lo mejor me la botaba.

—¿No te gustaría ir a casa de tu tía por unos días? —me preguntó papá.

—No quiero ir a ningún lado. Estoy bien aquí.

Mamá me dijo que allí podría jugar con mis primos y montar a caballo y bañarme en el río. Le pregunté que si ella iría conmigo y me contestó, que ella tenía que quedarse para cuidar a papá.

—Entonces no voy —le dije a mi padre.

—Tienes que ir porque tu madre y yo nos vamos de viaje.

Miré a mamá y me di cuenta que era verdad. Papá se la llevaba y quería quitarme de en medio. Salí corriendo de la cocina y subí al desván. Tenía que hacer algo. No podía dejar que él me robara mi madre.

Cuando entré al desván lo primero que hice fue buscar la bola. No estaba en la caja de zapatos y pensé que se había escapado, pero entonces la vi en un rincón. Había crecido hasta casi el doble del tamaño que tenía cuando la dejé y me asusté mucho. Iba a salir corriendo cuando sentí lo mismo de un rato antes. Una cosa muy rara dentro de la cabeza. No sé por qué pensé que aquello tenía que ver con la bola. Me acerqué a ella y me di cuenta de que me hablaba. No con palabras, sino con aquello que sentía dentro de la cabeza. Me dio las gracias por las lagartijas y me dijo que si no hubiera sido por mí se hubiera muerto de hambre, porque ya casi no le quedaban fuerzas para cazar. Venía desde muy lejos y se había perdido. No venía sola, pero sus compañeras habían muerto al llegar aquí y ahora no sabía que hacer. Le dije que si quería se podía quedar, que yo seguiría trayéndole lagartijas y podríamos ser amigos y jugar juntos.

Sentí una gran sensación de agradecimiento y de cariño de parte de aquella cosa y casi me olvidé de lo que había dicho papá. De pronto me acordé. ¿Qué haría mi bola mientras yo estuviera en casa de mi tía? Pensé que a lo mejor no volvía nunca y entonces no vería más a mi madre ni a mi bola. Ella pareció darse cuenta. Comenzó a brillar y a brillar que parecía que iba a estallar. Sentí la pregunta: «¿Por qué iban a mandarme lejos?» Era la primera vez que tenía alguien a quien contarle mis problemas. Le dije cómo mi padre quería robarme mi madre y cómo nunca creía nada de lo yo decía. Ahora quería mandarme a casa de mi tía para que yo no lo estorbara y entonces no íbamos a poder jugar juntos ni yo le iba a poder traer lagartijas.

La bola pareció crecer más y más. Sentía dentro de mí el odio que crecía en la bola hacia mi padre. «Mátalo, mátalo», decía la bola dentro de mi cabeza. Parecía querer romperlo todo. Se revolvía en el rincón y destrozaba, nada más que de tocarlos, los trapos y palos viejos que estaban a su alrededor. «Mátalo, mátalo», repetía. En eso oí que me llamaban. Le dije a la bola que volvería y bajé corriendo a la cocina, quitando antes la escalera que sube al desván.

Papá y mamá me esperaban muy sonrientes.

—Hemos pensado que es mejor que tú vengas con nosotros en el viaje —dijo papá.

Yo sabía que aquello era un truco para tranquilizarme. Seguramente iríamos los tres a Camagüey, pero una vez allí me dejarían en casa de mi tía y ellos se escaparían a otro lugar donde yo no pudiera encontrarlos. Pensé que era mejor seguirles la corriente. Miré a mamá y la vi

muy sonriente. Comprendí que papá la había engañado por completo.

—¿Puedo llevar mi bola?— pregunté a papá.

—No te hará falta. Tus primos tienen toda clase de juguetes.

—Mi bola no es un juguete. Está viva.

Mis padres se miraron y mamá bajó la cabeza, dejando de sonreir.

—Ya estás otra vez con tus mentiras —gritó papá.

—No es mentira —dije llorando—. La encontré en el patio y le di lagartijas para que comiera y si me mandas para Camagüey te va a matar.

Cuando mamá oyó esto, se levantó y le dijo a papá que me había puesto nervioso y que me dejara tranquilo, que a lo mejor había encontrado cualquier cosa en el patio y que ya se me pasaría. Papá dijo que sí, que *a lo mejor* era una tarántula o una cascabel, pero parecía más calmado.

—Está bien, puedes llevar tu bola —dijo.

Yo no podía creerlo. Mi padre sonreía y mamá estaba de lo más contenta.

—Ven a verla. La tengo en el desván.

Papá no se decidía, pero mamá le sonrió y le habló bajito.

—Bueno, vamos.

Subí corriendo las escaleras y esperé a papá en el segundo piso. Cuando lo vi venir y le miré a la cara, me di cuenta de que me había engañado otra vez. No creía en mi bola ni en nada. Lo estaba haciendo nada más que para engañar a mamá.

—Tú no crees en mi bola, ¿verdad?

—Sí, hijo, sí. De verdad.

«Bola, Bola», pensaba yo, «no me cree, me ha engañado».

—¿Aquí? —preguntó siguiendo su juego.

—No, en el desván. Sube —le dije—, allí está la escalera.

La apoyó contra la pared y subió. Yo lo seguí. En cuanto entró en el desván cerré la trampa que servía de puerta y quité la escalera, quedándome abajo. Oí cuando me *llamaba*, pero no contesté. Y entonces sentí a mi bola. La sentí *como si* fuera yo mismo. «Mátalo, mátalo», decía. Y corría por todo el desván y yo sentía cómo crecíamos los dos al mismo tiempo y brillábamos cada vez más y más. «Mátalo», decía la bola. Y mi padre gritando, pero los gritos no se oirían abajo. Y la bola y yo que sentíamos «mátalo, mátalo y mátalo». De pronto supe que todo había terminado. Ya no me iría a Camagüey ni mi padre se llevaría a mamá. Bajé a la cocina y la encontré preparando la comida. Me preguntó por papá y le dije que enseguida venía. Le pedí ir al portal para mirar las estrellas.

Salimos y nos sentamos en el quicio como hacíamos siempre y entonces me enseñó las montañas y los barcos y los ríos que hay en el cielo.

—Mami —le dije— mañana te voy a enseñar mi bola. Te va a gustar mucho.

Me abrazó, me dio un beso y me quedé dormido.

MANUEL HERRERA ● EL PIROTECNICO LI-SHIAO ● MANUEL HERRERA ● EL PIROTECNICO LI-SHIAO ● MANUEL HERRERA ● EL PIROTECNICO LI-SHIAO

El edicto recién promulgado provocó comentarios de duda, de incredulidad, y hasta risas en algunos casos.

«Yo, Shen-Woung, Emperador de Catay, declaró: Que todos los habitantes de la ciudad deben reunirse el domingo en la plazoleta del templo de Shin-Tan, desde donde partirá el pirotécnico Li-Shiao hacia la luna. Que todos debemos rendirle homenaje a quien los dioses han entregado el poder de ser el primer hombre que suba al cielo».

El pueblo seguía el paso del pregonero que por calles y plazas comunicaba gustoso la decisión del mandarín; pero no todos los habitantes de la ciudad daban la debida importancia a aquel histórico acontecimiento; para los amigos de Li-Shiao no pasaba de ser una divertida broma.

—¿Cómo va a llegar ese idiota a la Luna?

—¿Quién va a creer que los dioses han entregado algún poder a Li-Shiao?

—¡El mandarín debe estar loco!

—O Li-Shiao lo ha embromado.

Pero el humilde pirotécnico de la Calle de la Melancolía estaba decidido a cumplir sus planes; juntó varios cohetes de los más grandes que poseía y los llevó al patio donde los amarró a un desvencijado tonel. Cuidadosamente colocó el tonel dentro de un tosco artefacto que hacía las veces de catapulta de lanzamientos.

—Cohete de pruebas número seis —se dijo en voz baja, y prendió la mecha central que fue comunicándole fuego a otras mechas más pequeñas, que, a su vez, hicieron estallar los cohetes. El proyectil salió disparado de repente a gran velocidad, y fue haciéndose cada vez más pequeño. El pirotécnico lo miraba alejarse lleno de alegría.

—Allá va, hacia la Luna —murmuró, y continuó escudriñando el cielo aun cuando el tonel no era más que un diminuto punto en el espacio azul. Poco a poco fue desapareciendo de su vista. Sus ojos, más pequeños aún a causa de la gran luminosidad del día, intentaron retener la imagen que se esfumaba en las alturas. Bajó la cabeza y dejó vagar la mirada. A poco creyó oír cómo el tonel se estrellaba con fenomenal estruendo contra los cráteres lunares.

—Hay que mandar a Li-Shiao a la luna como sea —gritó histérico el mandarín, mientras sus criados buscaban refugio tras las gruesas columnas del palacio. El mandarín se levantó del trono y dio unos pasos por el salón golpeando fuertemente con ambos pies el lujoso enlosado, estrujando una y otra vez el fino pergamino que tenía en las manos. Cruzó los brazos a la espalda y se paseó buscando una solución.

—¡Qué venga Yen-Set! —gritó.

Precedido por un golpe de gong, repetido *insistentemente* por el eco, hizo su entrada el ministro de Asuntos Interiores que en señal de sumisión se echó a los pies del monarca. Sin hacer caso de aquella ansiosa pleitesía, Shen-Woung le colocó delante de las narices el pergamino.

—¿Sabes lo que es?

—No sé leer —dijo el desconcertado ministro, mientras paseaba una mirada bovina sobre el pergamino.

—¡Idiota! ¡Es un ultimátum del Emperador de la Manchuria!... ¡Escucha!

El mandarín carraspeó varias veces y comenzó a leer con voz engolada: «En la tarde de ayer un extraño artefacto cayó en las caballerizas del Honorable Emperador de la Manchuria, provocando la muerte de tres de sus mejores caballos descendientes de los que un individuo de raros ojos y blanca piel hubo obsequiado a uno de los Ilustres Antepasados de Su Majestad, el Emperador de Catay. El proyectil, de forma parecida a la de un tonel de vino, estalló al hacer contacto con la tierra lanzando aros de metal y pedazos de madera que fueron los causantes de las pérdidas antes referidas. Esta es la tercera vez en el curso de una semana que voladores chinos caen en territorio manchuriano; como no tenemos noticias de que sea Año Nuevo no estamos en disposición de consentir estos actos y demandamos la rápida indemnización y el cese inmediato de dichos actos o Catay y la Manchuria se verán abocados a un conflicto armado. ¡Y no se anden confiando en las murallas! Le reitero la alta estima en que todos los manchurianos tenemos al Emperador de Catay: (Firmado) Luang-Pan, Ministro Encargado de Asuntos sin Ubicación»... ¡Comprendes, imbécil! ¡Tres caballos! ¡Esto es la ruina del Imperio de Catay!

Como era de esperarse, la fecha del lanzamiento fue adelantada para el viernes por la noche. El pequeño pirotécnico se quejó por todos los medios a su alcance. Alegó que los viernes no hay luna llena, que sería peligroso que lo lanzaran en cuarto menguante porque como la luna es tan pequeña entonces, resultaría más difícil dar en el blanco. Pero el mandarín vetó su reparo alegando a su vez que si no podía tener la luna entera se conformara con un pedazo de ella, que el reino no podía seguir sosteniendo *pérdidas* económicas.

Pataleando y vaticinando un seguro fracaso, Li-Shiao fue llevado a la fuerza por los guardias a la plazoleta del templo de Shin-Tan donde el pueblo y el mandarín esperaban impacientes. Cuando las antorchas de los guardias aparecieron por la bocacalle la multitud rompió en vítores. El ministro de Asuntos Interiores se acercó al mandarín y le dijo al oído:

—¿Soltamos las palomas?

—No... Ni una moneda más de gastos.

Li-Shiao fue empujado a los pies del monarca.

—Su Majestad —dijo, en tanto hacía reverencias como si su columna vertebral estuviera accionada por un resorte. —Esto es una locura; me manda usted a una muerte segura. ¡Esperad al menos hasta el domingo!

El mandarín ordenó que le engancharan los cohetes a la espalda. Los soldados agarraron a Li-Shiao, que estaba hecho un puro temblor, y le ajustaron la cohetería encima.

—¡Fuego! —berreó el monarca.

Pero el pequeño pirotecténico, fuera de sus cabales, se echó a correr por la plaza emitiendo gritos de terror que se confundían con los clamores de la multitud. Unas veces arrinconado por los soldados, otras por algunos de los circunstantes, que no querían perderse aquella diversión.

Li-Shiao por fin fue acorralado. Cada vez se estrechaba más a su alrededor el anillo humano. Sin percatarse de lo que había a sus espaldas, bruscamente dio marcha atrás y revolvió una de las piras que ardían para iluminar la plaza. De ella se escapó una vigorosa llama que dio fuego a la cohetería que llevaba a cuestas. Li-Shiao fue expelido hacia arriba violentamente entre gritos delirantes, primero en línea recta, luego revoloteando por encima de las cabezas de los circunstantes. Finalmente, describiendo un arco ascendente, Li-Shiao cobró altura. El mandarín vio desaparecer la roja llama como un punto más en el estrellado cielo de Catay.

—¡Por todos los dioses! —se dijo—. ¡Ahora vendrá otra protesta del Emperador de la Manchuria!

Aun después de perderse la roja llama en la estratósfera, la multitud continuó aclamando al pequeño pirotécnico.

—¡Escribe cuando llegues! —gritó una anciana.

Y todas las voces corearon: ¡Li-Shiao! ¡Li-Shiao! ¡Li-Shiao!

El mandarín se alejó calle abajo, seguido de su séquito, con la cabeza queriéndole estallar por tantos y tan explosivos problemas de Estado.

—¿Qué es eso que se acerca? —gritó el comandante observando el espacio sideral por la ventanilla de la nave.

El navegante dirigió la vista a la pantalla telescópica.

—¿Un chino? —dijo extrañado.

—¿Un chino? —repitió el comandante más extrañado aún.

—¡No entiendo, viene sin nave!

—¡Flota en el espacio!

—No, no flota; avanza como si hubiera sido impulsado...

—¡Qué raro!

—¡Cuidado! ¡Cuidado! Chocará con nosotros... ¡La red, la red! ¡Lancémosla! ¡Lancémosla!

Una gran red fue desplegada en el espacio de la punta a la cola de la nave, el pirotécnico quedó atrapado en ella. Rápidamente, como si fuera un barco pesquero, la nave recogió su presa y se la introdujo en el vientre.

No sin grandes trabajos el pirotécnico fue extraído de entre las mallas de la red y sentado en una silla bajo la mirada curiosa de los cosmonautas. La rigidez de su cuerpo era absoluta; tenía los ojos bien abiertos. De ellos salía una mirada de terror, fija en un punto indeterminado.

Los cosmonautas lo acosaron a preguntas.

—¿De dónde vienes?

—¿En qué tipo de nave viajabas?

—¿Adónde te dirigías?

—¿Cómo te llamas?

Pero el pirotécnico permanecía mudo, pétreo, impasible.

—Debe ser un sobreviviente de alguna expedición espacial china destruida por una colisión. Seguramente sufre un shock espacial —pensó el comandante unos instantes antes de formular una orden.

—¡Colóquenle los convertidores de pensamiento!

Varios de los tripulantes ajustaron los electrodos en la cabeza del pirotécnico.

—¡Jefe! —exclamó el navegante asiendo al comandante de un brazo y conduciéndolo a cierta distancia de los demás tripulantes. —¿Lo llevamos al planeta Elíptico?

—¡Qué remedio!

Pero... ¿Y nuestros secretos militares?

—No podemos abandonar a un náufrago, ya veremos cómo nos las arreglamos... ¡Comiencen!

En las pantallas comenzaron a reflejarse los pensamientos del chino. Los cosmonautas vieron la plaza, el templo, el mandarín; vieron a Li-Shiao mientras hacía reverencias y era acosado por los guardias, por la gente.

De repente en la pantalla aparecieron unas palabras subtitulando las imágenes: «Se lo dije al mandarín, esto no dará resultado; hay que aguardar a la luna llena. Se lo dije al mandarín...»

—¿Comandante, en qué lugar de la tierra puede ocurrir esto hoy?

—En ninguno. ¡Miren, ahora se eleva!

La plaza volvió a verse en la pantalla; el comandante aventuró una hipótesis:

—¡Este hombre es un caso extraordinario! Empíricamente debe haber descubierto el modo de cruzar la barrera del tiempo. Ha salido del siglo catorce de la cronología cristiana hasta —hizo una pausa— ¡aquí!

—¿Aquí?

Miradas enigmáticas convergieron sobre el comandante.

—¡No es posible!

—Debemos procurar que se reponga del shock y nos cuente como lo ha hecho.

Los medios empleados por los cosmonautas para que Li-Shiao se recobrara del shock no dieron resultado. Por espacio de tres meses se esforzaron en echar abajo el infranqueable muro que representaba aquel pensamiento obsesivo: «Se lo dije al mandarín...» Pero no tuvieron el menor éxito. Para conseguir que Li-Shiao resultara más maniobrable lo sentaron en posición de orante con los brazos formando una equis sobre el pecho y ambas palmas extendidas y aplastadas sobre el pecho a la altura de los hombros.

Aquella posición recordaba a los cosmonautas una figura asiática. Eran dueños de una memoria provista de un sinnúmero de registros, y después de algún tiempo pudieron desentrañar el dato preciso.

—¡Eso es! ¡Eso es! —dijo el comandante cierto día. ¡Se parece a un yoga hindú!

Como último recurso, alguien propuso que se le sacara de nuevo al espacio para ver si reaccionaba. Y amarrado por medio de un cable a la cola de la nave continuó viajando hacia el planeta Elíptico. Cada mañana se le entraba y era estudiado por la tripulación. Al no evidenciarse ni tan siquiera la más ligera mejoría era devuelto al desguarecido espacio.

Fue en una de esas entradas y salidas, ya muy cerca del planeta Elíptico, que una misteriosa explosión hizo trizas la nave. El cable se quebró, y dando una serie de volteretas enormes que le parecieron durar una eternidad, Li-Shiao, acostumbrado a ser catapulteado, una vez más náufrago en el espacio, fue atraído al seno de la Elipse. Sin inmutarse, sin abandonar su posición yoga, *elipsó* suavemente.

Estaba sentado, coronando la montaña de ruinas en que se había convertido la nave. Atemorizados, los elipcianos que andaban por aquel lugar se fueron aproximando poco a poco; algunos lo tocaban y se apartaban de él presurosos. Pero el pirotécnico seguía inmutable. Tampoco la experiencia que acababa de sufrir lo había hecho reaccionar.

—¡Miren! ¡Miren bien! —dijo uno que se atrevió a acercarse más que el resto. ¡Sus ojos son elípticos!

—¿Elípticos?... ¡A ver! —dijo otro de los elipcianos allí congregados metiendo las yemas de sus índices en los ojos rasgados del pirotécnico. ¡Sí, sí, elípticos!

El pequeño grupo de elipcianos que lo rodeaba se arrodilló ante él rindiéndole pleitesía. Apareció una parihuela y colocaron al pirotécnico, que no había abandonado su posición yoga, encima de ella. Así lo llevaron por los caminos. Viajaron incontables días. Mucha gente lo vio, se arrodilló ante él y lo adoró como a un dios.

 Lo coronaron Rey de la Elípse; pero el asiático no daba señales de vida.

Muy pronto sus adoradores se aburrieron de él.

—No puede ser rey, no habla.

—¿Qué hacemos?

—No sé.

—¿Continuamos la peregrinación?

—Estoy que no puedo con mi alma.

—Me lo llevaré a casa como trofeo.

—¡Muy bien! —corearon los elipcianos que transportaban la parihuela con el dios encima.

Pero muy pronto este elipciano también se aburrió de él. Después de despedir al hombre encargado de alimentarlo con un biberón, vendió aquel dios venido a menos a un buen precio. El comprador, a su vez, volvió a venderlo, a mejor precio incluso, y así fue pasando de unas manos a otras hasta que cayó en las de un anticuario, que lo colocó en la vitrina de su humilde tienda. Allí pasó meses y meses en exhibición, mientras era alimentado con leche en biberón.

Más tarde fue comprado como adorno por una familia que también tuvo que deshacerse de él, ya que asustaba a los niños. Esta vez le cupo la desdicha de ir a parar a un basurero. Unos niños que jugaban allí no hicieron más que verlo y pensar que podían patearlo como a una pelota. Bien pronto se dieron cuenta que Li-Shiao carecía de la facultad de rebotar, y desistieron de seguirlo pateando. Lo dejaron allí tirado. Un monje mendigante que se disponía a escarbar entre los desperdicios, lo descubrió y cargó con él convencido de que haría una buena estatua. Lo colocó en lo alto de un cerro y lo anunció como un santo milagroso que podía curar a los enfermos. Cobraba veinte centavos elípticos por dejarlo ver y se enriqueció. Poco a poco le construyeron un templo al

que acudían cada año en peregrinación miles de tullidos, mancos, idiotas, paralíticos, dementes y cuanto ser enfermo existía sobre la Elípse. Los peregrinos entonaban oraciones y prendían cirios en su nombre.

Desde el altar Li-Shiao los contemplaba inmutable en su posición yoga, con sus tripas consumidas por el hambre; veía a los tullidos bailar cuando eran curados, a los locos hablar con coherencia, a los ciegos discernir la luz del día, pero persistía en su petrificación incondicional. Y cuenta la leyenda que en las noches de frío, cuando el hambre es más fuerte, se oye la voz del dios resonar entre las columnas del templo.

«Se lo dije al mandarín, esto no dará resultado...»

BIBLIOGRAFIA DE LOS AUTORES

ABASCAL, JESÚS (1934). *Soroche y otros cuentos,* Ediciones El Puente, 1963. *Staccato,* Cuadernos Unión, 1967.

ACOSTA, LEONARDO (1934). «El tío» pertenece al volumen de cuentos *Paisajes del hombre,* Ediciones Unión, 1967.

ÁLVAREZ BRAVO, ARMANDO (1938). *El azoro* (obra poética), Cuadernos Unión, 1964. *Órbita de Lezama Lima* (antología), Colección Órbita, 1966. «El palacio» es un cuento inédito.

ARANGO, ANGEL (1926). *¿Adónde van los cefalomos?* (ciencia ficción), Cuadernos Erre, 1964. *El planeta negro* (ciencia ficción), Serie del Dragón, Ediciones R, 1966. *Robotomaquia,* Cuadernos Unión, 1968.

ARENAS, REINALDO (1943). *Celestino antes del alba* (novela), Contemporáneos UNEAC, 1967. Tiene en prensa una novela de carácter histórico, además de inédito otro volumen de cuentos.

ARRUFAT, ANTON (1935). *Nuevos cuentistas cubanos* (antología), Casa de las Américas, 1967. *Teatro,* Ediciones Unión, 1963. *En claro* (obra poética), 1962. *Repaso final* (obra poética), Ediciones R, 1964. *Mi antagonista y otras observaciones,* Cuadernos Erre,

1963. *Todos los domingos* (Teatro), Cuadernos Erre, 1965. Tiene inédita una voluminosa novela.

BENÍTEZ, ANTONIO (1931). *Tute de reyes,* Colección Premio Casa de las Américas, 1967. Tiene inédito otro volumen de cuentos.

CARDOSO, ONELIO JORGE (1914). *Taita, diga usted cómo,* Colección Lunes, México, 1945. *El cuentero,* Universidad Central de Las Villas, 1958. *El caballo de coral,* Departamento de Cultura del Gobierno Municipal Revolucionario, Santa Clara, 1960. *Cuentos completos,* Ediciones R, 1960. *Gente de pueblo,* Universidad Central de Las Villas, 1962. *La otra muerte del gato,* Ediciones Unión, 1964. *El perro,* La Tertulia, 1965. *Cuentos completos, Ediciones* Bolsilibros, UNEAC, 1965. *Iba caminando,* Ediciones Granma, 1966.

CARPENTIER, ALEJO (1904). *Ecué-Yamba-O,* Editorial España, Madrid, 1933. *El reino de este mundo,* EDIAPSA, México, 1949. *Los pasos perdidos,* EDIAPSA, México, 1953. *El acoso,* EDIAPSA, México, 1958. *El siglo de las luces,* EDIAPSA, México, 1962. (Las obras mencionadas son novelas). *Viaje a la semilla,* 1944. *Guerra del tiempo,* EDIAPSA, México, 1956. (Después de la Revolución se han hecho ediciones cubanas de *El reino de este mundo, Los pasos perdidos, El siglo de las luces y Guerra del tiempo). La música en Cuba,* Fondo de Cultura, México, 1946. *Tientos y diferencias* (ensayos), Contemporáneos UNEAC, 1966. Se han publicado recientemente algunos capítulos de su novela inédita, *Los convidados de plata.*

COLLAZO, MIGUEL (1936). *El libro fantástico de OAJ* (ciencia ficción), Contemporáneos UNEAC, 1966. Tiene inédito un volumen de cuentos de ciencia ficción, y una novela.

CORREA, ARNALDO (1935). *Asesinato por anticipado* Serie del Dragón, Ediciones Granma, 1966. *El primer hombre a Marte,* Serie del Dragón, Ediciones Granma, 1967.

DÍAZ LLANILLO, ESTHER (1934). *El castigo,* Cuadernos Erre, 1966.

DÍAZ MARTÍNEZ, MANUEL (1936). Ha publicado seis obras poéticas. *Frutos dispersos,* 1956. *Soledad y otros temas,* 1957. *Los caminos,* Ediciones Unión, 1961. *El amor como ella,* La Tertulia, 1961. *El país de Ofelia,* Ediciones R, 1965. *La tierra de Saud,* Cuadernos Unión, 1967. Tiene inédita otra obra poética.

DIEGO, ELISEO (1920). *En las oscuras manos del olvido* (narraciones poemáticas), Ediciones Clavileño, 1942. *Divertimentos* (narraciones poemáticas), Ediciones Orígenes, 1946. *En la Calzada de Jesús del Monte* (obra poética) Orígenes, 1949. *Por los extraños pueblos* (obra poética), Impresores Úcar, García, S.A., 1958. *El oscuro esplendor* (obra poética), Cuadernos Girón, 1966. Próximamente se editará en México su libro titulado *Versiones* y prepara *Homenaje a Boloña,* comentarios líricos a curiosos grabados del siglo XIX. «La Calle de la Quimera» es un cuento inédito.

FERNÁNDEZ, ARÍSTIDES (1904-1934). *Cuentos,* Administración Municipal de Marianao, Instituto Municipal de Cultura, 1959.

HERRERA, MANUEL (1943). «El pirotécnico Li-Shiao» forma parte de su libro inédito titulado *El planeta Elíptico.* Desde luego, se trata de una obra de ciencia ficción.

HERRERO, JUAN LUIS (1939). Sus cuentos «Levitación», «Cromófago», «Telequinesia», «Pilones, pilones y más

pilones» y «Menelao tiene sueño» forman parte del tomo publicado por Cuadernos Erre, *Cuentos de ciencia ficción,* 1964. Otro cuento suyo, «Ese ruido como de piedras que caen», tiene la distinción de figurar en una antología de carácter internacional, *Cuentos de horror y misterio,* compilada y prologada por José Rodríguez Feo y publicada por el Instituto del Libro en 1967. «No me acaricies, venusino» es un cuento inédito. Tiene inédito un volumen de cuentos realistas.

LABRADOR RUIZ, ENRIQUE (1902). *El laberinto de sí mismo,* Carasa y Cía., 1933; *Cresival,* Talleres Carasa 1936; ambas obras son novelas. *Grimpolario* (obra poética), Talleres Carasa, 1937. *Anteo* (novela), Talleres Carasa, 1940. *Manera de vivir* (ensayos), Talleres de la Mercantil, 1941. *Papel de fumar* (cenizas de conversación), Lex, 1945. *Carne de quimera,* 1947. *Trailer de sueño* (narración individual), 1949 *La sangre hambrienta* (novela), 1950. *El gallo en el espejo,* 1953. *El pan de los muertos* (biografía), Universidad de Las Villas, Dpto. de Relaciones Culturales 1958.

LEZAMA LIMA, JOSÉ (1911). OBRA POÉTICA: *Muerte de Narciso* (cuaderno), 1937. *Enemigo rumor,* Ediciones Espuela de Plata, 1941. *Aventuras sigilosas,* Ediciones Orígenes, 1945. *La fijeza,* Ediciones Orígenes, 1949. *Dador,* Impresores Úcar, García, S.A., 1960. OBRA ENSAYÍSTICA: *Coloquio con Juán Ramón Jiménez,* Pulicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1938. *Arístides Fernández,* Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1950. *Analecta del reloj,* Ediciones Orígenes, 1953. *La expresión americana,* 1957. (cinco conferencias pronunciadas en el Centro de Altos Estudios del Instituto Nacional de Cultura, Ministerio de Educación. *Tratados de La Habana,* Consejo Nacional de Universidades, Universidad Central de Las Villas, 1958. *Antología de la Poesía Cubana* (desde sus orígenes hasta el siglo XIX, 3 tomos), Consejo Nacional de Cultura, 1964. *Paradiso* (novela), Contemporáneos UNEAC, 1966. *Órbita de Lezama Lima,* Ediciones Unión, 1965.

LÓPEZ, CÉSAR (1933). *Silencio en voz de muerte* (poema largo), Ediciones Unión, 1963. *Circulando el cuadrado,* Ediciones R, 1963. *Apuntes para un pequeño viaje* (obra poética), Ediciones La Tertulia, 1966. *Primer libro de la ciudad* (obra poética), Contemporáneos UNEAC, 1967.

LORENZO FUENTES, JOSÉ (1928). *Maguaraya arriba,* Editora del Consejo Nacional de Universidades, Universidad Central de Las Villas, 1963. *El sol ese enemigo* (novela), Ediciones R, 1963. *El vendedor de días,* Cuadernos Unión, 1967. «Tareas de salvamento» forma parte de un inédito volumen de cuentos.

LLANA, MARÍA ELENA (1936). *La reja,* Serie del Dragón, Ediciones R, 1965.

LLOPIS, ROGELIO (1928). *La guerra y los basiliscos,* Ediciones Unión, 1962. *El fabulista,* Cuadernos Erre, 1963. Tiene inédita una novela corta, *Las altas cabezas.*

MARTÍNEZ, ÁNGELA (1938). *Memorias de un decapitado.* Cuadernos Erre, 1965.

MARTÍNEZ MATOS, JOSÉ (1930). *La sonrisa del pueblo pequeño* (obra poética), Ediciones Belic, 1961. *Días de futuro* (obra poética), Ediciones Unión, 1964. Trabaja en un volumen de cuentos fantásticos.

MARTÍNEZ VILLENA, RUBÉN (1899-1934). *La pupila insomne* (obra poética). Con un bosquejo biográfico

de Raúl Roa, 1936. (Varias reediciones). *Un nombre. Prosa literaria.* Prólogo de Andrés Núñez Olano, 1940. *Órbita de Martínez Villena,* Ediciones Unión, 1965. Sus textos políticos han quedado dispersos, pero serán recogidos en la edición de sus obras completas que habrá de realizar el Consejo Nacional de Universidades.

MEDERO, MARINÉS (1937). Su libro *Cuentos y anticuentos de Juan Dolcines,* obtuvo dos votos de los cinco emitidos para el premio en el concurso literario de la UNEAC, 1966. «El clasificador» forma parte de ese libro.

NÚÑEZ MIRÓ, ISIDORO (1933). *Se diría noche* (obra poética), Impresores Úcar, García, S.A., 1956. *Las mil maravillas,* obra compuesta por sesenta décimas, será publicada próximamente por Ediciones Unión, «El extraño caso de Baker Street» es un cuento inédito.

PINIELLA, GERMÁN (1935). Su libro de cuentos de ciencia ficción, *Polífagos,* fue finalista en el primer concurso DAVID, auspiciado por la UNEAC en 1967. «Las montañas, los barcos y los ríos del cielo» procede de ese libro.

PIÑERA, VIRGILIO (1912). *Las furias* (cuaderno de poesía), Ediciones Espuela de Plata, 1941. *La isla en peso* (cuaderno de poesía), 1942. *Poesía y prosa,* 1944. *Teatro completo,* Ediciones R, 1960. OBRA NARRATIVA: *El conflicto* (edición de un solo cuento), Editorial Cuadernos Espuela de Plata, 1942. *La carne de René* (novela), Editorial Siglo XX, Buenos Aires, 1956. *Pequeñas maniobras* (novela), Ediciones R, 1963. *Cuentos,* Bolsilibros UNEAC, 1964. *Presiones y diamantes* (novela), Contemporáneos UNEAC, 1967. *Cuentos fríos,* Editorial Losada Buenos Aires, 1956. Tiene inéditas una obra de teatro y una novela corta titulada *El caso Baldomero.* Próximamente aparecerán sus poesías completas en Ediciones Unión.

TAMAYO, ÉVORA (1940). *Cuentos para abuelas enfermas,* Ediciones El Puente, 1964. *La vieja y la mar,* Serie del Dragón, Ediciones R, 1965.

VIETA, EZEQUIEL (1922). *El hombre subterráneo de Fyodor Dostoevsky,* (ensayo), Santiago de Cuba, 1952. *Aquelarre,* Editorial Manigua, 1954. *Libro de los epílogos,* Ediciones Unión, 1964. Es autor de dos novelas: *Vivir en Candonga* (Premio CIRILO VILLAVERDE de la UNEAC, 1965), y *Pailock,* Serie del Dragón, Ediciones Granma, 1966. *Los inquisidores y Sin palabras en compañía* (teatro), Ediciones Belic, 1966. *Cuentos españoles* (antología), Instituto del Libro, 1967.

(NOTA: *Si al lado del título de un libro no queda consignado entre paréntesis el género literario a que pertenece el libro, se sobrentenderá que se trata de un libro de cuentos. Si tampoco se consigna el nombre de la editorial o el lugar donde ha sido impresa la obra, es porque se trata de una edición de subvención privada —aunque algunas de las que tienen señaladas la editorial también lo son— y porque ha sido impresa en La Habana).*

Cuentos Cubanos
de lo
Fantástico
y lo
Extraordinario,
publicado por la UNEAC
en edición de 6,000 ejemplares,
se terminó de imprimir
el 15 de Abril de 1968
en la Unidad Productora 08
del Instituto del Libro,
La Habana,
Cuba.

LA literatura fantástica de la que somos contemporáneos no es la que estaba en boga hace un siglo; no es la de la tradición romántica con sus horrores artificiosos, sus vampiros y castillos. La *science fiction* devela la mitología del hombre moderno (maquinismo, mutaciones, conquista del espacio). Lo *fantástico* escruta el espacio de *adentro*: la relación del hombre con lo que esconde su mente.

Cuentos de: ALEJO CARPENTIER • REINALDO ARENAS • LEONARDO ACOSTA • LABRADOR RUIZ • LEZAMA LIMA • JOSÉ MARTÍNEZ MATOS • MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ • ELISEO DIEGO • JOSÉ LORENZO FUENTES • ROGELIO LLOPIS • MARÍA ELENA LLANA • ESTHER DÍAZ LLANILLO • CÉSAR LÓPEZ • ANTÓN ARRUFAT • ISIDORO NÚÑEZ • MARINES MEDEROS • ANTONIO BENÍTEZ • ANGELA MARTÍNEZ • ARMANDO ALVAREZ BRAVO • EVORA TAMAYO • MARTÍNEZ VILLENA • EZEQUIEL VIETA • ARÍSTIDES FERNÁNDEZ • JESÚS ABASCAL • ONELIO JORGE CARDOSO • ARNALDO CORREA • VIRGILIO PIÑERA • ANGEL ARANGO • MIGUEL COLLAZO • JUAN LUIS HERRERO • GERMÁN PINIELLA • MANUEL HERRERA

BOLSILIBROS UNION

Félix Pita Rodríguez / POEMAS Y CUENTOS
Roberto Fernández Retamar / POESÍA REUNIDA
Regino Pedroso / POEMAS
Fayad Jamís / CUERPOS
Virgilio Piñera / CUENTOS
Samuel Feijóo / CUENTOS POPULARES CUBANOS